

EMILIO ARAGÓN BERMÚDEZ

MIENTRAS  
DUERMEN  
LOS  
MURCIÉLAGOS



Lectulandia

Berlín, 1945. Un bombardeo aliado destruye la Casa del Artista en la que viven grandes figuras del espectáculo ya retiradas. Juan Carlos Barrachina, considerado el mejor trapecista del mundo, es el único joven que se encuentra allí durante la catástrofe, y toma la decisión de huir rumbo a España junto con los diecisiete ancianos supervivientes. Se inicia así un inquietante viaje en autobús por la Alemania nazi, la Francia ocupada y la España de posguerra. Además, la Gestapo los persigue por la desaparición de un misterioso sobre perteneciente al mismísimo Führer.

Tierna, emocionante, genial y divertida, Mientras duermen los murciélagos es un conmovedor alegato en favor de los sueños, con el mundo del circo como telón de fondo.

**Lectulandia**

Emilio Aragón Bermúdez

# **Mientras duermen los murciélagos**

ePub r1.0

Mangeloso 27.04.14

Título original: *Mientras duermen los murciélagos*

Emilio Aragón Bermúdez, 2012

Retoque de cubierta: Mangeloso

Editor digital: Mangeloso

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# ANIVERSARIO EDICION CONMEMORATIVA



ePubLibre.org

*Mientras los murciélagos duermen aprovecho para dedicar este libro a mis  
siete inefables críticos.*

*Mis hijos Rita, Pilar, Emilio, Amparo, Aruca, Juan y Manolo.*

*Y por supuesto a la dueña y señora de mi vida, mi esposa Rita, que será la  
primera en leerlo.*

# Capítulo 1

Un manto blanco cubría la tragedia que representaba la ciudad de Berlín. Los edificios bombardeados parecían decorados irreales que una mente perversa hubiera realizado sin contar con la existencia de la vida. El atrezo de los gélidos interiores de los pisos, a la vista por el efecto de las bombas, era el único testimonio de que en esas viviendas hubieran residido seres humanos semanas, días, horas antes quizá. Las lámparas, que antes iluminaban un salón o un comedor acogedor, medio colgaban ahora apagadas y a merced del viento helado. Sobre las cocinas permanecían aún los utensilios y los alimentos, algunos todavía a medio cocinar. Perros y gatos deambulaban entre las viviendas en busca de sus amos, olfateando la muerte al tiempo que rastreaban para encontrar algo que llevarse a la boca. Alguna que otra rata, víctima del frío, saltaba de un lado a otro buscando el camino de regreso a la seguridad de su cueva. La sorprendente exhibición de muchos de los hogares mostraba con inusual crudeza las preferencias, costumbres o gustos de sus moradores.

Acá un comedor barroco, allí un moderno despacho, más allá un dormitorio futurista. Los horrores de la guerra ponían al desnudo los íntimos hábitos de los berlineses, cuyas almas vagaban entre los helados escombros de los edificios en ruinas. Febrerillo loco hacía de las suyas fustigando sin piedad lo que iba quedando de aquella triste ciudad, 1945 estaba resultando un año fatídico para el nacionalsocialismo y sus orgullosos y prepotentes líderes. Por fortuna, a la segunda guerra mundial le quedaban meses, quizá semanas de vida.

Juan Carlos, tras pararse a observar un momento los destrozos causados por el asedio aliado, le dio una vuelta más a su bufanda y la deslizó dentro de su chaqueta de cuero para evitar que el frío continuase filtrándose a su pecho. Sorteando los grandes baches producidos por las bombas, cruzó la gran avenida Friedrich y siguió caminando. Quería llegar cuanto antes a la Casa del Artista, residencia estatal que acogía a las viejas glorias, grandes artistas retirados que procedían de todas partes y que habían fijado su residencia en Alemania: deseaba despedirse de sus entrañables amigos y compañeros, Aetos y Moses, más conocidos como los Orakis Brothers.

Hacía tiempo que Juan Carlos había tomado la determinación de abandonar Berlín y tratar de regresar a España de alguna manera, pero el hecho de tener firmado un compromiso de futuro con la empresa del Hagenbeck Circus, por un lado, y la espera de una clara ocasión para dejar la ciudad, por otro, demoraron la decisión hasta límites imprevistos. Ahora ya no podía permitirse el lujo de dudar más, había llegado la hora de emprender el viaje. Tan pronto como se despediese de los queridos gemelos regresaría a los almacenes de invierno del circo, en el área de Charlottenburg, recogería lo imprescindible para sobrevivir e iniciaría la aventura de

salir de una Alemania convulsa y martirizada para cruzar una Francia ya medio liberada en busca de su patria, una España que, en el sexto año de recuperación tras la terrible guerra civil que la había asolado durante tres años, al menos no había participado en esa segunda guerra mundial que parecía estar llegando a su fin.

Juan Carlos observó el amenazante cielo, cuyas tenebrosas nubes descargaban una tupida cortina de nieve que espesaba por momentos, apartó con su mano enguantada la nieve que cubría una señal con la intención de asegurarse de que estaba en la dirección correcta, se ajustó un poco más la gorra y retomó su camino a paso ligero. Veinte minutos más tarde llegaba a la Casa del Artista.

Afortunadamente, entró en el gran salón de estar de los residentes en el preciso momento en que una camarera repartía entre los presentes humeantes tazas de caldo. La camarera, al ver cómo se frotaba las manos, puso en ellas una taza que Juan Carlos agradeció con una mirada. Utilizando la taza para calentarse, sorteó sofás y sillones y llegó hasta Aetos y Moses, quienes, como era su costumbre, leían ensimismados viejas revistas relacionadas con el mundo del espectáculo en Europa y América al tiempo que daban cuenta de unos extralargos cigarrillos que fumaban con verdadera elegancia.

—¿Cómo están mis amigos? —saludó Juan Carlos en castellano y con alegría.

Hablaba correctamente el alemán, pero sabía que a los gemelos les encantaba que se dirigiese a ellos con la palabra española «amigos». Ambos solían decir que era la más hermosa palabra del diccionario universal.

Aetos y Moses, idénticos pero de muy distintos caracteres, reaccionaron cada cual a su manera: Aetos, joven a pesar de sus sesenta y seis años, se levantó alegremente para dar a Juan Carlos un efusivo abrazo que casi le hace derramar la taza de caldo. Moses, en cambio, se limitó a sacudir la ceniza de su cigarrillo y a tender su lacia mano para que Juan Carlos, que conocía lo poco dado que era a los aspavientos, la estrechase con satisfacción. «Vaya hermanos gemelos —pensó una vez más—, tan iguales en lo físico y tan diferentes en su comportamiento».

—¿Qué haces por aquí? —preguntó en seguida Aetos con interés.

Juan Carlos observó a un pequeño grupo de residentes que discutían en una zona cercana del salón. Moses, que había seguido su mirada, le liberó de su inquietud:

—No te preocupes por esos, están más sordos que un ladrillo.

—Vengo a despedirme —respondió entonces Juan Carlos en alemán y, por si acaso, bajando el tono de voz.

—¿Te vas? —preguntó Moses con sorpresa.

—Siéntate y cuéntanos con tranquilidad —añadió Aetos muy serio mientras apagaba su cigarrillo en un cenicero.

Juan Carlos dejó su taza de caldo sobre una mesita y se deshizo de la gorra, la chaqueta de cuero y su larga bufanda. Tras acomodarse en un amplio butacón frente a



los gemelos, recuperó su taza de caldo y prosiguió casi en un susurro:

—Hay que abandonar Berlín: lo están demoliendo. No sé vosotros, pero yo no aguanto ni un bombardeo más. Por la mañana, los aviones norteamericanos; por la tarde, los ingleses; durante la noche, los rusos. Tengo los nervios destrozados.

—¡Estás loco, sólo venir aquí ya es una locura! No debes salir de los almacenes de invierno hasta que no acabe todo esto —le recriminó Moses con expresión preocupada—. A nadie se le ocurriría bombardear un circo. Aquello es más seguro que esta residencia...

—Ya no hay un lugar seguro en todo Berlín —afirmó Juan Carlos ahogando la voz.

—Dejar Berlín es un error, Juan Carlos —insistió Aetos—. Si te pillan, tal y como están las cosas, puedes terminar en un calabozo o en un campo de concentración, lo que es mucho peor.

—Agradezco vuestros consejos, pero lo he pensado mucho y ya no hay vuelta atrás. Prefiero morir por la ilusión de un feliz reencuentro con mi familia a desaparecer lejos de mi tierra. Ya me las arreglaré para llegar a España sano y salvo.

—¡No puedes! —exclamó Moses—. No llegarás a ninguna parte, la última moda es la caza del hombre.

Como si aquellas palabras fueran una premonición, comenzaron a sonar las sirenas de alarma de la ciudad. Su ulular ponía los pelos de punta.

—Ahí vienen los norteamericanos —constató Juan Carlos mirando su reloj—. Es su hora, su turno.

—Con estos hay que tener cuidado, donde ponen el ojo ponen la bomba. Son los que mejor puntería demuestran —le informó Moses.

—¿Bajamos al refugio? —preguntó Juan Carlos.

—¿Para qué? —respondió Aetos mientras se derrumbaba en su sillón—. No vale la pena. Aquí ya nadie baja a los sótanos. Total, es un hecho que cuando llega tu día, aunque te escondas bajo las piedras, las bombas te encontrarán. Lo único que hacemos todos, por si acaso, es llevar colgada del cuello y siempre a la vista esta bolsa con nuestros documentos de identificación.

—Es una buena costumbre —opinó Juan Carlos mientras observaba que, en efecto, todos los presentes las llevaban.

—No nos las quitamos ni para dormir.

El inconfundible ruido de las bombas al explotar sonaba cada vez más cerca. Su silbido durante la caída helaba la sangre. Aetos, más inquieto que de costumbre y con una acentuada lividez en el rostro, se atrevió a conjeturar:

—Me parece que esta vez vienen a por nosotros.

—No los lames con tu mente —le aconsejó Moses—, no conviertas tu cerebro en un poderoso imán. No pienses en ellos y sácalos de tu imaginación, ya verás cómo se

alejan.

—No es cuestión de imaginación, Moses... —interrumpió Juan Carlos—. Es que ya están sobre nuestras cabezas.

En aquel preciso instante los cristales de las ventanas saltaron hechos añicos, y las paredes del propio edificio se tambalearon dando la impresión de que se venían abajo.

—Esa pared es maestra —alertó Aetos mientras señalaba un muro lateral con varias entradas—. Pongámonos bajo los marcos de las puertas.

Todos corrieron a resguardarse. En unos segundos aquello se convirtió en un pandemonio, por todas partes se veían residentes que corrían de un lado a otro sin destino definido. Un anciano, en camión, giraba como un demente; una anciana buscaba desesperadamente sus documentos de identidad; otro apareció con una maleta y un neceser, listo para viajar a ninguna parte, y una joven empujaba con desesperación hacia el cuadro de una puerta a una pareja de ancianos que parecían ser sus padres. De pronto varias bombas arrasaron gran parte de la edificación, destruyendo completamente una de las paredes del inmueble y dejando el salón a la intemperie. El amasijo de escombros, hierros retorcidos y trozos de carne humana mezclado con el polvo y el humo que producían las explosiones era indescriptible. Los gritos de los vivos se fundían con los lamentos de los agonizantes, y el caos se adueñó de la situación.

—¡Fuera! —gritó Juan Carlos—. El techo está a punto de venirse abajo. ¡Sígueme!

Corrió como un loco hacia la gran escalera que llevaba al vestíbulo, pero ya no había peldaños, habían desaparecido por completo.

Moses gritó:

—¡Por aquí!

Y todos se volvieron y corrieron hasta otra escalinata interior situada junto a los ascensores de servicio. Estaba cortada verticalmente por la mitad, pero, si lo hacían de uno en uno, en fila india y con el mayor de los cuidados, podían bajar. Juan Carlos dejó pasar primero a los ancianos, sujetándolos con la mano y quedando él en último lugar, algo que todos le agradecían, a pesar de que el momento no se prestase a ello.

El bombardeo continuaba destrozando el vecindario mientras los pocos artistas que habían logrado salvar la vida se congregaban en la pequeña extensión de jardín que quedaba sin escombros. Algunos se quejaban de pequeños rasguños, y la mayoría se palpaba los brazos y las piernas sorprendidos por seguir vivos. Juan Carlos y la única joven del grupo los atendían como podían. El frío era cortante, pero aquellas mentes, bloqueadas por el terror a las bombas, no lo sentían. A Juan Carlos le pareció escuchar lamentos entre los escombros y trató de acercarse, pero en aquel instante se derrumbó lo que quedaba de edificio y tuvo que retroceder. Se hizo un silencio

sepulcral. Nadie hablaba. El bombardeo remitía y ya sólo se oía el ruido de los motores de los bombarderos alejándose. Algún anciano intentaba introducirse entre los escombros, y Juan Carlos les pidió que no lo hicieran, se jugaban la vida. Frente a lo que fue el edificio pasó un camión de bomberos a toda velocidad, le hicieron señas, pero no les hizo el más mínimo caso. Juan Carlos señaló un autobús aparcado en la acera.

—¿A quién pertenece?

—Es el que utilizan cuando nos sacan a pasear —respondió Aetos.

Juan Carlos se acercó a la puerta y trató de abrirla. Estaba cerrada con llave, por lo que tuvo que forzarla con una barra de hierro que Aetos y Moses le consiguieron de entre los escombros. Todos los ancianos subieron al autobús tiritando y se acomodaron en los asientos como si fueran a iniciar un viaje.

—Al menos aquí dentro estaremos resguardados del frío —comentó Juan Carlos.

—Mejor estaríamos si arrancáramos el motor y pusiéramos la calefacción —propuso Moses.

Juan Carlos se sentó en el asiento del conductor y buscó las llaves. Como no las encontró, decidió preguntar:

—¿Alguien sabe cómo hacer un puente con los cables de arranque?

—Yo sé —afirmó la joven que acompañaba a sus padres; todos la miraron con asombro—. Soy un desastre con las llaves y siempre las pierdo —se sinceró a modo de excusa—. Sé hacerlo en mi coche, puedo probar...

Juan Carlos le cedió su sitio y ella abrió la pequeña compuerta debajo del volante; en cuestión de minutos puso el motor en marcha. Los indicadores del panel de mando se activaron y Juan Carlos descubrió que el depósito de combustible estaba lleno. Buena noticia. Presionó el interruptor de la calefacción y puso el indicador al máximo mientras la joven volvía a su asiento.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó uno de los ancianos.

Juan Carlos echó una mirada a aquel maltrecho grupo de artistas retirados como si no supiera qué hacer con ellos. De pronto, como si un resorte hubiera golpeado con fuerza su mente, una idea comenzó a germinar en su cerebro: ¿podría convertirse en el guardián de aquellos veteranos genios retirados? ¿Podrían aquellos grandes artistas convertirse en su escudo protector? La ocasión era clara: aquellas viejas glorias podrían representar el pasaporte para su propia supervivencia y, utilizados con imaginación e inteligencia, tal vez fuesen su propia salvación. Pero ¿no sería inmoral aprovecharse de aquellos inocentes ancianos en beneficio propio? No quiso ponerle freno a la ocasión: «Cuando está en juego la vida, la moral pierde su significado», pensó, y se acomodó en el asiento del conductor, embragó, puso la primera marcha y el autobús avanzó lentamente hacia el más desconocido de los destinos.

## Capítulo 2

Otto Günsche esperaba impaciente ante la puerta de la oficina del Führer, en el búnker. Como ayudante personal de Hitler disfrutaba de acceso libre al despacho en todo momento, excepto en las ocasiones puntuales en que su jefe deseaba hablar en privado con alguien, como ahora era el caso. Estaba reunido con Martin Bormann y había ordenado a su secretaria que no le molestaran.

La conversación de Hitler con Bormann se alargaba de manera insospechada e impedía a Günsche informar sobre la noticia que acababa de recibir. Dos veces estuvo a punto de pedir a su secretaria que le comunicase por teléfono con Hitler, pero de nada le hubiera servido; sabía por experiencia que, cuando el Führer ordenaba que no le molestaran, nadie se atrevía a contravenir esa orden.

Desde el mismo momento en que recibió la noticia había puesto en marcha su cerebro en busca de las palabras justas con que informar al Führer, porque lo que tenía que decirle no era precisamente una buena noticia. Por otra parte, le aterraba que al conocer los hechos este montase en cólera, como le sucedía con casi todas las noticias que recibía últimamente. La precaria salud mental del Führer le hacía medir al máximo sus palabras, y Traudl, la secretaria, observando la desazón de Günsche y tal vez sospechando el motivo de su inquietud, le mostró una taza llena de café humeante que sostenía con ambas manos y le invitó a aceptarla con una tranquilizadora mirada. Él aceptó la taza con un gesto de agradecimiento y, bebiendo a pequeños sorbos, fue a sentarse en una butaca mientras maduraba su explicación. De pronto se abrió la puerta del despacho y apareció Bormann, pálido y con el rostro desencajado. Tras colocarse la gorra bruscamente, abandonó el lugar con expresión adusta y sin la más mínima muela de despedida para Traudl y Günsche, actitud poco habitual en él, aunque cada vez más frecuente. El nacionalsocialismo estaba viviendo sus últimos días, y todos los que habitaban aquel búnker eran conscientes de ello.

Günsche dejó el café, cerró los ojos y comenzó a imaginar su próxima e inmediata conversación con el Führer: daría unos golpecitos con los nudillos en la puerta y entraría decidido hasta alcanzar el centro del despacho, donde quedaría en posición de firmes y a la espera de una simple mirada de su jefe. El Führer no levantaría la cabeza de los documentos sobre los que estaba trabajando, en los que obsesivamente tacharía palabras con sus temblorosas y arrugadas manos, y él se mantendría en posición de firmes. Imaginaba que Hitler, como era su costumbre, levantaría finalmente la cabeza, observaría con la mirada perdida a su ayudante, y, como si no lo hubiera visto, se centraría de nuevo en el documento. Günsche aguantaría el tipo durante unos segundos que le parecerían siglos hasta que, decidido a llamar la atención, lo haría llevándose el puño a la boca y tosiendo de manera

discreta. Esta vez lograría su propósito: Hitler levantaría una vez más la cabeza y, fijando la mirada en él, imaginaba que le preguntaría:

—¿He olvidado algo...?

—No, señor —respondería acercándose a la mesa.

—Entonces, ¿a qué viene esa tos? —comentaría el Führer estudiándole con desprecio.

—Tengo que informarle de algo desagradable, señor —diría con gesto intranquilo.

—¿Y eso te preocupa? —respondería su jefe tratando de apartarse el flequillo con los dedos de la mano derecha—. Hace tiempo que las buenas noticias me abandonaron, diría, y, por muy mala que sea esta, no dejará de ser una más.

—Señor —proseguiría entonces él con cara de circunstancias—, la Casa del Artista ha sido destruida.

—¿Cómo? —exclamaría Hitler mirando a Günsche con los ojos fuera de las órbitas—. ¡No puede ser cierto! ¿Qué beneficio saca nadie con bombardear la Casa del Artista? ¡Es absurdo!

—Totalmente, señor —contestaría él apoyando su razonamiento, como era su costumbre hacer.

—¿Sabía alguien más aparte de nosotros dos que el sobre se encontraba allí? —gritaría Hitler.

—Sólo los receptores, que yo sepa —murmuraría él con la mayor suavidad.

—¿Se sabe si hay supervivientes? —vociferaría de nuevo el Führer, mostrando los marcados cordones de las venas en su garganta.

—Acaba de suceder —diría Günsche disculpándose—. No he tenido tiempo de averiguarlo.

Hitler dejaría su estilográfica sobre los documentos, se pondría en pie e, iniciando un acelerado paseo de un lado al otro de su amplio despacho, comenzaría a mascullar en voz baja:

—¡Esto es lo peor que nos podía suceder! ¡No había lugar más seguro que ese! ¿Cómo es posible?

—El destino —apuntaría Günsche casi en un suspiro.

—El destino sólo induce, no determina —exclamaría el Führer vomitando las palabras—. Las decisiones son nuestras, siempre —aseguraría poniéndose rojo como un tomate—, aunque el destino las asuma por conveniencia. Fue mi decisión proteger el futuro del nacionalsocialismo —proclamaría de espaldas. E inmediatamente se volvería de frente y terminaría diciendo—: Y también la decisión de poner ese futuro en manos seguras.

Entonces, imaginaba Günsche, levantaría su brazo derecho y, señalándole con su dedo índice, le diría:

—Tú eres el único testigo.

Inconscientemente, él se pondría rígido como un poste y callaría. Después esperaría a que se produjera en su jefe uno de aquellos cambios bruscos a los que le tenía acostumbrado, y este acabaría ordenándole pacíficamente:

—No perdamos tiempo. Sin mencionar la existencia del sobre, y sólo por mi particular interés en saber qué ha sido de algunos de los magníficos artistas retirados allí, averigua, primero por tu cuenta, más tarde ya veremos, todo lo sucedido. Por el momento quedas liberado de tus obligaciones en este despacho.

Günsche le escucharía a sabiendas de que no podría obedecer aquella orden. En cualquier caso, se tomaría la libertad de abandonar un momento el búnker, pero no más de un momento. Él era el total apoyo del Führer en aquellas circunstancias, y sus males físicos avanzaban al mismo ritmo con que se perdía la guerra. Su cordura, cada vez más ausente, le obligaba a permanecer siempre cerca de él.

Con un suave taconazo acompañado de un saludo con la mano en alto, Günsche dejaría el despacho sin hacer el menor ruido. Estaba seguro de que el Führer volvería a su mesa y, con la mirada perdida en el infinito a través del flequillo, murmuraría con desprecio mientras se acomodaba en su sillón: «¡Qué sabrá el destino!».

El timbre del teléfono de Traudl, que sonaba insistentemente, sacó a Günsche de sus cavilaciones. Al abrir los ojos se encontró con la mirada de la secretaria, quien, tras acomodarse con dos tirones el jersey que cubría sus hombros, indicó con la mirada a Günsche que ya podía entrar al despacho.

## Capítulo 3

Su principal objetivo era acercarse a España y, una vez en la frontera, tratar de informarse sobre los peligros que acarrearía su situación. El hecho de haber sido prófugo del ejército republicano durante la guerra civil española podría representar una ventaja ante las nuevas autoridades nacionales instaladas en el país, o quizá también una desventaja, pensaba Juan Carlos mientras conducía el autobús por las maltrechas calles y avenidas de un Berlín destrozado por las balas de los cañones rusos y las bombas. Por un instante, su veloz e inquieta mente le trasladó a finales del año 1938, momento en que lo llamaron a filas en España. Como las imágenes de una producción cinematográfica que pasara a gran velocidad, los recuerdos se atropellaban en su cerebro mientras rememoraba ensimismado el fatídico momento en que sus padres leyeron el telegrama de citación. Le pareció volver a ver las lágrimas de su madre y la indescriptible mirada en los ojos de su padre al despedirse; recordó también su propia conmoción al recibir la noticia de que a Jaime Vives *el Nanu*, su amigo del alma y de una vida, lo habían citado como a él a filas y, ya luego, el somero examen, completamente desnudos, en el que el médico les llamó la atención por reírse el uno del otro después de que el Nanu reparó en cómo los miraba una enfermera gordísima y de ojos ávidos. Con sus manos aferradas con fuerza al volante, Juan Carlos lo recordó todo: su primer uniforme militar, que el Nanu y él recibieron junto a sus camaradas de otras quintas, incluida la del 41, la Quinta del Biberón, llamada con años de anticipación por la imperiosa necesidad de llevar hombres al frente; las patrióticas y enardecedoras palabras de aquel comandante que escupía más que gritaba; la salida hacia la batalla sin apenas instrucción; el momento en que su batallón se cruzó en la carretera con el autobús donde viajaba la compañía del Circo Borza y con los ojos de los artistas, que los miraban al otro lado del cristal de las ventanillas sin que nadie lo reconociese entre aquel mar de soldados. Y, finalmente, la prueba de fuego en aquella playa levantina donde, de pronto, se vieron corriendo junto a todos sus camaradas perseguidos por el intenso fuego enemigo. Entonces sufrió la terrible experiencia de ver cómo caían la mayoría de sus compañeros y, lo más doloroso, la pérdida de su gran amigo el Nanu, a quien, por huir de las balas hostiles, dejó herido de muerte cuando quizá hubiera podido salvarle la vida. Aquel fue su primer acto de cobardía, una terrible mancha sobre su inocencia y una vergüenza con la que tendría que cargar sabiendo que siempre pesaría en su conciencia. Aún parecía estar viéndole con su pecho destrozado y reclamando dramáticamente su ayuda; un chaval que era todo generosidad, alguien a quien llamaba hermano y a quien dejó por la inmediata determinación de escapar de allí sin mirar atrás...

Después la caótica huida del frente, la llegada a su casa en Mislata al resguardo

de la madrugada, y el terror en los ojos de su padre al analizar y comprender la situación. «Con los prófugos no hay clemencia —sentenció—. Los fusilan sin más». ¿Y a los que abandonan a un hermano herido de muerte también los fusilan?

Su madre tuvo el acierto de proponer esconderle en el circo francés de la familia Carré, que en aquellos momentos se movía por ciudades de ambos lados de la frontera con Francia. Se trasladó al país vecino como un miembro de la *troupe* de este circo y salió adelante gracias al comportamiento de aquella familia francesa de grandes caballistas, quienes lo pusieron en manos del mejor entrenador de Francia en trapecio, especialidad en la que ya tenía bases y en la que destacó de inmediato. No tardaron en llegar las interminables ovaciones durante su primera presentación en el Cirque Medrano de París. Ni las palabras de Dieter Hagenbeck cuando firmó el contrato para Alemania: «Contigo vamos a revolucionar el mundo del espectáculo». Juan Carlos pronto descubriría que el público vibraba cuando se jugaba la vida y, también, que cada vez que arriesgaba allá arriba lo hacía pensando en el Nanu. Era una deuda que tenía que pagar. No sabía cuándo, pero era algo pendiente en su vida que sólo la muerte cancelaría.

Un bache peligroso sacó a Juan Carlos de su viaje al pasado. Miró atrás por el espejo retrovisor, y observó los tristes y preocupados rostros de los ancianos.

—Estabas volando por la estratosfera —le comentó Moses, buen observador...

—Más o menos —respondió.

—Imagino que al menos sabrás adónde vamos.

—Por supuesto, en principio nos dirigimos a los almacenes de invierno de Hagenbeck. Allí, con los vejetes seguros y a resguardo, decidiremos el siguiente paso.

—¿Me estás llamando vejete? —preguntó Moses con una leve ironía en su sonrisa.

—Sólo envejecen los espíritus cansados, y no es tu caso.

—Eso me gusta más —respondió el otro, satisfecho.

En los almacenes de invierno del Hagenbeck Circus sólo había una persona de guardia: el gordo Cort, una institución en la empresa. La compañía, con la familia Hagenbeck a la cabeza, se encontraba realizando una gira por Suiza en asociación con la familia Knie. Una inteligente manera de salvar el pellejo, seguramente. Cuando el gordo Cort supo lo ocurrido en la Casa del Artista se llevó las manos a la cabeza y comenzó a llorar como un niño, pues conocía personalmente a muchos de los residentes. Juan Carlos le pidió ayuda para los que se habían salvado de la tragedia, lo que le sirvió de consuelo y estímulo al mismo tiempo.

Tras el letargo impuesto por el golpe recibido, conforme bajaban del autobús los ancianos comenzaron a hacer preguntas: «¿Qué hacemos aquí?». «¿Adónde vamos?».



«¿Dónde está mi ropa?». «¿Vamos a volver a casa?». Juan Carlos, tras acomodarlos en butacas y sillas distribuidas en el área central de los almacenes, respondió pacientemente a sus preguntas.

—Lo primero que debemos hacer es comunicar la desaparición de la Casa del Artista en la *polizeistation* del distrito, si es que sigue en pie —les dijo después—. Tan pronto como las autoridades estén al tanto de la situación, tomaremos las medidas pertinentes. Tendremos que conseguir vales para hacernos con suficientes víveres o, en su lugar, encontrar un comedor adonde podamos asistir.

—Yo opino que sería mejor comunicárselo a la *kommandantur* más cercana —apuntó Aetos— o, en todo caso, directamente al Rathaus.

—Tienes razón —respondió Juan Carlos—. El Ayuntamiento Rojo es el lugar indicado. Allí pueden conseguirnos alojamiento y alimentación para toda la *troupe*.

Una de las mujeres se levantó.

—Soy Elke Zolm, actriz —expuso la dama mientras trataba de cubrirse la mitad del rostro con su propio cabello—. Por si sirve de algo, la concejala de Cultura es pariente lejana mía y su nombre es Sofie Datzler. Pueden utilizar mi nombre para llegar hasta ella.

Juan Carlos apuntó en su libretita de direcciones el nombre de la actriz y el de su pariente mientras hacía un gran esfuerzo por disimular la impresión que le había producido la gran cicatriz que desfiguraba la mitad de aquella bella faz. Por una u otra razón —probablemente porque la mujer la ocultaba con maestría—, no había reparado antes en ella. Aetos, que había visto reflejado el impacto en los ojos de Juan Carlos, le dejó caer:

—Luego te cuento.

Mientras Cort preparaba café, los ancianos comenzaron a husmear entre los trastos de aquella especie de museo circense. El apartado de vestuario llamaba poderosamente la atención de las damas: los lujosos trajes de *clown* bordados en oro, plata y lentejuelas; las capas con que las trapezistas aparecían en la pista, forradas con marabú y otras vistosas plumas de colores; los vestidos de fantasía utilizados en producciones árabes, japonesas, brasileñas, incaicas; la maravillosa colección de gorros, sombreros y tocados de distintas nacionalidades, todos perfectamente conservados. Todos esos objetos hacían las delicias de aquellas viejas damas, que, asombradas, rozaban con sus dedos los materiales con que estaban elaborados al tiempo que expresaban su admiración con grandes exclamaciones.

Varios ancianos comenzaron a curiosear entre los aparatos y trastos de magia y otras especialidades apartados en una zona del almacén; lo conservado allí llenaría de ilusión al más exigente de los profesionales. Uno de los viejos, sin pensar en las consecuencias, presionó un gran botón adosado a la cara de una pirámide y el efecto no se hizo esperar: esta comenzó a girar lentamente mientras sus paredes se

convertían en pétalos de una flor gigante en cuyo centro aparecían momias que disparaban humo por sus ojos. El gordo Cort dejó de servir café y, levantando la voz, advirtió:

—Cuidado con esos trastos. Algunos son peligrosos y están conectados a la corriente para mantener vivas sus baterías.

Tras beber a sorbitos su taza de café, Juan Carlos recomendó a los ancianos y ancianas que no se movieran del lugar. Él se acercaría al ayuntamiento para tratar de conseguir alojamiento y alimento para todos.

—Y algo de ropa —pidió uno de los ancianos.

—Más vale que sea de abrigo —apuntó una dama.

—Yo ando descalzo —dijo otro.

—¿Por qué no volvemos a la Casa del Artista para tratar de recuperar algunas de nuestras pertenencias? —recomendó un caballero de aspecto aristocrático.

—Podríamos intentarlo mañana —sugirió Juan Carlos—, aunque dudo que encontremos nada entre las ruinas, aparte de lo peligroso que puede resultar. Lo más urgente ahora es conseguir alojamiento, ropa y alimentos. Haré la gestión y espero estar de vuelta dentro de un par de horas.

—Yo voy contigo —exclamó Moses medio arrepintiéndose inmediatamente de su oferta, consciente de que moverse por el centro de la ciudad no sería nada agradable.

—¡Os acompaño! —se ofreció también Aetos con decisión.

El gordo Cort descolgó dos abrigos de piel de pantera y se los entregó a Moses y a Aetos. Estos, tras ponérselos y constatar lo mal que olían y que a uno le quedaba enorme y al otro casi no le entraba, se miraron e hicieron un dudoso ademán de aceptación. Juan Carlos los observó y, tras soltar una fuerte carcajada, comentó:

—Ya estáis listos para la vuelta a la escena, sólo faltan las fieras.

Ambos le miraron con seriedad y a Moses se le acentuó un tic nervioso en los párpados. Juan Carlos comprendió inmediatamente que su comentario no había sido del agrado de los gemelos.

—Perdonad la broma —dijo a media voz.

Por su mente pasaron a gran velocidad imágenes de aquellos dos grandes magos domadores jugándose la vida con sus trucos de fantasía. Había olvidado por un momento que aquellos geniales ilusionistas y entrenadores de fieras guardaban en la memoria malos recuerdos de sus experiencias con las fieras, razón por la que no aceptaban bromas sobre su trabajo. Su sentido del humor no afloraba cuando de la profesión se trataba, pues no en vano habían sufrido la pérdida de dos de sus mejores ayudantes en trágicas circunstancias.

—No le demos mayor importancia —apuntó Aetos mientras se ajustaba el abrigo.

—No, no se la demos —ratificó Moses cambiando su expresión.

Juan Carlos, arrepintiéndose de su desliz y para salir del atolladero, se dirigió

antes de salir a la única joven del grupo para preguntarle:

—Perdona, ¿cuál es tu nombre?

—Erika —respondió esta abriendo los ojos con sorpresa.

—¿Tienes algún compromiso hoy, Erika?

—Ni hoy ni nunca —respondió ella con una suave sonrisa—. El edificio donde vivía fue bombardeado hace unos días y desde entonces he tenido que pernoctar dos noches junto a mis padres y sin autorización en la Casa del Artista. Lo siento, no me quedó otra alternativa.

—No tienes por qué disculparte, yo hubiera hecho lo mismo. ¿Puedes atender a esta pandilla de jóvenes mientras hacemos unas gestiones en el Bürgermeisteramt?

—Por supuesto, ¿algo en especial?

—Sí: cubre a los más desabrigados con la ropa que Cort pueda ofrecerte y tranquilízalos si se ponen nerviosos. Estoy seguro de que todos necesitarán medicamentos, pero eso lo resolveremos más adelante...

—De acuerdo —declaró Erika alegrándose de ser útil—. Me haré cargo de todos ellos.

Juan Carlos echó una última mirada al grupo de ancianos y comprendió que aún no eran conscientes de la tragedia que estaban viviendo. Acostumbrados todos ellos al aplauso, la lisonja y el éxito, el futuro que les deparaba el destino era como para ni pensarlo. Movi6 la cabeza apesadumbrado y se volvió para seguir a Aetos y Moses, que ya habían cruzado la puerta de salida.

## Capítulo 4

Llegar al Ayuntamiento de Berlín no fue tarea fácil. Las calles cortadas al tráfico y los recientes bombardeos obligaban a ejecutar rodeos interminables que a veces, de no estar muy atento a los desvíos, los obligaban a volver al punto de partida. El tamaño de aquel autobús hacía más complicada la tarea, debido a que los vehículos oficiales, necesitados de solventar con urgencia los graves problemas que se presentaban continuamente, no dudaban en circular en dirección prohibida y a gran velocidad por las destrozadas vías y avenidas de la ciudad. Para colmo, los cúmulos de color gris oscuro hacinados en el cielo anunciaban otra inminente y copiosa nevada que dificultaría, aún más si cabe, la conducción.

El caos que reinaba en la ciudad permitió a Juan Carlos aparcar frente al Ayuntamiento Rojo, en una zona prohibida que nadie respetaba en aquellos días. Fue imposible localizar a la concejala de Cultura, pues llevaba ausente una semana y nadie sabía de ella. Uno de los pocos bedeles que todavía atendían a los ciudadanos los informó sobre la falta de personal: la mayoría de los responsables de departamentos hacía más de una semana que no aparecían por sus despachos, y se ignoraba lo que pudiera haber sido de ellos. Afortunadamente, la simpatía de Juan Carlos, sumada al saber hacer y la personalidad de los gemelos, ganaron la voluntad de aquel bedel, que, finalmente, los puso en manos del responsable de un departamento relacionado con algo parecido al Socorro Social. Sin ni siquiera saludarlos y mostrando un extremado estado de nerviosismo, aquel hombre les recomendó:

—Sean rápidos y escuetos en lo posible. Este edificio debe de estar en el punto de mira del enemigo y pueden bombardearlo en cualquier momento. Lo extraño es que no haya sucedido ya.

—Como desee —dijo Aetos adelantándose—: la Casa del Artista ha sido destruida esta mañana. Calculamos en más de cien las víctimas y somos diecinueve los sobrevivientes que necesitamos techo y alimentos. ¿Puede usted ayudarnos a resolver la situación?

—*Donnerwetter!* —exclamó el hombre, sorprendido—. ¡La Casa del Artista, vaya tragedia! Sí, claro, naturalmente..., algo tenemos que hacer con ustedes. Pero no es de mi competencia, tendrán que hablar con el Departamento de Urgencias Sociales.

—¿Dónde está, por favor? —preguntó Juan Carlos.

—En el ala oeste, segunda planta. Aunque no creo que encuentren a nadie allí. Nosotros tampoco deberíamos estar aquí.

—Lo comprendo —respondió Juan Carlos—, pero tengo que alimentar a diecisiete ancianos y...

—Espere —pidió el hombre comenzando a abrir y cerrar cajones de su mesa al tiempo que rebuscaba nervioso—, tengo vales de cortesía para comer en el hotel Metropol. Podrían cenar en él al tiempo que preguntan si tienen algún concierto con el gobierno de la ciudad para proporcionarles alojamiento temporal gratuito. Es todo cuanto puedo hacer por el momento.

—De acuerdo —aceptó Aetos—. Encuentre esos vales y seguiremos su consejo.

El hombre continuaba su búsqueda con manos temblorosas cuando de pronto comenzaron a sonar las sirenas de alarma de la ciudad anunciando un nuevo bombardeo. La sirena del propio edificio, por su cercanía y potencia, ponía la carne de gallina. El hombre, con la mirada perdida, dejó de buscar y, mientras descolgaba de un perchero su abrigo y su sombrero, empezó a gritar como un demente:

—¡Fuera de aquí! ¡Es la hora de los ingleses! ¡¡¡Fuera!!!

Y sin esperar respuesta salió de la oficina y corrió por el pasillo en busca de la salida de urgencia más cercana. Moses y Aetos también se marcharon del despacho, pero al ver que Juan Carlos no salía regresaron sobre sus pasos. Al entrar de nuevo en la oficina vieron cómo este vaciaba el contenido de los cajones sobre la mesa hasta dar con varios talonarios de vales de cortesía para comida. De pronto pensó que no estaría de más disponer de varios folios con membrete del ayuntamiento así como de un par de sellos de goma, por lo que se demoró para guardar los folios en una carpeta y los sellos en un bolsillo, y, ya por fin, salir corriendo detrás de los gemelos.

—¿Qué prefieres? —gritó Aetos mientras dejaban atrás la oficina—. ¿Los sótanos del ayuntamiento o la calle?

—La calle, mil veces —respondió Juan Carlos—. Este edificio está condenado.

No tardaron ni un par de minutos en alcanzar la vía pública. Por fortuna, las explosiones de las bombas sonaban lejos, al sur de la ciudad, y seguramente estaban dedicadas ese día a un objetivo estratégico, quién sabe si a alguna fábrica, depósito de combustible o cuartel del ejército. Una gran explosión, que causó una inmediata llamarada seguida de una columna gigante de humo negro, se produjo en la lejanía. Aetos y Moses, tras observar unos segundos la explosión, se miraron presos del pánico.

Juan Carlos los instó con energía:

—¡Vamos, rápido! ¡Al autobús!

Consciente de que la edad no les permitía correr demasiado, los tomó a ambos por el brazo y los ayudó a aligerar el paso. Los llevaba casi a rastras cuando, a mitad de camino, los hermanos se miraron a la cara medio ahogados por el esfuerzo y, soltándose de Juan Carlos, se señalaron el uno al otro con el dedo índice y cayeron en un interminable ataque de risa histérica. Parecían dos dementes; Juan Carlos los observaba con incredulidad al tiempo que balbuceaba:

—No me lo puedo creer. Nos estamos jugando la vida y sólo se os ocurre mataros

de risa.

—¿Y qué mejor manera de morir? —le preguntó Moses—. ¿Es que no has visto la cara de imbécil que se le pone a mi hermano cuando se ahoga?

—Hombre, sí, a tu hermano y a cualquiera, pero no creo que este sea el momento para...

—¡Calla! —pidió Aetos entre suspiros y carcajadas—. Déjanos disfrutar el momento. Piensa que cuando nos reímos lo estamos haciendo de nosotros mismos.

—Reírse de uno mismo es una de las mayores virtudes del hombre —resolvió Juan Carlos mientras volvía a engancharlos por el brazo—, pero salgamos ahora de aquí y, más tarde, a lo mejor me sumo a vuestra fiesta.

Subieron al autobús, Juan Carlos arrancó el motor y condujo el vehículo alejándolo del gran edificio rojo.

El hecho de que el bombardeo se produjera detrás de ellos y concentrado en una sola zona les producía cierta tranquilidad, ya que les permitía alejarse del centro de la ciudad con más calma. Sólo debían preocuparse del caótico tráfico y de los enormes socavones que Juan Carlos eludía con singular pericia. El ruido de las explosiones iba quedando atrás conforme se dirigían hacia el norte de la ciudad.

—Misión cumplida por el momento —proclamó Aetos mientras se sentaba detrás de Juan Carlos—. Al menos esta noche cenaremos, aunque no tengo la menor idea de dónde dormiremos.

—Eso me preocupa menos —aseguró Juan Carlos—. En los almacenes hay una docena de caravanas habitables y sólo habría que conectarlas a un cable distribuidor de electricidad para calentarlas. Los hombres pueden quitarles el polvo mientras las mujeres hacen las camas. A propósito de mujeres, ahora que recuerdo: ¿por qué me dijiste «luego te cuento» cuando estaba anotando el nombre de la concejala de Cultura que me dio la actriz Elke Zolm?

—Por la cara que pusiste cuando le viste la cicatriz.

—Lo cierto es que me impactó. Posiblemente por el contraste con la belleza de la otra mitad de su rostro.

—Es una historia complicada —comentó Aetos—. El caso es que todo en ella es extrañamente anormal, excepto su belleza natural. Mi hermano y yo fumamos, pero no nos jugamos la vida por el tabaco; esta mujer, sin embargo, es una fumadora y bebedora empedernida. Enciende un cigarrillo tras otro, día y noche, y sería capaz de matar por una botella de alcohol. Así está, que se ahoga en un mar etílico y ha padecido un enfisema pulmonar agudo. Es una mentalidad mortificada por sus grandes dudas y su falta de decisión, y es que por lo visto se quedó a mitad de camino entre ser hombre o mujer.

—Pobre mujer —apuntó Juan Carlos—. O pobre hombre, según sus dudas.

—Se dice que sus más importantes vivencias relacionadas con el amor fueron

dos: una con un hombre y otra con una mujer. La primera la dejó arruinada, pues el tipo escapó llevándose cuanto había de valor en el hogar, así como los ahorros que guardaban en el banco. La dejó prácticamente en la calle.

—Un chulo, vamos...

—Más o menos. Sobre la segunda experiencia, se cuenta que, tras una orgía de alcohol y sexo, la mujer a la que amaba la dejó marcada con esa terrible cicatriz en la mejilla izquierda a causa de una fuerte discusión por celos: un cuello de botella de cristal roto destrozó de por vida su precioso rostro.

—¡Qué malos consejeros son los celos! —exclamó Juan Carlos.

—Aquello arruinó su carrera profesional, desde ese momento tuvo que dedicarse a interpretar papeles secundarios para sobrevivir. Ya sabes, los directores huyen de los actores conflictivos.

—Sí que es una triste historia... —comentó Juan Carlos mirando a Aetos por el espejo retrovisor.

—Más que triste, desafortunada.

—¿Cómo llegaste a conocer tantos detalles de su vida?

—Viviendo en una residencia es lo normal. Los ancianos terminamos por contárnoslo todo. Es lo único interesante que podemos hacer: hablar, hablar y hablar todo el día. Cuando no te permiten contar tu historia, tienes que escuchar las de los demás. Es la ley de compensación.

—Entonces podríamos decir que conoces a fondo las vidas de todos los que se han salvado hoy.

—Casi todas, aunque siempre hay excepciones. Los hay que viven en un mutismo total y no sueltan prenda, lo que a veces te hace desconfiar.

Aquella conversación resultaba muy interesante para Juan Carlos. El historial de las vidas, tanto privadas como profesionales, de aquellos geniales artistas era muy interesante. Quién sabe si imprescindible. Algo había comenzado a cobrar vida en su imaginación, algo que, desde el momento en que ayudó a los ancianos a salir de la Casa del Artista, empezó a tomar forma en su mente y que, en principio, podría resultar ventajoso para el futuro de los ancianos y el suyo propio.

La voz de Aetos lo sacó de sus meditaciones.

—¡Cuidado con esos que vienen de frente! —gritó.

Juan Carlos se arrimó a la derecha y frenó para dejar vía libre a varios vehículos pesados del ejército que venían en dirección contraria y a toda velocidad. Quince minutos más tarde entraban de nuevo en los amplios almacenes del Hagenbeck Circus.

## Capítulo 5

Cualquiera que visitase el comedor esa noche pensaría que en el hotel Metropol se estaba rodando una película. Las mesas estaban ocupadas por atractivos personajes totalmente fuera de su época: aquí un Nerón, allá una Cleopatra, más allá un Sancho Panza... Lo curioso era que Nerón lucía su túnica bajo una capa de armiño; Cleopatra, además de un vestido ceñido de gran escote, llevaba una casaca de húsar, y Sancho Panza cubría su chaleco de piel con un sarape mexicano. Consciente del frío que reinaba en Berlín e impactado por la tragedia que vivían aquellos ancianos, el gordo Cort, tan respetuoso hasta ese momento con lo que se guardaba en aquellos almacenes, había puesto en manos de Erika parte del vestuario de las pasadas producciones del circo sin dudarle ni un momento. El espectacular y absurdo lujo de las vestimentas de los comensales se convertía en trágica realidad al observar el contraste que ofrecían con los camareros, quienes servían las mesas vistiendo abrigo, bufanda, guantes y gorro debido a la falta de calefacción en el hotel.

El menú, por otra parte, no sorprendía a nadie: sopa de col hervida, salchichas al vapor, pan de centeno y agua. Eso sí, todo servido con una clásica cubertería francesa y en vajilla de fina porcelana y cerámica Rosenthal.

Juan Carlos, sentado en una mesa junto a Aetos y Moses, trataba de calmar las quejas de ambos a causa del mal olor que despedían los abrigos de piel de pantera.

—El tuyo huele a sudor de canguro australiano —aseguró Moses mirando a Aetos con gesto de asco.

—Pues el tuyo debió de pertenecer al mismo canguro, pero después de muerto —le respondió su gemelo.

—Entre el olor a sopa de col que sale de la cocina y el que despiden vuestros abrigos, más que una cena esto parece un concurso de pedos de león... —añadió Juan Carlos, muerto de risa.

—Dicen que nada perdura tanto en el recuerdo como el olor —comentó Moses.

—Pues espero no volver a recordar esta noche jamás en mi vida —sentenció Aetos.

Juan Carlos, tras volver a la seriedad y observando el comportamiento de todos y cada uno de aquellos artistas en el ocaso de sus vidas, comentó a los gemelos:

—Más tarde os informaré de una idea que me ronda la cabeza, y quiero vuestra opinión al respecto. O quizá sea mejor que os lo comunique a todos al mismo tiempo, aunque antes quiero saber algo más sobre estos ancianos. Por ejemplo, Aetos, tú que conoces los antecedentes de todos, cuéntame cosas de sus vidas.

—¿Alguna en particular?

—Lo cierto es que necesito estar al tanto de todas.



—¿Ahora trabajas para la Gestapo?

—¿Tengo yo cara de eso? —respondió Juan Carlos con una sonrisa irónica.

Aetos, tras recorrer con la vista a todos los ancianos, se quedó ensimismado con la anciana disfrazada de Cleopatra. Preguntó a Juan Carlos:

—¿Quieres escuchar una triste historia?

—Debo escucharlas todas.

—Pues mira a Cleopatra y presta atención: se llama Linda Borge, o al menos con ese nombre era conocida como trapecista. Nunca pude verla actuar ni jamás coincidimos en el mismo espectáculo, pero aquellos que la vieron coinciden en que nadie la superaba en equilibrio sobre el trapecio.

—Sé quién es —comentó Juan Carlos—, pero sólo conozco su historia profesional. Dicen que era muy buena.

—Más que buena —agregó Moses—. Los que la vieron en el trapecio suelen decir que se jugaba la vida en cada representación.

—Hay quien dice que en sus últimas actuaciones buscaba la muerte continuamente —prosiguió Aetos—. En ese aspecto... creo que se asemejaba bastante a ti.

Las palabras «buscar la muerte» trajeron a la mente de Juan Carlos el recuerdo de su amigo el Nanu, herido y abandonado en aquella playa levantina, pero en seguida apartó esos pensamientos y preguntó:

—¿Qué razón tenía para hacerlo?

—A ello vamos —prosiguió Aetos. Y, buscando acomodo en la butaca, continuó—: Nunca la he visto reír, ni siquiera sonreír. Es poco comunicativa y apenas habla. Eso sí, bebía como un cosaco, aunque siempre después de terminar su actuación. Cuando llegó a la Casa del Artista acababa de finalizar un período de rehabilitación hasta que un día a la hora de almorzar, al poco de su ingreso, fui a mi habitación a por cigarrillos y al abrir la puerta me la encontré tirada en el suelo completamente borracha. En un descuido de la enfermera se había bebido parte de una botella de alcohol del dispensario y, equivocándose de dormitorio, se había metido en el nuestro. Traté de levantarla del suelo, pero se agarró a mis piernas con esa increíble fuerza que despliegan las personas bajo los efectos del alcohol y me pidió que la escuchara. Primero me agaché para, más tarde, terminar sentado en el suelo a su lado mientras ella, llorando como una niña, se desahogó narrándome la tragedia que arruinó su vida.

—Me tienes intrigado.

—No me digas que no conocías la historia de la trapecista borracha —comentó Moses—, porque dentro del ambiente artístico de Berlín la han oído hasta los gatos.

—No soy hombre que se interese por la vida privada de los demás —se excusó Juan Carlos con una sonrisa—, a no ser que tenga un motivo justificado, como sucede

ahora.

Aetos, con exquisita delicadeza, cortó un trozo de salchicha, lo cubrió con mostaza, se lo llevó a la boca y, tras acompañarlo con un buen trozo de pan de centeno y tragárselo sin ninguna prisa, continuó:

—Era una mujer feliz y verdaderamente dichosa. Vivía profundamente enamorada de su marido, una especie de faquir de fantasía que traía de cabeza a todas las mujeres de la compañía. Tenían una hija de catorce años que comenzaba a destacar como caballista de alta escuela y como mujer.

—Adornas demasiado la historia —interrumpió Juan Carlos—. ¿Lo haces porque disfrutas contándola?

—Si no conoces los antecedentes, ¿cómo la juzgarás después?

—También tienes razón —aceptó.

—El caso es que, cuando todo en sus vidas rezumaba felicidad e ilusión, un mal paso del marido desencadenó una serie de desgracias.

—Traicionó a su mujer —conjeturó rotundo Juan Carlos.

—Con tan mala suerte que dejó embarazada a una domadora de focas inglesa —intercedió Moses riendo.

—No sé de qué te ríes —comentó Aetos con seriedad—. Conoces la historia igual que yo y sabes muy bien que no tiene ninguna gracia.

—Es cierto —afirmó medio abochornado—. La estupidez humana a veces convierte la tragedia en comedia.

—Para no alargarnos —prosiguió Aetos—, nuestra Cleopatra se enteró de la traición y, como es lógico, de ser una mujer completamente feliz pasó a vivir la más amarga de las existencias. Los celos la corroían y sufría lo indecible, por lo que su hija, incapaz de soportar el dolor de su madre, decidió vengarla.

—Pero esto es un drama de Shakespeare... —exclamó Juan Carlos.

—En toda su crudeza —añadió Aetos—, porque la niña, quizá drogada o con unas copas de más, pero ciega de venganza y en un acto de inmadurez mayúsculo, mató al padre, a la inglesa y al bebé que esta llevaba dentro; y, no contenta con lo que había hecho, a continuación, y con la misma pistola, se suicidó de un balazo en la cabeza.

Juan Carlos quedó boquiabierto mientras miraba a Aetos sin dar crédito a sus palabras.

—Supuse que le haría alguna jugarreta a la domadora de focas —se sinceró incrédulo—, pero jamás hubiera imaginado que cometería tal escabechina...

—Y así se ha quedado Linda —comentó Moses—: desquiciada por la tragedia y completamente alcoholizada.

—No es para menos —se compadeció Juan Carlos.

Y, mientras la observaba de reojo, pensaba si no sería una locura lanzarse a una

aventura como la que su mente estaba madurando, si bien, al mismo tiempo, pensaba que no todos aquellos viejos genios retirados habrían vivido historias tan sórdidas y truculentas como la suya o la de Elke Zolm.

Una manzana, que la mayoría de los ancianos guardaron en sus bolsillos, fue el único postre de aquella escasa cena.

Al regresar a los almacenes del circo, el gordo Cort los recibió con la buena noticia de que los calentadores de las caravanas estaban en marcha, lo que les aseguraba un sueño medianamente confortable. Tras la distribución de las caravanas, Juan Carlos pidió a los ancianos que se acercaran y tomaran asiento en las sillas plegables que acababa de disponer. Los artistas, entre murmullos de preocupación, se dispusieron a escuchar a quien hasta ese momento se había convertido en su guía y protector. Aetos y Moses, con una mezcla de curiosidad y estupor reflejada en sus rostros, encendieron sendos cigarrillos y se sentaron junto al gordo Cort. La última en hacerlo fue la joven Erika, quien, tras acomodarse junto a sus padres y antes de que Juan Carlos abriese la boca, le miró a los ojos brindándole una suave sonrisa de agradecimiento y confianza. Una vez que todos estuvieron frente a él, y aunque se sentía un poco confuso a causa de aquella enigmática sonrisa, Juan Carlos se apoyó con desenfado en un baúl-armario y comenzó:

—Queridos amigos, vuestra situación es trágica. La ciudad de Berlín continúa siendo bombardeada cada pocas horas, y la Casa del Artista ha quedado destruida. Nuestra experiencia con el ayuntamiento nos ha dejado bien claro que el gobierno de la ciudad no puede ofreceros protección. Lo habéis perdido todo. Todo. Vuestro patrimonio, que en su momento entregasteis a la Casa del Artista a cambio de residir en esa institución el resto de vuestras vidas, ahora se ha convertido en polvo. Ya no tenéis nada, aunque por fortuna os queda lo más importante: la vida.

—Y poco de ella, por cierto —profirió uno de los viejos con voz atrompetada.

—Estamos viviendo unos días en los que la autoridad brilla por su ausencia —continuó Juan Carlos—, y creo que ha llegado el momento de tomar una determinación. Yo ya la he tomado, mañana abandonaré Berlín, y os quiero preguntar: ¿hay alguien que quiera acompañarme?

Hizo la pregunta clavando sus ojos en los de Aetos y Moses, quienes, al igual que el resto de los presentes, se miraron desconcertados.

—Sí, ya sé que la mayoría no me conocéis y que lo que propongo es muy precipitado, pero los gemelos Orakis y el gordo Cort, que me conocen muy bien, saben que no soy un aventurero loco.

Todos volvieron sus cabezas hacia los mencionados. Moses, reaccionando de inmediato, habló:

—Por supuesto que no eres un loco, pero ¿adónde piensas ir?

—En principio a España, pero por el momento me vale cualquier lugar donde no

caigan bombas y balas de cañón.

—¿Por qué no nos dijiste antes nada de este plan? —preguntó Aetos.

—Porque lo acabo de terminar de decidir en este momento. Es más..., se me está ocurriendo que podríamos convertirnos en una embajada artística que intentase actuar en algún lugar del mundo.

—No creo que consigamos salir de Berlín —apuntó Aetos—. Estamos rodeados.

—Todavía no —aseguró Juan Carlos—. Tengo entendido que la comunicación con Francia y Suiza sigue siendo posible, aunque complicada. Habría que intentarlo. Nada es fácil en esta vida, y menos en tiempos de guerra.

Treinta minutos más tarde, Juan Carlos había logrado su propósito: todos habían decidido seguirle. Las sirenas, que avisaban de un nuevo bombardeo, resultaron definitivas para inclinar a su favor a los últimos indecisos. Curiosamente, sólo un matrimonio de ancianos decidió quedarse alegando que tenían en Berlín a dos hijos. Los demás no sólo se apuntaron al viaje, sino que, llenos de ilusión, propusieron ideas para desarrollar un gran espectáculo en el que todos participarían. La llama de la afición por la escena seguía viva en el interior de aquellos otrora colosales artistas, Juan Carlos sólo había tenido que soplar levemente sobre los rescoldos aventureros que todavía perduraban en aquellas almas para reavivar en ellas la ilusión. En cuanto al gordo Cort, respetuoso con sus patronos, decidió permanecer al cuidado de los almacenes. Eran muchos los años que llevaba allí y, sin embargo, y para sorpresa de Juan Carlos, consciente de que aquel material sería pasto del fuego en cualquier momento, se ofreció a entregarles cuanto les fuese útil para el retorno a la escena de las veteranas estrellas.

Las últimas palabras de Juan Carlos fueron para pedirles que le ayudaran a confeccionar una lista con sus nombres y especialidad artística, así como para animarlos a descansar, ya que debían madrugar para hacer acopio de vestuario y material de trabajo antes de partir a las once de la mañana, hora de inicio del viaje.

Una vez acomodados los ancianos en las caravanas, Juan Carlos acudió a la pequeña oficina del gordo Cort, donde este, lápiz en mano, hacía anotaciones en su diario particular mientras sorbía de una vieja taza una fuerte mezcla de café y licor.

—¿Quieres? —le ofreció.

—No, gracias. No dormiría en una semana si probase un solo sorbo de esa bomba que bebes.

—Es cuestión de costumbre —confesó Cort después de tomar un buen trago.

—Hay costumbres que matan.

—Tienes razón, pero así como me acostumbro a morir, según tú, envenenado por este horrible brebaje, no acabo de hacerlo a perecer bajo una bomba.

Juan Carlos no quiso insistir en que cerrase el almacén y los acompañase, pues conocía la terquedad y fidelidad del hombre hacia la familia Hagenbeck; sería perder

el tiempo y llevaría la conversación al terreno de los sentimientos, por lo que, sacando del bolsillo su agenda, le comentó:

—Ya sabes que jamás he usado el teléfono de los almacenes, pero esta vez necesito hacerlo. ¿Puedo probar?

—Prueba, pero será en vano. Hace más de quince días que no consigo conectar con Suiza.

Juan Carlos, armándose de paciencia, levantó el aparato y comenzó a marcar el número de la operadora internacional. Puesto que pensaba que tardaría un buen rato en contactar con ella, si es que lo conseguía, la sorpresa le hizo dar un respingo al escuchar la voz de la telefonista. Inmediatamente solicitó hablar con un nombre y número en Francia, y a los pocos segundos oía la lejana voz al otro lado del hilo telefónico de un íntimo amigo, un empresario francés de gran influencia en el gobierno del país y propietario de teatros en Lyon, Burdeos y Toulouse.

## Capítulo 6

A pesar de la caótica situación que estaba viviendo Alemania, y en especial Berlín, Otto Günsche era consciente de que mantenía intacta su autoridad. Cuando se comunicaba con los oficiales de la Wehrmacht, de la Luftwaffe o de la Kriegsmarine, todos sabían que estaban hablando con la persona más cercana a Adolf Hitler. Algunos, terminada la conversación, solían afirmar: «¡Acabo de hablar con el Führer!». Y, no en vano, algunos oficiales habían pagado caro el incumplimiento de órdenes emanadas de la oficina de Otto Günsche. Pero ahora su problema era otro: ¿a quién llamar? Los oficiales amigos suyos o de confianza habían desaparecido en la guerra o estaban en el frente; Berlín estaba siendo defendida mayoritariamente por tropas agotadas, así como por ancianos y niños; pero este no era un asunto como para dejarlo en manos de cualquiera, bien que se lo había aclarado su jefe, y tampoco podía ocuparse personalmente de investigar a fondo en los restos que hubiesen quedado de la Casa del Artista. En las condiciones en que estaba el Führer, no podía permitirse abandonar el búnker si no era por un corto período y en caso de fuerza mayor. Al final, tendría que recurrir a algo que no era de su agrado, algo a lo que ya se había negado en varias ocasiones: la Gestapo.

Cada vez que levantaba el teléfono lo volvía a colgar. La Gestapo haría mucho ruido, pensaba, y se trata de gente extremadamente prepotente. Resolvían los casos a la tremenda y sin calcular las consecuencias. Nadie mejor que él conocía la desafortunada evolución que había sufrido ese cuerpo, ahora absorbido por las SS. Pero, visto el panorama que se le ofrecía, se hacía irremediable caer en sus manos. No podía permitirse otra opción y, aun así, meditó largo rato hasta tomar la decisión contraria a su deseo. Una vez decidido, buscó en su agenda el nombre de algún oficial de la Gestapo a quien encomendarle la misión, aunque por más que la revisaba no daba con ninguno que despertase su interés. Todos, salvo raras excepciones, eran fríos y sanguinarios. Buscó entre los que pertenecían a la «rara excepción» y dio con un joven oficial que, por lo que había oído, no terminaba de adaptarse a los métodos utilizados por su cuerpo, por lo que, según sus últimas noticias, pronto lo expedientarían. Este era su hombre, sin duda, si es que aún vivía y seguía en servicio.

Levantó el teléfono, marcó un número y, a los pocos segundos, escuchó una voz ronca, aguardentosa, seca, que únicamente dijo:

—¡Gestapo!

—Le habla el Standartenführer Otto Günsche. Necesito comunicarme con el Obersturmführer Adalbert Adler.

La voz ronca respondió con desgana y como si le llegara desde un micrófono averiado: «Un momento...». Segundos más tarde se oyó una voz joven que preguntaba:

—¿Quién es?

—¿Es usted el Obersturmführer Adalbert Adler? Le habla Otto Günsche, primer ayudante del Führer. Necesito verle personalmente.

—Usted dirá dónde, señor —respondió el Obersturmführer de inmediato, aunque algo sorprendido.

—Le estaré esperando en la entrada de nuestro edificio dentro de media hora. Venga solo. Absolutamente solo, ¿alguna duda?

—Ninguna, señor. Allí estaré.

Media hora más tarde, puntual, se detenía en la puerta del búnker un vehículo de la Gestapo del que se apeó Adalbert Adler. Günsche, que acababa de salir a la puerta principal, tras saludar al joven oficial le indicó que subiese de nuevo a su vehículo y este, asombrado, obedeció. Mientras el joven se volvía a sentar al volante, Günsche lo hacía en el asiento contiguo al tiempo que le ordenaba:

—¡A la Casa del Artista!

—¿La Casa del Artista? —preguntó confuso el joven.

—Usted arranque, que yo le indico.

Minutos más tarde llegaron a lo que había sido ese edificio y observaron cómo un equipo de salvamento rebuscaba entre las ruinas. Adalbert Adler apagó el motor e hizo ademán de apearse del vehículo. Günsche, sujetándole del brazo, le dijo:

—No es necesario. Lo que tengo que explicarle puedo contárselo aquí. —Adler, obediente, quedó a la espera, y Günsche prosiguió—: Desconozco todo lo relativo a esta tragedia, si bien ese equipo de salvamento podrá informarle sobre los supervivientes, en el caso de que haya sobrevivido alguien, aunque lo dudo. Necesito que se haga cargo de la investigación y busque entre esas ruinas un sobre.

—¿Un sobre? —comentó extrañado el oficial.

—Efectivamente, un sobre marrón. Lleva impreso el sello privado del Führer.

—¿Estaba guardado en alguna caja fuerte?

—Lo ignoro, pero no lo creo.

—¿Cómo llegó hasta aquí? —preguntó el joven mientras sacaba del bolsillo una pequeña agenda y una pluma.

—Es complicado —respondió Günsche—. Sólo puedo decirle que un matrimonio de ancianos lo custodiaba. Probablemente fallecieron durante el bombardeo, no lo sé. Usted deberá averiguarlo.

—Pero ¿cómo piensa que puedo encontrar un sobre entre esas ruinas?

—No hubo incendio, así que... Para su mejor comprensión, permítame informarle de que el Führer tiene un gran interés en recuperarlo.

El Obersturmführer se quitó la gorra, se rascó la cabeza y, pese a acompañar sus palabras con un gesto de duda, afirmó:

—¡Se hará lo posible, señor!

—Así me gusta —respondió Günsche. Recordando de pronto algo, le preguntó con interés—: ¿Su segundo apellido es francés?

—Efectivamente —contestó Adalbert Adler—. Mi segundo apellido es Duchamp. Mi padre, diplomático de carrera, estuvo destinado veinte años en París y allí se casó con mi madre, francesa de nacimiento, y allí nací y crecí yo. Me eduqué en un colegio alemán de París al que asistían los hijos de los diplomáticos alemanes, pero en realidad hablo el francés mejor que mi propia lengua.

—El que hable francés no me preocupa, lo que sí me preocupa y deseo que me aclare inmediatamente es si piensa usted en francés o en alemán.

—Perdone, pero no entiendo la pregunta.

—Lo que intento averiguar es si se siente usted alemán o su corazón está dividido en dos. La misión que le estoy encomendando requiere una entrega total y un sentimiento patriótico fuera de toda duda.

—Siéntase libre de encargarle esta misión a otra persona, Standartenführer, pero dudo que encuentre a nadie más patriota que un servidor.

—Las palabras se las lleva el viento, amigo. Consígame ese sobre y entonces hablaremos de patriotismo.

—Y espero que también de un solo corazón —no pudo evitar soltar Adler, mientras levantaba su brazo en señal de despedida.



## Capítulo 7

Tras la fructífera conversación telefónica con Francia y mientras trataba de dar forma en su mente a la aventura que estaba a punto de iniciar, Juan Carlos se quedó dormido en el viejo sofá en el que el gordo Cort solía hacer sus siestas. Este, al verlo completamente rendido y consciente del agotamiento que debía de sufrir, tomó el último sorbo de aquel infernal brebaje, ya frío, y evitando hacer ruido para no despertarlo lo arropó con una vieja manta y lo dejó descansando.

Al amanecer, el inquieto trasiego de los viejos le despertó. No dejaban de rebuscar y mover trastos de un lado para otro. La ilusión de volver a ser útiles, tras varios años de retiro y de intenso aburrimiento en la Casa del Artista, los dotaba de una nueva vitalidad desconocida para ellos. Un refrescante espíritu se había adueñado de sus corazones y los invitaba a vivir de nuevo experiencias artísticas.

Aquel muchacho español, gran trapealista y compañero de profesión, les estaba devolviendo su mundo de luz, fantasía, aplausos, ilusión y gloria. Y, por lo visto, no estaban dispuestos a dejar pasar la ocasión. Aetos y Moses rebuscaban entre los complicados aparatos de magia mientras otros elegían herramientas o trastos utilizados para la acrobacia o los equilibrios. Soltando de vez en cuando alguna que otra fuerte carcajada, las mujeres separaban piezas de vestuario y se las probaban. De pronto, interpretada en un pequeño órgano o armonio, comenzó a sonar la coral «O Mensch, bewein dein Sünde gross», que cierra la primera parte de *La Pasión según san Mateo*, de Johann Sebastian Bach. Todos levantaron sus cabezas y, fascinados con aquella música, miraron al lugar donde se producía el sonido, pero al poco rato cada cual continuó con su tarea. La intérprete, una elegante dama de aspecto aristocrático, una vez probado el instrumento, se dio por satisfecha y pidió ayuda para separarlo del resto de los trastos.

Juan Carlos, ya totalmente despierto, miró a su alrededor y descubrió sobre la mesita de Cort un pequeño montón de papeles, cada uno con un tipo de letra diferente; sobre ellos había una lista con infinidad de detalles. Allí estaba la información que había solicitado a los ancianos. La revisó por encima y descubrió que contaba con una actriz dramática alemana; una trapealista sueca de más de setenta años; los mejores magos del mundo, griegos; un magnífico equilibrista y su compañera, ambos de origen albanés; un patinador ciclista cómico belga; una pareja especialista en sombras chinescas, holandeses, más su hija, de nombre Erika; dos músicos austríacos; una pareja de húngaros experta en baile de salón; una cantante clásica italiana; y una pareja de ventrílocuos imitadores de voces y sonidos y procedentes de Dinamarca. No se podía quejar, ¡todo un espectáculo! Mucho más que eso en realidad, pues cada uno de aquellos artistas era un fuera de serie en su especialidad. ¡Impresionante! Metió en un sobre todos aquellos papeles que más tarde

estudiaría con detenimiento y lo guardó en un bolsillo del pantalón. Por el momento era justamente lo que necesitaba para intentar regresar a España: un espectáculo completo integrado por grandes figuras de la escena con el que cruzar parte de Alemania y Francia. ¡Quién lo hubiera imaginado veinticuatro horas antes! Las circunstancias y la casualidad ponían en sus manos una compañía internacional de viejas glorias que, bien gestionada, podría significar su salvación.

Pensando en el viaje que pretendía iniciar fue hasta las habitaciones privadas de Cort, quien, por lo visto, andaba ya en la faena de ayudar a los ancianos. Entró al cuarto de baño y se acercó al lavabo, donde con una agua casi al borde de la congelación se refrescó la cara y la cabeza. No disponía de tiempo suficiente para tomar un baño, como hubiera sido su deseo, por lo que tras secarse y peinarse entró en la salita de la vivienda donde llevaba casi un año durmiendo de prestado. El buenazo de Cort jamás le aceptó ningún tipo de retribución, a excepción de esas botellas de aguardiente que de vez en cuando le regalaba. Juan Carlos abrió su baúl-armario, sacó de un cajón unos cuantos billetes e inmediatamente salió en busca del gordo. No tuvo que andar mucho; lo encontró a pocos pasos y detrás de una caravana atendiendo a un anciano, de aspecto humilde y aristocrático a la vez, que solicitaba algo de Cort que este no podía facilitarle. El anciano, tras dar los buenos días a Juan Carlos, se alejó cariacontecido.

—¿Qué quería? —preguntó Juan Carlos.

—Un violonchelo.

—¿Y qué le has dicho?

—Que esto es un almacén de circo y no el conservatorio.

—Pobre hombre.

—Le he ofrecido otros instrumentos musicales que tengo por ahí y que solían utilizar los payasos. Luego se los mostraré... Te advierto que tus ancianos, como los deje solos, me vacían el almacén.

—Eres un exagerado...

—¿Exagerado? Hubo uno que quería llevarse una antiquísima cama elástica que perteneció a los célebres Adriana y Charly.

—¿Y para qué quería una cama elástica?

—Dijo que para hacer piernas.

Juan Carlos, tras soltar una fuerte carcajada, disculpó al anciano alegando:

—Todo es consecuencia de la ilusión que he sembrado en sus mentes.

—Pues de la mente no sé cómo andarán, pero puedo asegurarte que están despiertos desde el amanecer, y sólo con una manzana en el estómago.

—De eso quería hablarte —explicó Juan Carlos mientras sacaba del bolsillo los billetes—. ¿Te importaría tratar de conseguir lo que sea? Pan, repostería, galletas, leche, café...

—Eso es imposible en Berlín —contestó Cort—. Lo sabes mejor que yo.

—Lo que sé es que tú conoces a todos los contrabandistas de alimentos de esta ciudad y que eres capaz de sacar agua de las piedras.

—Siempre terminas por convencerme —refunfuñó Cort mientras le arrancaba los billetes de la mano—. Lo primero que tengo que conseguir es gasolina para la furgoneta y para el autobús. El último bidón lo conseguí a cambio de una preciosa alfombra turca. A ver qué saco hoy... Ah, y vigila a los viejos, porque al ritmo que van no va a caber ni uno en el autobús.

—Yo me encargo de ellos y tú ocúpate de la intendencia.

El gordo Cort, acostumbrado a la obediencia y convencido de la importancia de su ayuda para sacar adelante el proyecto de Juan Carlos, arrancó la furgoneta y se puso en marcha. No se hacía ilusiones, la necesidad y el hambre azotaban Berlín, pero como decía su padre: «No hay peor gestión que la que no se hace».

Juan Carlos lo vio salir y, con su talante positivo y la seguridad de que algo traería, se dirigió a la zona del almacén donde trajinaban los ancianos. A mitad de camino encontró a Aetos y a Moses, que acababan de revisar un sofisticado aparato de magia.

—¿Cómo va la cosa? —les preguntó.

Aetos, positivo siempre, respondió:

—Mucho mejor de lo que esperábamos. Jamás imaginé que consiguiésemos aquí aparatos y trucos tan valiosos.

—Un poco antiguos... —comentó Moses.

—Pero de los más efectivos en la historia de la magia —añadió en seguida Aetos—. Como verás, hemos elegido los más pequeños. Eso sí, hemos separado bastantes antorchas, linternas y focos de luz a base de baterías, así como algunas cajas de magnesio para simular explosiones. Todo eso puede sernos muy útil a la hora de presentar el espectáculo.

—Bien hecho —los elogió Juan Carlos—. Habrá que disponerlo de la mejor manera posible, porque sólo contamos con la parte trasera del autobús para llevar el equipaje y los trastos.

De repente, Moses soltó una risita.

—¿A qué viene esa risita ahora? —quiso saber Aetos.

—Me pregunto dónde cabrá todo aquello —dijo señalando un gran montón de trastos y aparatos circenses.

Aetos y Juan Carlos miraron hacia donde señalaba y comenzaron a reír también.

—Piensan que salimos de *tournee* para toda la vida —los excusó Juan Carlos.

—¿Y no es eso acaso? —preguntó Aetos.

—Sí, pero no —repuso Juan Carlos—. Ahora mismo los advierto del poco espacio del que disponemos.

—Y de paso habla con las damas —añadió Moses—, porque han empaquetado vestuario como para representar *Las mil y una noches*.

Todos aquellos genios comprendieron la situación, pero, aun así, hubo que destornillar y eliminar varios asientos de la parte trasera del autobús para dar cabida al material seleccionado. Los De Cock, padres de Erika, hicieron acopio de linternas de escena con que presentar su número de sombras chinescas; Juan Carlos cargó detrás sus aparatos y trapecios junto al resto de los trastos, y dejó un hueco a mano donde incrustar su baúl-armario para poder abrirlo en cualquier momento con facilidad. Allí llevaba algún dinero para gastos menores, así como los ahorros de los últimos años de trabajo convertidos en monedas de oro de colección y alguna que otra piedra preciosa, que era la manera tradicional en que los profesionales del circo conservaban su capital.

No salieron a las once, como estaba previsto. De todas formas, no hubieran podido hacerlo porque a esa hora se estaba produciendo un nuevo ataque aéreo sobre la ciudad. Bajo el bombardeo regresó Cort y comentó aterrorizado que a punto había estado de que le cayera un edificio encima. Pero ese día los hados estaban con ellos, pues había resuelto con creces el apartado de alimentación consiguiendo galletas, encurtidos envasados, leche en polvo, café, mermelada y algo de bollería. También, y esto era de vital importancia, había logrado intercambiar con un contrabandista doscientos litros de gasolina por cinco alfombras de llama del Perú. Juan Carlos sería el encargado de recoger los cuatro bidones de cincuenta litros y, a su vez, entregar las cinco alfombras antes de salir de la ciudad. Pero antes debía preparar algo, un salvoconducto que les ayudase a franquear algunos de los muchos atolladeros en los que se encontrarían durante el viaje, porque era indudable que habría muchos controles en las carreteras.

Con los ancianos esperaba no tener mayores problemas, puesto que todos, afortunadamente, estaban documentados. Pero ¿cómo justificaría él ante cualquier autoridad el hecho de llevar un autobús lleno de «viejas glorias» a través de una Alemania en llamas? Después de mucho pensar hizo una seña a la actriz Elke Zolm, que se encontraba revolviendo ropa en la zona de vestuario, para pedirle que lo acompañase hasta la pequeña oficina de Cort. Una vez allí le preguntó:

—¿Qué tal ese pulso?

—¿A qué se refiere? —preguntó a su vez la actriz con desconfianza.

Juan Carlos extrajo de una carpeta un folio con membrete del Ayuntamiento de Berlín y, mostrándoselo a Elke, le explicó:

—Vamos a tener que dar explicaciones más de una vez de la razón de nuestro viaje. Le agradecería que escribiera en este folio una justificación.

—No le comprendo —se defendió la actriz, dando un paso atrás sobresaltada.

—No se asuste —la tranquilizó Juan Carlos—. Lo que le estoy pidiendo, ya que

supongo que usted escribirá en alemán mucho mejor que yo, es que falsifiquemos una carta de recomendación del Excelentísimo Ayuntamiento de Berlín, así evitaremos que nos retengan por esas carreteras de Dios.

—Pero... eso es ilegal.

—Más ilegales son el hambre, el frío y la muerte. Estamos en guerra, señora. Dígame, con sinceridad, qué puede tener de ilegal una pequeña trampa si gracias a ella podemos sobrevivir dieciocho seres humanos.

—Tiene usted razón —aceptó con dramatismo la actriz—. Pero con una condición: yo nunca escribí esa carta.

—Ni usted, ni yo, ni nadie que usted y yo conozcamos.

—Bien, entonces dígame qué quiere que escriba —respondió convencida Elke mientras tomaba asiento ante la mesita de Cort.

—«A quien pueda interesar» —comenzó a dictar Juan Carlos.

Elke, mojando la pluma en el tintero, escribió un precioso «A quien pueda interesar» con letra firme.

—Permítame felicitarla por la letra.

—Usted siga dictando, que ya habrá tiempo para elogios.

—De acuerdo —dijo Juan Carlos. Y prosiguió—: «La compañía de glorias veteranas de la Casa del Artista se dirige a Stuttgart, donde presentará su maravilloso espectáculo *Curiosidades y amenidades del universo*. Rogamos a las autoridades civiles y militares el mejor de los tratos y las mayores facilidades para el buen cumplimiento de esta misión».

—¿Y quién firma esto? —preguntó la dama al finalizar la última línea.

—Usted escriba «Con nuestro agradecimiento» al pie de la nota, que yo haré un garabato como firma.

Después, sobre el garabato, Juan Carlos estampó el sello del Ayuntamiento de Berlín.

La actriz, al comprobar cómo había quedado aquel documento, elevó las cejas en un gesto de aprobación y exclamó:

—¡Esto es hacer las cosas bien!

Con los estómagos satisfechos y tras las últimas instrucciones de Juan Carlos, que había logrado hablar con Francia en dos ocasiones más, a la una y media de la tarde salía de los almacenes el autobús. Habían decidido, de común acuerdo, acercarse a la frontera con Francia realizando paradas para cenar y dormir en Magdeburgo, Weimar, Wurzburg y Stuttgart. Cuando llegaran a esta última ciudad, estarían a un paso de la frontera con Francia.

## Capítulo 8

Mientras colocaba la llave de contacto y arrancaba el autobús, Juan Carlos pensaba que viajar con un grupo de ancianos como aquellos, acostumbrados a recorrer mundo y versados en la problemática de fronteras y aduanas, debía de ser como viajar con la voz de la experiencia. Cualquiera de ellos llevaba a cuestas más de medio mundo, y es que el hecho de que los hubieran contratado para realizar tantas giras por distintos países los convertía en personas acostumbradas a las tradiciones, culturas y mentalidades de los diferentes pueblos visitados, así como en conocedores de las triquiñuelas necesarias para salir tanto de atolladeros imprevistos como de las trampas que suele poner la vida en el camino. Lo que no imaginaba era que la savia, el conocimiento, la veteranía y el exceso de confianza de aquellos hombres y mujeres tenían su contrapartida.

Aetos y Moses ocuparon los dos asientos situados detrás del conductor. Juan Carlos le había pedido a Erika que también se sentase en primera fila, a su derecha, para que, en el caso de que cualquier anciano tuviese alguna necesidad o inquietud, ella se lo pudiera comunicar. No hacía ni cinco minutos que habían abandonado los almacenes cuando, tambaleándose por el pasillo central, se acercó a Juan Carlos uno de ellos y, sujetándose a los respaldos de los asientos y elevando su aguda voz de pito, se identificó diciendo:

—Me llamo Al Pace y soy equilibrista.

—Muy bien —respondió Juan Carlos mirándole por el espejo retrovisor interior—. ¿Qué podemos hacer por usted?

—¡Me estoy meando! —dijo mientras cruzaba las piernas para controlarse.

—Pero ¡si acabamos de arrancar! —exclamó Juan Carlos.

—Eso le estaba yo diciendo a mi vejiga —respondió el viejo mientras retorció sus piernas—, pero no me hace caso. ¡No me comprende, no me obedece, y no sabe usted bien la que puede formar si se pone a ello!

—Aguante diez segundos —le pidió Juan Carlos mientras arrimaba el autobús a un edificio en ruinas.

Jamás hubieran podido imaginar la agilidad y destreza que demostró el albanés al correr por entre aquellos cascotes, dando saltos como un pájaro zancudo, hasta encontrar una pared donde aliviarse. Las carcajadas dentro del autobús eran continuas, tanto que varios ancianos se contagiaron y tuvieron que salir corriendo del vehículo en busca de paredes donde satisfacer su necesidad. Las mujeres se morían de risa al verlos saltar y correr, y Juan Carlos, riendo por primera vez en mucho tiempo, miró a los gemelos.

—¿Y vosotros no...?

Aetos, con una mueca de sorna, le replicó:

—Pues ya que lo dices...

Se levantaron ambos como dos resortes y corrieron como ardillas a participar en aquel momento feliz de desahogo fisiológico. Al regresar al autobús y sentarse, todos tiritando de frío, Juan Carlos, como si de niños se tratase, los amonestó:

—Espero que la próxima vez hagamos esto organizadamente.

El ventrílocuo Bergen se levantó, salió al pasillo, colocó la voz a la altura de su bajo vientre y, con un sonido que recordaba un trombón de varas y sin mover un ápice los labios, respondió:

—¡Las vejigas llenamos y vaciamos, pero nunca nos organizamos!

Ante la hilaridad general, Juan Carlos se sentó, puso la primera marcha y, tratando de contener la risa, aceleró consciente de lo que le esperaba el resto del viaje.

Aetos reparó en cómo le había cambiado el gesto a Juan Carlos mientras conducía. De tener que contener una carcajada había pasado a un rictus de preocupación que le hacía fruncir el ceño. Interesado, le preguntó:

—¿Hay algo que te preocupe aparte de esta locura de viaje que estamos iniciando?

—No, sólo pensaba en Thor Bergen, el ventrílocuo de la vejiga organizada. Parece un hombre con un gran sentido del humor.

—Y con un gran amor por la profesión. Pocos hombres en este mundo hubieran sido capaces de tomar la decisión que él tomó en su momento.

—¿Algo que se pueda conocer?

—Por supuesto —afirmó Aetos—. Aprovechando que vas conduciendo, te pongo al día sobre él.

E, inclinándose hacia el frente y situando su boca lo bastante cerca del oído de Juan Carlos para que nadie le escuchara, comenzó a decir:

—Su historia es sorprendente: graduado como cirujano traumatólogo y en pleno ejercicio de su profesión, a Bergen lo invitaron a participar en un concurso internacional de ventrílocuos e imitadores de voces y sonidos.

—¡Médico! ¡Vaya sorpresa! Pero ¿eso quiere decir que también era ventrílocuo?

—Aficionado —aclaró Aetos—. El caso es que acudió a la competición y allí conoció a Lora, su esposa, que fue ganadora del segundo premio.

—Y él, ¿ganó algo?

—Ganó el concurso, el primer premio. Pero eso no es todo —continuó Aetos—. Escucha, porque ahora sí que te vas a sorprender: entre los premios que recibió aquel día había una entrevista con un equipo de psicólogos que, tras una visita a su consulta, estarían en condiciones de informarle y orientarle sobre hacia dónde debería dirigir sus pasos para lograr la mayor felicidad en su vida.

—¡Qué interesante!

—Más que interesante, porque ¿sabes lo que le recomendaron? Que dejase lo que

tuviese entre manos y dedicase su vida al espectáculo. ¿Tú sabes lo que significa tirar a la basura una carrera de Medicina?

—No lo sé, pero puedo comprenderlo. Por otro lado, muy seguros debían de estar esos psicólogos para hacerle semejante recomendación. Y no tengo que preguntarte cuál fue su decisión, ya que sé de su fama como ventrílocuo.

—Así es —dijo Aetos volviendo a recostarse en su asiento. Y elevando la voz confesó—: Yo no sé si hubiera tenido el valor de tomar una decisión semejante.

—Yo tampoco —corroboró Juan Carlos—. Aunque de una cosa estoy seguro: por el humor con el que vive y el lugar que ocupó en el mundo del espectáculo, estoy completamente convencido de que acertó.

—Parece que no hay dudas al respecto —aseveró Aetos, pensativo. Y con la mirada perdida comentó orgulloso—: ¡Qué gancho tiene esta puñetera profesión!

—Y que lo digas.

—Aunque... —prosiguió Aetos— más adelante te contaré otro aspecto en la vida de Bergen que también te dejará boquiabierto.

—Te lo reclamaré en la primera ocasión —contestó Juan Carlos al tiempo que cogía una curva cerrada en una rotonda.

Unos minutos más tarde, ya cerca del cruce con la carretera de Weimar, recogieron los cuatro bidones de gasolina que el gordo Cort había negociado y los acomodaron detrás, en el pasillo del autobús.

Erika, con la vista fija en la carretera y aire de estar navegando por un mar de recuerdos, permanecía quieta, seria y ausente. Hacía rato que Juan Carlos la observaba de reojo. Desde que la vio por primera vez en la Casa del Artista, durante el bombardeo, había quedado impresionado por su valentía, su dominio de la situación y la ternura que demostraba con sus padres. En todo momento había arriesgado su vida por salvar la de sus progenitores, y también llamó la atención de Juan Carlos el hecho de que, siendo tan bella y proporcionada, no buscara destacar en ningún momento: su comportamiento era absolutamente discreto, daba la impresión de que no deseaba que los hombres la mirasen. No usaba nada artificial que hiciera resaltar su belleza, ni siquiera colorete o pintura para los labios. Sus atractivos ojos rasgados, su fisionomía proporcionada y muy femenina, así como su cabello negro cortado a la altura del cuello y con flequillo le recordaban a Juan Carlos la imagen de la última reina del Antiguo Egipto, Cleopatra.

Puesto que los ancianos —que se habían tranquilizado tras la parada forzosa— no le molestaban y los gemelos habían cerrado los ojos y guardaban silencio, sin prestarle la más mínima atención a la carretera, Juan Carlos se dirigió a Erika:

—Espero que tus recuerdos sean hermosos.

—¿Hablas conmigo? —reaccionó ella irguiéndose en el asiento.

—Estabas tan ausente que casi se oían tus pensamientos.



—Mejor que no los hayas escuchado.

—¿Tan malos eran?

—La verdad es que no —respondió como disculpándose—, más bien tristes.

—Todo es triste y traumático estos días —reconoció Juan Carlos con expresión sombría—. Parece que doña Alegría y doña Felicidad se han tomado unas largas vacaciones a nuestra costa, pero hay que hacer un esfuerzo por superarlo. De hecho, es lo que estamos tratando de conseguir todos nosotros en estos momentos.

—Doña Alegría y doña Felicidad... Qué ocurrente —comentó Erika con una sonrisa—. ¿Piensas en serio que vamos a recuperar a esas «señoras»?

—Lo que yo piense o deje de pensar es lo de menos, lo verdaderamente importante es que estamos haciendo algo positivo. La vida, en contra de nuestros deseos, nos ha llevado a este profundo y oscuro túnel en que estamos inmersos. ¿Cuál es nuestra obligación? Buscar la salida y hallar la luz. Y, para tu tranquilidad, te aseguro que la vamos a encontrar.

—Me sorprende tu optimismo.

—Es vital en este momento —afirmó Juan Carlos convencido—. Si dejamos trabajar a don Pesimismo, este se confabulará con doña Desgracia y comenzarán a parir malos pensamientos que acabarán por dominar nuestra mente y anular los caminos que conducen a doña Ilusión.

—Es curioso cómo personalizas los sentimientos.

—Es por hacer un poco más divertida la conversación. Después de todo, sólo son palabras.

—Ya, pero palabras llenas de buenas intenciones. ¡Qué no daría yo por tener esa mentalidad positiva y apropiarme de toda la ilusión que a ti te sobra!

—Es fácil —aseguró Juan Carlos—. Tienes que comenzar por hablarme de las cosas que te aflijan y sean motivo de preocupación. Si almacenas en tu cerebro todos los malos recuerdos, no dejas espacio para los buenos pensamientos y vives en una constante preocupación. ¡Libéralo!

—Pero ¿cómo se hace?

—Es muy fácil... Cuéntame tus preocupaciones, o cuéntaselas a tus padres o a cualquiera de las personas de este autobús, porque ¿para qué las quieres tú? ¿Te sirven de algo?

—Sólo para atormentarme...

—¿Entonces?

—Tienes razón —reconoció Erika—. Cuando hace un momento me has dicho que esperabas que mis recuerdos fueran hermosos estaba revisando mis últimos tres días, y puedo asegurarte que no han tenido nada de hermosos desde que salí de la escuela de idiomas donde doy clases.

—¿Cuántos idiomas hablas?

—Correctamente, tres: alemán, holandés e inglés. Aparte, por divertirme, estudio francés, español, italiano y portugués. Pero estos sólo los chapurreo.

—Si te interesa, yo puedo ayudarte con el español... Pero perdona mis interrupciones y continúa con tus últimos tres días.

—Todos los días, al salir del trabajo, pasaba por mi piso para asearme, cambiarme de ropa y ponerme cómoda para ir a ver a mi padre y a mi madre a la Casa del Artista. Hace tres días, cuando fui a mi piso, este había desaparecido, pues habían bombardeado el edificio. Desde entonces he dormido escondida en la habitación de mis padres y la ropa que llevo puesta es de mi madre. Antes, cuando me has hablado, estaba pensando que todo lo que me queda en la vida son mi padre y mi madre.

Juan Carlos, al ver que comenzaba a llorar, se arrepintió de haberla inducido a hablar. Con el volante en las manos y obligado a atender a la carretera, no se sentía capacitado para consolarla. Aun así, comenzó a hablar para entretenerla en lo posible.

—Te han quitado todo lo que te sobraba, todo lo material, todo lo prescindible... ¡A freír espárragos el piso, la ropa y los recuerdos! Te han dejado lo único importante, lo único por lo que vale la pena vivir: tus padres. Ya quisiera yo poder ver a los míos todos los días...

—¿Dónde están? —preguntó Erika mientras se secaba las lágrimas con un pañuelo arrugado.

—En España, y te aseguro que pronto los veré.

—¿Por ellos tienes tanto interés en regresar a tu país?

—Por ellos y por muchas otras razones. Pero la principal son ellos.

—¿Cuánto hace que no los ves?

—Demasiado, unos seis años... No puedes ni imaginar las ganas que tengo de abrazarlos.

—Ya lo creo que puedo, yo adoro a los míos y no creo que fuera capaz de vivir separada de ellos.

—Parece que tenemos madera de buenos hijos. Alguien dijo que a buenos hijos, mejores padres.

—No me veo yo de madre —comentó Erika cohibida.

—¿Tú? Serías una madre preciosa. Ya te estoy imaginando rodeada de una pandilla de niños revoltosos, cosiéndole los calcetines a uno mientras calientas la papilla de otro y tratas de enseñar la tabla del uno a otro más...

—¡Para ya! ¡No sigas! —respondió con una espontánea sonrisa—. ¿Qué te crees que soy? ¿Una coneja?

Juan Carlos estaba feliz, había logrado sus dos objetivos por el momento: hacer reír a Erika para sacarla de aquellos aciagos pensamientos que la mantenían absorta cuando iniciaron la conversación, y romper el hielo con vistas a ganarse su confianza. Algo importante para afrontar el viaje con un poco de ilusión, ya que, siendo ellos los

dos únicos jóvenes en aquel vehículo, estaban llamados a conocerse mejor y a tratar de congeniar en todo lo posible.

—¿Sabes una cosa? —continuó—. El destino te ha puesto en mi camino o me ha puesto a mí en el tuyo, una de dos.

—¿Por qué lo crees? —preguntó ella, interesada.

—Piénsalo bien y dime si no tengo razón. Cuando se produjo el bombardeo sobre la Casa del Artista se supone que tú no debías estar allí.

—A esa hora, nunca —respondió Erika, pensativa.

—Naturalmente, igual que yo, que pudiera haber estado allí a cualquier hora del día menos a la del bombardeo, ya que mi intención no era otra que la de despedirme de los gemelos Orakis e iniciar este viaje solo.

—¿Solo?

—Por supuesto. ¿Con quién más iba a viajar?

—No sé, no conozco nada de tu vida ni de tus planes, pero, aun siendo como tú dices, pudiera haberse tratado de una casualidad.

—¿Casualidad? No lo creo. Es más, creo en el sino y dudo de la casualidad: todo cuanto nos sucede está ligado al destino. Puede que la casualidad intervenga en nuestras vidas en ciertos momentos de importancia relativa, pero cuando tenemos que tomar una decisión trascendental, cuando la vida nos lleva a una encrucijada, ahí está don Destino para dirigir nuestros pasos y sacarnos del atolladero.

—Entonces, ¿tú crees que el sino nos ha colocado a todos dentro de un autobús sin destino?

—Lo que creo, de momento, es que el destino me ha dado la oportunidad de conocerte, y eso es algo que tengo que agradecerle.

Aetos, que acababa de despertar, observando que Juan Carlos, entretenido con la conversación, conducía algo más rápido de la cuenta, interrumpió la charla:

—Y yo espero que el destino me deje llegar a Magdeburgo, cosa que dudo mucho si seguimos a esta velocidad...

Juan Carlos levantó el pie del acelerador mientras, con una sonrisa, intercambiaba una mirada de complicidad con Erika.

Entrar en Magdeburgo fue un poco complicado. Con la ayuda de la Wehrmacht, los servicios públicos de la ciudad andaban muy ocupados a causa de los daños causados por el último bombardeo, pues las explosiones producidas por las bombas habían reventado todas las coloreadas vidrieras de la histórica catedral, una de las primeras en estilo gótico construidas en Alemania y conocida como Magdeburger Dom. Afortunadamente, sus famosas torres de cien metros de altura permanecían intactas y todavía apuntaban al cielo, a pesar de las importantes reformas religiosas y estructurales sufridas a través de los siglos.

Juan Carlos, consciente de la importancia de conseguir alimentos y camas donde

pernoctar, se dirigió directamente al ayuntamiento.

Tras aparcar en un lateral de la plaza por indicación del único guardia municipal que vigilaba la puerta, animó a los ancianos a que estirasen las piernas. Al negarse la mayoría a abandonar el autobús debido al frío, decidió dejar el motor en marcha y acercarse a la alcaldía acompañado por Erika, Aetos y Moses. En el preciso momento en que abandonaban el vehículo, Bergen, el ventrílocuo sueco, que había visto a través de la ventana cómo un perro de raza desconocida se acercaba a la puerta del autobús, comenzó a gritar para llamar la atención del grupo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Juan Carlos, preocupado.

—Nada importante —respondió Bergen mientras se acercaba a la puerta—, que he decidido acompañaros al ayuntamiento.

—¿Y eso? —comentó extrañado Juan Carlos.

—Es que he visto un perro y creo que puedo ser útil.

—¿Un perro? ¿Te refieres a ese? —dijo señalando al animal.

—Ese mismo —ratificó—. Lo necesito.

Todos pensaron que el viejo Bergen se había vuelto loco. ¿A qué venía tanto interés por un animal en aquellas circunstancias? Pero el ventrílocuo no perdió el tiempo, y comenzó a silbar y a hacerle carantoñas al animal hasta lograr que este, dócilmente, se acercase a él. Una vez que lo tuvo a su alcance y tras acariciarlo con cariño, se quitó el cinturón y lo pasó por la vulgar y muy usada correa que el perro llevaba al cuello. Entonces, mirando al grupo con la mayor de las sonrisas y como si acabara de realizar un acto de heroísmo, dijo:

—¡Bergen y su perro *Picardías* listos para solicitar ayuda de las autoridades!

Erika miró a Juan Carlos con tal gesto de sorpresa que este no tuvo más remedio que echarse a reír. Aetos, conocedor de historias que corrían por la Casa del Artista acerca de Bergen, comentó con la mayor seriedad:

—Él y su perro tienen el mismo derecho que nosotros a entrar en el ayuntamiento, así que no perdamos más tiempo.

Sin mediar una palabra más se dirigieron a la puerta principal del precioso edificio de estilo italoholandés. El portero, conforme vio que se acercaba un grupo ataviado como para realizar una representación teatral, les salió al paso.

—Si lo que buscan es el Theater der Landeshauptstadt, está aquí cerca, en la plaza de...

—No, gracias —respondió Aetos—. Buscamos la oficina de Socorro Social de este ayuntamiento.

—Pues no sé si habrá alguien que les pueda atender. Hoy es un mal día, andamos todos desquiciados.

—Será sólo un momento —remarcó Juan Carlos.

El portero se acercó a una centralita de teléfonos donde comenzó a enchufar y

desenchufar conexiones. No parecía muy ducho en su manejo, puesto que optó por desconectarlas todas y se dirigió al grupo para indicarles.

—Suban ustedes a la segunda planta y busquen la oficina veintiséis. Si no hay nadie, prueben en la veintisiete, y si no consiguen encontrar a nadie en ninguna de estas, será mejor que vuelvan mañana.

—Gracias —respondió Aetos—, pero es imprescindible que hablemos con ellos hoy mismo. Se trata de una urgencia.

—Todo el mundo viene con urgencias —comentó el portero mientras les señalaba la escalera.

Bergen tomó en sus brazos al perro y se dirigió a la escalera. El portero, al verle tan decidido, se dirigió al grupo.

—¿El perro también viene a la entrevista?

—Es la razón principal de esta —respondió Bergen—. Es un animal, sí, pero también es un héroe, y necesita asistencia.

—Pero en Socorro Social no llevan asuntos relacionados con animales. Si quieren, pueden ir a la perrera municipal, que está en...

—Muchas gracias —dijo Bergen—, pero esto no es un perro, es otra cosa que me llevaría mucho tiempo explicarle. Además, está malito y no quiero que le manche el suelo. Usted no se preocupe y muchas gracias por ser tan servicial.

Y sin darle tiempo a pensarlo comenzó a subir la escalera seguido por el resto del grupo y dejando al portero con la palabra en la boca.

Como era de esperar, en el despacho veintiséis no había nadie e inmediatamente se dirigieron al veintisiete, en cuya puerta Juan Carlos dio unos golpes con los nudillos. Tampoco obtuvieron respuesta. Aetos cerró el puño, dio varios golpes enérgicos y de inmediato abrió un individuo extremadamente pequeño y flaco que, sin llegar a ser enano, llamaba la atención por su escaso tamaño. Aquel hombre, perfecto en su insignificancia, los miró uno por uno y, clavando los ojos en el perro, preguntó con un rictus de asco:

—¿En qué puedo servirles?

Juan Carlos, sacando del bolsillo la carta de presentación del Excelentísimo Ayuntamiento de Berlín y abriéndola frente a los ojos del individuo, pero sin soltarla, le expuso:

—Necesitamos ayuda. —Sin darle la oportunidad de leerla, volvió a guardar el documento—. ¿Podemos hablar?

El hombrecillo se apartó de la puerta y los hizo entrar al despacho. Aquella visita le llegaba por sorpresa y se sentía incómodo, azorado, nervioso. Dispuso cuatro butacas y una silla para que se sentaran, y una vez acomodados se presentó:

—Mi nombre es Otto Duisberg. No dispongo de mucho tiempo, pero díganme cuál es la ayuda que necesitan.

—Como habrá visto en la carta del Excelentísimo Ayuntamiento de Berlín, pertenecemos a una embajada artística que viaja a Stuttgart en razón de un intercambio cultural. Nuestro espectáculo se titula *Curiosidades y amenidades del universo* —expuso Juan Carlos.

—Ya veo —respondió el hombre—. ¿Y qué es lo que requieren de este departamento?

—Lo más elemental —respondió Juan Carlos—. Cena y cama para una noche.

—¿Para ustedes cinco?

—No, somos dieciocho en total. Pero debo advertirle que dieciséis de los integrantes del grupo son ancianos de más de sesenta y cinco años de edad.

—¿Y cómo es que no estamos advertidos por anticipado de una circunstancia como esta? Es muy extraño...

—A nosotros se nos dijo que se lo comunicarían por correo —explicó Aetos con cara de mártir.

—Correos, correos... El correo no funciona hace tiempo, nada funciona hace tiempo. Y menos vamos a funcionar si continúan estos terribles bombardeos. ¿A quién se le ha ocurrido enviar una embajada cultural a Stuttgart? ¿Estamos o no estamos en guerra?

—Por supuesto —corroboró Aetos—, pero qué quiere usted que le diga... A nosotros nos mandan y nosotros a obedecer. En este momento, Stuttgart...

—No me hable usted de este momento —contestó el hombrecillo bajándose de su butaca—. En este momento me pide usted que subvencione una embajada cultural con la que el pueblo de Magdeburgo no tiene ninguna identificación. Creo que el mundo se ha vuelto loco...

—No se ponga usted así —intervino Erika—. Lo más que nos puede ocurrir es que nuestros ancianos se queden sin cenar y durmamos todos en el autobús. ¿Imagina usted, tan pronto amanezca mañana, a varios ancianos muertos por congelación y enterrados a costa del erario público?

—¡Un momento, un momento! Nadie va a morir de hambre o frío por nuestra culpa, se lo aseguro. El problema es que me pillan de sopetón y no estoy acostumbrado a improvisar.

—La improvisación es la madre del ingenio —afirmó Moses.

—La improvisación es la musa de los genios —remachó Aetos.

—La improvisación es la dueña de la ilógica consecuencia —remató Bergen, más fresco que una lechuga.

—Será todas esas cosas —comentó el hombrecillo, poco convencido—, pero a ver cómo improviso yo.

El pobre comenzó a pasear nervioso y a gran velocidad por detrás de su mesa de despacho. Los cinco visitantes y el perro, persiguiendo con la mirada su cabeza, lo

único visible del hombrecillo, parecían espectadores de un partido de tenis al ralentí. De pronto, y como si acabara de descubrir América, gritó:

—¡Ya lo tengo! El convento de la hermana Matilde de Magdeburgo. Se trata de una religiosa de la orden dominicana que, hace siglos, escribió muchos libros sobre la experiencia de orar. En ese convento tengo una hermana monja y mucha mano con la madre superiora, estoy seguro de que allí recibirán alimentos y protección para pasar la noche calentitos.

Aunque pequeño en estatura, aquel hombre resultó ser enorme resolviendo el problema de los ancianos, ya que hizo arreglos con la madre superiora para que los dieciocho invitados se alojasen en el convento por una noche. Aquello había resultado todo un éxito para la comisión gestora, cuyas disimuladas miradas de alegría cubrieron de satisfacción el ego del hombrecillo.

Finalizada la entrevista, ya estaban a punto de despedirse cuando, antes de levantarse de sus asientos, el ventrílocuo Bergen tomó al perro en sus brazos y le dijo:

—Ya nos vamos, *Picardías*, ¿tienes algo que preguntarle al señor?

Y pellizcando levemente al perro en la panza sin que nadie se diera cuenta, hizo que este respondiese con varios ladridos. Inmediatamente, Bergen comentó a los presentes:

—Me voy a permitir traducir lo que reclama mi perro: dice que habéis hablado de cenar y dormir, pero no os habéis acordado de la ropa. No pensaréis que los ancianos van a continuar el viaje vestidos con ropa de actuar...

—Pero nosotros no podemos abusar de la cortesía de este gran señor —respondió Aetos dirigiéndose al perro.

Bergen, con el mayor disimulo, introdujo sus dedos bajo el sobaco del perro y presionó varias veces buscándole las cosquillas. El can emitió unos extraños ruidos. Sonaban a incomprensibles palabras humanas dichas *sotto voce*. Aetos, siguiéndole el juego al ventrílocuo, preguntó:

—¿Qué ha dicho el perro?

—Que está seguro de que este señor nos puede proporcionar algo de ropa.

El hombrecillo miró incrédulo al perro, pero, a su vez, picado por la curiosidad. No podía creer lo que estaba sucediendo. ¿El perro se entendía con el domador?

Bergen reacomodó al chucho en sus brazos y, mientras lo acariciaba, le advirtió:

—No insistas, *Picardías*. Aquí el señor ha sido tan amable como para conseguirnos cena y cama, lo cual es suficiente. No te entrometas tú ahora en la conversación pidiendo ropa... —Y mientras miraba al pequeño hombre con cara de «yo no he sido» hurgaba al perro en las axilas provocando que volviera a emitir aquellos extraños ruidos guturales. Esta vez fue el funcionario quien preguntó:

—¿Qué ha dicho?

Bergen compuso una expresión beatífica.

—Que usted es un hombre bondadoso y que está seguro de que va a conseguir ropa para los ancianos.

El funcionario miró a Bergen con una mezcla de asco e incredulidad, y escrutando sus ojos le preguntó con la boca casi cerrada:

—¿Cómo lo hace?

—¿El qué?

—Entenderse con el perro —inquirió el hombre cambiando su gesto adusto por una ligera sonrisa.

Bergen miró a todos con ademán confuso y, tratando de salir del atolladero de la mejor manera posible, respondió:

—No soy yo el que lo entiende a él. Es él quien se apropia de mis deseos. Es una vieja técnica o método de los brahmanes de Cachemira que heredé de mi padre. Pero no vale la pena que se lo explique, es muy tedioso. Para colmo, después de tanto esfuerzo mental se encuentra uno con un perro desobediente e irrespetuoso que...

Aetos, presintiendo que Bergen se metía en un laberinto sin salida, le echó un cable:

—Espero que no nos des otra de tus conferencias sobre la transmisión del pensamiento entre el animal y el ser humano en la India. Por favor, déjalo ya.

—¡No, no, no! —exclamó el hombrecillo—. Sigam hablando. Es la primera vez en mi vida que veo a un hombre entenderse de esa manera con un perro.

—Y va a ser la última vez que lo haga. Este perro mío se está convirtiendo en un maleducado —aseguró Bergen con disgusto.

—No le regañe usted —pidió el hombre mientras se acercaba al perro y comenzaba a acariciarlo—. ¡Este animal es una joya! ¿Cómo lo domesticó?

—De la misma manera que se educa a un niño, pero con muchísima más paciencia —aseguró Bergen.

El hombre soltó una fuerte carcajada y, volviendo a su butaca, comentó entre risas:

—Este perro, o quien sea que habla por él, quiere hacer una buena obra y usted no le está dando la oportunidad. Creo que puedo ayudar a esos ancianos al tiempo que complacer a su fantástica mascota: ¿se arreglarían ustedes con uniformes invernales de faena para jardineros?

Todos miraron al hombre estupefactos.

—Sí, sí. No me miren con esas caras —continuó él—. Es que hemos rebajado la dotación de jardineros y nos sobran uniformes.

—Me parece una gran solución —contestó al fin Bergen.

—Si no están muy usados —agregó el perro descaradamente.

El pequeño hombre miró al chucho y a Bergen, y soltó a continuación otra



estruendosa carcajada.

—Son excedentes y están nuevos —les garantizó.

—Pues no hablemos más —zanjó Bergen con una sonrisa mecánica.

—¡Espere, espere! —rogó el hombrecillo con gesto de ilusión—. Yo les consigo esos uniformes, pero ahora me toca pedir a mí. Sé que la pregunta no procede y que puede reportarme graves consecuencias en mi trabajo; sin embargo, ¿me regalaría usted el perro?

Los gemelos, Juan Carlos y Erika se removieron inquietos en sus asientos. Estaban pasando por un trance comprometido. Aquella farsa, como mínimo, podía conducirlos al mayor de los ridículos, si no es que los abocaba a una situación peor.

—Me pone usted en un gran aprieto —confesó Bergen, dubitativo—. Imagínese que se lo regalo con la mayor buena voluntad y, de pronto, le da al perro por no comunicarse con usted. Es tan maleducado y desobediente que sería muy capaz...

—Le aseguro que mi paciencia no tendría límite hasta que decidiera volver a comunicarse —afirmó el hombre mientras reía fascinado.

—En ese caso, con el profundo dolor que causa el separarse de un hijo, me veo obligado a regalárselo. Suyo es. Pero con una condición.

—Usted dirá.

—Se lo entregaré mañana. Quiero hacerle algunas recomendaciones de cara a su futuro comportamiento. Trabajaré con él durante la noche, y mañana, una vez mentalizado, pasaremos por aquí para dejárselo definitivamente.

—Es usted una persona desconcertante pero muy interesante —aceptó el hombre, entusiasmado.

—¡No lo sabe usted bien! —se oyó decir al perro por lo bajo.

Los ancianos estaban encantados en el convento. Las hermanas, como es tradicional en ellas, se entregaron a aquella obra de caridad con amor y dedicación. Por ser esa una noche de frío excepcional, y conscientes de que las personas de edad avanzada sufren el frío con mayor intensidad, doblaron la cantidad de leña destinada a las chimeneas. Por eso, las mejillas de los viejos lucían saludablemente sonrojadas a causa del calor, y también porque, como una absoluta excepción a la regla, la madre superiora había ordenado prepararles unas tazas de vino caliente, dulce y especiado, que los invitados agradecieron consumiendo hasta la última gota y solicitando más, razón por la que Juan Carlos, con mucho tiento y consideración, hubo de llamarles la atención pidiendo respeto y moderación. Afortunadamente, las hermanas, sabedoras de que la ancianidad nos devuelve a la niñez, se comportaban como abnegadas madres que atienden con rigor a sus hijos al tiempo que también saben perdonar sus imprudencias.

La cena fue más animada en ambiente que en alimentos, pues consistió en una sopa de col, un plato de patatas hervidas con zanahoria y, de postre, una papilla dulce

y coloreada cuyos principales ingredientes fue imposible adivinar o descubrir.

Llegada la hora de dormir, la mayoría de los ancianos, tras el largo día de emociones vividas, nada más apoyar sus cabezas en la almohada cayeron en el más profundo de los sueños. A las cinco de la madrugada, los ronquidos de los invitados comenzaron a confundirse con los cánticos religiosos interpretados por un coro de madrugadoras hermanas, y media hora más tarde los ronquidos y los cantos se confundían con el estruendo que producían las explosiones de las bombas que llovían sobre Magdeburgo. Comenzaba un inolvidable y terrible día para los habitantes de aquella ciudad.

Cuando los más rezagados del grupo despertaron y abandonaron sus humildes aposentos, entre ellos Juan Carlos, descubrieron que las nueve damas del grupo se encontraban ya en la capilla dedicada a santo Domingo junto a la madre superiora. Un vetusto sacerdote, cuyas manos temblaban de forma descontrolada, oficiaba con auténtica devoción la santa misa, y Erika, que estaba sentada en un banco junto a la entrada, conforme aparecían los ancianos les hacía un sutil gesto con la mano invitándolos a tomar asiento. Pocos minutos más tarde, el grupo completo seguía respetuosamente la celebración, y justo antes de la consagración, sorprendentemente y coincidiendo con el paulatino alejamiento de las explosiones, la cantante clásica Máxima Contessa se puso en pie y, con una privilegiada y maravillosamente bien educada voz de soprano, comenzó a interpretar el *Ave María* de Gounod. La sorpresa fue general: las hermanas se miraban completamente cautivadas, en el arrugado rostro del sacerdote apareció una inefable sonrisa, la mística se adueñó de la capilla, los corazones de los presentes se sobrecogieron, y la emoción humedeció con lágrimas las mejillas de algunos de los presentes durante toda la interpretación. Por un momento, todos sintieron una comunión espiritual y diferente, algo que algunos de ellos no habían alcanzado a percibir jamás en sus vidas.

Una vez finalizada la misa, justo antes de que el sacerdote despidiera a los fieles, Gustav Fassios, el anciano bailarín húngaro de la pareja los Fassios, se puso en pie y llamó la atención del sacerdote con su profunda voz.

—Padre, la mayoría de los que estamos aquí no hemos tenido, al menos últimamente, la oportunidad de asistir a un oficio —dijo emocionado—. Puesto que hoy se nos ha brindado la ocasión, quiero aprovechar para, desde lo más hondo de mi corazón, hacerle saber que nuestra profesión nos ha obligado a cada uno de nosotros a mantener el contacto con Dios todos los días a lo largo de nuestra intensa vida.

—No todos —interrumpió Aetos—. Y posiblemente no con el mismo Dios... ¡Cada cual con el suyo!

—Intento complacer al sacerdote —dijo Gustav, sorprendido.

—Pues complácelo en tu nombre, no tienes por qué involucrarnos a los demás.

—De acuerdo —accedió Gustav—. El ser humano es difícil...

—Más difíciles son quienes complican su existencia —insistió Aetos—. Pero si lo que quieres es ser agradecido con esta casa y sus moradores, estoy de acuerdo contigo: seguro que todos guardaremos en nuestros corazones el recuerdo de estas hermanas y de su sacerdote, que nos han ofrecido refugio y nos han regalado su tiempo cuando verdaderamente lo hemos necesitado.

—Pues algo así era lo que yo quería decir —añadió Gustav a media voz.

—Me alegro de que coincidamos —afirmó Aetos.

El viejo sacerdote levantó las manos y, bien porque era demasiado anciano como para iniciar una discusión, o bien por no echar más leña al fuego, se limitó a hacer la señal de la cruz y a despedir al grupo de invitados añadiendo:

—Que encontréis a Dios en vuestro camino.

Conforme salían de la capilla, Moses se acercó a Aetos y, pasándole el brazo sobre los hombros, le comentó:

—Necesitas desayunar urgentemente. Los jugos gástricos te han jugado una mala pasada.

—No es eso, hermano. Lo que tú sabes muy bien es que yo no permito que se juegue con mi alma.

—Tienes razón —concedió Moses.

—Pues eso —respondió Aetos mostrando a su hermano una mueca parecida a una sonrisa.

Las monjitas no les dejaron ir sin antes servirles en su comedor un curioso desayuno consistente en un tazón lleno de una especie de sucedáneo de café manchado con algo parecido a leche en polvo, unas pesadísimas tortas fabricadas con algo que recordaba al serrín de madera, y varios tipos de zanahoria cruda que las ancianas guardaron en sus bolsos y bolsillos para mejor ocasión. Bergen, como responsable único de adjudicarse la propiedad del perro *Picardías*, reservó su torta para el animal, que a esas alturas debía de estar hambriento e inquieto dentro del autobús, lugar en el que había pasado la noche.

A mitad del desayuno, la madre superiora preguntó si pensaban representar alguna obra relacionada con la jardinería y, en ese momento, mirándose los unos a los otros con sonrisas de aprobación, cayeron en la cuenta de que todos vestían uniformes de jardinero. Finalmente, fue Juan Carlos el encargado de aclarar a las hermanas la razón de aquellas ropas.

Una vez instalados de nuevo en el autobús, y mientras Juan Carlos giraba la llave y arrancaba el motor, Bergen, al tiempo que acariciaba con cariño a *Picardías*, el cual movía feliz su rabo tras haberse zampado la torta y haber bebido media lata de agua, se dirigió a Juan Carlos para comentarle:

—Querido amigo, yo soy y seré toda mi vida un bromista empedernido. Nací bromista y mi mayor deseo es morir de risa por una broma que la vida se atreva a

gastarle a mi persona; pero también me gusta cumplir con mi palabra. Ayer le prometí a un pequeño gran hombre regalarle a *Picardías*, y es mi mayor deseo en este momento hacerlo. ¿Te importaría pasar por el ayuntamiento antes de abandonar Magdeburgo?

—No sólo no me importa —respondió con seriedad Juan Carlos—, sino que ahora estoy comenzando a volverme un sincero admirador de tu manera de ser. Pasaremos por la alcaldía para que puedas cumplir con tu compromiso.

Fue difícil acercarse a la ciudad y más difícil aún llegar hasta el centro, pero lo que resultó absolutamente imposible fue alcanzar la plaza del ayuntamiento. Las bombas habían destruido totalmente el histórico edificio, y los bomberos, el cuerpo de policía y los especialistas del ejército trabajaban denodadamente entre los escombros.

Cuando pudieron ver las ruinas, todos dentro del autobús quedaron boquiabiertos. No lo podían creer, sólo unas horas antes aquel edificio se erguía autoritario y su fachada dominaba la principal plaza de la ciudad, y ahora sólo quedaban piedras, hierros retorcidos y polvo. Juan Carlos, dejando el motor encendido, se apeó del vehículo junto a los gemelos, Erika y Bergen, que no soltaba al perro de sus brazos. Se acercaron verdaderamente apesadumbrados a las ruinas y Bergen soltó a *Picardías*, que, sintiéndose libre, se introdujo por entre los escombros corriendo y olfateando hasta que lo perdieron de vista. Los cinco quedaron quietos y absortos ante la magnitud de la tragedia, y Bergen, volviendo a ponerse el cinturón con que había llevado atado a *Picardías*, comentó con una sonrisa triste:

—Los murciélagos han hecho de las suyas esta mañana...

—¿Te refieres al bombardeo? —preguntó Aetos.

—Por supuesto. De ahora en adelante debemos vigilarlos. Cada paso que demos, cada decisión que tomemos, hemos de hacerlo con las mayores garantías y seguridad. Habrá que esperar siempre el momento preciso.

—¿Y qué momento es ese?

—Mientras duermen los murciélagos —señaló convencido Bergen.

## Capítulo 9

El Obersturmführer Adalbert Adler vigilaba de cerca el trabajo de sus hombres desde el interior de su vehículo, que había convertido en una oficina ambulante. El desescombros de la Casa del Artista por parte de los pocos obreros especialistas disponibles estaba resultando largo y tedioso. Siempre mantuvo, o al menos así lo sintió en su fuero interno, grandes dudas acerca de la posible aparición, entre aquel amasijo de cascotes y cadáveres, de un sobre marrón con el sello personal del Führer. Y, conforme la búsqueda avanzaba y de acuerdo con los documentos que comenzaban a aparecer por entre las ruinas, las dudas fueron dando paso a la endeble certeza de que allí no daría con él: cualquier papel o documento que aparecía entre los escombros llegaba inmediatamente a sus manos sin que nadie lo hubiera revisado antes, puesto que a sus hombres se les había prohibido ni siquiera mirarlos. Hasta el momento, todo lo encontrado carecía de valor: papeles sin importancia relacionados con los desaparecidos o con la administración del edificio, o carpetas con documentos perfectamente clasificados que no aportaban nada importante en su búsqueda pero que, en cualquier caso, originaban una esperanza cada vez más difusa y débil.

Aunque acostumbrado a ver la muerte de cerca, era la primera vez que Adalbert Adler asistía al desescombros de un edificio recién bombardeado. El hecho de que, en el momento del ataque, la Casa del Artista hubiera estado habitada por cientos de relevantes personajes de la vida teatral y circense otorgaba a la tragedia una importancia adicional. En cualquier otro momento de la historia de la ciudad, la noticia habría adquirido dimensiones insospechadas, pero desafortunadamente eran tantas las tragedias que se sucedían a diario que el tiempo para las lamentaciones había dejado de existir.

Aun así, el Obersturmführer estaba visiblemente impresionado con la cifra de cadáveres aparecidos hasta el momento, así como con las trágicas posturas en que estos aparecían. Era conmovedor constatar cómo, a pesar de la avanzada edad de los residentes, su último gesto, en la mayoría de los casos, fue el de agarrarse a la vida utilizando para ello el resto de las fuerzas que les quedaban. ¡Cuánta experiencia, talento y fama acumulada para un final tan triste y anodino! Pensándolo fríamente, no le quedaba la menor duda de que la vida era tristemente injusta.

Revisando los papeles hallados hasta el momento encontró los pertenecientes al registro y propiedad de un autobús a nombre de la Casa del Artista. Inmediatamente puso en marcha una investigación al respecto. De existir un vehículo de esas características, suponía que su razón de ser sería la de transportar a los ancianos en sus paseos o sus viajes de ocio. En cualquier caso, ¿dónde estaba el autobús? ¿Guardado dentro de un garaje bajo aquellas ruinas? ¿En un espacio alquilado por

aquella zona? Lo más probable, si se le daba un uso regular, era que el vehículo, por tratarse de una zona residencial, quedase a diario estacionado en un lateral de la propia edificación. Pero todo eran meras suposiciones, y la solución podría estar en aquellos documentos.

Lo primero que había que localizar era el nombre del chófer. Un vehículo de aquellas proporciones y características sólo podía conducirlo un profesional del volante, y el nombre de ese conductor tendría que aparecer escrito en algún contrato, recibo o nómina. Otra opción era investigar en las oficinas del gobierno, donde se otorgaban y registraban todas las matrículas de vehículos. Pero esa no era una buena idea, al menos en aquel momento: los bombardeos tenían desarticulada la ciudad y pocas eran las oficinas gubernamentales que aún daban servicio. Mejor sería acudir al cuartel de policía más cercano, que, aunque mermado de personal y desquiciado por el caos que vivía la urbe, siempre dispondría de mayor información que cualquier otro departamento del gobierno.

Estaba a punto de llamar a un subalterno para informarle de que se ausentaría por un corto espacio de tiempo cuando vio acercarse un vehículo de las SS del que se apeó el Standartenführer Otto Günsche. Inmediatamente, Adler salió de su improvisada oficina y se dirigió al encuentro del oficial. Tras el obligado «*Heil Hitler!*» por parte de ambos, el joven, abriendo sus brazos en un gesto de impotencia, se disculpó:

—Lo siento, Standartenführer. Vamos muy despacio...

—Ya veo —acotó Günsche mientras ojeaba las ruinas—. ¿No ha podido hacerse con más personal?

—Esto es todo lo que he podido conseguir.

—¿Ni siquiera mencionando...?

—¡Imposible! —exclamó rotundo Adler—. Si observa usted al personal que me han autorizado, verá que ni siquiera es apto para este trabajo. Se trata de personas mayores, desnutridas y, en su mayoría, enfermas.

—Lo siento —se excusó Günsche medio abochornado—. Comprendo su situación y agradezco su entrega. Le aseguro que, de no tratarse de un documento tan sumamente importante, no le obligaría a realizar este esfuerzo.

—Puedo garantizarle que estoy entregado en cuerpo y alma a la búsqueda de ese sobre. Soy absolutamente consciente de mi responsabilidad.

—No, no lo es —aseguró Günsche—. Por más que su cerebro imagine, mi apreciado y joven oficial, jamás podrá calcular las consecuencias que acarrearía a nuestro Führer la desaparición de ese documento.

—Me llena usted de preocupación —afirmó el Obersturmführer, turbado.

—No es para menos, y mucho más preocupados estamos nosotros. Sólo puedo decirle que, sin ese sobre, usted y yo pasaremos a la historia como dos despreciables

nulidades. Ahora bien, si me lo consigue, le aseguro que habrá ganado la gloria eterna.

—No aspiro a ninguna gloria —replicó Adalbert Adler sonrojándose—. Mi obligación es obedecer las órdenes de un superior, y, como podrá observar, es lo que estoy haciendo.

—A veces, querido amigo, las circunstancias nos sitúan en un camino, deseado o no por nosotros, en cuyo final está la gloria o el infierno, la fama o el anonimato, el honor o el mayor de los descréditos. Y puedo asegurarle que en ese albur, en ese azar, en ese inesperado juego de lotería, usted y yo tenemos asignado un número.

—No sé qué decir, señor —añadió el joven, confundido.

—No diga nada —respondió Günsche—. Haga su trabajo hasta el final, recurriendo a cuanto sea necesario, y no le ponga límites a su gestión. Y ya que habla tan bien el francés, ¿cómo se dice «conseguir» en francés?

—*Obtenir*.

—Pues eso: ¡Consígalo! *Heil Hitler!*

—*Heil Hitler!* —respondió Adler por inercia.

El Standartenführer Günsche dio media vuelta y se dirigió a su vehículo. Hizo una leve seña de despedida y, tras poner el motor en marcha, se alejó dejando al joven Obersturmführer sumido en un mar de confusiones.

## Capítulo 10

Salir de Magdeburgo fue bastante complicado. Debido al intenso bombardeo, la mayoría de las calles y avenidas habían alterado su dirección o se encontraban cerradas. A pesar del frío, algunos ciudadanos, colaboradores por naturaleza ante las grandes catástrofes, hacían las veces de guardias de tráfico, lo que, por desconocimiento absoluto del ejercicio de dicha función, creaba una confusión total en el ya de por sí caótico desarrollo de la circulación.

Tras cerca de media hora de atascos y discusiones, Juan Carlos logró dar con la carretera que le conduciría a Weimar. Una vez en ella, aprovechó el primer desvío para estacionar el autobús. Quería mantener un intercambio de opiniones e ideas con los integrantes de la compañía, así que dejó el motor en marcha de manera que el interior del vehículo se mantuviera caliente, se levantó de su asiento de conductor y, mirando con cariño a sus «viejos», como ya comenzaba a llamarlos, se dirigió a todos ellos:

—Como recordaréis, nuestra segunda parada en el viaje es Weimar.

—Preciosa ciudad —apuntó una voz al fondo.

—Preciosa pero peligrosa —matizó Aetos poniéndose en pie—. Para vuestra información os diré que en Weimar existe un campo de trabajo.

—Está situado en el bosque de Buchenwald —añadió Moses.

—Si mal no recuerdo, por ese bosque solía pasear Goethe —comentó la señora de Al Pace.

—Y Martín Lutero, y Nietzsche, y Schopenhauer... —precisó Lena de Cock.

—Y los geniales músicos Bach y Franz Liszt —completó la señora Agneta Beckenhauer.

—De hecho, muchos de ellos reposan en el cementerio de Weimar —interrumpió Moses—. Yo he visitado sus tumbas.

—¡En el bosque de Buchenwald! ¿A quién se le habrá ocurrido situar allí un campo de trabajo? —exclamó Bergen con su voz metálica.

Todos acusaron el comentario agachando las cabezas y negando con ellas en un absoluto y completo silencio que rompió Juan Carlos.

—Lo que quiero decir es que, hasta ahora, todo nos está saliendo a pedir de boca, pero no debemos confiarnos en exceso. Lo que nos ha ocurrido en Magdeburgo está más cerca de un milagro que de un hecho real.

»Por otro lado —prosiguió—, tampoco trato de acobardaros. Lo que os pido encarecidamente a todos es cordura, ilusión y, sobre todo, esperanza. Pernoctar y abandonar cada una de las ciudades que visitemos durante el viaje siempre tendrá su riesgo, por eso solicito el máximo de imaginación, pero también de cautela.

—Lo más importante —dijo entonces Bergen con la mayor seriedad— es actuar



siempre mientras los murciélagos duermen.

—¿Qué murciélagos? —preguntó Moses.

—Los causantes de todos los males de este mundo.

Todos se lo quedaron mirando en silencio. Él, por su parte, escrutaba los rostros de todos sus compañeros mostrando una extraña sonrisa. Con sus penetrantes ojos trataba de infundir seriedad a sus palabras y, consciente de que había logrado captar la atención general, continuó:

—Mi abuela, sabia mujer, siendo yo un niño me explicó el fracaso que representó para el Rey de la Creación el murciélago. Dios había creado cuanto ser vivo existía en la tierra, en el aire y en el mar, utilizando para ello la más perfecta ingeniería. Su único fallo lo cometió al diseñar el murciélago: no se sabe si quiso crear un roedor o un pájaro, un veloz mensajero volador o el más vago de los seres, pues siempre busca la mayor oscuridad para ocultar su imperfección y disfrutar de un solitario placer en los brazos de Morfeo.

»El caso es que, en un imperdonable descuido, tras haberse lucido con la creación del hombre y de la mujer, sobre todo con la mujer, cometió su mayor error al dar forma al defectuoso murciélago: ni pájaro ni roedor, ni ratón ni gorrión.

»El murciélago comenzó a sufrir un terrible complejo que lo llevó a llenar su confundida mente de un odio irracional y, sobre todo, de una desproporcionada sobrecarga de rabia. Es tanta la que almacena el murciélago en su imperfecto cuerpo que su mordedura llega a considerarse mortal de necesidad, lo que lo ha convertido en el símbolo universal del mal. Todo lo feo y desagradable de la Tierra, así pues, se concentra en un repulsivo bicho. Pero todo en este mundo tiene su contrapartida: aseguraba mi abuela que nuestra única defensa ante tan deplorable y peligroso depredador estriba en su imperiosa necesidad de dormir. Y mientras ellos duermen, el mal descansa, por lo que recomiendo, para garantía y seguridad de nuestras vidas, actuar siempre mientras los murciélagos duermen.

Un silencio total se adueñó del interior del autobús, nadie se atrevía a hacer el más mínimo comentario.

—De acuerdo —dijo finalmente Aetos, algo confuso—. Así lo haremos.

—Recordadlo todos —insistió Bergen—, tomad decisiones y actuad siempre mientras ellos duermen. —Y, mirando a Juan Carlos con satisfacción, añadió—: No te quejarás de nosotros, hasta ahora nos hemos portado como santos.

—Desde luego —aceptó Juan Carlos—, pero cuidado con las bromas de ahora en adelante. Estamos en guerra y un error de cálculo puede conducirnos a la desgracia. Seamos prudentes, es lo único que os pido...

—No hay quien pueda ser prudente meándose de esta manera —exclamó Al Pace mientras corría por el pasillo en busca de la puerta.

Juan Carlos se apartó para dejar pasar al viejo y a los que se apuntaron al

desahogo muertos de risa y con urgencia.

Definitivamente, aquellos ancianos eran incorregibles. Cada vez estaba más seguro de que tratar de dirigirlos sería un error. Esos hombres y mujeres habían cruzado una barrera en sus intensas vidas a partir de la cual su filosofía sobre la existencia había cambiado radicalmente. Daba la impresión de que ignoraban soberanamente las sugerencias con las que se los intentaba obligar a mantener ciertos comportamientos. En un estado de guerra como el que estaban viviendo, o precisamente por enfrentarse a esa situación, ellos preferían reírse del mundo y de todo aquello que limitase su sentido del humor. La puerta que les había abierto Juan Carlos al ofrecerles la oportunidad de representar sus espectáculos de nuevo les ilusionaba de tal manera que volvían a llenar sus mentes con nuevos y originales proyectos, seguramente en su mayoría imposibles de llevar a cabo debido a su avanzada edad. Juan Carlos presentía que su obligación era dejarlos actuar. Permitirles que pusieran a disposición de su proyecto toda su experiencia acumulada gracias a tantas vivencias y conocimientos adquiridos. Por lo demás, el hecho de que se tomaran la vida a risa era un buen síntoma, máxime teniendo en cuenta su edad. Lo verdaderamente terrible hubiera sido encontrarse con una partida de ancianos cascarrabias que le amargasen la existencia en todo momento.

Cuando regresaron al autobús, algunos de ellos temblaban de frío. Una vez acomodados, Juan Carlos estuvo a punto de dirigirles la palabra para decirles: «Olvidad lo que os conté antes, podéis hacer con vuestras vidas lo que os parezca. Y perdonad que os diera consejos, porque quien los tendría que recibir soy yo. De ahora en adelante estoy a vuestra entera disposición».

Pero no pronunció un discurso semejante, se reservó aquellos tiernos comentarios que podían restarle autoridad y en su lugar dijo:

—Debo pedirlos que, si se os ocurre cualquier sugerencia durante el viaje, no dudéis en comunicármela.

—¡Ni hablar! —interrumpió Bergen de buen humor—. Tú nos has metido en este jaleo y tú nos tienes que conducir a un final feliz. Y no trates de librarte de nosotros porque no te lo vamos a permitir.

Juan Carlos observaba sus reacciones con la mayor atención.

—Si supierais los deseos que tengo de volver a veros a todos en escena... Os aseguro que ese día me tomaré cuatro copas de más.

—No podrás —contestó muy serio Aetos.

—¿Y eso?

—No podrás porque ese día habremos acabado nosotros con las existencias de alcohol en diez kilómetros a la redonda.

—¡Eso, eso! —gritaban todos.

Juan Carlos tomó asiento, quitó el freno de mano y arrancó suavemente al tiempo

que sonreía dando gracias por aquel momento feliz. Esperaba tener suerte y no encontrar muchos controles en la carretera.

Conducía con el mayor cuidado. Sabía que, últimamente, la mayoría de los controles de carretera estaban camuflados y aparecían por sorpresa; y, si no andaba muy atento y frenaba a tiempo, se jugaba la vida, pues los encargados de los controles solían abrir fuego al mínimo descuido. Para mayor complicación transitaban por una zona de curvas que hacía más delicada la conducción y más posible la inevitable sorpresa. Tal y como lo imaginaba, a la salida de una curva y cuando menos lo esperaba aparecieron de pronto varios soldados armados. El hecho de estar mentalizado para el caso le permitió controlar el vehículo sin demasiada dificultad. Algunos ancianos que habían estado durmiendo reaccionaron asustados y varias de las mujeres gritaron, pues pensaban que el autobús se salía de la carretera; pero, a pesar de la inestabilidad que sufrió el vehículo al frenar en plena curva, Juan Carlos logró inmovilizarlo por completo. En cuestión de segundos se vieron rodeados por soldados que gritaban todos a la vez mientras los apuntaban con sus armas.

Por un momento cundió el pánico, y Juan Carlos, una vez puesto el freno de mano y abierta la puerta, inició el gesto de levantar sus manos en señal de rendición, si bien una severa mirada de Aetos le hizo rectificar. Inmediatamente lo comprendió. En aquel autobús nadie debía demostrar miedo, sino todo lo contrario: confianza y seguridad.

Un Sturmschar, pistola en mano, y dos soldados armados con fusiles cubrieron el hueco de la puerta; Aetos, bajando la voz, le dijo a Juan Carlos:

—Déjamelos a mí.

—¡Documentación! —gritó el Sturmschar.

—¡Venga, chicos! —pidió Aetos en voz alta a los ancianos—. Vuestras identificaciones.

—¿Otra vez? —gruñó Bergen desde el fondo—. Ya las hemos mostrado cinco veces. De seguir así, yo prefiero volverme a Berlín. ¿Qué clase de embajada artística es esta?

—No les haga caso —dijo Aetos a modo de excusa—. Somos muy mayores y... ya sabe usted. A veces el carácter se amarga con la edad.

El Sturmschar recorrió con la mirada los impasibles rostros de los ancianos y no detectó ni un solo atisbo de miedo en sus rostros. Por el contrario, todos le miraban como a un molesto intruso.

—¿Quiénes son y hacia dónde se dirigen? —preguntó con autoridad.

—Somos una embajada artística del gobierno con destino a Stuttgart —respondió Aetos suavemente—. Nuestro espectáculo se titula *Curiosidades y amenidades del universo*.

—¿Las «curiosidades» y las «amenidades» son ustedes?

—Nosotros y nuestro talento —respondió con una sonrisa Aetos—. ¿Quiere usted una prueba? —Y, sin darle tiempo a rechazar la oferta, se dirigió a Máxima Contessa—. ¿No le importaría, querida Máxima, interpretar para el Sturmschar el aria de ópera que más le apetezca?

La diva, pillada por sorpresa, preguntó:

—Pero ¿así? ¿Sin calentar la garganta?

—Por favor, deléitenos —le rogó Aetos.

Sin mediar palabra, la cantante salió al pasillo y, sorprendiendo con su voz al propio Aetos, comenzó a interpretar el «Sempre libera» de la ópera *La Traviata*, de Giuseppe Verdi.

El oficial, sorprendido en su buena fe, no podía creer lo que le estaba sucediendo, aquella cantante le miraba directamente a los ojos mientras le dedicaba el tema con gran teatralidad y énfasis, y su voz, en el pequeño recinto del autobús, se multiplicaba en decibelios hasta el infinito. No sabía si seguir escuchando o pedir silencio, pues esto último podría ofender a la gran diva. Conforme la cantante avanzaba por el pasillo hacia él, apabullándole con sus desproporcionados senos, comenzó a ruborizarse hasta enrojecer de vergüenza. La prudencia de Aetos lo salvó, ya que una mirada de inteligencia de este a la cantante hizo que ella diese por finalizada el aria.

—¿Le ha gustado? —preguntó Máxima al abochornado Sturmschar.

—Canta usted como los ángeles —respondió el soldado tratando de recuperarse.

Mientras tanto, Juan Carlos había puesto en manos de Aetos el salvoconducto que Elke Zolm y él habían falsificado en Berlín, y este se lo entregó al oficial.

—Espero que con esto quede usted satisfecho —dijo.

El joven oficial, confundido y convencido por anticipado, ojeó el documento por encima y se lo devolvió a Aetos. Después, tras volver a pasear su mirada por todos los presentes, se dirigió a Juan Carlos para indicarle:

—Pueden continuar el viaje, pero vayan con cuidado.

Todavía no había quitado Juan Carlos el freno de mano cuando el Sturmschar se le quedó mirando fijamente. Antes de que hiciese ninguna pregunta, Aetos se adelantó y, mientras señalaba a Juan Carlos, le aclaró:

—Ninguno de nosotros, por la edad, estamos capacitados para conducir este trasto. Necesitábamos un hombre joven, ¿comprende?

—Claro —dijo el oficial por toda respuesta mientras se alejaba de la puerta.

Juan Carlos aceleró suavemente y, conforme avanzaban, pudieron observar cómo los soldados desaparecían en el bosque como si se los hubiera tragado la tierra. Tras tomar una curva y ganar suficiente distancia, explotó dentro del autobús un fuerte aplauso al que Máxima Contessa respondió poniéndose en pie para agradecerlo con dramáticos gestos de reconocimiento y solidaridad.

A pesar de haber un destacamento especial en Weimar que protegía el campo de

trabajo, nadie los molestó.

Antes de entrar a la ciudad tuvieron que pasar, inevitablemente, frente a la gran puerta de dicho campo, en el bosque de Buchenwald. Los ancianos miraban el triste complejo con gestos de repugnancia. No concebían cómo unos fanáticos desalmados se habían tomado la libertad de erigir una aberración semejante a las puertas de una de las ciudades más cultas de toda Alemania. Si levantaran sus cabezas los de la Bauhaus o Walter Gropius, ¿qué pensarían de aquella vergonzosa construcción? ¿Qué consecuencias filosóficas hubiera imaginado Friedrich Nietzsche, que tantas concibió paseando por ese mismo bosque? ¿No se rasgaría las vestiduras Friedrich von Schiller en lugar de haber escrito *María Estuardo* o *Guillermo Tell*? ¿Qué pieza musical habría compuesto Franz Liszt? Cuando terminaron de pasar por delante del campo, todos bajaron sus cabezas con vergüenza ajena. Nadie capaz de concebir semejante ultraje podría ganar una guerra.

Juan Carlos, completamente sugestionado y notando en su paladar un ácido amargor que nunca antes había sentido, condujo el autobús directamente al histórico ayuntamiento de la ciudad y, tan pronto como el vehículo quedó aparcado en un costado de la plaza, la compañía en pleno se apeó para estirar las piernas y hacer el limitado ejercicio que los años permitían a los ancianos. Era un espectáculo ver cómo, solidariamente, se daban golpes en la espalda y masajes en los brazos y piernas los unos a los otros. Parecían niños jugando mientras, como si de una obligación se tratase, el equipo de gestores compuesto por Aetos, Moses, Juan Carlos y Erika se dirigía a los tres hermosos arcos que guardaban el acceso al edificio. Algo les extrañaba, pero no sabían qué, y tan pronto como entablaron conversación con los guardias municipales que protegían la puerta cayeron en la cuenta: todos, debido a las lógicas preocupaciones del viaje, habían olvidado que era domingo. El ayuntamiento permanecía cerrado, y los guardias que los atendieron no disfrutaban de la suficiente autoridad como para resolverles las necesidades de cena y cama.

Callados y pensativos regresaron los cuatro al autobús. Juan Carlos, en su fuero interno, se culpaba por el desliz. Se había responsabilizado de aquel colectivo y no se perdonaba haber olvidado la fecha del calendario, aunque lo cierto era que a nadie se le había ocurrido recordarlo.

¿Qué hacer en aquellas circunstancias? ¿A quién recurrir? Porque lo que tenía muy claro era la imposibilidad de continuar el viaje sin que aquellos ancianos hubieran comido y dormido. Lo mejor sería discutir la situación con todos, decidió, ya que al fin y al cabo la vasta experiencia de estos tendría que servir de algo. Esperó a que los ancianos volvieran al interior del vehículo y, una vez acomodados, se dirigió a ellos diciendo:

—Lo siento, nadie en este autobús recordó que hoy es domingo.

—Nosotros lo sabíamos —se atrevió a decir Ademaro Beckenhauer—. No

podíamos olvidarlo porque hoy cumple años mi señora...

Todos aplaudieron y felicitaron a la señora Beckenhauer, pero sin gran entusiasmo. El momento no era el más propicio para el jolgorio.

—¿Y cómo no nos lo recordó? —preguntó Aetos.

—¿Recordar qué? ¿Que era su cumpleaños o que hoy es domingo? —respondió el músico con voz apagada.

—El caso es que hoy lo tenemos feo —prosiguió Juan Carlos con seriedad—. Podemos tratar de conseguir precio en un hotel, yo tengo algo de dinero que...

Bergen le interrumpió:

—Debemos ahorrar tu dinero para asuntos más graves. Pienso que, con un poco de imaginación, aún estamos a tiempo de conseguir cama y comida.

—Yo estoy agotada —aseguró Máxima Contessa—. Necesito una cama más que el comer. Jamás había cantado sin previo calentamiento.

—¿Y qué es lo que propones, Bergen? —preguntó Aetos.

—Estuve recluido en el viejo hospital de Weimar durante la temporada oficial de teatro de esta ciudad. Me tuvieron que atender de una infección en la garganta y el director me conoce. Si me dejáis hablar con él, puede que resolvamos nuestro problema.

—¡Dormir en un hospital! —exclamó con cierta desconfianza Al Pace.

—¿Acaso hay un lugar mejor y más seguro? —comentó Bergen.

—¡De seguro nada! —se opuso Al Pace—. En cuanto descubran el más mínimo síntoma en cualquiera de nosotros, empezarán a investigarlo. Los médicos son unos enfermos patológicos de la investigación. ¡Si descubren mis urgencias con la vejiga, comenzarán a meterme tubitos por el pito hasta convertirlo en una regadera!

—No habrá tiempo para tanto —aseguró Bergen—. Además, ya nos ocuparemos nosotros de que eso no suceda.

—Entonces ¿probamos con el hospital? —propuso Juan Carlos.

Todos admitieron la petición. Todos excepto Aetos.

—Yo acepto siempre que Bergen no nos confunda con una de esas historias que se inventa —advirtió—. Lo paso muy mal cuando me avergüenzo.

Mientras observaba una peligrosa sonrisa en el rostro de Bergen, Juan Carlos le preguntó antes de tomar asiento frente al volante:

—Indícame cómo llegar a ese hospital.

Diez minutos más tarde, Juan Carlos arrimaba el vehículo frente a la entrada principal del centro sanitario. Bergen solicitó entrar solo, algo que todos respetaron —sus razones tendría—. Desde las ventanas observaron cómo se perdía en el interior del edificio. Durante la espera se hizo un silencio total que rompió Moses:

—Hoy pediría para cenar musaka. ¿Sabéis qué es la musaka? Capas de berenjena fritas alternadas con capas de carne picada, cubiertas con salsa bechamel y cocinadas

al horno. ¡Un lujo! ¡Para chuparse los dedos!

Inmediatamente, la imaginación de los viejos saltó por los aires y los jugos gástricos comenzaron a hacer su trabajo y a transmitir su mensaje a los paladares. Cada cual comentaba lo que le apetecía en aquel momento, convirtiendo el pequeño recinto del autobús en un guirigay de voces que describían los más exquisitos platos de la gastronomía internacional. Así hubieran seguido durante horas de no ser por Juan Carlos, quien viendo que Bergen se acercaba acompañado por un doctor de bata blanca dio la voz de alarma.

—¡Atención todos! Aquí viene Bergen con un médico.

Ambos subieron al autobús.

—Amigos —dijo Bergen—. Os presento al doctor Meyer, el mejor médico de Alemania.

Todos le saludaron. El galeno paseó lentamente su mirada por cada uno de los ancianos. Escrutaba con atención sus rostros y sus ojos, como si tratara de buscar información en ellos, algo que no parecía ser del agrado de los viejos, puesto que desviaban confundidos la mirada. Aquel hombre parecía tratar de hacerles con su penetrante mirada un reconocimiento clínico.

—¿Y todos son jardineros? —preguntó el doctor Meyer.

—Todos —contestó Bergen—. Retirados pero jardineros...

—Pero vamos a ver, Bergen —adujo el médico—. Hay algo de todo lo que me has explicado que no comprendo.

—Usted dirá —musitó Bergen con expresión inocente.

—Si con este colectivo de jardineros, según me cuentas, se está llevando a cabo una investigación sobre las alergias, ¿por qué los llevan a Stuttgart?

—Por una simple razón —respondió el ventrílocuo con la mayor naturalidad—: Stuttgart es la única ciudad del mundo que posee un parque zoológico combinado con jardín botánico.

—Eso es cierto —afirmó el galeno.

—Naturalmente —ratificó Bergen—, y nada mejor que la perfecta combinación de plantas y animales para conocer su efecto en el ser humano. En principio, parece que se hace el estudio por el dañino efecto de las plantas sobre la salud de los jardineros, pero a última hora decidieron ampliar la investigación incluyendo a los animales. Sobre todo a los gatos...

—¿Gatos? Algo había oído yo sobre los gatos —comentó el doctor—. ¿Cuál podrá ser el efecto tóxico del gato sobre el ser humano?

—En realidad no lo sé —respondió Bergen—, pero quizá pueda ayudarle mi compañero, que sabe mucho de alergias porque las sufre. —Y dirigiéndose a Aetos le preguntó—: ¿Podrías decirle al doctor qué es lo que tienen los gatos que produce alergia?

Aetos miró a Bergen y luego al médico. La pregunta le había pillado por sorpresa y no comprendía cómo aquel bromista se había atrevido a colocarle en semejante trance. Por un momento estuvo a punto de lanzarse sobre él, pero lo pensó mejor y, haciendo de tripas corazón, respondió:

—¡La caspa!

—¿La caspa? —inquirió el médico.

—Efectivamente —continuó Aetos—. La caspa es un contaminante que además se fija en el cabello humano.

—Ya. Comprendo —aceptó el médico. Y, volviendo a pasear su mirada por los ancianos, preguntó—: ¿Cuántos son los que tendrían que cenar y dormir aquí esta noche?

—Dieciocho —respondió Bergen.

El doctor Meyer, aproximándose a varios de los ancianos, estudió de cerca sus rostros. En algunos casos, como en el de Máxima Contessa y Al Pace, les abrió con sus dedos los párpados para observar más a fondo. Los viejos le dejaban hacer sin ofrecer resistencia. Finalizado el breve examen, y mientras mostraba la más socarrona de las sonrisas, volvió a la puerta para, desde allí, dirigirse a los presentes diciendo:

—Si alguien piensa en este autobús que yo haya podido creerme ni una sola palabra de lo que se me ha dicho aquí, está en un gran error. A diecisiete de ustedes no tengo el gusto de conocerlos personalmente, pero conozco a uno muy bien y desde hace bastante tiempo. Por lo poco que he podido observar, ustedes tienen de jardineros lo que yo de bailarín de tango. Supongo, más bien, que tendrán alguna relación con el mundo del espectáculo y que son artistas.

»Y, además, buenos artistas. La personalidad es un gran medio de identificación, aparte de que he reconocido algunos de sus rostros por haberlos visto en escena. Por otro lado, peor de lo que estamos en este hospital no lo vamos a estar por servir dieciocho cenas y ceder dieciocho camas por una noche. Naturalmente, todo esto sería posible siempre y cuando los invitados a mi hospital, con su talento y dotes artísticas, tuvieran la delicadeza de ofrecer a mis enfermos un poco de alegría, ¿sería eso posible?

Aetos levantó la mano.

—No sólo estoy de acuerdo, pienso que es un deber.

Todos levantaron los brazos en señal de aceptación, momento que aprovechó el médico para decirles:

—Sólo necesito unos minutos para alertar a mi personal. Eso sí —continuó mientras señalaba a Bergen—, no me dejen a este raro espécimen de ser humano suelto por aquí. Ya me ocuparé yo de amarrarlo corto más tarde...

Entre risotadas y aplausos, el doctor Meyer abandonó el autobús para dirigirse al interior del hospital. A pesar de la atrevida broma de Bergen, o quizá gracias a ella,



esa noche cenarían y dormirían caliente. Lleno de entusiasmo, Aetos propuso:

—Mi hermano y yo podemos improvisar para los enfermos algunos pequeños trucos de prestidigitación...

—Yo puedo recitar algunas poesías —apuntó inmediatamente Elke Zolm.

—Conmigo también pueden contar... —se ofreció Máxima Contessa—, siempre que me permitan calentar mi garganta.

Antes de que la situación se volviera anárquica, Juan Carlos, con la ayuda de Erika, se hizo cargo de la organización y completaron un listado de colaboradores que pudieran visitar las habitaciones de los enfermos.

El doctor Meyer se felicitaba por su acertada ocurrencia. La visita de los ancianos artistas a los enfermos había resultado todo un éxito. La presión que estaban recibiendo los hospitales a causa de la guerra era terrible y agotadora. Los bombardeos sumaban a diario más heridos de los que se podían atender, y tanto los médicos como el personal de servicio se veían obligados a realizar esfuerzos sobrehumanos. A cambio de tanta entrega, lo más que recibían era alguna palabra de agradecimiento por parte de los jefes o una palmadita de ánimo en la espalda de algún compañero. Por eso, cuando todos aquellos profesionales de la medicina vieron a los invitados en acción —la *troupe* logró sorprendentes carcajadas en enfermos a los que no les quedaban apenas fuerzas para reír y que mutilados, emocionados, les aplaudieran con una sola mano—, agradecieron en el fondo de sus corazones aquel soplo de alegría que de alguna manera los liberaba de su tristeza y les hacía olvidar la terrible tragedia que estaban viviendo.

Más tarde, durante la improvisada y escasa cena con el personal del hospital, en la que los ancianos fueron premiados con algo prohibitivo en aquellos días, ¡un vaso de cerveza!, el doctor Meyer solicitó a Bergen que los complaciese dando una conferencia sobre la influencia de la caspa en las enfermedades alérgicas. Bergen, ni corto ni perezoso, convirtió una servilleta en una muñeca que comenzó a manejar diestramente con su mano derecha.

—Me llamo Caspa —dijo con voz avejentada—. Estoy harta de vivir en la cabeza del estúpido de mi jefe y mi deseo es mudarme a otra. Si alguien me quiere, que hable ahora o calle por el resto de sus días. ¿Con quién me voy?

Bergen lanzó la servilleta al aire, lo que fue motivo de risa, ya que todo el que la recibía la volvía a lanzar con aspavientos y cara de asco.

Una urgencia acabó con aquel corto espacio de desahogo y los médicos abandonaron apresurados el comedor. La secretaria del director guio a toda la compañía hasta una gran sala con capacidad para veinticuatro camas que pudieron utilizar por encontrarse cerrada para su rehabilitación.

Aquella noche, nada más apagarse las luces de la sala, Aetos se acercó a la cama

donde Juan Carlos comenzaba a conciliar el sueño y, arrimándose para poder hablarle en voz baja, le dijo:

- Estoy preocupado.
- Algo gordo debe de ser para que no me dejes dormir...
- Verás, ese control que pasamos en la carretera me huele mal...
- ¿Por qué?
- Pienso que nos pueden estar buscando.
- No veo razón alguna para que nos busquen.
- La hay, Juan Carlos: nos hemos apropiado del autobús de la Casa del Artista.
- El autobús podría estar enterrado bajo las ruinas del edificio.
- Después del control, ya sabrán que no...
- Si te parece, mañana lo discutimos.
- De acuerdo —aceptó Aetos—. Pero no eches la advertencia en saco roto.
- Por supuesto —añadió Juan Carlos en un bostezo.

Al amanecer del lunes, y tras haber desayunado unas extrañas tortas con leche, todos recibieron una bolsa que contenía dos manzanas, un pequeño envase con galletas y una botella de zumo de fruta, detalle que agradecieron efusivamente. Quisieron despedirse personalmente del doctor Meyer, pero este se encontraba en los quirófanos y había dado orden a su secretaria de que los despidiera en su nombre.

Juan Carlos, para no dejar de expresar su agradecimiento, escribió una nota en nombre de todos que entregó a la secretaria para que la hiciera llegar a manos del director, pero antes de despedirse solicitó permiso para llamar por teléfono. Ella le indicó un despacho vacío desde el que pudo comunicarse una vez más con su amigo, el empresario francés, quien los recibiría muy pronto en aquel país. Era imprescindible hacerlo con ciertas garantías.

La siguiente parada sería Wurzburg.

## Capítulo 11

El coronel Günsche sabía que Hitler se encontraba al borde de la desesperación. Observaba con atención cómo paseaba por su despacho del búnker, de un lado a otro, como una fiera enjaulada. Con las manos a la espalda y la mirada perdida, parecía sentir sobre su cabeza todo el peso de aquella trampa de cemento armado que le habían impuesto para su seguridad.

Por mucha garantía que ofreciese el búnker, seguramente pensaba que la vida, allá abajo, era semejante a la de una comunidad de ratas. Menos mal que de una u otra manera aquel estilo de vida no duraría eternamente, ni siquiera mucho. En varias ocasiones, el coronel había escuchado decir al Führer que últimamente no había nada que le saliera medianamente bien.

Todo eran desgracias, malas noticias, sinsabores, traiciones. Ni siquiera Günsche podría asegurar que la mente de su jefe funcionase con la debida cordura. Nadie, a excepción de su médico particular, conocía los problemas mentales que sufría desde hacía un tiempo, como los insufribles dolores de cabeza, los fallos de memoria o la falta de concentración. Para colmo, aquellas pastillas que obligaban a tomar a Hitler le producían inestabilidad, desasosiego y náuseas, aparte de la pérdida de apetito.

El Führer comenzó a empeorar el día en que redactó el documento por el que expulsaba del gobierno al mariscal del Reich, Hermann Göring, y al ex Reichsführer, comandante de las SS y ministro del Interior, Heinrich Himmler. A su vez, nombró al gran almirante Dönitz como presidente del Reich y comandante supremo de las Fuerzas Armadas, además de designar al Gauleiter Karl Hanke como Reichsführer, comandante de las SS, jefe de la Policía Alemana y ministro del Interior. Aquel día, y sobre todo aquella traición, le habían producido el mayor disgusto jamás sufrido, aunque, si Günsche no recordaba mal, los síntomas de su enfermedad habían comenzado a hacerse evidentes a partir del 20 de julio de 1944, cuando el Oberführer Stauffenberg le preparó aquella trampa mortal. Sí, ahora lo recordaba perfectamente, porque también él estuvo cerca de la muerte.

Su mente volvió a aquel día y se vio tremendamente magullado y con el uniforme hecho trizas y lleno de polvo. Nunca olvidaría la explosión de aquel maletín y las consecuencias que desató. Hitler había salvado la vida milagrosamente, pero conforme fue conociendo los entresijos de la conspiración y los nombres de los oficiales involucrados en ella, así como los intentos de golpe en Berlín, París y Viena, la excitación fue minando su organismo hasta provocarle un ataque de nervios absolutamente incontrolado. El propio Führer había aprobado el plan Valquiria para responder a cualquier tipo de desorden nacional o de sabotaje a gran escala, y el hecho de saber que los conspiradores Friedrich Olbricht y Stauffenberg habían intentado utilizarlo para dar un golpe de Estado había acabado definitivamente con

sus nervios.

El coronel Günsche recordaba como si fuera ayer las reuniones informativas que Hitler ofrecía a diario en Rastenburg. De haberse efectuado la reunión en el búnker, como era su costumbre, la bomba que Stauffenberg activó en aquel maletín hubiera acabado con su vida, pero el destino quiso que ese día hiciese demasiado calor en el búnker y que la reunión se efectuara en una cabaña de madera. Aquella cabaña, y que Stauffenberg colocara el maletín bajo un resistente caballete, fue lo que les salvó la vida. Pero ese día comenzó la terrible enfermedad que padecía su jefe. No podía olvidar que aquella misma tarde celebró una reunión con Mussolini y, aunque no lo demostró ante nadie, el dolor de cabeza fue tan desmesurado que después jamás pudo recordar de qué habían hablado.

De no ser por su médico particular, que aquella tarde después del atentado no se separó de él y lo medicó en varias ocasiones, no hubiera resistido las terroríficas migrañas. Ahora Günsche sentía que su jefe empeoraba día a día, hora a hora. Él solía decir que sufría la sensación de que un insecto maligno se había instalado en su cerebro y, poco a poco, despacito pero sin pausa, mordisco a mordisco, iba devorando su masa encefálica, triturándola y convirtiéndola en una miserable papilla incapaz de pensar o razonar. Pero aseguraba que necesitaba seguir pensando, y necesitaba también continuar castigando a los traidores. Hitler necesitaba demostrar que seguía vivo, restablecer el orden en Alemania y salvarla de las desastrosas consecuencias del Tratado de Versalles, así como del deshonor que este suponía. Y resultaba que aquel asqueroso y dañino insecto en su cerebro no se lo permitía, le dominaba, era más potente que el propio Führer.

Su vida era un auténtico tormento, puesto que se obligaba a disimular los síntomas de la enfermedad ante todos los que trabajaban o se movían en su entorno, y para ello debía recurrir a un sinnúmero de trucos, artimañas y equívocos que acababan por incrementar su confusión.

En aquel momento, lo que más preocupaba a su jefe era la posible pérdida del sobre de color marrón. Ese sobre guardaba en su interior el futuro del nacionalsocialismo, la inmortalidad de unos ideales por los que se estaba sacrificando un pueblo, una raza. Sospechaba, o sabía con certeza, que sus posibilidades de sobrevivir a la guerra y seguir siendo el líder eran nulas; los días estaban contados para él y, en ese aspecto, no abrigaba la más mínima esperanza, pero la terrible venganza que acabaría con todos aquellos hombres que habían luchado contra él, algunos desde sus propias filas, estaba dentro de ese sobre.

Los altos dignatarios de su gobierno conocían su testamento político, documento que había redactado recientemente, pero desconocían este otro texto. Nadie, absolutamente nadie, había tenido acceso a ese documento en el que depositaba las claves para el glorioso resurgir del nacionalsocialismo.

Por supuesto que el Führer tuvo que involucrar a bastantes oficiales en el trabajo de crear una auténtica cueva del tesoro en aquel punto recóndito de Centroamérica. Allí estaban ya descansando los lingotes de oro y la suficiente cantidad de diamantes como para destruir a algunas potentes economías del mundo. Sin embargo, nadie conocía la verdadera razón de ser de aquel inmenso tesoro, excepto ellos dos. Y no solamente no la conocían, sino que ni uno solo de los hombres que colaboraron en la creación y ocultación de aquellas riquezas existía ya, todos habían desaparecido. Lo único que subsistía era ese documento en el que, pensando en el futuro, se explicaba el lugar donde se encontraba oculto el tesoro, así como el cuidadoso plan trazado para su utilización. Por supuesto que alguien, en su momento, debería hacerse cargo del plan y del tesoro tras recibir de manos de Beckenhauer el sobre marrón, pero ese alguien, a ser posible, sólo conocería el asunto minutos antes de que se produjese la muerte del Führer.

¿Quién podía imaginar que los aliados bombardearían la Casa del Artista? ¡Qué locura! ¿A quién podría beneficiar la desaparición de una residencia de ancianos creada para acoger a viejas glorias de la escena? ¡A nadie! Pero ahora todo eran dudas. Günsche sabía muy bien que el Führer le daba mil vueltas a la cabeza pensando si se había equivocado en algo: lo primero, en haber puesto dicho documento bajo la custodia de Ademaro Beckenhauer, su íntimo amigo de la niñez y compañero de juegos. Hitler aseguraba que su amistad con aquel hombre era inquebrantable y decía conocerlo lo suficientemente bien como para confiarle el documento, pues sabía a ciencia cierta que jamás le traicionaría. Es más, ni un solo miembro de su propia familia le ofrecía las garantías que este le inspiraba. Era tanta la amistad entre ellos que, durante la pubertad, llegaron a abrirse una minúscula brecha en el antebrazo e hicieron un pacto de sangre, un acto simbólico con el que subrayar su amistad uniéndola a través de lazos irrompibles.

Pero lo verdaderamente curioso era que nadie, a excepción de la señora Beckenhauer, supo jamás de esa amistad. Parecía ser que Ademaro era humilde por naturaleza y nunca, en los años de grandeza del Führer, se atrevió a molestarle. No le hizo falta: la música, de la que hizo su profesión, le arropaba con generosidad y, aparte de modesto, no era precisamente ambicioso, así que cuando llegó el momento de buscar una persona de absoluta confianza y entrega, Adolf Hitler pensó antes que nadie en él, su amigo del alma.

Y ahora resultaba que habían bombardeado la Casa del Artista y que el matrimonio Beckenhauer había desaparecido. La noticia era demoledora y, por más que su jefe le había encargado que averiguase lo sucedido, no acababa de recibir noticias. La espera se estaba convirtiendo en desesperación, y lo peor era que no existía ni una sola copia de ese otro testamento secreto. Tanto quiso el Führer proteger el plan y el lugar exacto donde se encontraba el tesoro que se negó a hacer

un duplicado. Un gran error, pero era tarde ya para lamentarlo, lo único que quedaba era trabajar y rebuscar hasta debajo de la última piedra de la Casa del Artista.

¿Habría logrado salvarse el matrimonio? Günsche sabía que, acuciado por la necesidad de saber, su jefe había comenzado a buscar en su agenda particular nombres, alguien a quien requerir directamente la urgente búsqueda del sobre. Estaba empeñado en llamar él directamente, a pesar de que le habían advertido que no debía levantar el teléfono para hablar con nadie, pues con una llamada como aquella podría crear un cisma. Lo correcto sería que él, su ayudante, insistiera en la urgencia de localizar dichos documentos y que, en cualquier caso, él se ocupara de llamar a quien fuese necesario.

Sin embargo, por unas anotaciones descubiertas en el despacho de su jefe, Otto Günsche sospechaba que este había continuado repasando nombres hasta dar con uno. La obsesión por el error cometido le obligaba a buscar, incansable, soluciones que, por tremendas que pareciesen, serían bienvenidas. Ahora bien, ¿y si había llamado a alguien directamente sin pedirle que lo hiciera él, como solía hacer? Günsche no quería ni pensar en las consecuencias que se desatarían si el Führer, en su estado, había llamado por su cuenta.

## Capítulo 12

El Obersturmführer Adalbert Adler esperaba en la antesala de la oficina del Standartenführer Max Linder. Le habían llamado con carácter de urgencia y nada bueno esperaba de aquella cita y menos aún de aquel superior. Cuando la Gestapo tenía la necesidad de presionar, inducir, castigar o sencillamente ofender a un oficial subalterno con o sin razón, allí estaba Linder para llevar a cabo el trabajo sucio. Nadie mejor que él para hacerlo, pues incluso solía decirse que ese era su único trabajo, su especialidad. Conforme recordaba casos de compañeros que habían pasado por las manos del Standartenführer, su preocupación cobraba mayor intensidad.

Adalbert Adler buscaba en su memoria cualquier error cometido, algo que hubiera olvidado: una orden sin acatar, un trabajo sin terminar, un descuido en el cumplimiento del deber... Pero nada. Nada semejante había ocurrido. De lo que sí era consciente era de su fama de blando en el cuerpo, por ahí podían ir los tiros. Intentaba ser lo más justo posible en sus trabajos y, salvo en raras o excepcionales ocasiones, jamás había permitido en su presencia ningún tipo de abuso, sobre todo con el débil, y eso era algo que en tiempos de guerra, sobre todo de aquella guerra, funcionaba de otra manera. «En fin —se dijo a sí mismo—, lo que sea será. No adelantemos acontecimientos».

Extrajo de un bolsillo de la guerrera una cajetilla de cigarrillos que mostró a la secretaria preguntando con ese gesto si podía fumar, y esta afirmó añadiendo un guiño de complicidad. Estaba a punto de encenderlo cuando sonó el teléfono de su mesa.

—El Standartenführer Max Linder está esperándole —le comunicó la funcionaria tras contestar a la llamada—. Puede pasar.

El joven oficial se puso en pie, dejó el cigarrillo en un cenicero, se estiró la guerrera y entró decidido en el despacho. Llegó frente al escritorio de su superior y se cuadró a la espera de que el oficial levantara la vista de unos papeles que revisaba para alzar su brazo y saludar. Pero el Standartenführer Linder continuó absorto en aquellos informes y durante más de dos minutos le obligó a permanecer en posición de firmes sin ni siquiera echarle una mirada. Por fin se quitó las gafas, dejó a un lado los papeles y se incorporó para recibir el enérgico saludo del Obersturmführer, al que respondió con la mayor apatía.

—¿Es usted el Obersturmführer Adalbert Adler, asignado a este distrito en Berlín?

—Sí, señor —respondió el joven.

—Puede sentarse —le indicó Linder señalándole una butaca.

Mientras el oficial tomaba asiento, el Standartenführer cogió de su mesa lo que

parecía una fusta, aparentemente de cuero, y comenzó a caminar por el despacho mientras daba unos golpecitos con la vara en la caña de su bota derecha. El tiempo pasaba y sólo se oía el ruido seco de las pisadas mezclado con los chasquidos de la vara contra la bota. Los segundos se convertían en minutos y la situación se hacía cada vez más tensa para Adalbert Adler. No estaba acostumbrado a que lo trataran con semejante indolencia y pensó que aquella sería una táctica del superior para alterar los nervios de sus subalternos, por lo que, haciendo un gran esfuerzo, trató de controlarse y aparentar la mayor tranquilidad. Finalmente, el Standartenführer se decidió a hablar:

—¿Quién le asignó el trabajo que está llevando a cabo en estos momentos?

—Recibí una llamada del Standartenführer Günsche.

—¿Otto Günsche le llamó a usted directamente?

—Así es.

—¿Y por qué lo hizo?

—Supongo que porque deseaba asignarme ese trabajo.

—¿Supone o afirma?

—Ambas cosas, porque de hecho me lo asignó.

—¿De qué trabajo se trata? —preguntó suavemente Linder continuando con su paseo.

—No sé si debo comunicárselo, señor. El Standartenführer Günsche me insistió en que era confidencial.

—¿Significa eso que trata usted de ocultarme el trabajo que está realizando para alguien de fuera de esta oficina?

—No, señor, ni mucho menos. Lo que trato de hacerle comprender es que he recibido una orden que me obliga a ser discreto.

—Sepa usted que una nueva orden deroga la anterior. Ahora soy yo el que le ordena que me informe acerca del trabajo que está realizando.

—Standartenführer Linder —repuso Adalbert Adler revolviéndose en la butaca—, conozco mis obligaciones como oficial. Es más, imagine que hubiera sido usted quien me hubiera dado la orden, ¿aceptaría que yo la incumpliera?

—De acuerdo —cortó Linder—. Ya veo que es usted un incorregible cabezota. No me diga nada, no me cuente nada acerca de ese trabajo. Tendré que ser yo quien se lo diga a usted: ¿ha encontrado ya el sobre marrón con el sello particular del Führer? —preguntó mirándole con una sonrisa cínica.

Adalbert Adler palideció sin saber qué hacer o decir, el comentario había resultado tan inesperado que lo dejó completamente desarmado.

Viendo que no reaccionaba, el superior continuó:

—¿Y el autobús? ¿Ha localizado ya el autobús de la Casa del Artista?

—En eso estoy —balbuceó Adler—. ¿Cómo lo ha sabido usted?



—¿Cómo lo sé? La obligación de este cuerpo es saber todo lo que sucede en este país. Y cuando digo «todo» me estoy refiriendo a absolutamente todo. ¿En qué cabeza cabe que un Obersturmführer de la Gestapo me haga semejante pregunta?

—Pensaba que...

—¡No piense, oficial! —Linder levantó su voz chillona—. Deje que sus superiores piensen por usted y límitese a cumplir las órdenes.

Adalbert Adler bajó la cabeza para tratar de ocultar su sonrojo y Max Linder, ya completamente envalentonado, continuó:

—Por deferencia al Standartenführer Günsche continuará usted con el caso, pero de ahora en adelante estará bajo las órdenes directas del Hauptsturmführer Schultz.

—¿Carl Schultz? —preguntó el joven con gesto de horror.

—El mismo —respondió Linder con autoridad.

Adalbert Adler sintió que se hundía en el abismo. Ahora sí que no sabía cómo reaccionar. ¡Nada menos que Carl Schultz, más conocido como «el sanguinario Schultz»! Aquello no podía ser cierto, la reunión se había convertido en una auténtica pesadilla. Se sentía ridículo como nunca antes y no encontraba palabras con que negarse a aceptar colaborar con semejante personaje; pero, por otra parte, no le estaban pidiendo una colaboración, le estaban ordenando participar en un trabajo junto a uno de los más despreciables individuos del cuerpo, quizá el peor de todos ellos, y lo triste era que debía acatar esa decisión. Aun así, hizo un esfuerzo por buscar las palabras justas para preguntar tímidamente:

—Haré lo que esté en mis manos por resolver este caso, pero ¿no piensa, señor, que yo sería más útil en otro destino?

—¿Otro destino...? Si el Standartenführer Günsche le ha elegido a usted para ese trabajo, ese es su destino y yo no le voy a relevar. Lo que sí hago es darle apoyo con un oficial que le viene como un guante al caso. El Hauptsturmführer Schultz es experto en este tipo de trabajos y suele resolverlos eficazmente. Si alguien tiene esos documentos y hay que convencerlo para que los entregue, nadie como él para hacerlo. Siga usted sus instrucciones.

—Pero...

—¡Se acabó la entrevista, Obersturmführer Adler! ¡Póngase a las órdenes de Schultz y acate sus indicaciones, él ya sabe lo que tiene que hacer! Y no olvide que lo verdaderamente confidencial ha sido esta conversación. Ahí sí se la juega usted.

## Capítulo 13

Antes de arrancar el motor, Juan Carlos comprobó con cuánta gasolina contaba para el viaje. Disponía de un poco más de medio depósito. «Suficiente», pensó, para llegar a Wurzburg. Arrancó el motor y pidió instrucciones a Erika, quien acababa de abrir el plano de la ciudad sobre sus piernas. Tras recibir las primeras explicaciones miró por su retrovisor y preguntó en voz alta:

—¿Estamos todos?

Nadie respondió, todos hablaban a un mismo tiempo, por lo que Aetos se levantó y, tras reclamar la atención de los viajeros, les habló:

—Ya sé que solemos amanecer muy parlanchines, a mí también me ocurre, pero Juan Carlos quiere saber si falta alguien.

—Yo estoy seguro de estar —respondió Bergen—. Y, por lo que veo, todos están seguros de estar también.

Aetos echó una ojeada a los asientos.

—Se aprueba el viaje —le comunicó a Juan Carlos volviéndose a sentar—. ¡En marcha!

Este pisó el acelerador y maniobró para salir del recinto del hospital, quince minutos más tarde desembocaban en la carretera que los conduciría a Wurzburg.

Una vez seguro de seguir el camino correcto y ávido de conversación, comentó a Erika:

—Hemos tenido suerte en Weimar al topar con ese médico.

—Parece un excelente profesional —coincidió Erika con la vista aún en los mapas de carretera—, pero fue una locura abordarle así.

—Estoy de acuerdo contigo, pero ya ves... Hay locuras dementes y locuras cuerdas. Y el doctor supo distinguir.

—Eso es una demostración de que, a pesar de la situación de barbarie que vivimos, aún quedan personas con humanidad.

—Naturalmente que quedan, y siempre quedarán porque, al fin y al cabo, en el fondo, en algunos casos muy en el fondo, la mayoría de nosotros no tenemos malos sentimientos, es la guerra la que nos hace malos.

—No estoy muy convencida. ¿Tú piensas que todos somos buenos al nacer?

—No creo que seamos buenos, ni malos tampoco. Entiendo que nacemos con sentimientos sin formar, sentimientos que, con el tiempo, se convierten en buenos o malos según las circunstancias.

»Pienso que es la vida, el entorno, todo aquello que nos rodea y ejerce alguna influencia sobre nuestra personalidad lo que nos hace ególatras o altruistas, compasivos o despiadados, violentos o pacíficos; en definitiva: buenos o malos.

—Quieres decir que lo aprendemos...

—Igual que aprendemos a leer y a escribir, a caminar y a orientarnos, a comer y a sobrevivir. A partir de nuestro nacimiento el camino está marcado y lo único que podemos hacer es seguir las instrucciones. Otros han pensado lo que es bueno o malo para ti.

—¿Quiénes? —preguntó Erika.

—Tu familia, la sociedad, los educadores, los políticos, los murciélagos...

—Yo pienso lo mismo —añadió Aetos inmiscuyéndose en la conversación—. Aunque a veces tengo mis dudas...

—¿Y eso? —preguntó Juan Carlos.

—No me digas que no has tropezado alguna vez con algún malnacido venido al mundo en cuna de oro.

—Mal consejero el oro —reflexionó Juan Carlos.

—Es cierto —aceptó Aetos—, pero no siempre...

—Habría que saber en qué cuna nació el médico que dio origen a esta conversación —comentó Erika ensimismada.

—Ese, por lo que hemos podido comprobar, es de buena cuna y buena crianza —conjeturó Aetos—. A diferencia de lo que se ve hoy en día, lleva con él una gran carga de suerte y humanidad.

—Esperemos que la misma suerte y la misma humanidad nos acompañen en Wurzburg... —deseó Juan Carlos.

—Creo que la suerte lleva mi nombre allí —comentó Aetos—. No sé por qué, pero me parece que ahora me tocará a mí resolver la parada y fonda.

—¡Vaya por Dios! —exclamó Juan Carlos con una sonrisa—. Apareció el Aetos del oráculo. ¿Puede saberse qué es lo que vas a resolver?

—Moses y yo tenemos una hermana en Wurzburg que hace años actuaba con nosotros. Durante una de nuestras temporadas se enamoró en esa ciudad de quien hoy es el jefe de la estación de ferrocarriles.

—Nunca lo habíais mencionado.

—No habrá venido al caso. De todas formas, no solemos hablar mucho de la familia. Lo importante es que hoy puede sernos útil.

—No veo la relación de un jefe de estación con nuestras necesidades —apuntó Erika.

—Como jefe de estación, no —intercedió Moses apuntándose al diálogo—, pero como socio propietario de un hotel junto a la estación puede resultar de lo más práctico.

—¡Dueño de un hotel! —exclamó Juan Carlos con un gesto de ilusión. Pero este le cambió inmediatamente al decir—: Pero somos demasiados, creo que sería un abuso...

—De abuso nada —interrumpió Aetos—. Él es dueño de ese hotel gracias a

nosotros, aunque esa es otra historia que no viene al caso. Lo que sí puedo decir es que no siento el más mínimo reparo en solicitar ese favor, en este sentido podéis estar tranquilos.

—Si es así, bendito sea —dijo Juan Carlos—. Pero, entonces, ¿vamos al ayuntamiento o directamente al hotel de vuestro cuñado?

Los gemelos se miraron y, como si fuera uno solo el que hablara, dijeron a un tiempo:

—¡Al hotel!

Cuando divisaron el famoso castillo de Marienburg en la colina, los ancianos se animaron. Estaban llegando a Wurzburg y Al Pace levantó su voz para anunciar:

—Compañeros. Si alguna vez cogí una curda inolvidable, puedo aseguraros que fue aquí. Bebí tanto Frankenwein que posiblemente de ahí me vengan mis prisas por desaguar.

—El mejor vino de Alemania —comentó el húngaro Gustav.

—Bien que lo sabes tú —sentenció su esposa—. La última vez que actuamos aquí no pudiste debutar...

—Fue por culpa de las autoridades. Presumen tanto de su vino de la Franconia que no se cansan de ofrecértelo, y uno, que es débil por naturaleza...

—Sí, sí, pero yo tuve que bailar por los dos —agregó ella—. Recuerdo que tú, en lugar de bailar un vals, que era lo que la orquesta interpretaba, lo bailabas en tempo de rumba cubana.

—Eso ocurre en las mejores familias —comentó Aetos—. ¿No es verdad, Moses?

Este miró a su hermano gemelo como tratando de recordar, hasta que soltó una ruidosa carcajada.

—¡Vaya melopea! —exclamó entre risotadas.

—Pero cumplimos —remató Aetos.

Debido a la prevención en caso de bombardeos, el tráfico era un caos en la ciudad. Unas calles permanecían cerradas y otras con su sentido de circulación invertido, por lo que tardaron en acceder al centro. Cruzaron el puente viejo sobre el río Meno, y admiraron la fachada del palacio residencial y del histórico Grafeneckart. Los ancianos hacían todo tipo de comentarios recordando anteriores experiencias vividas en la ciudad mientras Juan Carlos estacionaba el autobús frente al hotel y junto a la estación de ferrocarriles. Una vez puesto el freno de mano, Aetos se levantó para informar a sus compañeros:

—Vamos a gestionar la cena y las habitaciones, será cuestión de minutos. Dejamos el motor encendido para que no se enfríe el interior del vehículo. Para cualquier cosa, estamos en el vestíbulo del hotel.

—¿Me necesitáis? —preguntó con su voz atrompetada Bergen.

—Por el momento no —respondió Aetos—. En el caso de que necesitemos tu colaboración, te avisaremos.

—Ya sabéis que en seguida me invento un perro —insistió.

—Contamos con ello —agradeció Juan Carlos.

El cuarteto gestor se apeó del autobús y de inmediato se perdió en el interior del hotel, lo que dio motivo a todo tipo de comentarios por parte de los viejos. La posibilidad de disponer, aunque fuera por una sola noche, de una auténtica habitación llenaba de ilusión sus mentes. A ninguno de ellos se le había ocurrido hacer el más mínimo comentario al respecto, pero lo cierto era que ese largo viaje los hacía sentirse molidos, a pesar de que por nada del mundo hubieran protestado. Espiritualmente, aquel viaje representaba un sueño para ellos, pero materialmente estaban hechos fosfatina. Aunque todo fuera por volver a la profesión y lo que de positivo esto tenía.

El vestíbulo del hotel se encontraba desbordado por soldados y oficiales de la Wehrmacht que fumaban cigarrillos incansablemente, y una nube de humo acumulado molestaba en los ojos al cruzar el gran salón. Un ácido e intenso olor a tabaco rubio, mezclado con el tufo que irradian los uniformes guardados en armarios con naftalina, invadía el ambiente. El cuñado de los gemelos, Friedrich Clauss, no se hallaba en el hotel en ese preciso momento, por lo que tuvieron que llamarlo por teléfono a su despacho de la estación de ferrocarriles. La que apareció de inmediato, tan pronto supo que estaban allí sus hermanos, fue Alethea, quien impresionó sobremanera a Erika y a Juan Carlos, pues, a pesar de sus años, aquella mujer podía presumir de haber sido escultural y bellísima. Concedora de esto, sabía equilibrar con humildad sus fuertes rasgos de personalidad arrolladora. Los gemelos y su hermana, una vez en el despacho de dirección, se fundieron en un fraternal e interminable abrazo que los dos jóvenes respetaron prudentemente. Tras secarse con las manos, sobre todo ella, algunas lágrimas, disfrutaron de un momento de hilaridad: Alethea, como una niña, reía por lo ancianos que encontraba a sus hermanos mientras les acariciaba las marcadas arrugas en sus rostros y los regañaba por dejarlas crecer. Ellos la trataban como a una niña y fue entonces, en plena euforia, cuando se presentó Friedrich, quien tras abrazarlos calurosamente les preguntó extrañado:

—¿Qué hacéis en Wurzburg?

—Gajes del oficio —respondió inmediatamente Aetos—. Somos parte de una embajada cultural que viaja a Stuttgart en viaje de confraternidad.

—En realidad, somos un puñado de vejstorios que han encontrado un motivo justificado para volver a la escena —agregó con una amplia sonrisa Moses.

Alethea, sorprendida, se llevó las manos al rostro.

—¿Seguís utilizando fieras? —preguntó asustada.

—No. Ahora las fieras andan sueltas por la calle.

El irónico comentario de Aetos inquietó a los presentes y Juan Carlos trató de quitarle hierro.

—Hacen magia, pero sin fieras —desveló—. El caso es que todavía no han estrenado sus nuevos trucos porque aún no hemos probado el espectáculo. Pero, conociéndolos como los conocemos, sabemos que cualquier cosa que hagan será un éxito.

—Él es Juan Carlos Barrachina. El mejor trapealista del mundo —explicó entonces Moses presentándoselo a su hermana—. Y ella es Erika, una compañera de viaje.

—¿Viajáis sólo vosotros o sois una compañía completa? —preguntó Friedrich.

—Somos dieciocho —puntualizó Aetos—. Y esto lo digo con la mayor franqueza: vamos a necesitar cenar y dormir.

—La cena no será problema —respondió en seguida Alethea— porque precisamente hoy hemos recibido un cargamento de alimentos de la intendencia militar. El problema son las habitaciones. Algo importante se espera en esta ciudad, digo yo, porque de pronto, sin previo aviso, ha llegado gran parte de una división, creo que antiaérea, y todos los hoteles y pensiones están abarrotados. Lo único que se me ocurre es que durmáis en los sofás del vestíbulo. Algunos, no todos, por supuesto, podéis usar el cuarto de baño de nuestra habitación. Es todo lo que podemos hacer por vosotros.

—Bastante es —agradeció Juan Carlos—. Quizá en el ayuntamiento puedan...

—No creo que hoy el ayuntamiento vaya a resolveros nada. Llevan dos días acomodando a militares, los colocan hasta en casas particulares.

—Pues entonces cena y autobús —añadió Aetos decepcionado—. ¡Qué le vamos a hacer!

—Creo que tengo la solución —exclamó Friedrich de pronto.

Todos miraron sorprendidos al jefe de estación mientras este sacaba de un bolsillo una nota que consultó concienzudamente.

—Efectivamente... Hoy ha entrado en la nave de reparaciones un coche-cama que ha llegado esta mañana lleno de oficiales. Hay que hacerle una revisión de frenos, una tontería. Con el desajuste que existe en la red ferroviaria, sabemos que el vagón entra hoy, pero no tenemos ni idea de cuándo volverá a la circulación. Lo que quiero decir es que, con ese vagón, disponemos de camas para todos vosotros, ¿qué os parece?

Juan Carlos, siempre rápido a la hora de tomar decisiones, rompió el silencio:

—¡Me parece una idea genial!

—¿Verdad que sí? —apoyó con ilusión Alethea.

—Perdonen que haga una pregunta —interrumpió Erika—. Pero, tratándose de ancianos, ¿no pasarán frío?

—Dentro de la nave no —aseguró Friedrich—. Además, ya me ocuparé yo de que introduzcan en el vagón termos de agua caliente.

—Pues entonces parada y fonda resuelta —concluyó Aetos con satisfacción.

Friedrich explicó a Juan Carlos cómo entrar a la nave con el autobús. Estaban muy cerca, sólo había que dar una vuelta a la manzana. Decidieron que los ancianos fuesen a la nave y se acomodaran en el vagón durante lo que quedaba de tarde y, a las siete, Alethea los estaría esperando para cenar. Friedrich salió inmediatamente para dar las órdenes pertinentes y los gemelos, Erika y Juan Carlos volvieron al autobús.

La noticia de que pasarían la noche en departamentos de coche-cama de un vagón de tren animó a los ancianos. A la mayoría les hacía ilusión recordar viajes realizados en el pasado, ya que moverse de esta forma era un lujo sólo al alcance de los privilegiados, aunque más lujo era dormir sin sentir el inevitable traqueteo del tren en movimiento. Eso sí que sería un privilegio.

Como niños con un juguete nuevo, los componentes de la compañía se acomodaron de dos en dos en los departamentos y, puesto que sobraban, Juan Carlos y Erika pudieron disponer de uno para cada uno. Bergen, que ya contaba con uno para él y su esposa, reservó otro en una cabecera del vagón a fin de usarlo como club. Había descubierto en el pequeño despacho del revisor varias barajas y fichas, lo que dio motivo a que recorriera el vagón anunciando que aquella noche, después de la cena, se celebraría en el compartimento-casino una partida de póker que nadie podía perderse y que se aceptarían en las apuestas todo tipo de pendientes, anillos, sortijas y dentaduras postizas de ambos sexos.

A las siete en punto, la compañía entraba en el comedor del hotel. Alethea y Friedrich los esperaban sentados a una mesa preparada para veinte comensales, y a pesar de que las circunstancias no eran las más idóneas, Alethea quiso atender a sus hermanos personalmente y disfrutar también de aquel grupo de profesionales del espectáculo que la devolvían a su juventud. Friedrich, por su parte, se desvivía en atenciones para con los gemelos, lo que hacía suponer que había algo más que una deuda de cariño entre cuñados.

En pocos minutos el pequeño comedor se llenó de oficiales de la Wehrmacht, que solicitaban vino de la zona, y al momento comenzaron a llegar a las mesas las valiosas botellas de Frankenwein, lo que sin duda ayudaría a crear un buen ambiente en el comedor.

Junto a una cabecera de la mesa de la compañía, justo donde se sentaba Bergen, había una mesa preparada para cuatro. El espacio era muy reducido y, de sentarse a comer las cuatro personas, apenas les quedaría espacio para mover los brazos. Bergen pensó que la incomodidad no les permitiría disfrutar de los alimentos, pero aquel no era su problema, por lo que tomó asiento en espera de que le sirvieran la cena.

Acababan de servirle unas chuletas ahumadas de Sajonia acompañadas por un

apetitoso puré de patatas cuando por la puerta del comedor aparecieron los cuatro comensales que ocuparían la mesa: se trataba de dos Obersturmbannführer, uno de las SS y el otro de la Gestapo, acompañados por sus dos ayudantes, un Hauptsturmführer y un Obersturmführer. El de la Gestapo era enorme, ese tipo de persona que llama la atención por su tamaño; parecía más bien un profesional de la lucha libre. Bergen los vio acercarse y pensó: «Como a este mastodonte se le ocurra ocupar la silla situada a mi espalda, se me acabó la cena».

Su pensamiento se convirtió en maleficio: el hombre no sólo ocupó aquella silla, sino que se embutió en ella y empujó hacia atrás sin la más mínima consideración, dejando a Bergen emparedado y atrapado entre la mesa y su silla. Como pudo, haciendo un gran esfuerzo para desatascar sus costillas del borde de la mesa, Bergen resbaló y salió de aquel atolladero por debajo de la mesa con la ayuda de Máxima Contessa, que ocupaba el puesto contiguo. Inmediatamente se acercó a Al Pace, que ya había comenzado a comer, y hablándole al oído le preguntó:

—Al, ¿sigues haciendo el truco de los perdigones?

—Por supuesto —respondió este con la boca llena.

—¿Tienes carga a mano?

—Siempre, ya sabes que es mi entretenimiento preferido.

—Pues, querido amigo, estoy sentado en la cabecera y necesito que me espantes a un moscón que tengo a mis espaldas. ¿Podrías hacerlo?

—Siempre estoy dispuesto a colaborar con los amigos. ¿Qué asiento debo ocupar?

—Tienes que intercambiar tu puesto con Máxima. Yo te la mandaré para acá.

—Sin problema —respondió Al, y se llevó una copa de vino a la boca.

Bergen regresó a su mesa y le pidió a Máxima que se intercambiase el asiento con Al Pace, más tarde le explicaría la razón. Al levantarse esta, Bergen aprovechó para sentarse en su silla, donde volvía a estar completamente estrujado. Un minuto más tarde, Al se sentaba junto a Bergen con un cargamento de perdigones de plomo entre su labio inferior y las encías. Sin inmutarse lo más mínimo y utilizando la lengua como herramienta propulsora, colocó un perdigón entre sus dientes superiores e inferiores y, presionando con la punta de la lengua, lo disparó con tal puntería que fue a dar en el cogote del mastodonte. La reacción del Obersturmbannführer de la Gestapo no se hizo esperar: su mano derecha buscó el lugar del impacto, pero no fue a más; el segundo disparo hizo que se diera un pescozón en la parte trasera del cuello; el tercero logró que se levantara y se volviera furioso hacia Al Pace y Bergen, pero estos, impertérritos, no se inmutaron. El oficial se puso rojo de rabia y sus compañeros de mesa lo miraron extrañados. Dos acertadas descargas más lograron que saltara como un resorte de la silla, derramando un plato de comida encima de su asistente y gritando enrabiado al tiempo que le pedía excusas y su ayudante,



abochornado, se limpiaba el uniforme. El SS-Obersturmbannführer se levantó alarmado, pues intuía que algo anormal le estaba sucediendo a su compañero ya que a esas alturas todo el comedor estaba pendiente de ellos. Preguntó al encorajinado mastodonte de la Gestapo qué era lo que le ocurría y, cuando este trató de explicarle lo que sentía en el cogote, recibió tres perdigonazos en la cara que terminaron de volverle loco e hicieron que empezara a darse de bofetadas mientras de su boca salían rayos y centellas.

Todos los presentes fueron testigos de cómo un oficial de la Gestapo, tras sufrir un ataque de histeria, abandonaba el comedor hecho una fiera y sin que nadie supiera jamás qué le había sucedido. Alethea se acercó a la mesa con la intención de averiguar lo ocurrido, pero nadie pudo darle una explicación lógica.

Cuando los ánimos se hubieron apaciguado en el comedor, Al Pace, disimuladamente, le guiñó un ojo a Bergen. Este, con la mayor satisfacción, corrió hacia atrás su butaca y, tras suspirar satisfecho, continuó cenando como un señor.

Para no molestar a los ancianos, cuyos desaforados ronquidos se oían por todo el vagón, Juan Carlos y Erika, en voz baja, conversaban en el pasillo del coche-cama. Estaban en el extremo contrario al que habían elegido los jugadores para montar su casino y, por primera vez durante todo el viaje, disponían de un momento a solas.

A Juan Carlos le ilusionaba sobremanera compartir con ella aquel momento, en diferentes oportunidades había descubierto a Erika observándole con interés, pero cada vez que trataba de corresponderla ella retiraba la mirada con la mayor discreción. Erika también se sentía observada, pero en su caso ya había descubierto un interés especial por parte de él gracias a las palabras que usaba para dirigirse a ella, su cariño en el trato o las profundas miradas, tanto que a veces lograban que ella sintiera una total desnudez. Aun así, recelosa por naturaleza, no quería hacerse falsas ilusiones, pues la situación de zozobra que experimentaban aquellos días se prestaba a crear una confusión de sentimientos que no tuvieran nada que ver con la realidad. Quizá por eso la conversación se inició sin que ellos se incluyeran en ella.

Juan Carlos, cada vez más identificado con el grupo de ancianos, comenzó mencionándolos:

—¡Qué especiales son nuestros viejos!

—Ya lo creo, son únicos —respondió Erika—. La vida los ha hecho especiales. Piensa en el mundo recorrido por cada uno de ellos y saca tus propias conclusiones.

—Hay una cosa que me llama poderosamente la atención. ¿Has observado lo fieles que son?

—¿A qué te refieres?

—A su gran sentido de la fidelidad: unos son fieles a sus parejas, otros lo son al hermano, otros al compañero o compañera de actuación, y ahora, en estos días, todos lo son a nosotros.

—De alguna manera, ellos se sienten ciudadanos del mundo. El mundo es su patria. Y, sin embargo, las costumbres, las lenguas, las fronteras, las diferentes culturas que conocieron en su momento los hicieron sentirse excluidos de ellas. Esa sensación de soledad, llegada la vejez, hace que se solidaricen aún más con su pareja, hermano o quien sea. Es el eterno agarrarte a lo tuyo. Quizá sea una tontería lo que estoy diciendo...

—No lo es en absoluto, tiene sentido. La soledad es la gran amiga del silencio. Lo digo por mí mismo. ¿Sabes? A veces me he descubierto hablando solo. ¿Dónde has puesto los calcetines nuevos?, ¡los lavaste ayer!, ¡pues no tengo la más mínima idea de dónde los he guardado!...

—Eso nos ocurre a todos —confesó Erika riendo.

—Pues yo pienso que cuando hablas solo es porque necesitas a alguien a quien preguntarle por tus calcetines.

—Supongo que si necesitas a alguien será para algo más que para preguntarle por eso.

—No sé, pero los calcetines son todo un símbolo: son dos, hacen pareja, son inseparables, envejecen juntos, calientan los pies y nos ayudan a pisar firme.

Los de la partida de póker se alumbraban con una tenue lámpara de gas; al pasillo del vagón sólo llegaba algún que otro reflejo desde los faroles de guardia de la nave. Aun así, cada vez que Juan Carlos la miraba, Erika se veía forzada a bajar la cabeza. La conversación en voz baja y el tono íntimo con que se estaba llevando a cabo lograron influir en ella:

—¿Por qué me miras de esa manera?

—No sé cómo te miro —respondió él mirándola a los ojos—, pero me gusta hacerlo.

—Es que... No puedo resistir tu mirada.

—Si quieres dejo de hacerlo —ofreció Juan Carlos mientras la observaba con arrobo—. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Me lo tienes que pedir tú. Pídeme que no te mire y veré si puedo complacerte.

—¿Cómo quieres que te pida algo que no siento? Una cosa es que no pueda resistir tu mirada y otra muy distinta es que no me guste.

Juan Carlos, conforme hablaba, había ido acercando su rostro al de ella, que, dominada por la situación, cerró los ojos en espera del inevitable encuentro. Apenas llegaron a rozarse los labios, pues coincidiendo con aquel amago de beso se produjo en el vagón un movimiento brusco. Algo había chocado contra ellos. De pronto se oyó una orden dada por alguien en el exterior y el vagón se puso en marcha lentamente. Juan Carlos, sorprendido, abrió una ventana del pasillo y se asomó al exterior. Lo que vio no tenía sentido.

Una locomotora tiraba del vagón y lo sacaba de la nave. Los integrantes de la partida salieron al pasillo alborotados pidiendo explicaciones y Juan Carlos, sin perder un segundo, echó a correr para tratar de parar la locomotora. Hacía poco que habían cerrado la puerta para evitar la pérdida de calor de los termos de agua caliente, y, con la desesperación que produce la prisa, Juan Carlos no encontraba el mando para abrirla aunque tenía que estar por allí cerca, a mano. Cuando más desesperado estaba vio cómo Aetos, que había aparecido de repente, movía una palanca en la puerta y esta se abría. Sin pensarlo, saltó del vagón, corrió hacia la locomotora y, al llegar a la altura de esta, comenzó a gritar y a gesticular como un loco. Pero todo fue inútil. Atentos a lo suyo, ni el maquinista ni el fogonero le prestaban atención, y no se asomaban a la ventana ni tampoco podían oírle. Finalmente, Juan Carlos decidió subir a la locomotora, lo que hizo que el maquinista y el fogonero se quedaran muy sorprendidos al encontrarse con un demente que les gritaba desaforadamente tras el cristal de la puerta.

—*Halt! Halt!* —se desgañitaba Juan Carlos.

En una reacción espontánea, el maquinista frenó la locomotora y, una vez parada, preguntó con cara de malas pulgas:

—¿Qué hace en mi máquina?

—Pedirle que la pare. Hace rato que les estoy gritando.

—¿Y por qué debería pararla?

—Porque el vagón está ocupado por ancianos que duermen.

—¡Eso es imposible! —negó el maquinista.

—Baje usted y se lo demuestro.

—Yo no tengo por qué bajarme. He recibido la orden de colocar este vagón en el andén número uno y voy a tratar de llegar a Berlín con varias unidades, así que me está haciendo perder el tiempo.

Mientras hablaban, se había formado un grupo de ancianos en tierra junto a la puerta de la locomotora. El maquinista se asomó para observarlos y los encontró envueltos en mantas para resguardarse del frío.

—No comprendo lo que ocurre —reconoció—, pero tengo una orden y la voy a cumplir ahora mismo.

—De acuerdo —dijo Juan Carlos—. Deme cinco minutos para vaciar el vagón y después puede usted hacer lo que quiera.

El maquinista lo pensó unos segundos y finalmente accedió.

—Tiene usted cinco minutos. Ni uno más.

Juan Carlos bajó para explicar rápidamente al grupo de ancianos lo que ocurría.

—Vacíad el vagón y que todo el mundo baje a tierra. No perdáis tiempo —les ordenó sin darles la ocasión de protestar—. Yo iré a buscar el autobús para traerlo hasta aquí.

Mientras Erika, acompañada por el grupo del casino —Aetos, Moses, Bergen, Al Pace y Rudi Legrand—, se encargaba de despertar y hacer bajar del vagón al resto de la compañía, Juan Carlos llegó con el autobús y se encontró a los viejos artistas envueltos en mantas y tiritando. Todos habían creado un grupo compacto para protegerse del intenso frío de la madrugada, excepto Al Pace, que a unos metros orinaba junto a un árbol. Entretanto, la locomotora junto con el vagón coche-cama empezaba a abandonar la nave.

Cuando acababan de subir al autobús, en el que cada uno buscó su asiento, atronó la alarma; el bombardeo era inminente. Juan Carlos no perdió un segundo, aceleró y sacó el autobús de la nave pensando que esta podría ser uno de los objetivos del ataque. Aetos, viendo que comenzaba una lluvia de bombas sobre la ciudad, le alertó:

—Esto va en serio, Juan Carlos. Sácanos de Wurzburgo cuanto antes y apaga las luces del autobús.

—¿Y cómo voy a ver?

—Apáñatelas como puedas, pero no debemos llamar la atención. Tienes que buscar inmediatamente la carretera —insistió Aetos—. Si haces las cosas con calma, todo irá bien.

Las sirenas ululaban, y el cielo se convertía en un techo de máquinas voladoras que creaban una cortina de bombas. Los británicos atacaban con docenas de aviones y las explosiones se sucedían por todas partes; la ciudad era un auténtico infierno. Los murciélagos habían dejado de dormir.

Una explosión se produjo a escasos metros del autobús, y Juan Carlos tuvo que emplearse a fondo con los frenos para lograr controlar el vehículo. Aetos, a su lado, imaginó por un momento que el parabrisas era una pantalla de cine donde se desarrollaba una película sobre el bombardeo de una ciudad, mientras el resto de los ancianos agradecían el milagro de seguir vivos con el terror reflejado en los ojos. Al pasar por delante del palacio residencial de Wurzburgo, este voló por los aires. Juan Carlos siguió buscando desesperadamente una forma de salir de la ciudad, no le importaba cuál fuese, pero los estallidos de las bombas le obligaban a cambiar de ruta continuamente. Por un momento tuvo que esquivar a varios ciudadanos que corrían por las calles alocadamente, sin rumbo fijo, descalzos y en pijama o con bata. Viéndolos, pensó en Alethea, la hermana de los gemelos.

—¿Pasamos a recoger a vuestra hermana y a su marido?

—Sería una locura —respondió Aetos—. Si estuviéramos sólo Moses y yo, lo pensaría. Pero no tenemos ningún derecho a arriesgar tantas vidas. Sácanos de la ciudad y, en todo caso, volveremos cuando esto se calme.

—Como queráis —aceptó Juan Carlos.

Fue arduo y peligroso salir de Wurzburgo, pero lo consiguieron. Cuando lograron

parar en un descampado donde poder recapacitar sobre lo sucedido y aplacar los ánimos, los ancianos premiaron a Juan Carlos acercándose a él y besándole mientras le reconocían con palabras y expresivos gestos el que les hubiera salvado la vida. Sensible como estaba Juan Carlos en aquel momento, se sintió incómodo y desazonado: acababa de caer en la cuenta del peligro que habían corrido y no sabía si merecía aquellos besos, por la simple razón de que pensaba que todo lo que había hecho era por salvar su propia vida. Le sucedía lo mismo que en su primera prueba de fuego durante la guerra civil en España. Su mente, sin él quererlo, le transportó a la playa levantina donde abandonó a su suerte a un compañero herido de muerte; aquel recuerdo le perseguía como la parca al moribundo. Presentía que su alma ya no tenía salvación y, en situaciones como aquella, la conciencia dominaba su ser y lo hacía sentirse culpable de la mayor cobardía.

Se avergonzaba hasta el punto de llegar a la desesperación, pero esta vez no, se decía a sí mismo. Esta vez tenían razón: recordaba perfectamente haber pensado en salvar las vidas de aquellos ancianos en los momentos de mayor peligro, lo juraba y perjuraba y ahora lo revivía con mayor claridad. No dejaba de pensar: ¿qué hubiera sido de él si algo le hubiera sucedido a cualquiera de aquellos hombres y mujeres que habían puesto sus vidas en sus manos? ¿Verdaderamente sentía algo por aquellos viejos? No, él no era así, vivía para sí mismo y jamás había compartido sentimientos con nadie, no quería ni pensarlo. Erika se acercó a él y, pasados un par de minutos, le entregó un pañuelo con el que Juan Carlos se secó las gotas de sudor frío que corrían por su cuello y su frente.

Esperaron en aquel descampado a que finalizara el bombardeo, cuya duración estimaron en cuarenta minutos. Cuando por fin vieron alejarse las escuadras de aviones y se produjo un silencio de muerte, quedaron a la espera de que las sirenas pregonaran el contraaviso que anunciaría el final del peligro, pero no sonaron. Más tarde supieron que no volverían a hacerlo jamás: la casi totalidad de la ciudad de Wurzburg, incluidas las sirenas, había sido arrasada y se daba por desaparecida. Dentro del diez por ciento de las edificaciones que resistieron se encontraba el hotel de Alethea y Friedrich, quienes, milagrosamente, salvaron sus vidas. Así lo comprobaron Aetos, Moses, Erika y Juan Carlos aquella misma madrugada.

## Capítulo 14

Cuando Otto Günsche aparcó su vehículo junto a las ruinas de la Casa del Artista pudo constatar que la dotación de trabajadores se había multiplicado exponencialmente. Ahora se movían por entre los escombros cientos de hombres en un transitar lento pero continuo, y varias máquinas removían las piedras con la mayor prudencia.

Lo más probable era que aquellos hombres que rebuscaban incesantemente hubieran recibido la orden de cuidar y proteger al máximo cualquier sobre, documento o papel que apareciese entre los escombros, y, por las órdenes que pudo escuchar de un par de sargentos que se movían entre las ruinas, estos exigían cautela y rapidez a los obreros, si bien ellos continuaban actuando con una lentitud desacostumbrada. Era lógico hasta cierto punto: no podía exigírseles velocidad cuando se les pedía proteger y no destrozar el más mínimo pedazo de papel que apareciese. En cuanto a los ataúdes, simples cajones de madera, tras emplearlos para recibir a los cadáveres o los restos que quedasen de ellos eran cargados en un enorme camión que más tarde los trasladaría a la morgue, y lo más probable era que luego acabaran enterrados en una fosa común.

Günsche observó que, en parte de lo que fue el jardín de la residencia, zona que no había sido afectada por el bombardeo, habían montado una caseta de lona de campaña y, suponiendo que allí encontraría a los responsables de los trabajos, dirigió hacia ella sus pasos. Conforme avanzaba pensaba en lo absurdo de aquella situación. Cómo era posible, se preguntaba, que un documento de tanta relevancia hubiera ido a parar a un lugar tan desprotegido. Recordaba con desagrado que su jefe le había insistido en que debía entregarle el sobre en mano a aquella pareja de ancianos, pero ¿para qué? Desconocía si estos, a su vez, estaban protegidos por alguien, pues, de no ser así, ¿qué sentido tenía convertir a una decrepita pareja de viejos en custodios de algo tan sumamente importante? Si se le hubiera dejado opinar a la hora de guardar dicho sobre, él conocía cajas secretas y acorazadas donde depositar documentos de vital importancia, pero no tuvo ninguna oportunidad de comunicarlo, pues el Führer no le dejaba hablar ni aceptaba réplica alguna. ¡Qué empecinamiento el de que el sobre lo guardase el anciano Beckenhauer! Parecía un niño con un ataque de tozudería, y sólo le faltó explotar con una de sus acostumbradas pataletas. Aquellos ojos vidriosos y sus ademanes de chiquillo malcriado no indicaban nada bueno ni normal y, como Günsche había observado desde el tiempo en que vigilaba sus reacciones, todo se había vuelto muy extraño en su manera de proceder: aquellas infinitas pausas en las conversaciones, la falta de decisión a la hora de mandar algo o, por el contrario, la orden espontánea que debía rectificar inmediatamente por ser totalmente absurda y equivocada... Eran muchos los pequeños detalles que afloraban

en su comportamiento cotidiano, pero ¿quién era él para hacerle ver esto? Ya lo había pensado en distintas ocasiones y en todas ellas había decidido que a lo más que podía aspirar, y eso con el mayor de los cuidados, era a tratar de filtrar alguna sutil indicación a su médico, quien por otra parte lo visitaba últimamente hasta cuatro veces al día.

El saludo de un soldado de guardia en la puerta de la tienda de campaña lo sacó de su abstracción.

—¿El Obersturmführer Adler? —le preguntó, volviendo a la realidad.

El soldado se apartó de la entrada al tiempo que levantaba un lateral de la puerta para cederle el paso. El coronel Günsche entró decidido, y Adler, que se encontraba sentado hojeando un manojito de documentos sobre una mesa plegable, se puso en pie de inmediato al tiempo que le saludaba con rigor. Lo mismo hizo desde una esquina un Hauptsturmführer desconocido para el coronel. Adler, tras estrecharle la mano a Günsche, le informó:

—Le presento al Hauptsturmführer Carl Schultz.

Günsche disimuló lo mejor que pudo la mala impresión que le causó aquel oficial. De inmediato asoció su aspecto y fisonomía a los de una pera, pues era grueso, ancho de caderas, estrecho de hombros y con un solo mechoncito de cabello en el centro de su calva. Para colmo, una infección de viruela, probablemente durante su niñez, había convertido su rostro en un mar de minúsculos volcanes que desfiguraban, sobre todo, su nariz.

—¿Alguna buena noticia? —preguntó ilusionado Günsche.

—Nada —respondió Adler, desmoralizado—. Estamos revisando y clasificando cuanto documento encontramos, pero hasta el momento no hemos dado con nada parecido a lo que buscamos.

—Es imposible —intervino Schultz con un impertinente tono de voz nasal—. Los escombros están llenos de mierda que cuesta mucho limpiar.

Günsche miró a Adalbert Adler con gesto interrogante. Para sacarle de dudas, el joven oficial se explicó con un marcado gesto de bochorno:

—Se refiere a los cadáveres de los ancianos que aparecen entre los escombros, señor.

—Comprendo. ¿Han aparecido muchos?

Adler comprobó una relación que tenía sobre la mesa y contestó:

—Vamos por ochenta y siete, pero siguen apareciendo.

Ahora fue Günsche quien inclinó su cabeza en un gesto que Adler no supo identificar. Podía ser de dolor o, cuando menos, de respeto. O quién sabe si a pesar de todo era un gesto de indiferencia ante la muerte.

—Trátenlos con la mayor deferencia —solicitó entonces el coronel.

—¿A quién se refiere? ¿A los papeles o a los viejos? —preguntó Schultz.

Günsche quedó por un momento mirando el aborrecible rostro de ese oficial de la Gestapo del que no sabía de dónde había salido ni por qué se encontraba realizando aquel trabajo. A punto estuvo de llamarle la atención, pero decidió contenerse ante el despropósito.

—Me refiero a los geniales e importantes hombres y mujeres que habitaban este edificio —aclaró esforzándose por ser escueto—. Por cierto, ¿cómo marcha la identificación?

Adler, por respeto a los grados, le cedió la respuesta al Hauptsturmführer Schultz, pero, al ver que este no se daba por aludido, tomó la palabra:

—La identificación está resultando muy fácil. Todos llevaban colgando del cuello una funda con su documentación. En ese sentido no tenemos problema.

—Eso quiere decir que alguien había previsto la desgracia —apuntó Günsche—. Estaban organizados para la eventualidad.

—Así parece —comentó Adler.

Inmediatamente, el pensamiento de Günsche culpó por centésima vez al Führer. Si ya existía la posibilidad de un ataque y los ancianos se curaban en salud portando cada uno su identificación, ¿cómo había podido ser tan temerario como para permitir que el sobre siguiera allí?

—¿Existe una lista de nombres?

—Sí, señor. —Adler cogió un listado de la mesa y se lo entregó.

—Como verá, muchos de ellos no nacieron en Alemania —explicó Schultz—. ¿A esos también hay que tratarlos con deferencia?

Aquel comentario irritó sobremanera a Günsche, quien, dirigiendo una mirada fría, acerada y cargada de desprecio, le preguntó:

—¿Dónde ha nacido usted, Hauptsturmführer Schultz?

Este, sorprendido, respondió orgulloso:

—En Berlín.

Günsche le sostuvo la mirada durante unos segundos.

—Pues eso —acotó con brusquedad y evidente asqueo.

Dentro de la caseta se hizo el silencio. El Standartenführer Günsche no apartaba su mirada de Schultz, y Adler, que miraba de reojo a este, decidió romper el silencio.

—Como podrá observar, en el listado no aparece nadie apellidado Beckenhauer.

—Ya —respondió Günsche mientras liberaba de su esclavizante mirada al Hauptsturmführer Schultz—. Es una buena noticia, por ahora...

—Al menos alentadora —comentó Adler.

—¿Se conoce alguna propiedad inmobiliaria o lugar donde hayan podido cobijarse los Beckenhauer en el supuesto de que se hubieran salvado del bombardeo? —preguntó Günsche.

—Por una entrevista publicada en la prensa —detalló Adler—, sabemos que antes



de ingresar en la Casa del Artista donaron a esta sus propiedades. Hasta ahí llega nuestra información. Ahora estamos más interesados en conocer el destino del autobús de esta institución, y conforme avanzamos en ese sentido se hace más real la sospecha de que alguien se haya podido salvar utilizando dicho vehículo.

—Ya hablamos sobre eso la última vez. ¿Se sabe algo al respecto?

—Todavía no —respondió Schultz con una sonrisa falsa—. Pero hay indicios de que hace un par de días el autobús estuvo en Weimar y posteriormente en Wurzburg. Eso puede significar que su destino es Stuttgart. De ser así mañana lo averiguaré, pues esta misma tarde vuelo a esa ciudad.

—¿Viajan los dos? —preguntó Günsche.

—Imposible —respondió Schultz, apenado—. Desafortunadamente, alguien tiene que quedar al frente de este trabajo en Berlín. Pero no se preocupe, Standartenführer, le aseguro que si alguien ha robado ese autobús, sea quien sea, dentro de unos días lo tendrá de rodillas frente a usted. Si es que vive para entonces.

El Standartenführer Günsche miró sorprendido al Obersturmführer Adler, a continuación dirigió su mirada al Hauptsturmführer Schultz y, sin añadir una palabra más a la conversación, abandonó la tienda de campaña con un gesto de profundo asco.

## Capítulo 15

Tras averiguar que Alethea, la hermana de los gemelos, y Friedrich, su esposo, habían salido ilesos del bombardeo, Juan Carlos buscó en la carretera un lugar donde refugiarse y descansar durante unas horas. Por fortuna, en un camino vecinal descubrió las naves de unas viejas bodegas abandonadas que les sirvieron de refugio donde reponer fuerzas. Ahora, tras cinco horas de profundo sueño, envuelto en mantas y acostado en el pasillo del autobús, oía que le llamaban. Una voz muy lejana, femenina pero conocida, le pedía insistentemente que despertase, pero, por más que le acariciaban la frente y le daban palmaditas en los hombros y en la cabeza, no lograba despertar, hasta que, por fin, una potente voz masculina lo devolvió a la realidad.

—Ya voy, ya voy, Aetos... No insistas, estoy despierto —dijo Juan Carlos tras secarse con el borde de la mano un fino hilillo de saliva que le salía por la comisura de los labios y le corría por un lateral de la barbilla.

Al ver a Erika tan cerca se arregló inmediatamente las greñas usando los dedos de la mano como peine, se frotó con ambas manos los ojos y salió del revoltijo de mantas en que estaba envuelto. La baja temperatura le produjo un escalofrío. Erika, al tiempo que le volvía a cubrir con una manta, le comentó:

—Dormías profundamente. Ahora debes de tener frío en el cuerpo.

—Eso lo podemos resolver poniendo el motor en marcha —propuso Aetos—. Debemos llegar a Stuttgart cuanto antes.

—¿Y esas prisas? —preguntó Juan Carlos mientras se sentaba al volante.

—Es una preocupación que, como sabes, me ronda la cabeza y que quiero comentarte tan pronto como arranques y salgamos a la carretera.

—Perfecto —resolvió Juan Carlos mientras giraba la llave y arrancaba el motor—. ¿Estamos todos?

—La mayoría duermen todavía —indicó Erika—. Podemos salir cuando quieras.

—Pues allá vamos —sentenció Juan Carlos maniobrando hasta sacar el autobús de aquella vieja bodega.

Una vez en la carretera, Aetos se puso en cuclillas junto a Juan Carlos y le comentó:

—Cada vez estoy más preocupado...

—¿Por qué? —preguntó Juan Carlos—. Tu hermana y tu cuñado están perfectamente, milagro entre los milagros después de lo que ocurrió anoche en Wurzburg, y a tu hermano gemelo lo tienes junto a ti, vivito y coleando.

—No es eso lo que me preocupa. Verás, anoche no me podía dormir pensando en que si nos pillan huyendo nos meteremos en un lío de padre y muy señor mío.

—Eso es algo que sabemos desde el primer momento. Pero somos una embajada

artística que va a presentarse en Stuttgart y...

—Déjate de tonterías, Juan Carlos. Tú sabes perfectamente que esa es una excusa que no se sostiene ni diez minutos. ¿En qué local nos vamos a presentar?, ¿dónde está la publicidad del acto?, ¿quién patrocina este viaje? Lo que más me preocupa es este autobús, ya te lo advertí: es fácilmente identificable y estoy seguro de que a estas horas ya nos deben de andar buscando.

—¿Tú crees?

—De no haber utilizado el autobús, y mientras identifican a los muertos en la Casa, habríamos dispuesto de tiempo, pero un vehículo como este no desaparece así como así. Si no está en su lugar es porque alguien lo conduce, y si alguien lo conduce es porque lleva pasajeros. La deducción es elemental.

—¿Se te ocurre qué podemos hacer?

—Pienso que una vez en Stuttgart, si es que llegamos, debemos deshacernos del autobús. Nos señala demasiado.

—¿Y cómo cruzamos a Francia?

—No creo que funcionen los ferrocarriles, pero podemos hacerlo en automóviles, en avión, en bicicleta, andando o en otro autobús diferente. Cualquier medio menos este autobús.

—Tienes razón. Nos desharemos de él tan pronto consigamos llegar a Stuttgart. Una vez allí ya pensaremos cómo llegar a la frontera. Es todo cuanto se me ocurre por el momento.

En ese instante, Beckenhauer llamó por señas a Aetos y, conforme este se acercaba al asiento del concertista de violonchelo, su esposa se levantó y se sentó dos filas más atrás, dejando su asiento disponible para Aetos.

Juan Carlos pudo observar a través del retrovisor que Aetos y Beckenhauer se enfrascaban en una misteriosa conversación. Se hablaban prácticamente al oído, lo que en principio le intrigaba, pero en vista de que no finalizaban y Moses parecía haberse quedado profundamente dormido, decidió cambiar impresiones con Erika, que miraba fijamente la carretera.

—Habrás observado que somos dinamita —dijo exhibiendo la mejor de sus sonrisas.

—¿Quiénes? —preguntó sorprendida.

—Nosotros dos. Tú y yo.

—¿Por qué lo dices?

—Fuimos capaces de mover un vagón de ferrocarril con el simple gesto de unir nuestros labios.

—No me lo recuerdes —respondió sonrojándose—. Es como si el destino no nos lo permitiera.

—El destino no se mete en esas cosas; al contrario, seguramente está deseando

que vuelvan a suceder. Si tú quieres y yo quiero, el destino quiere también.

—Eso te lo has inventado tú, no el destino.

—Te aseguro que el destino somos nosotros, Erika. Lo único que te pide él es orientación. Es muy sencillo: dile al destino lo que quieres y verás cómo te pone en el camino inmediatamente.

—¿Tan simple?

—Tan simple —aseguró Juan Carlos con gesto serio—. Piensa en lo que estamos haciendo en estos momentos y saca tus propias conclusiones: estamos tratando de salvar nuestras vidas. Si lo logramos, dondequiera que se produzca ese logro será nuestro destino. Pero no era ahí adonde yo quería ir a parar. No quiero seguir filosofando en lugar de hablar de nosotros. De ti y de mí.

—¿Y de qué quieres que hablemos?

—Pues por ejemplo del futuro, de la ilusión, de lo mucho que me gustas. ¿Lo sabías?

—No lo sabía, pero empiezo a imaginármelo. Y tú, ¿sabes ya que me caes muy bien?

—Tampoco lo sé, pero podría sospecharlo.

—Pues empieza a sospecharlo...

—Con eso tengo bastante por ahora —declaró Juan Carlos guiñándole un ojo a través del espejo retrovisor—. Te aseguro que esta es la primera vez que le declaro mi afecto a una chica, y no me negarás que el momento no puede ser más original.

—Tan original como para despertar al más dormido de los dormilones —exclamó Moses abriendo los ojos.

—¿Estabas escuchando? —preguntó Erika, sorprendida.

—¿Y qué otra cosa podía hacer si estoy a un metro de vosotros?

—Táparte los oídos y no tratar de enterarte de lo que dicen los demás —le reprendió Juan Carlos con afabilidad.

Moses se quitó los zapatos y se los colgó de las orejas.

—¿Así?

La llegada de Aetos a su asiento cortó de raíz el ambiente de humor que se había creado entre Juan Carlos, Erika y Moses. Su rostro reflejaba una seria y desacostumbrada preocupación. Moses, que lo conocía mejor que a sí mismo, tras observarlo detenidamente unos segundos preguntó:

—¿Qué es lo que ocurre?

—Nada que pueda decirte en este momento. Pronto lo sabrás.

—Es la primera vez en la vida que no me cuentas algo —insistió Moses, extrañado—. ¿Qué ocurre?

—¡Ahora no! —rechazó rotundo Aetos.

Juan Carlos no se atrevió a preguntar. Si Aetos se negaba a desvelar a su propio

hermano cualquier inquietud que estuviera sufriendo, ¿qué podía esperar él, que al fin y al cabo sólo era un amigo? De lo que estaba seguro era de que algo importante sabía Aetos; en los años que hacía que lo conocía jamás le había visto tan preocupado.

A través de su reflejo en el retrovisor, pudo observar cómo Aetos se sentaba en su asiento, apoyaba la cabeza en el respaldo y, cerrando los ojos, se llevaba la mano a la frente en un gesto de concentración. Probablemente necesitara analizar algún asunto que acababa de conocer y, de ser así, más valía no interrumpir sus pensamientos. Juan Carlos buscó en los ojos de Moses algún indicio, pero este también había cerrado los suyos en busca de descanso, así que por último miró a Erika, quien levantando los hombros trató de hacerle un guiño de absoluta incompreensión. Convencido de que no era el momento adecuado para seguir averiguando, decidió prestar toda su atención a la carretera.

Al salir de una curva, ya avanzada la tarde, Juan Carlos vio a lo lejos lo que parecían varios vehículos parados y arrimados al arcén. A uno de ellos le estaban cambiando una rueda, y Aetos, que ya los había identificado, le dijo de inmediato:

—¡Para, Juan Carlos! Deben de ser estraperlistas...

—¿Qué pasa? —preguntó este mientras frenaba.

—Vamos a preguntarles cómo está la entrada a Stuttgart. Con tanto bombardeo uno nunca sabe...

—De acuerdo —aceptó Juan Carlos—. Así aprovechamos y estiramos las piernas.

Tan pronto puso el freno de mano, los ancianos se levantaron de sus asientos y corrieron a la puerta. El primero en bajar, como siempre, fue Al Pace; los últimos, Aetos y Juan Carlos, que se acercaron al grupo de hombres que estaban cambiando la rueda. Una vez más, el sexto sentido de Aetos los libró de una posible encerrona: aquellos hombres los informaron sobre un importante control del ejército, o más bien de la Gestapo, a la entrada de Stuttgart. En esa misma carretera se estaban llevando a cabo registros en los que miraban hasta el aire de las ruedas y, de topar con ellos, no llegarían a su destino hasta la mañana siguiente, y eso suponiendo que no encontrarán entre el equipaje algo sospechoso, porque si lo hacían, quedarían detenidos sabe Dios por cuánto tiempo.

Afortunadamente, el individuo que estaba cambiando la rueda y que parecía estar al frente de aquel grupo de contrabandistas les indicó cómo llegar a la ciudad utilizando caminos vecinales y comarcales. Aetos tomó nota de las instrucciones pero aun así, para mayor seguridad, el individuo les dibujó un sencillo plano con el que, según él, llegarían a Stuttgart sin ningún problema.

Ya con todos de vuelta en el autobús, Juan Carlos puso en movimiento el vehículo y, tras una seña de despedida al grupo de estraperlistas, y de nuevo en camino, miró por el espejo retrovisor a Aetos.

—¿Cómo lo sabías?

Aetos, mostrando una leve sonrisa, respondió.

—¡Presentimiento!

Juan Carlos conducía pensando si los hermanos Orakis no tendrían algo de brujos, y es que no era la primera vez que reparaba en que parecía como si los gemelos tuvieran el don de adivinar lo que venía tras cada curva; de hecho, parar para preguntar a aquellos buscavidas los había salvado de un registro de consecuencias imprevisibles. Pero, con todo, lo que más le llamaba la atención de los gemelos eran sus imprevistas reacciones, su manera de tomar decisiones. Como aquel modo de ordenarle parar en cuestión de segundos. Lo cierto era que él, que llevaba la vista puesta en la carretera, aún no había tenido tiempo de identificar los vehículos de los contrabandistas cuando Aetos ya sabía o sospechaba lo que eran. ¿Cómo lo hacían? Era increíble, como también lo era el que cada gemelo conociera los pensamientos del otro sin caer en el más mínimo error. ¿Cómo podía saber el uno lo que estaba pensando el otro? Eso lo había comprobado en distintas ocasiones sin que le quedara ninguna duda, y también había oído decir que era algo normal entre gemelos. Ahora recordaba con cariño cómo cuando esto sucedía reían al ver que le dejaban con la boca abierta. Qué importante había sido para él conocerlos y cuántos buenos consejos había recibido en todo momento de ambos. Lo cierto era que, a lo largo de los últimos años, se habían comportado con él como dos hermanos mayores, o, mejor, como se hubieran comportado sus propios padres de haberlos tenido cerca. De pronto, le vino a la mente la imagen de los dos hermanos, encerrados en su habitación de la Casa del Artista, llorando como dos niños la pérdida de su estilo de vida: su trabajo, su libertad, su independencia, su público, los éxitos, los aplausos... Todas aquellas pequeñas cosas que llenaban sus vidas y que, de golpe, habían desaparecido para no volver jamás. ¿Para qué querían vivir?, se preguntaban, si lo único que amaban, lo único por lo que merecía la pena seguir, aquello a lo que se habían entregado en cuerpo y alma como si de un sacerdocio se tratara, se lo habían arrebatado. ¿La vejez? Eso se lo dejaban ellos a quienes la sintieran, porque ni los gemelos, ni mucho menos su público, la habían percibido nunca.

Pero las nuevas leyes obligaban a un retiro forzoso y jamás deseado. El nuevo sistema lo imponía, y donde manda capitán no manda marinero. ¿Quién creaba esas leyes?, ¿quién se encontraba dentro de sus cuerpos para decidir si estaban agotados?, ¿con qué criterio se les hurtaba a unos seres humanos capacitados el derecho a ofrecer hasta el último minuto de sus vidas cuanto júbilo y arte llevaran consigo?, ¿por qué privar a los demás de un talento único puesto al servicio de lo que llaman ocio? A veces pensaba Juan Carlos si con este viaje la vida ponía en sus manos la oportunidad de ofrecerles unos últimos años más interesantes y felices, alejados del depresivo tedio tantas veces confesado que les producía la Casa del Artista.

La voz de Erika, atenta al mapa de carreteras y al plano que había dibujado el estraperlista, le hizo volver a la realidad.

—Dentro de dos kilómetros hay que doblar a la izquierda.

—Efectivamente —apoyó Aetos tras mirar los planos—. A partir de ahora deberemos ir con cuidado para no perdernos, porque vamos a entrar en territorio desconocido y no creo que se nos haga tan fácil como nos lo han pintado.

—Pues yo opino lo contrario —comentó Moses—. Nadie como los contrabandistas para conocer los atajos y vericuetos de una región.

No se equivocaba al decir esto: guiados por el simple pero efectivo dibujo que les habían hecho, entraron en la ciudad de Stuttgart sin novedad. En seguida descubrieron que, aunque bombardeada, no parecía tan castigada como Berlín o Wurzburg. Aetos propuso aparcar el autobús en la estación central de ferrocarriles, donde, confundido con otros vehículos, no llamaría la atención. Pero parecía ser que la suerte no los abandonaba porque, en la primera plaza que cruzaron, pudieron ver junto a los postes de la luz carteles que anunciaban la presencia en la ciudad del Circus Blunder. Aquello era mucho más de lo que podían haber soñado, encontrar aquellas carteleras fue como ver el cielo abierto. Erika estaba sorprendida al percibir tanta alegría en ellos.

—¡Esto sí que no me lo esperaba yo! —proclamó Aetos con entusiasmo.

—Nada menos que el amigo Kasch en Stuttgart. Quién nos lo iba a decir... —añadió feliz Juan Carlos.

—¡Los hados nos protegen! —clamó Aetos levantando sus brazos.

—¡Déjate de hados y vamos a lo práctico! —exclamó su hermano—. Seguramente están instalados junto al zoológico. Yo sé ir desde aquí. Si los bombardeos no nos cambian el tráfico, dentro de menos de quince minutos estaremos allí. Sigue mis instrucciones, Juan Carlos.

A esa hora de la noche, la ciudad parecía desierta. Suponían que el circo estaría ofreciendo representaciones sólo de tarde, ya que su iluminación podía ser un foco de atracción para los aviones. Aun así, sólo el hecho de llevar alegría y distracción a los niños en un mundo absolutamente convulso y desquiciado era un acto digno de la mayor admiración.

Unos golpes en la ventana de su caravana despertaron a Kasch Blunder de su ligero sueño. Le extrañó sobremanera no escuchar las sirenas de alarma ni el ruido de los motores de los aviones, e inmediatamente despertó a Fritzi, su esposa.

—Están golpeando los cristales.

—Abre la puerta y mira a ver qué ocurre —decidió la mujer, que había levantado la cortina de la ventana para mirar.

Kasch, sin encender las luces, se dirigió a la entrada. Sólo abrió unos centímetros,

pero fue lo suficiente para soltar su taco preferido al descubrir a Juan Carlos y a los gemelos Orakis.

—No vas a creer quiénes están en la puerta, Fritzi —le dijo a su esposa mientras se ponía la bata—. Nada menos que los gemelos Orakis y Juan Carlos Barrachina.

—¡Dios mío! —exclamó ella al tiempo que saltaba de la cama y descolgaba también su bata—. Pero ¿los Orakis no estaban en la Casa del Artista de Berlín?

—Estarían —dijo Kasch—, porque ahora mismo se encuentran ante nuestra caravana.

No tardaron en abrirles mientras Kasch hacía señas para que no hicieran ruido y Fritzi encendía unas tenues luces. Erika, cohibida, era testigo de los entrañables abrazos entre aquel grupo de compañeros de trabajo e íntimos amigos. Antes de sentarse, Juan Carlos llamó la atención de Kasch y Fritzi para presentarla.

—Esta preciosidad se llama Erika y es hija de Lukas y Lena de Cock.

—¡No me digas! —exclamó Kasch—. Conozco mucho a tus padres, ¿dónde están?

Erika estaba a punto de contestar a la pregunta cuando Aetos le quitó la palabra.

—Están fuera, en un autobús, junto a un grupo de compañeros de la Casa del Artista.

—¿Y qué hacen aquí? —exclamó Fritzi, sorprendida.

—La Casa del Artista fue destruida durante un bombardeo —reveló Moses—. Nos salvamos dieciocho de milagro. Ahora intentamos una locura que, de salirnos bien, puede arreglar nuestras vidas. Veréis, no es fácil explicarlo...

Moses, con una mirada, pidió autorización a Juan Carlos, Aetos y Erika para seguir adelante con la historia. Al ver que estos afirmaban con la cabeza, continuó.

—Estamos escapando. Tratamos de ganar Francia, cruzarla y refugiarnos en España. Sois las primeras personas que conocéis nuestras intenciones, aparte del encargado de almacenes del Hagenbeck Circus, el gordo Cort.

—Pero... ¿cómo pensáis sobrevivir? —preguntó Fritzi, asombrada.

—Cort nos prestó vestuario y aparatos propiedad de Hagenbeck. Ahora estamos equipados para presentar nuestro espectáculo donde sea necesario mientras tratamos de huir de este país —confesó Aetos.

—¡Qué locura! —comentó Kasch.

—Lo que más nos urge es camuflar nuestro autobús —indicó Juan Carlos—. En estos momentos deben de andar buscándolo. Si lo identifican, estamos perdidos.

—Pensad que supuestamente todos nosotros estamos bajo los escombros de la Casa del Artista. No existimos. Si nos localizan, quién sabe dónde podemos ir a parar.

—Son muchas noticias de golpe —respondió Kasch mientras se frotaba el cuero cabelludo con las yemas de los dedos—. Vamos por partes... Primero necesitaréis dormir.



—Algunos ya lo están haciendo en el autobús —aclaró Erika.

—No —exclamó Fritzi—. Estamos hablando de ancianos. Disponemos de un remolque gigante con veinticuatro literas que ahora mismo está vacío. Sólo hay que conectarlo a la red eléctrica y ya tendremos algo resuelto.

—En cuanto al autobús, se me ocurre esconderlo esta noche en la tienda de los elefantes —planeó Kasch—, y mañana, a la luz del día, podríamos convertirlo en lo que queráis: tanto en una locomotora de tren como en una cafetera rusa, será cuestión de imaginación. Pero ahora vamos a lo más urgente: trasladar a esos compañeros a un lugar más cómodo.

Kasch despertó a su capataz y a su jefe electricista, y estos, a su vez, a su personal de confianza. Cuando escucharon algunos de los nombres artísticos de quienes ocuparían el remolque-cama aquella misma noche, ninguno dudó en actuar con la mayor diligencia.

Kasch y Fritzi revisaron personalmente los departamentos para asegurarse de que todo estuviera en orden, y tan pronto lo comprobaron y adecuaron mínimamente el remolque, trasladaron allí a los ancianos y escondieron el autobús en la trastienda de la zona de los elefantes, donde, salvo los domadores, no entraba nunca nadie.

Una vez acomodados todos en sus dependencias, Kasch llamó a sus empleados.

—Mucha atención a lo que os voy a comunicar: los compañeros que acabamos de acoger no existen, no están aquí ni lo han estado jamás —les advirtió—. Si alguien fuera de nuestro colectivo preguntase, nadie ha visto nada ni a nadie. Podéis correr la voz entre vuestras familias. Si tenéis alguna pregunta que hacerme, ahora es el momento.

Una vez impuesta la ley del silencio, Kasch tenía la absoluta certeza de que la noticia no trascendería. Las gentes del circo se protegían entre sí. Hoy por ti, mañana por mí. Para que alguien cometiera una indiscreción, un suceso muy grande y terrible tendría que suceder.

A pesar de la ilusión que les hacía pernoctar en un circo de categoría, como lo era el Circus Blunder, los ancianos en esta ocasión no estaban para bromas. Sus viejos organismos habían soportado un viaje agotador y un brutal bombardeo, y nada mejor que un auténtico colchón y una buena manta para recuperar fuerzas. Era tal la extenuación de sus cuerpos que la mayoría de los ancianos se acostaron completamente vestidos, ya que el cansancio no les permitía perder tiempo en cambiarse de ropa. Mientras trataban de conciliar el sueño, sus corazones latían con fuerza en sus frágiles cuerpos, que dominados por la fatiga iban cayendo en un grato sopor que los conducía a la quimera de las mil y una representaciones.

## Capítulo 16

Al Hauptsturmführer Schultz le hervía la sangre. Cuando las cosas no le salían como era su caprichoso deseo se ponía de un humor de perros, y en aquel momento la sangre se había concentrado en su desagradable rostro y parecía como si los ojos se le fueran a saltar de las órbitas. Miraba con rabia la palidez de sus puños, apretados tan fuertemente que parecían blancos, y comprendía que estos pedían a gritos un inmediato desahogo, pero lo peor era que no disponía de nadie cerca en quien descargar su malhumor, como solía hacer continuamente con los soldaditos rasos con los que aliviaba en todo momento aquella ira que se concentraba en su perturbada mente.

Se le había presentado la oportunidad de lucirse ante una personalidad tan relevante como el Standartenführer Otto Günsche y bajo ningún concepto quería perderla. Sabía que buenos servicios significaban grados y luchaba por conseguirlos a su manera, sin importarle que sus métodos incluyeran los más bajos recursos conocidos por el ser humano, tretas tan viles como el escarnio, la mentira, el martirio o incluso el asesinato. Había ordenado montar controles simples de vigilancia en Núremberg, Heidelberg y Karlsruhe, y también un control importante a la entrada de Stuttgart, donde había exigido que se registrara a fondo cualquier vehículo que tratase de acceder a la ciudad, sobre todo autobuses, así como un escrupuloso seguimiento de la documentación de todo ser viviente que llegase a la capital por esa carretera. Desde que había aterrizado en Stuttgart —tras el horroroso vuelo en aquel pequeño avión que, por el hecho de volar en su ruta bajo la protección de los equipos antiaéreos alemanes, hubo de hacerlo casi a ras de tierra para evitar que alguna formación británica, estadounidense o rusa lo identificara—, no había dejado de comunicarse con los controles y solicitar la mayor información posible. Desafortunadamente, ni uno solo de los centros de vigilancia tenía noticias de un autobús con la matrícula y características indicadas.

Por no dejar de investigar, había hablado incluso con el centro de correos de la Gestapo para averiguar si alguien había visto el autobús en aquella ruta y, efectivamente, el vehículo había sido detectado tres días antes en Magdeburgo y un día después en Weimar, pero a partir de ahí parecía haber dejado de existir, nadie más lo había visto y daba la impresión de que se lo hubiera tragado la tierra.

Pero él sabía muy bien que la tierra no se tragaba un vehículo de aquel tamaño a no ser que permaneciera oculto bajo los escombros de algún edificio bombardeado a última hora. Por eso, por si cabía la posibilidad de que el autobús hubiera sufrido algún ataque durante el viaje, llamó personalmente a los jefes de policía de las ciudades con más de cien mil habitantes en esa ruta por ser estas las preferidas sobre todo por la aviación británica, pero tampoco le pudieron aclarar mucho. Bastante

tenían ellos con socorrer a sus habitantes y reorganizar sus ciudades como para dedicar su tiempo a la búsqueda de un absurdo autobús que había desaparecido en Berlín y que a la larga no les reportaba ningún beneficio. Por su parte, Schultz, por no dejar de imaginar, llegó a pensar en la posibilidad de que incluso pudiera haber regresado a Berlín.

Pero ¿qué sentido tenía el que un vehículo que sale de Berlín, se supone que con pasajeros a bordo, visite Weimar y Magdeburgo y regrese de nuevo a la capital? Ninguno, a no ser que algún contrabandista lo estuviera utilizando. Eso sí podía ser, pensaba, porque no era la primera vez que tenía conocimiento de robos de vehículos de carga por parte de contrabandistas de alimentos de la capital, y últimamente habían surgido cientos de ellos por las esquinas de cada ciudad ofreciendo, sobre todo, artículos que ya no se conseguían ni con los vales de racionamiento.

Conforme pasaban los minutos, la furia y la rabia reconcentradas iban dejando paso al raciocinio, y este, a su vez, llevaba a su mente por caminos más lógicos y cercanos a la realidad. Pensando en el asunto con mayor frialdad, llegó a la conclusión de que ese autobús estaba en Stuttgart. Desconocía cómo había logrado acceder a la ciudad, pero si su intuición no le engañaba, y eso era cosa que pocas veces sucedía, ese maldito autobús se encontraba en Stuttgart y él lo iba a localizar. Y cuando lo localizase, aquellos que habían tenido el atrevimiento de robarlo se iban a enterar de quién era el Hauptsturmführer Schultz.

## Capítulo 17

Ese día, el Circus Blunder amanecía con un inusitado movimiento dentro de su recinto. Había corrido la voz acerca de los importantes visitantes y nadie, absolutamente nadie, quería perderse la oportunidad de saludarlos o conocerlos personalmente.

En el remolque-comedor, tanto los cocineros como los camareros, bajo las órdenes de Fritzi, preparaban con los pocos alimentos que conseguían —la mayoría de contrabando y a cambio de invitaciones para presenciar el espectáculo— un desayuno especial para los dieciocho visitantes del que se beneficiaría también todo el personal del circo.

El rígido sistema de horarios de ensayo en la pista hacía que las familias que habían reservado las primeras horas de la mañana ya se encontraran en ella ensayando o aprendiendo cómo jugarse la vida de la manera más segura —el «más difícil todavía»— o algo tan fácil y a la vez tan complicado como arrancar una espontánea carcajada a un público que ha pagado por ello.

Kasch, quien normalmente no aparecía antes de las once de la mañana, ya había desayunado y andaba por el recinto dando órdenes a diestro y siniestro. Se presentaba un día diferente dentro de la pequeña comunidad circense, pues los visitantes ofrecían un aliciente especial a un día que, de no ser por ellos, hubiera sido perfectamente rutinario. Afortunadamente, no era así, y tanto artistas como empleados se movían esa mañana con una mayor dosis de ilusión.

Juan Carlos, que había sido uno de los primeros en disfrutar de aquel agradable y reparador desayuno, vio a través de una de las ventanas del carromato cómo Kasch, acompañado por tres de sus empleados, entraba en la tienda de los elefantes.

Tras agradecer a la cocinera y a los camareros el interés y las atenciones demostrados, bajó del remolque y se dirigió a la gran tienda. Al entrar en ella, descubrió a un empleado que hacía limpieza entre los animales y que, saludándole con un golpe de cabeza, sin decir ni una palabra levantó su brazo y señaló en dirección a la trastienda. Juan Carlos se dirigió hacia allí y, al asomar la cabeza por una abertura en el gran paño que separaba la tienda de la trastienda, descubrió a Kasch y a tres de sus hombres observando con detenimiento el autobús. Ninguno hablaba, los cuatro miraban el vehículo con la mayor atención, probablemente pensando en cómo disfrazarlo sin perjudicar su utilidad. Juan Carlos, que no deseaba interrumpirlos, al ver que uno de los hombres comenzaba a dibujar algo sobre un pliego de cartulina, se atrevió a saludar.

—Buenos días.

Los cuatro hombres se volvieron a un tiempo. Kasch, con su carácter campechano y abierto, de inmediato reaccionó y presentó a Juan Carlos.

—Aquí tenéis al Gran Barrachina, el mejor trapecista del mundo. —Los tres empleados le saludaron con el mayor de los respetos.

—No le hagáis caso, es un exagerado —dijo Juan Carlos.

—He dicho la verdad... —ratificó Kasch—, igual que te voy a decir la verdad acerca de lo que se puede hacer con este autobús. Llevamos un rato observándolo y hemos llegado a la conclusión de que no se puede sobrecargar. Sus ballestas no aguantarían mucho peso, por lo que tenemos que pensar en agregarle algo ligero de peso pero que cambie completamente su imagen. ¿Qué te parece si lo convertimos en un órgano musical gigante?

—¿No sería muy llamativo?

—Depende de para qué lo quieras —dijo Kasch—. Un órgano de circo puede ser el mejor pasaporte del mundo para cruzar fronteras.

—¿Tú crees? —preguntó dudoso Juan Carlos.

—Mejor que nadie sabes perfectamente que el circo es mágico y apolítico. Hasta ahora —comentó Kasch con seguridad— no conozco ningún caso de detención contra un espectáculo circense.

—Puede que tengas razón.

—Sólo hay un problema —interrumpió Kasch. Y, pasándole el brazo sobre los hombros, se llevó a Juan Carlos a una esquina de la trastienda y le dijo en voz baja—: Tengo que ser sincero contigo. La temporada es un desastre y apenas sacamos para sobrevivir, la economía anda muy floja. ¿Tienes algún dinero?

—Puedo dedicar algo, pero...

—Lo que puedas. El resto lo pondremos nosotros.

—De acuerdo —zanjó Juan Carlos.

En aquel momento aparecieron en la trastienda los gemelos Orakis, y Kasch les explicó rápidamente cómo convertirían el autobús en un órgano musical de tubos. Una vez que estuvieron todos de acuerdo dio las instrucciones pertinentes a sus hombres y estos pusieron el proyecto en marcha.

Tras media hora de estudio, y según los cálculos del capataz trabajando a doble jornada y utilizando como mano de obra a todos los hombres de la compañía, el gran órgano musical gigante podría estar terminado al cabo de tres días. Juan Carlos no era partidario de perder tanto tiempo, ya que su deseo era salir cuanto antes de Alemania, pero comprendía que con aquel autobús no podían continuar el viaje y no le quedó más remedio que aceptar. Seguir su camino sin camuflar el autobús sería correr un riesgo inútil, puesto que, tarde o temprano, terminarían por descubrirlos y detenerlos. Por otra parte, Aetos tenía razón al comentar que aquellos tres días le vendrían muy bien a toda la *troupe* de ancianos para descansar y recuperarse.

Todo un cargamento de madera y pintura que Kasch guardaba para sus propias reparaciones fue puesto al servicio del proyecto, lo que redujo el costo de la

operación considerablemente. Juan Carlos sacó de su baúl-armario unos cuantos billetes y se los entregó a Kasch, que los aceptó aclarando que le devolvería lo que sobrase. Y es que Kasch pensaba que con lo recibido se las podía arreglar perfectamente, pero además, en aquellas circunstancias, le hacía ilusión cobrarse el favor de otra manera.

—¿Conservas tu equipo de trabajo? —le preguntó a Juan Carlos.

—Completo —respondió el trapecista—. Todo está en el autobús.

—¿Puedo pedirte una locura? —inquirió Kasch con la esperanza reflejada en su mirada.

Juan Carlos intuyó su deseo, por lo que respondió:

—No pretenderás que...

Kasch, con una sonrisa de complicidad, afirmó con la cabeza.

—¡Estás loco! —bromeó Juan Carlos—. No estoy preparado y hace varios días que no me entreno.

—Eso es lo de menos. Un buen ensayo mañana por la mañana y, en la función de tarde, el gran Circus Blunder tendrá el orgullo de presentar en su pista al mejor trapecista del mundo: el Gran Barrachina.

—No, no, espera —rebató Juan Carlos, preocupado—. Imagino que te hace mucha ilusión, pero yo necesito al menos una semana de ensayos y precalentamiento para ponerme en forma. No podría, y piensa que llevo cuatro días conduciendo y maldurmiendo.

—¿Sabes lo que representa para la historia de mi circo presentarte en mi pista? ¡Es una oportunidad única! Lo hemos estado comentando Fritzi y yo esta mañana. Ella está todavía más ilusionada. Primero pensamos que era un abuso por nuestra parte, pero conforme fuimos avanzando en la idea llegamos a la conclusión de que la amistad que nos une nos permite el atrevimiento de pedirte, y, además, en una situación inversa nosotros lo haríamos por ti. Vamos, Juan Carlos. Si no te ves capaz de hacer todo el trabajo, haz lo que puedas.

La sinceridad y la espontaneidad con que Kasch se expresaba le convencieron. Juan Carlos sabía que no estaba en condiciones de presentar todo su repertorio, pero Kasch le pedía sólo un poco, lo que buenamente pudiera. Agarrándose a esa premisa, respondió:

—De acuerdo, Kasch. Haré lo que pueda, aunque no te prometo mucho. Resérvame la pista para ensayar mañana y no olvides citar a la orquesta. Si después del ensayo me veo con fuerzas, haré lo que el cuerpo me permita.

Kasch le abrió los brazos de par en par para estrecharlo en un fuerte y emotivo abrazo de agradecimiento. En aquel momento entraba Fritzi, quien, al verlos, con un gesto de alegría supuso:

—¡Lo has convencido!

—Me ha costado, pero sí, lo he conseguido —exclamó Kasch soltando una ruidosa carcajada.

Puesto que durante la noche, para evitar la iluminación por los bombardeos, no actuaban, Juan Carlos aprovechó para realizar el complejo montaje de su trapecio en la cúpula de la carpa. Contaba para ello con la espontánea colaboración de los compañeros que integraban la compañía del Circus Blunder, además de los mozos de pista y los técnicos del circo. Los ancianos, que acababan de cenar, se sentaron en los palcos para presenciar el montaje de los aparatos mientras fumaban colillas de cigarrillos que sacaban de los bolsillos al tiempo que charlaban entre ellos.

Rozando las once de la noche dieron por terminado y comprobado el montaje. Kasch, que había colaborado como uno más, ordenó citar en tablilla a todos los hombres de la compañía a las ocho de la mañana en la trastienda de la carpa de los elefantes. Mientras tanto, la orquesta ensayaría la música que acompañaría la actuación del Gran Barrachina. Una vez notificado el personal, se retiraron todos a descansar en sus caravanas, y el jefe electricista fue apagando las pocas y tenues luces hasta dejar la mínima iluminación de guardia. Juan Carlos y Erika, para relajarse un poco y aprovechando que todo el circo dormía, decidieron disfrutar de aquel silencio charlando un poco antes de dormir, por lo que, bien envueltos en mantas, se sentaron muy juntos en los escalones de acceso al remolque. El momento resultaba tan íntimo y mágico que, durante unos minutos, ninguno de los dos habló, y calentitos y abrazados permanecieron en silencio, cada cual en comunión con sus pensamientos.

—¿Estás bien? —preguntó Juan Carlos cuando había pasado un tiempo.

—Estoy en la gloria —respondió con un hilo de voz Erika.

—Apenas distingo tu perfil —dijo Juan Carlos—. Aun así, con lo que veo me conformo, no pido más. Estás preciosa, y tengo que decirte una cosa... Junto a ti me siento muy bien.

—Igual que yo junto a ti.

—Necesitaba un momento como este.

—¿Estás nervioso?

—Preocupado. Llevo días sin ensayar...

—No lo hagas —le pidió Erika tratando de mirarle a los ojos.

—Es lo menos que puedo hacer por Kasch y Fritzi.

—¿Es cierto que te juegas la vida en cada actuación?

—La gente exagera.

—Pero ¿es cierto o no es cierto?

—A ti eso no te debe preocupar.

—Me preocuparía igual lo hiciera quien lo hiciera, más si lo haces tú.

—Pues qué bien, porque ya somos dos los que nos preocupamos por lo mismo.

—De todas formas, mañana no pensaba ir a verte.

—Harías mal.

—¿Por qué?

—Porque tienes que empezar a acostumbrarte. Además, me sentiré mejor y más seguro si estás ahí.

—Primero contesta a mi pregunta: ¿es cierto que te juegas la vida?

—Un poquito, pero muy poquito.

—No lo entiendo.

—¿El qué?

—Que haya alguien que se juegue la vida para vivir. Es un contrasentido descomunal.

—No lo creas. Mi trabajo contiene un pequeño porcentaje de riesgo que yo controlo. Sin embargo, a cambio de ese pequeño riesgo, fíjate bien en todo lo que recibo: aplausos, felicitaciones, dinero, halagos, conocer mundo... No es para vivir, es para disfrutar por lo que lo hago, y no puedes imaginar lo que siento cuando estoy allá arriba. La sensación es única, y la grandeza de sentirte un pájaro no tiene precio. Mientras realizo mi trabajo me siento como un rey, inalcanzable. No existe mayor libertad que la que experimento en la cúpula del circo. Son tan pocas las ataduras en ese momento que cualquier desliz me puede costar la vida, pero vale la pena, te lo aseguro.

—Cuánta emoción pones en tus palabras...

—La misma que siento cuando estoy sobre el trapecio.

—Se nota que amas tu profesión.

—Es lo único que debería tener la mujer que decidiera compartir su destino con el mío: mi amor por la profesión.

A pesar de la oscuridad, Erika buscó en los ojos de Juan Carlos la verdad que este trataba de expresar con palabras. Mientras le miraba, balbuceó.

—Mañana seré la que más pendiente esté de tu actuación.

—Mañana —respondió Juan Carlos acercando sus labios hasta hacerle sentir su propio aliento— estaré allá arriba sólo para ti...

Y unieron sus labios en un beso suave, tierno, entrañable. Un beso interminable que expresaba más cosas que todas las palabras creadas hasta entonces por la humanidad.

Afortunadamente, el día siguiente amaneció soleado, lo que ayudó a crear una temperatura agradable bajo las carpas. La trastienda de la carpa de los elefantes era un hervidero de actividad: excepto la orquesta y todos los mozos, que se encontraban en la pista central del gran *chapiteaux* ensayando con Juan Carlos, el resto permanecía trabajando y colaborando en la conversión del autobús en un órgano de tubos gigante.



Los ancianos, tras un buen desayuno y un mejor descanso, hacían lo que podían por aportar su granito de arena a la obra. Kasch y el jefe carpintero daban órdenes que todos obedecían sin rechistar, y reinaba un espíritu de colaboración especial. Los artistas y empleados del Circus Blunder sentían un singular orgullo al participar en aquella labor junto a aquellas viejas glorias, pues se les había brindado una oportunidad única de conocerlos personalmente. De vez en cuando, Bergen, que había aprendido a imitar las voces del carpintero jefe y de Kasch a la perfección, daba órdenes encontradas que confundían al personal y hacían levantar fuertes carcajadas.

Cuando Juan Carlos terminó su ensayo y pasó a la trastienda, quedó sorprendido. Para entonces ya no se reconocía el autobús: estaba pintado en su totalidad de color oro y cubierto en sus laterales con los que, una vez terminados, representarían ser tubos de órgano. El trabajo era perfecto, y cuando aquel instrumento rodante estuviese terminado no reconocerían el vehículo ni los propios fabricantes.

La llamada desde el remolque-comedor al primer turno de comensales dio por terminada una inolvidable mañana de buen trabajo y compañerismo. Todos se retiraban a sus caravanas para proceder al necesario aseo antes de acceder al comedor. Durante el almuerzo no se habló de otra cosa que no fuera la actuación del Gran Barrachina esa misma tarde. En el turno especial en que almorzaban los invitados, Aetos buscó coincidir con Juan Carlos y se sentó junto a él en la larga mesa. Nada más comenzar a comer, preocupado ante la inapetencia de Juan Carlos, que no probaba bocado, le comentó:

—Ya veo que no puedes comer. Eso no es bueno.

—Nunca como nada hasta después de la actuación. Tú lo sabes bien.

—Pero hoy estás preocupado...

—No lo creas.

—Estás preocupado, y bastante.

—Bueno, puede que esté un poco preocupado, pero no lo suficiente como para que afecte a mi trabajo.

—Déjate de historias, que yo te conozco muy bien. En cualquier caso, estás a tiempo de rectificar tu compromiso con Kasch y Fritz. Piensa que, en definitiva, sólo se trata de un capricho.

—Un capricho y algo más: para mí es un orgullo que ellos me pidan este pequeño esfuerzo.

—La pregunta es: ¿estás en condiciones de hacerlo?

—Mira todo lo que están haciendo ellos por nosotros.

—¿Estás en condiciones? —repitió Aetos sin darle tiempo a pensar.

—Creo que sí...

—No me vale con un «Creo que sí», incluye dudas, y ante la más mínima duda no deberías...

—Puedo —dijo Juan Carlos sin dejarle terminar la frase y mirándole a los ojos.

Aetos, tras bajar la cabeza y revolver con la cuchara el puré de patatas en su plato, dijo en voz baja:

—No estoy de acuerdo, pero estaremos en la pista, pendientes de lo que hagas.

A las cuatro de la tarde, con todo el personal impecablemente uniformado y en sus puestos, se abrieron las puertas del circo. El aforo del local aceptaba mil doscientas personas sentadas, pero debido a la inseguridad que vivía la ciudadanía esos días, cuatrocientas personas representaban ya un éxito. Dentro de las caravanas, los artistas, sobre todo, vivían un día especial. La ilusión de poder ver en directo a un compañero de tal fama les producía una inesperada felicidad. En el futuro podrían presumir de haber compartido pista con él, algo que todos sabían valorar en su medida.

La función transcurrió con normalidad hasta el momento de la presentación del invitado especial.

Kasch, con buen criterio, había suspendido el *grand finale* donde normalmente participaba toda la compañía y había puesto la actuación de Juan Carlos como colofón. El Gran Barrachina pondría el broche final a la tarde y, de esa manera, los artistas de la compañía y el personal de control y administración podrían salir a la sala para presenciar la actuación.

Llegada la hora, Kasch y Fritzi, elegantemente vestidos para la ocasión, aparecieron en el centro de la pista para presentar al artista invitado. Sus radiantes rostros reflejaban el orgullo que sentían al hacerlo. Los ancianos, sentados junto a todo el personal del circo en las gradas que había a ambos lados de la puerta de salida de artistas, disfrutaban con entusiasmo del momento. Aetos y Moses flanqueaban al artista vestidos con unos uniformes de mozo de pista y mezclados entre los que habitualmente ejercían tal función en el circo.

Coincidiendo con un redoble de timbal las luces se apagaron; sólo quedaron cuatro focos encendidos que alumbraban a Kasch y a Fritzi, quienes, agarrados de la mano y hablando simultáneamente, dijeron:

—Señoras y señores, como regalo especial, el Circus Blunder se complace en presentarles a... —el sonido del timbal fue creciendo en intensidad— ¡el Gran Barrachina!

La orquesta comenzó a interpretar el tema *You're the Top*, de Cole Porter, mientras los focos se concentraban en la puerta de salida de artistas y dos preciosas jovencitas, vestidas como escuyceres, levantaban la cortina por la que apareció Juan Carlos. El primer impacto estaba logrado.

La efectista combinación de luces y música que acompañó su aparición, unida a la impresión que producía el vestuario de Juan Carlos —que vestía unos lujosos leotardos bordados en oro y negro en sus laterales que remedaban de alguna manera

los adornos en las taleguillas o calzones de los trajes de torero, llevaba su pecho descubierto y, sobre su espalda, una impresionante capa de marabú que arrastraba varios metros—, preparó al público para algo especial. Juan Carlos, con exquisita disposición, había musicalizado toda su actuación con temas del afamado compositor norteamericano.

Al llegar al centro de la pista, dos señoritas le retiraron la capa y de las bocas de algunas damas del público escaparon exclamaciones de sorpresa y admiración. Su perfecto cuerpo de atleta resultaba impactante.

En ese momento la orquesta cambió al tema *Just One of Those Things*, a cuyo ritmo y utilizando sólo sus brazos, mientras Aetos le sujetaba la escalera colgante, subió a pulso escalón a escalón hasta llegar al trapecio. Una vez instalado en él, la orquesta cambió al tema *In the Still of the Night*, a cuyo compás comenzó Juan Carlos a balancear el trapecio hasta lograr que volara de lado a lado en un vuelo espectacular. Mientras, quedó colgando con ambas manos sujetas a la barra del trapecio. Entonces, suavemente, soltó una y fue girando todo el cuerpo muy lentamente, hasta cambiar de mano para repetir el ejercicio con la otra. Su escuela de punta de pie hacía recordar al ballet clásico ruso.

Impulsándose de nuevo, y cuando el trapecio estuvo a punto de tocar la lona del techo en la pieza central de la carpa, para estupor de los presentes Juan Carlos se colocó de pie sobre la barra del trapecio e, inmediatamente y por sorpresa, soltó sus manos de las cuerdas laterales y voló de lado a lado. Sin embargo, mantuvo el equilibrio utilizando como único contacto con la barra del trapecio las plantas de sus pies. Por un momento, los presentes contuvieron la respiración hasta constatar que el trapecista se agarraba de nuevo a las cuerdas laterales y saludaba, momento en que lo premiaron con una gran ovación. En los ejercicios de mayor peligro, Aetos, Moses y el propio Kasch hacían guardia colocándose bajo la pista.

A continuación, la orquesta comenzó a interpretar el tema *I've Got You Under My Skin*, con el que Juan Carlos trataba de lograr el más difícil todavía. Tras impulsar de nuevo el trapecio, y una vez en pleno vuelo, articuló un resorte mediante el que se unieron los dos extremos altos de las cuerdas del trapecio, y este se convirtió en un triángulo y comenzó a girar en un perfecto *tourbillon*. Una vez adquirida la máxima velocidad, Juan Carlos colocó un pañuelo sobre la barra y, apoyando su cabeza sobre él, quedó en equilibrio y aferrado a las cuerdas. La orquesta bajó la intensidad de la música y el redoble del timbal sinfónico pasó a primer plano. Justo cuando todos los presentes pensaban que soltar las manos de las cuerdas sería mortal de necesidad fue cuando Juan Carlos lo hizo y, tras unos segundos con los brazos y las piernas tensados, comenzó a flexionar, a gran velocidad, tanto sus extremidades superiores como inferiores, con lo que consiguió un efecto visual sorprendente. Al recobrar una posición segura, sentado en el trapecio, el público, en una reacción espontánea, se

puso en pie para ovacionarle. Los primeros que se levantaron emocionados fueron los propios artistas. Kasch miraba al público sorprendido, hacía tiempo que en su circo no se oían aplausos tan sonoros.

Quizá una de las razones de su gran éxito fuera la sencillez con que se jugaba la vida, valor intrínseco de su estilo, por otra parte tradicional en su familia. Durante la actuación no había en él ningún gesto de vanidad u orgullo, jamás solicitaba el aplauso. Por el contrario, esperaba que este surgiera espontáneamente para agradecerlo con una leve sonrisa que acompañaba con una humilde mirada y una inclinación de cabeza.

Coincidiendo con la bajada en intensidad de la ovación, la orquesta comenzó a interpretar el tema *Let's Do It*. Juan Carlos, mientras volaba sentado en el trapecio, tiró de una cuerda que cayó del techo. El tirón hizo que se abriera un artilugio y quedara suspendido a diez metros de distancia frente a él. Se trataba de un precioso paño de raso color marfil de unos cuarenta centímetros de espesor que quedó colgando hasta rozar el suelo de la pista. Entonces, la orquesta paró en seco y dejó que solamente se oyera el timbal sinfónico ejecutando un redoble. En pleno vuelo, Juan Carlos se colgó del trapecio con sus manos y voló varias veces de lado a lado hasta que, en una parada del redoble de timbal y en total silencio, soltó sus manos y voló varios metros hasta el paño y se quedó enganchado a él por una sola de sus piernas, que, enrollada en el paño, le permitió deslizarse boca abajo en un descenso vertiginoso y llegar al centro de la pista.

Tras un espontáneo y terrorífico grito del público, y con todos los presentes en pie aplaudiendo con emoción y fervor, la orquesta inició de nuevo el tema *You're the Top* en un arreglo de grandiosa sonoridad que acompañó a Juan Carlos cuando salió a saludar y a agradecer los aplausos, cosa que tuvo que hacer hasta un total de nueve veces.

Aquella noche, la cena se convirtió en un homenaje de sus compañeros. Sin apenas luz para festejarlo, pero gracias a varias botellas de champán y licores que nunca se supo quiénes las habían traído ni de dónde salieron, los artistas y empleados del Circus Blunder, junto a las viejas glorias del espectáculo, olvidaron por un momento la cruenta realidad que estaban viviendo aquellos días y celebraron con entusiasmo algo por lo que todos ellos entregaban a diario sus vidas: el éxito.

Terminada la celebración, cuando todo el personal dormía, Juan Carlos y Erika cogieron varias mantas de sus departamentos y, envueltos en ellas aunque completamente a oscuras, fueron a sentarse para conversar en el mismo centro de la pista. Media hora más tarde se entregaban el uno al otro como nunca lo hubieran imaginado. Con todos los buenos sentimientos puestos al servicio del amor y fundidos sus cuerpos hasta convertirse en una sola pieza de carne vibrante, transformaron el lejano ruido de los motores de los aviones en la más cerrada e

importante ovación que jamás hubieran recibido.

## Capítulo 18

Amaneció un día soleado en Stuttgart. Los tormentosos y revueltos nubarrones que habían cubierto el cielo las semanas anteriores dieron paso a un día que prometía luz y una moderada subida de la temperatura. Dentro del recinto del circo, la claridad y el buen tiempo predisponían los ánimos en el temprano despertar de todo el personal. Las botellas de vino y licor consumidas la noche anterior, en la celebración en honor de Juan Carlos, habían creado algunas situaciones curiosas que, a partir de la hora del desayuno, corrían de boca en boca para sorpresa de unos y deleite de otros.

El remolque en el que dormían los ancianos había amanecido con los ánimos alterados. Allí se discutían y se trataban de aclarar dos situaciones ocurridas durante la madrugada. Para comenzar, Al Pace se quejaba de que alguien, mientras él dormía, le había trasladado al retrete común, en la cabecera del remolque, donde había amanecido sentado en la taza y profundamente dormido. Allí lo había descubierto Elke Zolm a primera hora de la mañana, sentado, sin pantalones y en aquella ridícula postura.

Obligada por una necesidad imperiosa, no había tenido más remedio que despertar al albanés y obligarlo a volver a su departamento, donde Amanda, su esposa argentina, al verle aparecer en aquellas condiciones, había comenzado a recriminarle su falta de respeto y le había preguntado si había echado una cana al aire. Comenzaba el escándalo. Nadie aceptaba haber conducido a Pace al cuarto de baño, pero él se defendía e insistía en que no era sonámbulo y no recordaba haberlo hecho por su cuenta. Cuando más animada estaba la discusión, Lora, la esposa de Bergen, se personó en el pasillo reclamando la presencia de su marido, lo que volvió a revolver el gallinero: nadie sabía nada de Bergen, no se tenía la menor idea de dónde podía estar. En aquel preciso instante se abrió la puerta del departamento de Máxima Contessa y apareció Bergen, aún completamente adormecido y disimulando una resaca espantosa.

—¿Qué haces? —le preguntó su esposa.

Bergen respondió con lengua de trapo:

—Tratando de averiguar qué es lo que ocurre. Menudo escándalo os traéis.

—Pero ¿qué hacías ahí dentro? —insistió Lora.

—Dormir contigo, ¿qué voy a hacer? —replicó Bergen despistado.

—¿Cómo vas a estar durmiendo conmigo si ese no es nuestro departamento? —le aclaró Lora desencajada y con tono destemplado.

—¿No lo es? —preguntó Bergen inocentemente—. Pues me confundiría anoche, como son todos iguales...

En ese momento apareció en el pasillo Máxima Contessa, quien preguntó con gesto inocente:

—¿Se puede saber a qué viene este escándalo?

—¡Será caradura la diva! —respondió Lora—. Mi marido se pasa la noche en tu departamento, ¿y tú preguntas a qué viene este escándalo? ¡El escándalo eres tú!

—¿Yo escándalo? —respondió Máxima mientras se le subían los colores—. Mira a ver dónde ha pasado la noche tu marido, porque conmigo no...

—¿No? —gritó Lora—. ¡Si lo hemos visto todos salir de tu departamento!

Máxima miró directamente a Bergen, quien con cara de imbécil y una sonrisa absurda asintió con la cabeza. Desconcertada, buscó en los rostros de los demás compañeros: todos afirmaban. Entonces miró a Lora con lágrimas en los ojos.

—No creas nada de esto. Lo que estás pensando es una locura. Puede que tu marido se haya equivocado de departamento, pero, aunque suelo dormir profundamente, te aseguro que no me ha tocado. No se lo hubiera permitido.

—¡Qué pena! ¡Con lo guapo que es Bergen! —dijo una voz al fondo.

Todos se volvieron, pero allí no había nadie. Entonces los rostros se volvieron hacia Bergen, quien, con cara de inocencia, aclaró:

—Yo no he sido.

Lora lo miró sin saber si reír o llorar y, dejándolo por imposible, se introdujo bruscamente en su departamento, momento que aprovechó Al Pace para preguntar:

—¿Puedo saber, de una vez por todas, quién fue el gracioso que me metió a dormir en el retrete?

Todos los presentes sonrieron irónicamente y volvieron a sus departamentos con la idea de asearse y vestirse para el desayuno. Al Pace levantó los hombros y, componiendo un exagerado gesto de asco, dijo para sí mismo:

—¡Qué mal huelo!

El resto de la mañana transcurrió sin novedades. Kasch había salido para tratar de conseguir algunos materiales, y todo el personal estuvo trabajando en la trastienda de la carpa de los elefantes. El autobús había dejado de serlo, ahora era un perfecto órgano de tubos rodante. Sólo quedaba, para dejarlo completamente terminado, la instalación de un amplificador conectado a un armonio de fuelle y algún otro pequeño detalle, pero eso quedaría para la mañana siguiente: había llegado la hora de comer y nadie estaba dispuesto a perder su turno.

Para sorpresa de Juan Carlos y los gemelos, Kasch los invitó a almorzar en su caravana, cosa extraña, puesto que él y Fritzi solían comer y cenar a diario en el remolque-comedor. Siempre los últimos y solos, pero allí, en la zona común. Los invitados sospechaban que los dueños del circo querían agradecerle a Juan Carlos su actuación del día anterior con aquel ágape, pero se equivocaban: Kasch los invitaba por una razón mucho más importante. No los había advertido de nada por anticipado, pero el verdadero motivo era mantener una conversación en privado sin que nadie los escuchara, y para algo así, qué mejor que su propio carromato.

Fritzi, con su buen hacer, había improvisado una mesa para cinco tras rebuscar por todos los cajones de la caravana hasta dar con manteles, servilletas y vajilla.

Nada más entrar en el carronato, Juan Carlos sospechó que algo ocurría al ver que Kasch los recibía con una seriedad desacostumbrada. Tanto era así, que Aetos, inmediatamente después de comenzar a comer, no pudo resistirse a preguntarle:

—¿Te ocurre algo, jefe?

Kasch miró a los cuatro mientras servía té frío en las copas, bebió un sorbo y se tomó un instante antes de responder:

—Vosotros que me conocéis muy bien sabéis que soy desconfiado por naturaleza.

—¿Qué es lo que te preocupa? —quiso saber Juan Carlos.

—Veréis —continuó Kasch—. Esta mañana he salido en un intento de conseguir algún material que faltaba para terminar la transformación del autobús. De pronto, mientras andaba con mi coche de un lado para otro, he notado que me seguían, y no era un vehículo cualquiera el que lo hacía, se trataba de un auto de la Gestapo.

»Por si se trataba de una manía mía, he intentado despistar al perseguidor, pero ha resultado inútil. Me estaban persiguiendo descaradamente. Para ratificarlo, he parado en el primer café que he encontrado en el camino. Me estaba bajando de mi coche cuando el de la Gestapo ha frenado detrás de mí. He entrado rápidamente en el café y he ido directamente a los servicios, me he lavado las manos y me he enjuagado la cara con el fin de hacer tiempo, y finalmente he decidido salir. Allí estaba mi perseguidor, esperándome. Yo me he hecho el loco y he tratado de salir a la calle simulando que no le había visto, pero el Hauptsturmführer me ha parado...

—¡Un Hauptsturmführer! —exclamó Moses.

—¿Solo? —preguntó Aetos.

—Completamente solo —confirmó Kasch.

—Algo buscaba —comentó Aetos.

—Sí —continuó Kasch—. ¿Sabéis qué?

Los gemelos y Juan Carlos se miraron buscando una respuesta que no tenían.

—¡Escapar de Alemania! —reveló Kasch para asombro de los presentes.

—¡Increíble! —exclamó Aetos—. ¿Dices en serio que buscaba huir de Alemania?

—Eso mismo, pero de una manera especial...

—¿Y cómo lo has averiguado? —preguntó Juan Carlos.

—Porque me ha hecho una oferta —confesó Kasch—. Me ha conducido a una mesa apartada y allí, hablándome casi al oído, me ha ofrecido documentación para abandonar sin problemas el país con mi compañía y todos sus materiales e instalaciones. A cambio, yo debería enrolarlo en la plantilla del circo como un artista extranjero más y, una vez al otro lado de la frontera, tomaría su camino sin causarme la menor molestia.

—¡Qué locura! —exclamó Aetos—. ¡Comienza la desbandada! Por poco que



imaginemos, debemos pensar que ese oficial es culpable de algo y no se quiere enfrentar a las consecuencias. Digo yo, porque no veo otra razón para tomar una decisión como esa.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó Juan Carlos—. ¿Vas a aceptar su oferta?

—¿Yo? —respondió Kasch—. ¿Adónde voy a ir yo con todo este material? Excepto Suiza, donde reina el Circus Knie, Europa entera está destrozada, y nosotros no hemos hecho daño a nadie. Fritz y yo lo tenemos claro: hemos decidido esperar los acontecimientos sin movernos de aquí.

—Bien razonado —dijo Aetos.

—Pero lo que no es válido para unos lo es para otros... —soltó Kasch con retranca.

—No te comprendo —dijo Juan Carlos—. ¿A qué te refieres?

—A que se trata de una oferta que ni pintada para vosotros.

—¿Cómo? —exclamó Aetos—. ¡Ah, claro, sí! Estamos huyendo de Alemania y este capitán nos puede facilitar la documentación para salir sin problemas. Genial, claro está, en el caso de que la oferta nos la hubiera hecho a nosotros...

—¿Y a él qué más le da? Con unos o con otros, lo que busca es salir sin que lo detecten —razonó Kasch, convencido.

—Un momento —exclamó Juan Carlos levantando las manos—. Estamos hablando de cargar con un miembro de la Gestapo. O, peor aún, de ponernos en sus manos.

—¿Y qué nos importa? —saltó Moses—. Si lo que ese oficial pretende es salir del país y a cambio nos ofrece hacerlo con garantías, bien venido sea el Hauptsturmführer a la *troupe*.

—No lo tengo tan claro —comentó preocupado Aetos—. Son tan largos los tentáculos de la Gestapo que alcanzan lugares insospechados. Algo me huele mal en todo esto y no sé lo que es. ¿Tú lo conocías de antes? —preguntó a Kasch.

—Jamás lo había visto, y te aseguro que de ser el caso lo habría reconocido de inmediato. Es un personaje para no olvidar. —Kasch buscó en su cerebro las palabras concretas con que definir al oficial—. La verdad es que me ha causado muy mala impresión. Se trata de un personaje repugnante. Parece una pera: muy grueso por abajo y muy flaco por arriba. Para colmo, su rostro está destrozado por alguna infección y no tiene cabellos, sólo un mechoncito en el centro de la cabeza.

—Esos son los peores —opinó Aetos—, suelen ser gente llena de complejos que...

—No le hagáis caso a mi hermano —interrumpió Moses—. Es muy mal pensado, es desconfiado hasta conmigo, que soy su gemelo. Lo importante del personaje es si puede sernos útil. A nosotros qué más nos da si es un Adonis o un Quasimodo el que nos saque de Alemania sin problemas. Lo verdaderamente importante es salir.

—¿Has quedado en algo con él? —preguntó Juan Carlos.

—Viene a la función de esta tarde, pero de paisano —respondió Kasch.

—Pues si ya lo tenemos metido aquí, mejor será utilizarlo —concluyó Aetos, aunque no muy convencido.

—Hablemos con él —propuso Juan Carlos—. Pero hagámoslo con prudencia. Si os parece bien y Kasch no tiene inconveniente, podemos reunirnos aquí mismo sin involucrar a nadie más. Sólo los que estamos en este momento aquí. ¿Os parece?

—De acuerdo —aceptó Kasch—. Finalizado el espectáculo lo traeré a mi remolque.

Aetos se levantó de la mesa con aire escéptico. Moses, que había observado la preocupación en los demás, trató de restarle fuerza a la mueca de su hermano diciendo algo ingenioso:

—Las malas caras de mi hermano son como los fuegos artificiales: muy elocuentes en un principio pero, en definitiva, efímeras.

## Capítulo 19

Debido a las últimas noticias llegadas de Berlín, el Hauptsturmführer Schultz tenía muy claro lo que debía hacer si quería salvar su vida: según se presentaban las cosas, su primera y única opción tendría que ser abandonar Alemania. La guerra estaba llegando a su fin antes de lo previsto y él no podía permanecer en el país. Tan pronto alcanzaran Berlín las tropas enemigas habría terminado todo. Y lo peor era que estaban llegando.

Si de algo estaba completamente seguro era del gran riesgo que corría quedándose en el país. Él tendría muchos defectos, muchos, pero no era tonto. Era consciente del daño que había causado. Eso sí, según su perturbada mente todo lo ejecutado había sido realizado en defensa de la patria. Su cerebro, desquiciado por los tremendos y complicados trastornos y complejos que sufría desde que tenía uso de razón y, a un tiempo, excitado por los incendiarios y patrioteros discursos y escritos de su máximo líder, doblegaba su mente y le llevaba a confundir el crimen con la defensa de la patria y el dolor con la defensa de lo racionalmente inhumano.

Respaldado por el cuerpo al que pertenecía y utilizando los galones que ostentaba para cubrir sus fechorías, había cometido los mayores abusos que un ser humano pueda realizar en tiempos de guerra. No sólo había martirizado a seres indefensos aprovechando las ventajas que el terrible enfrentamiento ponía en sus manos, sino que, sacando del fondo de su alma los más complicados instintos que la maldad siembra en el cerebro humano, había torturado y matado indiscriminadamente.

¿Quedarse y esconderse en un pequeño pueblo de provincias? Ya lo había pensado, pero había llegado a la conclusión de que era absurdo: allí era donde antes le descubrirían. En las pequeñas poblaciones todos se conocen y es fácil identificar al extraño. ¿Esconderse en una gran ciudad como Berlín o Hamburgo? Imposible, la simple obligación de sobrevivir le llevaría a salir en busca de alimentos y artículos de primera necesidad, y aunque no saliera al exterior voluntariamente, una vez el enemigo dominara la situación lo buscarían hasta bajo tierra para hacerle salir de su cueva como un animal perseguido. Tan pronto asomara la cabeza lo cazarían como a una vulgar rata, no le cabía la menor duda.

Pero Schultz no quería experimentar en sus propias carnes el dolor que él mismo había infligido a otros seres humanos en circunstancias semejantes. Por lo tanto, lo primero que había que decidir era cómo abandonar Alemania y por dónde hacerlo.

Aquel viaje a Stuttgart le estaba brindando una oportunidad de oro. Si utilizaba bien aquella coincidencia, podía ser su salvación. La idea que espontáneamente había surgido en su mente al ver aquellos carteles anunciando un espectáculo de circo podría ser genial: escapar del país camuflado entre el variopinto personal de un circo. De hecho, toda la investigación realizada por la oficina de Stuttgart para encontrar al

dueño del sobre había resultado de lo más provechosa, lo que indicaba que podía estar en el buen camino.

Le causó cierta gracia aquel cirquero tratando de esquivarle durante la persecución. El pobrecito no sabía a quién se enfrentaba. Nunca dejaba de sorprenderle la inocencia con que la gente solía actuar en determinadas circunstancias. Pero volviendo al asunto del circo, esa era una opción sobre la que tomaría una determinación después de la entrevista que mantendría con los artistas aquella misma tarde. Si quería mantener un vínculo con el partido aunque hubiera decidido escapar de Alemania, y dejar una puerta abierta dentro del cuerpo en que servía, antes de huir debía localizar esos importantes documentos del Führer y hacérselos llegar al coronel Günsche. Ese gesto le otorgaría cierta relevancia en el cuerpo y le permitiría, una vez en el exilio, acercarse a los suyos en busca de protección. Había que comenzar a pensar en el futuro, un incierto futuro que estaba a la vuelta de la esquina y al que necesitaba agarrarse con todas sus fuerzas.

Recostado en la cama de su habitación del hotel, su mente volaba en una gran vorágine de ideas y pensamientos. Las posibilidades acudían a su cabeza atropellándose y siempre de acuerdo con sus deseos. A medio cambiar de ropa, puesto que más tarde mantendría la entrevista concertada con el dueño del circo, el Hauptsturmführer no dejaba de elucubrar tratando de descubrir dónde podría encontrarse aquel dichoso autobús de la Casa del Artista. Ahora eran dos las necesidades que iban convirtiéndose en obsesiones: localizar ese importante sobre marrón y desaparecer de Alemania cuanto antes. La segunda opción la tenía casi a mano; aquel bendito circo que se había cruzado en su camino podría ser, si las cosas salían como él las imaginaba, su tabla de salvación. Pero ¿y si aquellos artistas le fallaban y le denunciaban ante algún oficial amigo o simplemente le entregaban en algún momento durante la huida? Ese era un riesgo que tenía que correr para salvar el pellejo, aunque estaba seguro de que aquellas personas eran incapaces de denunciar a un oficial de la Gestapo.

La gente normal piensa y procede de un modo completamente distinto a como lo hacen los profesionales de la tortura. Esa era una verdad que había estudiado y comprobado en diversas ocasiones y que ahora no debía preocuparle. Él estaba por encima de la gente normal, y eran muchos los recursos con los que contaba para dominar la situación. «Por lo tanto —se dijo—, busquemos y encontremos ese autobús, dondequiera que esté. Localicemos ese sobre marrón y hagámoslo llegar a las manos adecuadas. Preparemos la fuga con tiento, ahora que tenemos la gran oportunidad, sin prisas y con el mayor cuidado y discreción. Y cuando los pasos que debo dar estén perfectamente calibrados y me ofrezcan una total garantía de seguridad, huyamos y abandonemos este irreconocible país que el enemigo, poco a poco, está convirtiendo en la más triste de las ruinas».

## Capítulo 20

Aquella misma tarde, Kasch recibió en la puerta de artistas y empleados, en la trastienda del circo, a un irreconocible Hauptsturmführer Schultz, que vestía un tupido jersey de lana gruesa y color azul desteñido y unos pantalones de pana marrón oscuro que más bien parecían un saco de pana con dos huecos para meter las piernas. Cubría su cabeza con una vulgar gorra, su cuello con una raída bufanda de lana y su rostro con unas enormes gafas ahumadas. Había dejado su coche atravesado en la entrada interrumpiendo el tráfico normal del personal, por lo que Kasch, con la mayor delicadeza, le pidió las llaves del vehículo ofreciéndose para aparcárselo dentro del recinto.

El Hauptsturmführer sacó las llaves del bolsillo, las retuvo en su mano derecha mientras miraba fijamente a Kasch, y las volvió a guardar sin dar ningún tipo de explicación. Ante tal absurdo, Kasch no supo cómo reaccionar y sólo acertó a decir:

—Le tengo preparado un palco. ¿Le acompaño hasta allí?

—Mejor no —respondió instantáneamente el oficial—. Muéstreme el local desde algún punto donde yo no pueda ser visto.

—¿Visto por quién? —respondió sorprendido Kasch.

El Hauptsturmführer acercó su boca a la oreja izquierda de Kasch y habló en un susurro.

—Por el público, por su gente, por quien sea. Considere esto como una visita de incógnito. Sitúeme donde se pondría usted si no deseara que nadie le viera.

La mente limpia de Kasch tardó un momento en comprender sus deseos, pero, tan pronto los asimiló, con un simple «¡sígame!» condujo a su invitado a un lugar situado debajo de la grada y junto a la puerta de salida de artistas. Desde allí, mirando por entre las tablas que servían de asiento, se podía ver la función. Tras abrirle una butaca plegable, le preguntó:

—¿Es esto lo que usted quería?

—Ni más ni menos —contestó el oficial—. ¡Perfecto! ¿Cuándo hablamos?

—Finalizado el espectáculo pasaré a por usted. Nos reuniremos en mi remolque.

—¿Nos reuniremos? —preguntó Schultz con preocupación—. ¿Quiénes?

—No tiene por qué inquietarse —añadió en seguida Kasch—. Estaremos mi esposa y tres compañeros de absoluta confianza.

—¿Seguro que son de absoluta confianza?

—Puedo poner la mano en el fuego por ellos —respondió, rotundo, Kasch.

—Usted sabrá lo que hace —dijo el Hauptsturmführer con un tono de voz amenazante—. Supongo que será consciente de los riesgos que corre si me pone en una situación de peligro.

—Por supuesto —respondió Kasch con la mayor tranquilidad. Y agregó de

inmediato y buscando ganarse su confianza—: ¿Le envió una copa en el intermedio?

El oficial lo pensó por un momento, pero en seguida repuso:

—Mejor un café.

—Será mi esposa quien se lo traiga.

Parecía que Schultz iba a decir algo más, pero decidió callar e ignorar a Kasch. Ante aquel comportamiento, Kasch, sin saber cómo reaccionar, tomó la más lógica de las decisiones: retirarse sin decir una palabra más.

Al llegar al intermedio, Fritzi se acercó para llevarle al Hauptsturmführer una taza de café. Para su sorpresa no lo encontró sentado en la butaca plegable. Estaba a punto de retirarse cuando le pareció ver un bulto que se movía al fondo del pasillo, bajo la grada, en una zona oscura que cubría el público sentado sobre esta. Picada por la curiosidad, se acercó y vio al Hauptsturmführer, que, aprovechando la oscuridad, con expresión lasciva miraba desde abajo las entrepiernas de las mujeres y jovencitas sentadas en la grada. Al verse sorprendido por aquella mujer, el capitán dijo con el mayor descaro:

—¡Magnífico espectáculo! —Y tras una pausa añadió—: El que presenta este circo.

Fritzi, completamente abochornada y sintiéndose enrojecer ante la desvergüenza de aquel sujeto, le entregó la taza de café con manos temblorosas y se retiró del lugar sin decir una palabra. El Hauptsturmführer la observó marcharse.

—A esta quisiera verla yo sentada aquí arriba —comentó para sí.

Fritzi, temerosa de crear alguna situación extraña, le ocultó a Kasch la escena vivida bajo la grada con aquel sujeto. Le resultaba tan desagradable el personaje que prefirió olvidar aquel hecho.

Finalizado el espectáculo, Kasch pasó a buscar al oficial y lo acompañó hasta su propio remolque, donde ya esperaban Juan Carlos y los gemelos. A Kasch le extrañó que no quisiera acompañarlos su mujer, pero Juan Carlos le informó en seguida comentándole:

—Fritzi me ha encargado que te diga que no asistirá a la reunión, parece que tiene que hacer algo urgente en la cocina.

—Ya —respondió Kasch no del todo convencido.

Tras las presentaciones, el Hauptsturmführer quedó contemplando a los gemelos con intensidad, sus rostros le recordaban algo y no sabía qué, hasta que de pronto preguntó:

—¿No son ustedes los Orakis Brothers?

—Los mismos —respondió Aetos con humildad.

Para sorpresa de todos, el oficial comenzó a dar palmas como un crío. Parecía un niño con zapatos nuevos.

—He seguido su trayectoria artística desde niño —les dijo lleno de ilusión—. La

última vez que los vi actuar fue en el Hansa-Theater de Hamburgo. ¡Qué alegría! No saben bien lo que he disfrutado con ustedes y con sus números «La escena del esqueleto viviente», «La pantera sobre la plataforma» y «El diablo en llamas». Ustedes dos son geniales, mis artistas favoritos. No pueden imaginar lo que estoy sintiendo en este momento, estoy viviendo la experiencia más feliz de mi vida... He vuelto a mi juventud...

Juan Carlos y Kasch asistían a la escena sorprendidos. Aetos y Moses sonreían apabullados por la vehemencia que ponía el oficial en sus palabras. Los cuatro pudieron observar la humedad en los ojos de Schultz al quitarse este, sólo por un momento, las gafas ahumadas. Puesto en pie, parecía a punto de llorar de emoción cuando, de pronto, haciendo un extraño movimiento con su cabeza y sentándose a la mesa al tiempo que se reflejaba la mayor dureza en su rostro, proclamó:

—Pero aquí hemos venido a hablar de cosas serias, ¿no?

El sorprendente cambio y la brusquedad del oficial los dejó helados. Ninguno de los cuatro acertaba a responder. El niño que había invadido al Hauptsturmführer por unos instantes había desaparecido tan de repente que les parecía imposible. Moses, que fue el primero en reaccionar, respondió por todos:

—Sí, señor, aquí hemos venido a hablar, pero si alguien se emociona por los recuerdos, estamos dispuestos a compartirlos. Entendemos que volver a la niñez por un momento suele ser un privilegio.

—La niñez representa el período más estúpido en la vida de todo ser humano —dijo el Hauptsturmführer con asco—. Mejor hablemos del presente.

Aetos, tras mirar por un momento a los demás, comentó:

—Creo que no deberíamos.

—¿No deberíamos qué? —preguntó el oficial en tono insolente.

—Ni siquiera hablar —dijo Aetos comenzando a levantarse—. Pienso que no nos vamos a entender...

—Señores, tranquilícense —exclamó Kasch poniéndose en pie y tratando de apaciguar la situación—. Estamos aquí por algo que nos conviene a todos y aún no hemos comenzado a hablar sobre el tema que nos interesa.

—Estoy de acuerdo —coincidió Moses—. Hablemos del asunto que nos ha traído hasta aquí y dejemos fuera cualquier sentimiento espontáneo que haya surgido con la conversación.

Estas últimas palabras las dijo mirando fijamente a su hermano Aetos.

—¿Todos de acuerdo? —preguntó Kasch.

Todos afirmaron, excepto Aetos, que antes miró a Moses con lástima mientras tomaba asiento.

—Pues vamos a lo que interesa —continuó Kasch—. Usted me ha buscado para ofrecerme documentación con que abandonar Alemania sin ser molestado —dijo

mirando fijamente al oficial—. A cambio, yo tendría que comprometerme a enrolarle a usted en mi compañía, de manera que entrara en Francia como empleado mío, ¿es así?

—Exactamente —corroboró el Hauptsturmführer.

—Pues bien —continuó Kasch—. Mi obligación es informarle de que mi circo y yo nos quedamos en Alemania. No dispongo de capital y menos de relaciones con ninguna empresa extranjera que deseara acogernos en su país. Por lo tanto, ocurra lo que ocurra, nos quedamos aquí.

—¿En ese caso? —preguntó el oficial con la decepción reflejada en su rostro.

—En ese caso —le interrumpió Kasch—, puedo ofrecerle otra opción.

El Hauptsturmführer le miró sorprendido. De improviso se había puesto en guardia.

—Usted no tiene nada que ofrecerme a mí —reaccionó—. Soy yo el que le ofrece salir de Alemania sin que le molesten a cambio de un pequeño favor. Cualquiera otro asunto que desee proponerme le anticipo que no me interesa en absoluto.

—Creo que sí le va a interesar, porque lo que usted necesita es salir de Alemania enrolado en un espectáculo artístico.

—Pero ¿no me acaba de decir que ustedes no abandonan Alemania? —dijo Schultz confundido y levantando un poco la voz.

—Yo me quedo aquí, en Stuttgart —dijo Kasch—. Pero mis compañeros aquí presentes, todos componentes de un espectáculo de viejas glorias de la escena, cruzarán mañana la frontera con Francia para más tarde tratar de alcanzar España. Eso cuadra perfectamente con sus aspiraciones, si no me equivoco.

—Un momento —dijo el oficial—. Déjeme aclarar varios puntos. Para comenzar: ¿cuántas personas integran ese espectáculo?

—Dieciocho —detalló Juan Carlos.

—¿Todos artistas?

—Casi todos —respondió este—. Bueno, en realidad todos, porque la única persona que no actuaba a partir de ahora pasará a ser mi *partenaire*.

—Quiero suponer que se trata de una mujer —aventuró Schultz.

—Es irrelevante para lo que nos interesa, pero sí, se trata de una mujer —afirmó Juan Carlos.

—¿Cuándo piensan abandonar Alemania? —preguntó el oficial.

—Mañana al anochecer.

—¡Mañana! —exclamó con preocupación—. Eso me deja muy poco margen.

—Usted verá —respondió Moses—. Para documentarnos le sobra con media hora.

—Media hora es una vida —rebatía pensativo—. ¿Qué medio de transporte piensan utilizar?



Kasch miró a sus amigos y con una pícaro sonrisa reveló:

—Un órgano de tubos gigante.

Schultz estudió a los presentes con una desconcertada expresión de asco antes de preguntar:

—¿Dónde está la gracia?

—En ninguna parte —respondió rápidamente Kasch—. Se trata de un autobús convertido en un órgano musical. ¡Una genialidad!

—Ya veo —comentó el oficial con desgana y, de pronto, el rostro del Hauptsturmführer se iluminó.

Un destello había surgido en su cerebro: la mención de la palabra «autobús» había golpeado con fuerza su cabeza abriendo una puerta a los datos almacenados allí y creando una cadena de elucubraciones relacionadas con las viejas glorias y la Casa del Artista. Al principio no se atrevía a creerlo, pensaba que su mente le estaba jugando una mala pasada, pero a medida que los hechos conformaban la realidad se sintió flotar en el aire, dominado por ese estado de bienestar que solía experimentar en todo su organismo cada vez que aclaraba un caso o desentrañaba algo que anteriormente había sembrado dudas en su cerebro.

Pero tenía que ser prudente. En ese preciso momento debía proceder con la mayor cautela, sin demostrar la emoción que le había causado el descubrimiento. El más leve fallo podría echar a perder el futuro que con tanto esmero y prudencia estaba preparando, por lo que el Hauptsturmführer se tomó un tiempo para pensar, mientras paseaba su mirada por los presentes. Le importaba muy poco que todos estuvieran pendientes de él. Más bien al contrario, aquello le producía un placer especial. El mero hecho de hacerlos esperar alimentaba su ego y aliviaba su gran complejo de inferioridad. Le parecía imposible que la fortuna hubiera puesto en sus manos el autobús de la Casa del Artista y, con él, nada menos que las personas que se suponían portadoras del sobre marrón. Dominado por la vanidad, pensó que ese era un premio que merecía su talento. Porque por algo estaba él en Stuttgart, su presencia allí no era fruto de la casualidad. Bueno, en realidad, había sido el teniente Adalbert Adler quien sugirió hacer un viaje a Stuttgart. Pero ¿quién tuvo el talento de apropiarse del viaje? ¿O es que esas decisiones no suelen ser las responsables de los éxitos en la vida de un hombre? Esperando estar en lo cierto y no precipitarse, se dirigió a Aetos:

—Me interesa su oferta.

Todos experimentaron cierta sorpresa y alivio al mismo tiempo. Todos, menos Aetos.

—Yo no le he hecho ninguna oferta —matizó Aetos escupiendo las palabras.

—¡He sido yo! —saltó al rescate inmediatamente Kasch—. Yo la hice y los que estamos aquí la mantenemos, ¿no es así?

Kasch paseó su mirada por los presentes y se detuvo por un momento en los ojos

de Aetos. Cuando este bajó la cabeza sin rechistar, miró de nuevo al Hauptsturmführer para ratificar:

—¡Ahí lo tiene usted! ¡Todos coinciden! Ahora sólo queda que nos pongamos de acuerdo en los pequeños detalles y brindemos por un feliz cruce de fronteras.

El oficial pasó revista con la mirada sobre todos ellos y, antes de levantarse, con el gesto más duro que pudo componer, se dirigió a ellos para advertirles:

—Ya pueden ir con cuidado. Ni una sola palabra de lo dicho aquí debe trascender. Recuerden que la más mínima indiscreción por su parte puede conducir este proyecto a la ruina. Y, cuando menciono la ruina, me refiero a ustedes, que son quienes tienen todas las de perder. No olviden que mientras estemos en Alemania seré yo quien dé todo tipo de indicaciones u órdenes que deberán obedecer sin la menor duda. Una vez fuera del país, trataré de desaparecer lo antes posible.

—Es lo lógico —aceptó Kasch.

—Esperen mis noticias —ordenó el Hauptsturmführer Schultz.

Tras esto, se levantó, escrutó los rostros de aquellos cuatro hombres como si tratara de fijarlos a su memoria, e inmediatamente después abandonó el remolque.

Tan pronto se cerró la puerta, Kasch levantó los brazos exultante al tiempo que repetía:

—¡Lo hemos conseguido! ¡Lo hemos conseguido! Vais a salir de Alemania autorizados por la Gestapo. Eso es mucho más de lo que hubiéramos imaginado ayer mismo. ¡Vaya triunfo!

—No cantes victoria todavía —recomendó Aetos acompañando sus palabras con un rictus de desconfianza—. No me preguntéis por qué, pero yo sigo estando muy preocupado. Este oficial me da muy mala espina.

—No le hagas caso, Kasch —terció Moses—. Por supuesto que el personaje es como para preocuparse, pero también mi hermano es un perfecto genio sembrando dudas en los demás. Por ahora hemos conseguido lo más difícil, que era salir del país sin que nadie pueda impedirnoslo. Ahora roguemos porque en el otro lado nos reciban con la misma cordialidad.

—Si no me fallan mis contactos, eso es lo que espero —aventuró Juan Carlos con expresión ilusionada.

## Capítulo 21

El lejano y ronroneante zumbido que producía la planta motriz que facilitaba la energía para iluminar todas las dependencias del búnker, aunque lejos de la zona de dormitorios y matizado por sólidas paredes de cemento armado forradas con gruesos paneles de madera, despertó al Standartenführer Günsche. En realidad, lo que le despertó, más que el ruido de la planta, fue la constante preocupación que le embargaba desde el momento en que había topado con ese extrañísimo personaje conocido como Hauptsturmführer Schultz. Por más que le daba vueltas a la cabeza, no podía dejar de culparse por su debilidad al no haber apartado de inmediato a aquel presuntuoso mequetrefe del caso.

Sus eternos miedos a ser culpable de crear una situación anormal o extraña le habían impedido prohibir a aquel ser extravagante hacerse cargo de la búsqueda del sobre marrón y, a causa de ello, estaba seguro de haber detectado una gran desolación en la última mirada del Obersturmführer Adler. Pero hasta en ese momento crítico se impuso su falta de decisión, lo que le hizo sentirse incapaz de aclarar qué pintaba aquel Hauptsturmführer Schultz en su investigación. Sobre todo, le molestaba haber sido incapaz de averiguar quién lo había introducido en el caso. Debía de haberlo aclarado de inmediato, era un dato sumamente importante. Ahora, por el simple hecho de no haber tomado la determinación de hacerlo, estaba pagando las consecuencias. En la oscuridad de su pequeña aunque confortable celda, su cabeza no dejaba de reflexionar buscando una solución. Sabía que el tiempo volaba y que el tal Schultz ya estaría llegando a Stuttgart, y por alguna razón que él desconocía en ese momento, aunque muy pronto trataría de averiguarlo, al Obersturmführer Adalbert Adler lo habían dejado al margen del viaje a aquella ciudad. Eso era algo que no comprendía, puesto que él personalmente había encargado la búsqueda del sobre al Obersturmführer y a nadie más que a él, y le había advertido sobre la importancia de mantener la búsqueda en el máximo secreto. Entonces, ¿quién había asignado al Hauptsturmführer Schultz el viaje a Stuttgart? ¿Quién o quiénes habían dejado a Adalbert Adler prácticamente fuera de la investigación? Su preocupación crecía por momentos. Cada vez estaba más confuso y era más consciente de su responsabilidad. Sabía que tenía que ponerse en marcha de inmediato, su obligación era aclarar la situación con la mayor brevedad posible.

Encendió la lámpara de la mesilla de noche y miró la hora en su reloj de pulsera: las tres y veinte de la madrugada. Demasiado temprano para iniciar la investigación; a esa hora no encontraría despierto a nadie de importancia, los puestos de responsabilidad dormían de madrugada, ya que durante las mañanas, las tardes y las noches sufrían los bombardeos de los estadounidenses, los rusos y los ingleses, a los que había que dar réplica tanto con la defensa antiaérea como con la propia

Luftwaffe. Günsche sabía también que mucho menos encontraría disponible a ningún cargo responsable de la Gestapo ni de las SS. Esos dos cuerpos, ahora unificados, solían permanecer muy ocupados durante las interminables noches de la guerra. Pensó que él debería igualmente tratar de dormir hasta las seis de la mañana, esa sería una hora prudente para comenzar la investigación. Aunque una cosa era lo que él proponía a su cerebro y otra muy distinta lo que este disponía. Arrebujado entre las sábanas y las mantas, y con la almohada cubriéndole la cabeza, trataba de conciliar el sueño pensando en la nada, pero al final de la nada siempre aparecía, soez y desaliñado, el inconfundible Hauptsturmführer Schultz con su desagradable y repelente aspecto. Agotado por la desazón que le producía aquel sorprendente ataque de insomnio y buscando librarse de aquella preocupación obsesiva, decidió levantarse y situarse bajo el potente y reparador chorro de agua caliente de su ducha. Aquel vigorizante masaje, producto del batir del chorro de agua casi hirviendo en su nuca y a lo largo de su columna vertebral, realizó el milagro de estabilizar su sistema nervioso al tiempo que le hacía sentir un especial bienestar, a pesar de la falta de descanso.

Envuelto en el albornoz y con una taza de café caliente entre las manos, fue a sentarse frente al minúsculo e incómodo escritorio que tenía a su disposición junto a la cama y que jamás había utilizado porque era muy pequeño. Abrió un cajón de la mesita del que extrajo varios folios de papel en blanco donde comenzó a anotar nombres de oficiales de la Gestapo y de las SS que pudieran serle útiles para lo que pretendía. Cuando estimó que en aquella lista estaban todos los oficiales que conocía personalmente, comenzó la labor de recordar los historiales de cada uno de ellos. Conforme los analizaba, los iba desechando haciendo una tachadura sobre el nombre. Al poco rato se encontró sin nombres que analizar, excepto uno al que, curiosamente, le había hecho una marca como recordatorio. Con el pensamiento puesto en aquel oficial, recordó que alguien le había comentado que este hábil personaje se había convertido en el creador de un nuevo cuerpo dentro de las SS. Se trataba de un reducido grupo de élite femenino al servicio del espionaje y la investigación. Escribió una nota para acordarse de llamar a la División SS Polizei y junto a ella anotó el apellido del oficial, Rosenhauer, y su graduación según la recordaba: SS-Sturmbannführer.

Después de la ducha, una idea había comenzado a germinar en su cabeza y sólo esperaba que llegase pronto la mañana para ponerla en práctica. La experiencia le había enseñado que cuanto más grave era un asunto y más urgente el resolverlo, menos ruido había que hacer, y nadie mejor que él para evitar los ruidos. En eso era un auténtico maestro.

A las seis menos cinco abrió su despacho, encendió las luces y estas parpadearon con intermitencia. En la lejanía se oía el retumbar de la artillería rusa. El asedio a

Berlín continuaba inmisericorde. Al pensar en ello, las imágenes de la ciudad que invadían su mente mostraron la más terrible desolación. Trató de alejar aquella representación imaginando sus calles, parques y habitantes en mejores momentos, pero su mente no obedecía, se había engolfado con los bombardeos y las consecuencias del inmisericorde trabajo realizado por la artillería rusa, y le mostraba aquellas escenas cada vez con más dureza. Pensó entonces en la importancia que adquiriría el sobre marrón ante la situación que se avecinaba a pasos de gigante y logró alejar, al menos por el momento, las perturbadoras visiones que habían impregnado su cerebro.

Unos golpes en la puerta terminaron por devolverlo a la realidad. Fue hasta ella, abrió, y allí estaba Traudl, la secretaria del Führer, quien con una mirada de tristeza le mostraba el limitado contenido de una pequeña bandeja.

—Es todo lo que podemos desayunar hoy... —mencionó con pesadumbre.

—Gracias —dijo Günsche aceptando la bandeja. Y añadió con un gesto de amargura—: Habrá otros que dispongan de menos.

Traudl, respetuosa, cerró la puerta con gesto de resignación. Günsche depositó la bandejita a un lado de su escritorio y tomó un sorbo de café sin probar ni un bocado del pan de centeno y la mantequilla que lo acompañaban. En aquel momento no hubiese podido tragar nada sólido, su garganta no lo habría aceptado. Una total desgana invadía su organismo y le provocaba un asco infinito. Sólo el café se imponía a la náusea.

Con vistas a superar aquel desagradable momento tomó en sus manos la agenda y buscó con interés el número de teléfono de la División SS Polizei. Tres minutos más tarde tenía al otro lado de la línea al Sturmbannführer Rosenhauer.

—Buenos días, mayor, le habla el Standartenführer Günsche. Tengo verdadera urgencia en hablar personalmente con usted. ¿Podría acercarse a mi oficina durante la próxima hora?

—¿En el Estado Mayor? —preguntó Rosenhauer.

Günsche sabía que nadie se atrevía a llamar al búnker por su nombre, por lo que respondió:

—Efectivamente. A partir de este momento estaré esperándole.

Treinta y cinco minutos más tarde entraba por la puerta de su oficina el Sturmbannführer Blaz Rosenhauer y, tras saludar con su mano en alto y estrechar la de Günsche, tomó asiento en una de las dos pequeñas butacas disponibles frente a la mesa de despacho.

Al Standartenführer le había impresionado en principio la gran altura y extremada delgadez del mayor, en quien, por otra parte, destacaban también otros rasgos, como el pronunciado y afilado tamaño de su nariz y una raya por boca sin labios que dotaba a su rostro, junto con los pequeños puntos que tenía por ojos, de un semblante

cercano a la caricatura. A pesar de su especial talla, vestía con corrección y lucía una imagen de pulcritud, aunque de su uniforme emanase un fuerte olor a incienso quemado mezclado con betún al que el Standartenführer no fue ajeno. Tras observarse mutuamente por unos segundos, Günsche rompió el silencio.

—Para comenzar, le diré que tengo muy buenas referencias sobre usted.

—Espero que sean tan buenas como las que tengo yo sobre usted —respondió Rosenhauer entrecerrando los ojos—. Con mucho menos me conformaría.

—Agradezco sus cumplidos —dijo Günsche mientras mostraba una leve sonrisa.

Tras estas palabras, se quedó mirando a Rosenhauer en silencio. Trataba de despojarse de un pensamiento que bloqueaba su mente y le incitaba a preguntarse el porqué de la presencia de tan extraños personajes en su vida. Tanto el Hauptsturmführer Schultz como el Sturmbannführer Rosenhauer eran dignos de que los exhibieran en una caseta de feria. Interlocutores inolvidables una vez vistos que, por una curiosa jugarreta del destino, habían aparecido en su camino de repente y, además, se habían hecho imprescindibles para el logro de sus propósitos. Para disimular la pausa, Günsche no tuvo más remedio que recurrir a una mentira piadosa:

—Perdone, pero estaba pensando que sólo puedo ofrecerle una taza de café, si es que queda.

—No se moleste, en estos momentos sería un abuso y una falta de respeto aceptarla. En cualquier caso, queda pendiente.

—Gracias —aceptó Günsche. E, inclinándose hacia delante y apoyando sus brazos en la mesa con un estudiado ademán que denotaba confidencialidad, comenzó a decir—: Tengo entendido que está usted a cargo de un nuevo cuerpo en las SS.

—Efectivamente —respondió Rosenhauer.

—¿Es sólo un proyecto o un hecho consumado?

—Es un hecho consumado con excelentes resultados, Standartenführer.

—No tenía noticia.

—En realidad no nos promocionamos, sino todo lo contrario. Verá, cuanto menos se conozca el trabajo de mis pupilas, mejores resultados obtendremos y menores riesgos correremos. Se trata de una profesión muy sacrificada para la que hay que gozar de una cabeza muy bien amueblada.

—Me lo imagino. ¿Y me asegura usted que ese nuevo cuerpo funciona?

—Mucho mejor de lo que esperábamos en principio.

—Le ruego que me responda a la siguiente pregunta con la mayor sinceridad: ¿hasta qué grado de confianza y seguridad podemos llegar con sus pupilas, como usted las llama?

—Perdone, Standartenführer, pero no entiendo su pregunta.

—Trataré de ser más claro: en un caso extremo, ¿podríamos poner en sus manos un secreto de Estado?

—Yo le diría que no en todos los casos podemos llegar a ese nivel de confianza, pero puedo asegurarle que dispongo de un par de agentes de absoluta garantía. ¿Puedo saber de qué se trata?

—Llegado el momento, por supuesto, pondría toda la información a su disposición. En cualquier caso, sería imprescindible que se la diera, porque supongo que usted aleccionará a su gente dependiendo de cada circunstancia que se les presente.

—No sólo aleccionarla, hay que montar una estrategia para cada caso y mantener una apropiada vigilancia y protección por parte de todo un equipo de apoyo. Es la única manera de garantizarnos el éxito.

—Ya veo —aceptó Günsche en un suspiro. Después dudó, como si no se atreviese a hacer la siguiente pregunta, hasta que, decidido y mirando fijamente a los ojos de Rosenhauer, encontró las palabras—: ¿Conoce usted a un miembro de la Gestapo que responde al grado y apellido de Hauptsturmführer Schultz?

Rosenhauer quedó pensativo por un instante, parecía estar a punto de responder con un no rotundo cuando, de pronto, pareció recordar algo:

—Conozco a uno, pero no creo que estemos hablando del mismo Hauptsturmführer. Sé de buena fuente que al que yo conozco están a punto de expulsarlo del cuerpo.

—Hablamos del mismo —afirmó con una sonrisa de satisfacción Günsche—. Estoy seguro. Es más, con esos antecedentes podemos entrar de lleno en materia.

Media hora más tarde habían llegado a un acuerdo. La agente especial de las SS Brunhilde Zihmer, políglota y una experta investigadora, se haría cargo del caso.

## Capítulo 22

Nadie que hubiese visitado la trastienda del Circus Blunder aquel día podría haber detectado la gran fuga que allí se preparaba. El disimulo era la principal consigna entre el personal, que no por eso dejaba de colaborar en todo lo concerniente a las necesidades de los viajeros. Además, también se dedicaban a retocar el órgano gigante, al que aquella misma mañana se le había instalado un equipo de amplificación que sonaba a las mil maravillas y que podría servir para promocionar cualquier tipo de actividad o espectáculo, para asegurar su buen funcionamiento.

Los ancianos visitaban los remolques de los artistas de la compañía para despedirse de ellos, y estos los obsequiaban con artículos de primera necesidad, sobre todo alimentos y bebidas que almacenaban en el interior del autobús para compartirlos durante el viaje.

Puesto que para no llamar la atención habían decidido partir al resguardo del anochecer una vez finalizada la función de aquel día, durante el transcurso de esta Juan Carlos, Erika, Aetos y Moses se reunieron dentro del autobús para ultimar detalles y planificar el viaje. Tratarían de estudiar y analizar, dentro de lo posible, todo aquello que, inevitablemente, habría que dejar en manos del azar. A esa hora, y faltando apenas dos para el inicio del viaje, el Hauptsturmführer Schultz no había dado señales de vida, motivo que los tenía a todos muy preocupados.

—Ya os dije que yo no confiaba ni un pelo en ese pájaro —dijo Aetos, mohíno—. Cuando a mí se me atraviesa algo o alguien, no suelo equivocarme.

—Me parece muy bien —comentó Moses—, pero no creo que este sea el momento adecuado para analizar tus percepciones.

—Es más que una percepción, ese extraño personaje lleva con él algo indefinible, pero estoy seguro de que ese algo está relacionado con el mal. Lo siento, pero no me lo puedo callar. Si lo hago, exploto.

Viendo que aquello podría derivar en una larga y tensa discusión, Juan Carlos interrumpió a los hermanos:

—Lo importante en este caso es saber qué decisión tomar. ¿Nos vamos aunque este sujeto no aparezca o cancelamos el viaje?

—Yo me iría de todas formas —propuso Aetos—, aunque mejor sin la compañía de ese extraterrestre.

—Eso sí que es absurdo —rebató inmediatamente Moses—. ¿Cómo va a ser lo mismo salir del país con la garantía de que nadie va a molestarnos en lugar de hacerlo jugándonoslo todo al destino? Tu empecinamiento es grave, querido hermano.

—Otras fronteras hemos cruzado tú y yo sin papeles, no sería la primera.

—Pero no en estas condiciones —rebató de nuevo Moses.

—Un momento —interrumpió Erika con cierta timidez y voz suave—. Faltan casi



dos horas para la salida, dediquemos ese tiempo a estudiar el viaje y si mientras tanto aparece el Hauptsturmführer, pues perfecto.

—¿Y si no aparece? —preguntó Moses.

—Entonces será el momento de tomar la decisión final —aseguró Juan Carlos—. Después de todo, lo nuestro es una total aventura.

—Y que lo digas —ratificó Erika.

—He oído que ha comenzado el éxodo —dijo Aetos.

—¿A qué te refieres? —preguntó Moses.

—A que lo que intenta este oficial lo está intentando un gran porcentaje de la población. Ante el inminente final que se avecina, la gente huye despavorida de este infierno. Se comenta que las fronteras naturales parecen hormigueros, especialmente las de Suiza, Holanda y Francia, países históricamente acogedores en casos similares, sobre todo el último, que lo único que no tolera es a los refugiados identificados con hechos de sangre, con el gobierno o simplemente con el nazismo.

—Algo a nuestro favor —indicó Juan Carlos.

—La situación de Francia no es para andar perdiendo el tiempo —dijo Moses—. Los franceses saben que esto se acaba y están tratando de reorganizar sus vidas. Si nos presentamos en la frontera por sorpresa, ¿qué pensáis que harían los guardias franceses con nosotros?

—Fusilarnos no, desde luego. No hay razón para ello —especuló Aetos.

—Y menos los franceses, tan paternalistas cuando se trata de algo identificado con la cultura —agregó Juan Carlos—. Nadie en el mundo protege al espectáculo de circo como lo hace Francia. En cualquier caso, lo único que necesitamos de Francia es que nos permita utilizar su territorio para cruzar a España, ya que ese es nuestro destino.

—También, en parte, eso juega a nuestro favor —dijo Aetos.

—Y lo que espero que juegue más a nuestro favor es mi contacto. Ya debe de estar en Estrasburgo.

—¿Es de fiar? —preguntó Aetos.

—Es un empresario de espectáculos con mucha mano en el país y de toda confianza —detalló Juan Carlos—. Es más, ya tendrían que estar advertidos al otro lado sobre nuestra llegada.

—O sea —dijo Moses mirando intensamente a su hermano—, que lo único que necesitamos es al Hauptsturmführer para que nos consiga los documentos.

Aetos le sostuvo la mirada durante un momento.

—En situaciones como esta —dijo—, los errores se pagan caros.

Juan Carlos estaba a punto de intervenir cuando descubrió que Erika le señalaba un punto fuera del autobús. Lo único que alcanzó a decir, tras mirar al exterior a través de una ranura que separaba dos tubos del órgano, fue:

—Ahí viene el Hauptsturmführer.

No hubo tiempo para más. El oficial dio varios golpes con su puño cerrado para que le abrieran la disimulada puerta de entrada al órgano.

Dos horas más tarde, terminada la función del circo y al resguardo de la noche, el órgano gigante, con la iluminación indispensable, circulaba por las solitarias calles de Stuttgart en busca de la carretera que los llevaría a Karlsruhe, el primer destino de su viaje.

A pesar de la edad y de la experiencia, o quizá por ello mismo, en esta ocasión los ancianos se mantenían callados y preocupados. Posiblemente, de no haber estado el Hauptsturmführer Schultz junto a ellos, información que Aetos, Juan Carlos, Moses y Erika habían pasado a los ancianos con todo lujo de detalles y de manera confidencial, el viaje se hubiese prestado a la charla y quién sabe si alguna que otra partida de cartas. Pero la presencia de un oficial de la Gestapo dentro del órgano era lo suficientemente intimidante como para mantenerlos con la boca cerrada. Muchos de ellos, por primera vez desde que habían comenzado aquella improvisada aventura, sintieron especial preocupación. Estaban a punto de abandonar Alemania y se dirigían a un incierto destino. Todos conocían Francia y habían actuado en dicho país. La ilusión de volver a la escena les llenaba la mente de nuevas ideas, pero al mismo tiempo pensaban: «¿Cómo estará Francia tras estos últimos años de ocupación?». «¿Encontraremos el país tan destruido como lo está Alemania?». Al final, terminaban por reconocer que cualquier situación sería preferible a la de sentirse bombardeados a diario.

Juan Carlos, estacionando el órgano en el aparcamiento de un restaurante cerrado y en ruinas, los sacó de sus pensamientos.

—Vamos a subir hasta la ciudad de Karlsruhe. Una vez allí, bajaremos por el margen del Rin hasta Estrasburgo. Debido a los bombardeos, no tenemos ni idea de dónde pueden haber instalado el control de comunicación entre ambos países. En el primer puente del río que encontremos habilitado como puesto fronterizo trataremos de cruzar a Francia. ¿Alguna sugerencia?

Desde el fondo, Bergen levantó la voz para opinar:

—Estoy seguro de que cruzaremos el río por el puente de Kehl, si es que no han cambiado el puesto, y puedo aseguraros que, si lo hacemos de madrugada, a esas horas los murciélagos duermen.

Erika quedó sorprendida al escuchar la voz de su madre, Lena de Cock.

—Lo de menos es por dónde sea. —Su voz vibraba intranquila—. Lo importante es que sea, y que sea pronto.

—Que nadie piense que no vamos a salir de Alemania —dijo una desagradable voz, desconocida para la mayoría—. Yo garantizo y prometo a todos que vamos a

salir. Lo que no puedo asegurar es que entremos a Francia, eso queda en manos de ustedes, y más vale que lo consigan.

Aetos, a pesar de la repugnancia que sentía por el Hauptsturmführer, aseguró:  
—Estamos poniendo nuestro mayor empeño en conseguirlo.

A la salida de Karlsruhe encontraron un control militar que el oficial Schultz se encargó de superar con la mayor diligencia y facilidad. Nadie supo cómo lo hizo, pero todos pensaron en lo bien que había preparado su fuga. A la hora de hablar con los responsables del control, no permitió que nadie le acompañase, hizo la gestión completamente solo y con el mayor secreto. Sus razones tendría.

Aprovechando que ya estaban en el camino de Estrasburgo, las mujeres repartieron los alimentos preparados y regalados por sus compañeros del Circus Blunder. Bergen hizo aparecer en sus manos una botella de vino del Rin, pero Aetos le obligó a guardarla recomendándole:

—Ni una gota de alcohol, Bergen. Estamos llegando a Francia. De nuestra claridad mental dependerá que seamos capaces de conseguir nuestro propósito. Te sugiero que guardes esa botella para celebrarlo una vez que estemos al otro lado.

—Para eso guardo yo esta —dijo Al Pace sacando otra botella.

—Y yo esta.

—Y yo esta otra —repitieron más artistas al fondo mostrando sus botellas.

—Respeto tus consejos —respondió Bergen poco convencido mientras guardaba la suya—. Pero os aseguro que a mí este vino me aclara las ideas.

—Entonces guárdala, que ya la usaré yo para lavarte la cabeza, a ver si de verdad se te aclaran —apostilló su esposa Lora.

Tras una carcajada generalizada se produjo de nuevo un interminable silencio. Nadie hablaba. Parecía como si de pronto todos hubieran caído en la preocupante realidad de lo que los esperaba. En el interior de aquel vehículo sólo se oía el ruido que producían las ruedas sobre el pavimento y el somnoliento ronroneo del motor. La concentración de sus mentes era total. Todos pensaban en el futuro inmediato que los esperaba tras cruzar un puente. De salirles las cosas bien, volverían a demostrar que los años invertidos en ensayos, preparación e interpretación no habían sido en balde. Los años que cargaban a sus espaldas deberían cuantificarse como acopio de experiencia y no como un freno a su capacidad artística. El profundo conocimiento de la profesión y el dominio del público eran sus infalibles armas para lograr de nuevo el triunfo.

Cuando más concentrados estaban, cada cual imaginando su actuación en el escenario, la voz de Bergen rompió el silencio para aportar a sus pensamientos, como si de un tranquilizante se tratase, la calma y el sosiego que produce la experiencia:

—La vida no se reduce a ser o no ser, como dijo Shakespeare. En realidad se reduce a tener o no ilusión. Ese es el secreto de la vida.

Inmediatamente se produjo un murmullo de aprobación. Todos se identificaban con aquellas palabras. Todos eran unos privilegiados que deberían dar gracias al cielo por encontrarse allí, en aquel momento, a punto de cruzar un puente con el que dejar atrás las tristes miserias de los últimos años y enfrentarse a una nueva vida pletórica de ilusión.

De pronto, el interior del vehículo cobró vida. En los asientos todos rectificaron sus posiciones y se dieron cariñosas palmadas en la espalda los unos a los otros.

El Hauptsturmführer Schultz, aislado en su asiento y sin que nadie le invitase a participar en aquella euforia, trataba de observar, en la oscuridad y con una mueca de desagrado, los rostros felices de aquellos ancianos que le parecían salidos de un sanatorio mental.

El inconsciente Bergen, aprovechando el pequeño alboroto, se puso en pie botella en mano.

—¿Es hora ya de abrirla? —insistió.

Algunos parecían estar de acuerdo, pero Aetos, con su voz autoritaria, cortó de raíz el murmullo al informar:

—Estamos llegando a Kehl.

En el lado alemán, un debilitado destacamento protegía la frontera natural que ofrecía el río. Para sorpresa de los viajeros, el puente de Kehl había desaparecido. El ejército nazi lo había volado semanas atrás, después de la recuperación de la ciudad de Estrasburgo por parte de la II División del Ejército francés del general Leclerc. Del otro lado, los franceses, con el apoyo de sus aliados, estaban a punto de invadir el territorio alemán. La ciudad de Estrasburgo permanecía totalmente ocupada por distintos cuerpos de los ejércitos francés, inglés, ruso y norteamericano, y no cesaban de llegar nuevos destacamentos cuyos vehículos ocupaban las principales calles y avenidas, así como todo el entorno de la ciudad. Especialmente preparados y listos para realizar su trabajo, los cuerpos de ingenieros tenderían puentes flotantes por donde cruzar las diferentes corrientes de agua que rodeaban parte de la ciudad y proceder a la invasión del sur de Alemania.

Así pues, en ambos márgenes del río se respiraba una calma chicha similar a la que se produce en el mar justo antes de una gran tormenta. Un control alemán, frente a las ruinas de lo que había sido el puente, obligó a Juan Carlos a detener el autobús-órgano. El Hauptsturmführer Schultz fue el primero en abandonar el vehículo y hacer frente a la situación. Nadie pudo saber lo que el oficial habló con el responsable de aquel control, pero media hora más tarde apareció en la margen alemana del río, un kilómetro más arriba, en un recodo donde reinaba la máxima oscuridad, una barcaza especial capaz de trasladar el órgano al otro lado; algo tan absurdo como increíble.

Cuando llegaron al recodo, Aetos miró a Juan Carlos con gesto de extrañeza y, controlando la desazón que le provocaba aquella absurda situación, se dirigió a

Schultz:

—¿Podemos conocer sus intenciones?

—Ustedes quieren cruzar el río y yo les estoy dando todo tipo de facilidades. ¿No era ese nuestro compromiso?

—Si usted estuviera del otro lado del río, ¿permitiría que esta posible bomba de miles de kilos se arrimara a su orilla?

—Yo les he proporcionado la barcaza, el resto lo dejo en sus manos. Para nuestra seguridad, he dado órdenes de que no se nos dispare desde nuestra orilla.

—Todo lo contrario —le contravino Aetos pensando en voz alta—. Sus baterías deben dispararnos, pero con tan mala puntería que no acierten a darnos.

—No comprendo —reconoció el Hauptsturmführer con su característica expresión de asco.

—Verá —explicó Aetos—, la única manera de llegar a Francia es dando la cara. ¿No personificamos la crema de la farándula europea? Pues demostremos que lo somos y nadie se atreverá a lastimarnos. La única oportunidad que tenemos es que nos conozcan antes de llegar.

—Pero ¿cómo lo lograremos? —preguntó Moses.

—Exhibiéndonos —contestó Aetos con suficiencia—. Si nos vestimos y usamos cada cual su talento para demostrarles a los franceses que somos los integrantes de una compañía artística, puede que nos salvemos. La noche nos ayuda, el elemento sorpresa está a nuestra disposición. Si mal no recuerdo, Lukas y Lena de Cock hicieron acopio de linternas, magnesio y luces con que presentar su número de sombras chinescas antes de salir de los almacenes de Hagenbeck. Utilicemos esas luces. Utilicemos el vestuario. Utilicemos las manos de la señora Beckenhauer con su órgano de fuelle, así como la voz de la genial Máxima Contessa, y saquemos su maravillosa música por los amplificadores. Utilicemos la danza de los Fassios, el monociclo de Ciclotón, los equilibrios de Al Pace y su *partenaire*, hagamos mi hermano y yo que todo eso suceda por arte de magia. Creemos un impacto artístico único y habremos logrado nuestro propósito. Disponemos de poco tiempo, pero el suficiente para sorprender a nuestros amigos franceses.

—¿No delira usted? —preguntó Schultz.

—No sólo no deliro. Puedo asegurarle que, vista nuestra situación, es la única salida posible que encuentro. La otra es dar media vuelta y volvernos a Berlín.

—¡No! ¡Eso jamás! —dijeron algunas voces desde los asientos del fondo.

—¿Entonces? —cuestionó Aetos observándolos a todos con gesto interrogante.

Juan Carlos se puso en pie y pasó la mirada por todos los presentes.

—¿Estáis de acuerdo? —preguntó.

Sin dudarle ni un segundo todos afirmaron.

—Pues manos a la obra —los animó convencido.

Como si cada asiento dispusiera de un resorte, los ancianos se levantaron de golpe y comenzaron a rebuscar en el fondo del autobús. Las mujeres se ocupaban del vestuario mientras los hombres se hacían cargo de situar linternas, trastos y depósitos de magnesio allí donde Aetos y Moses indicaban, en el exterior y en la cubierta de la barcaza, y dejaban de fondo, como si de un decorado se tratase, el gran órgano. Una vez que todo estuvo preparado en el exterior, el interior del autobús se convirtió en un gran camerino comunal donde los nervios reinaban y, como si fueran a representar por primera vez en su vida conscientes de que podía ser la última, los ancianos y sus maravillosas compañeras suspiraban y resoplaban mientras se vestían, maquillaban y peinaban, en algunos casos, los pocos cabellos que les quedaban.

El momento, aunque preocupante, resultaba mágico para aquellas glorias de las artes escénicas. Se ayudaban los unos a los otros demostrándose el más cordial de los afectos y deseos de éxito, así como esa especial solidaridad que se produce durante los estrenos o en esos momentos tan especiales que se dan en el mundo del espectáculo. A falta de espejos, se miraban en los ojos de los demás preguntándose unos a otros cómo les quedaba el vestuario, el peinado o el improvisado maquillaje. Las mujeres, más tranquilas y seguras de sí mismas que los hombres, se mostraban con ilusión esperando que las felicitaran.

Una vez todos listos y llegado el momento, Aetos distribuyó espacios en cubierta recomendando el mayor cuidado, ya que, debido a la gran oscuridad en que se movían, cualquiera de ellos podía caer al agua fácilmente. Encendieron los amplificadores para que se fueran calentando y calcularon que no llegaría a los cinco o seis minutos el tiempo que la barcaza tardaría en bajar desde el recodo en que se encontraban hasta el control francés, al otro lado, en las ruinas del puente. Un oficial alemán, aclarando que lo que Juan Carlos debía hacer lo podía realizar un niño, le explicó cómo sacar la barcaza de aquel recodo y le recomendó después que dejara que la corriente la arrastrase a la otra orilla dirigiéndola con la ayuda de la rueda o timón de mando. Lo más peligroso sería atracar, ya que para hacerlo debería maniobrar utilizando la marcha atrás. Ese era el único momento en que todos estaban obligados a sujetarse para no caer al agua. En caso de no conseguir atracar a la primera, recomendaba hacerla girar y remontar el río a contracorriente hasta lograr asegurarla en un puesto de amarre. Bergen, que junto a Juan Carlos escuchaba las recomendaciones, prometió, llegado el momento, echarle una mano en caso de que fuera necesario, ya que, como buen escandinavo, él se consideraba un experto en el tema de la navegación.

Los soldados Lamouret y Truffeau, de guardia en la torre de vigilancia, se miraron con la boca abierta ante la gran duda que surgió en sus mentes: ¿estaban despiertos o acaso se habían quedado dormidos y disfrutaban de una irreal fantasía onírica? Porque lo que sus ojos veían y sus oídos escuchaban no podía ser real.

Arrastrado por la corriente y como un iluminado diamante que reflejaba sus rayos luminosos por todo el río, un gigantesco órgano servía de marco a lo que parecía ser la representación de una gran revista, o *music hall*, en el Folies Bergère o quizá en el Moulin Rouge de París, algo fuera de lugar en aquel tramo de río y mucho más inesperado a aquella hora de la madrugada. De pronto, la noche se había convertido en algo inverosímil y sorprendente, aunque maravilloso y subyugante. Tras el primer impacto y consciente de la responsabilidad que se asumía al estar de guardia, Lamouret, más rápido que su compañero, hizo girar con la mayor velocidad la manivela del teléfono de campaña. Al otro lado del hilo respondió la adormilada voz del brigadier Murat:

—¿Qué ocurre, soldado?

—Mire, señor, lo que baja por el río. ¿Es auténtico o usted también está soñando como nosotros?

—*Oh, mon dieu!* —exclamó el brigadier—. ¿Qué es eso?

—No lo sé —dijo Lamouret—. Pero esperamos su orden para disparar.

—Deme unos segundos —pidió la voz del brigadier, ahora más clara.

El espectáculo que estaban improvisando las viejas glorias era fascinante: a golpe de mando de dos ágiles y elegantes magos, y con fondo musical de la tercera parte de *El Mesías* de Händel magistralmente interpretado con un armonio de fuelle, surgían delante del órgano gigante unas breves explosiones que hacían aparecer en escena a personajes extraños que realizaban complejas interpretaciones. A un lado, un monociclo, montado por una especie de extraño y alocado acróbata, giraba a gran velocidad dando la impresión en todo momento de que caería al agua. En otro lugar, un equilibrista realizaba un ejercicio sobre una sola mano, apoyándose en el pie de una dama que, a su vez, realizaba un número recostada sobre una escalera de tijera. Moviéndose por algunos espacios libres, una pareja de bailarines de salón interpretaban una coreografía ralentizada en la que la dama parecía flotar por el suelo y por el aire. En el centro, y sobre un pedestal, un elegante dúo, con la colaboración de una bella joven que vestía una malla negra que simulaba un rayo plateado, emitía y proyectaba unos potentes rayos de luz con los que, utilizando sus manos, creaban en el agua y en las paredes todo tipo de sombras chinescas.

Cerca de ellos, una intrépida funambulista aparentaba realizar un arriesgado equilibrio sobre un cable de acero y, más allá, una especie de Desdémona corría por los espacios libres tratando de recuperar su pañuelo. Cada uno en su papel, y todos con la mayor maestría, conformaban un cuadro plástico en movimiento que flotaba sobre el agua, cuadro que ya hubiera deseado para sí el más original y universal coreógrafo de grandes espectáculos. De pronto, comenzaron a sonar algunos disparos de fusil y ametralladora que hacían tremolar las tranquilas aguas del río alrededor de la barcaza. El brigadier, superado por la situación e incapaz de aclarar su confusión

de sentimientos, llamó con insistencia al puesto de mando francés, desde donde le respondió un confundido comandante que no acertaba a comprender lo que le explicaban.

—Pero ¿de qué espectáculo me habla usted? —preguntaba el comandante.

—Es una representación artística sobre una barcaza, señor.

—Antes que nada —preguntó el comandante levantando la voz—, ¿está usted completamente despierto?

—Sí, señor. Estoy viendo a un hombre sobre un monociclo, una pareja de baile, otra de equilibristas, sombras chinescas, magos. La música es maravillosa. Los alemanes han comenzado a dispararles, aunque tímidamente. ¿Qué hacemos?

—¿Juraría usted que son profesionales del espectáculo?

—Sin ninguna duda —aseguró el brigadier.

—¿No será una excusa de los alemanes con vistas a provocar un enfrentamiento?

—Todo puede ser, señor. Pero no lo parece.

—Si no ve usted riesgo en esa barcaza, ayúdeles. Yo estoy saliendo para allá con un pelotón. Ahora bien, si alguien presiente el más mínimo peligro, acaben con la nave y con todos sus pasajeros, húndanla sin miramientos. Es una orden a todos los cuerpos que defienden nuestra orilla del río.

El comandante sabía que todos los puestos de guardia habían escuchado la conversación. En aquellos momentos, todo el margen del río del lado francés estaría en máxima alerta y actuaría en consecuencia.

Mientras tanto, Juan Carlos, poco ducho en el manejo de la barcaza, descubrió que se pasaban del lugar donde pensaban desembarcar, junto al puente destruido, y trató de frenar utilizando la marcha atrás; pero no lo logró, por lo que decidió hacerla girar y enfrentarla a la corriente. Al menos así trataría de mantenerse a la altura del punto fijado para el desembarco. A trancas y barrancas, acelerando unas veces y dejándose ir otras, apenas lograba mantenerse en la posición, aunque tampoco sabía por cuánto tiempo. De pronto notó algo extraño en el ruido del motor. Daba la impresión de que se estaban produciendo unas explosiones incontroladas que hacían perder potencia a las hélices propulsoras en el agua. Él no sabía nada sobre navegación en un río, pero notaba que la corriente de agua los arrastraba y que apenas lograban mantenerse cerca del punto de amarre. De apagarse los motores, la barcaza sería arrastrada hacia un destino insospechado y a gran velocidad. En cualquiera de los casos, resultaría peligroso, contrario a sus necesidades y quién sabe si fatal para la integridad de los pasajeros.

Lo peor de todo, pensaba Juan Carlos, era su impericia en el asunto, su total desconocimiento de la navegación por río. ¡Ahora sí creía que había sido un error aceptar semejante responsabilidad! No tenía la más mínima idea de cómo resolver la situación, temía hacer un mal uso de los mandos y convertirse en el generador de una



terrible tragedia. Estaba a punto de empujar el timón para tratar de conseguir una mayor aceleración cuando, al mirar hacia atrás, pudo distinguir cuatro barcas que subían por el río a contracorriente. No tuvo tiempo para reaccionar. Cuando quiso darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, un fuerte empujón de un oficial francés que empuñaba un arma pesada y persuasiva en sus manos ya lo había apartado de donde estaba: un pelotón de especialistas los había abordado y, en cuestión de segundos, todos los pasajeros yacían acostados en el suelo, con las manos en la nuca y bajo la amenaza de unas enormes metralletas que apuntaban directamente a sus cabezas. Un oficial francés gritaba órdenes que los soldados cumplían con la mayor brevedad. El oficial que había reemplazado a Juan Carlos en los mandos de la nave había regulado con pericia la entrada de carburante a los motores y había hecho llegar la barcaza a la orilla francesa, donde un destacamento de soldados, conocedores del área y sus posibilidades, tiraron de los cabos y fijaron con destreza la barcaza a la orilla.

Sólo se oían las órdenes del oficial francés que estaba al frente de la operación de abordaje. Dos potentes focos iluminaban la manipulación de amarre llevada a cabo por los soldados, quienes, una vez finalizado el trabajo y con todos los pasajeros bajo control, quedaron en silencio y esperaron nuevas órdenes del oficial. Este, sin dejar de apuntar con su metralleta a los prisioneros, miró primero a sus soldados, recorrió después con la mirada las caras y gestos de los ancianos, que permanecían aparentemente tranquilos en el suelo de la barcaza, y dirigió después la vista a la otra orilla del río.

—¡Qué extraño es todo esto! —comentó con expresión de sorpresa y tono de desconfianza.

## Capítulo 23

El coronel Gilbert Duval, responsable de la ciudad de Estrasburgo por orden del general Leclerc, abrió los ojos sobresaltado. Acababa de conciliar el sueño cuando, consciente de haber dado la orden terminante de que no lo despertaran salvo por una circunstancia de suprema importancia, su ayudante, el teniente Barnard, lo hacía con carácter de urgencia y sin contemplaciones.

—¿Por qué me despierta, Barnard?

—Lo siento, señor, pero se trata de algo urgente sobre lo que nadie se atreve a asumir responsabilidades.

—Espero que se trate de una cuestión por la que merezca que me despierte. Cuando cerré los ojos llevaba cuarenta horas sin hacerlo, usted lo sabía tanto como yo —gruñó de malhumor.

—Le repito que lo siento —respondió suavemente el teniente tratando de evitar uno de los acostumbrados ataques de ira de su jefe—. De no ser de suma importancia, no me hubiera atrevido a molestarle: debo informarle de que hemos capturado una barcaza que partió del otro lado del río.

—¿Cómo dice? —preguntó exaltado el coronel mientras se sentaba en la cama con los ojos abiertos de par en par—. ¿Qué clase de barcaza es? ¿Cómo no me ha despertado antes? ¿Se trata de una invasión? ¿Son alemanes?

—Por la urgencia con que se me ha informado, sólo puedo decirle que se trata de un puñado de ancianos artistas. Parece, según dicen, que son viejas glorias del espectáculo. Cruzaron el río representando un cuadro artístico y traen con ellos un órgano de pipa gigante.

—¿Un órgano de pipa gigante? ¿Lo han comprobado?

—Sí, señor. Se temía que fuese una arma extraña, pero me dicen que se trata de un autobús forrado con un decorado que simula ser un órgano.

—¿Dónde está ese trasto?

—Junto al río, bajo control y custodiado por un grupo de especialistas en abordajes.

—¿Y el personal capturado?

—Lo están trasladando al cuartel general.

El coronel saltó de la cama y, sin importarle lo más mínimo la presencia de su ayudante, en paños menores y con el poco cabello que le quedaba en su amplia calva completamente revuelto, comenzó a caminar de un lado al otro de su dormitorio. Haciendo un esfuerzo sobrehumano, trataba de despejar su agotada y en aquel preciso momento atrofiada mente y aclarar así sus pensamientos. Estaba preparando, en coordinación con otros oficiales asignados a distintas áreas, la inminente invasión definitiva de Alemania a través de su zona. Había trabajado los últimos dos días sin

un minuto de descanso.

El general Leclerc, tras haber decidido la estrategia que debían seguir, le había responsabilizado de la planificación del proyecto en su área de influencia. Con la estrategia casi a punto, consciente de que su mente no daba para más y de que cualquier esfuerzo sería inútil, se había tomado la libertad de acostarse un par de horas para descansar y recuperar fuerzas. Sólo llevaba unos minutos profundamente dormido cuando lo despertaban para notificarle semejante nueva. ¡Un autobús-órgano sobre una barcaza y lleno de viejos artistas! ¿Qué locura era aquella? ¿O es que se trataba de una broma pesada? Con la mente un poco más clara, el coronel dejó de caminar y preguntó al teniente:

—¿Hay noticia de que ese autobús, órgano o lo que quiera que sea ese trasto represente una inminente amenaza para nosotros?

—Por el momento no —respondió el teniente mientras añadía agua a un vaso que contenía absenta.

—¿Es la hora del hada verde? —preguntó el coronel mirando el vaso con ojos que reflejaban el deseo.

—No es la hora, pero le sentará bien. Nada como la absenta para aclarar la mente —respondió el teniente mientras le ofrecía el vaso con una franca sonrisa.

El coronel aceptó el vaso y liquidó su contenido en dos tragos. Inmediatamente después, miró a los ojos del teniente y, levantando el vaso vacío con su mano derecha, aclaró:

—No tendré que repetirle que esto queda entre usted y yo.

—Ese comentario sobra, mi coronel.

—Así me gusta —respondió este ya con la mente más despejada—. Acérqueme el uniforme, nos vamos al cuartel general.

El equipo de especialistas había vigilado estrechamente a los artistas, tanto en la barcaza como durante el trayecto entre el río y el cuartel. Y es que aquellos ancianos eran difíciles de controlar. Contra ellos, sus hombres no actuaban con la acostumbrada violencia y se mostraban sorprendidos por su desparpajo: a uno de ellos hubo que dejarle acercarse a la borda y descargar su vejiga de espaldas al resto. Había solicitado hacerlo en cuanto idioma existe en la Tierra y en varios dialectos derivados del francés.

Para colmo, tras escuchar hablar al jefe, solicitó el permiso en francés con acento marsellés y este, que era marsellés de nacimiento, lo autorizó de inmediato. Asimismo, permitió que el anciano de la potente linterna en la mano izquierda proyectara las sombras chinescas de monos que, encaramados en sus cabezas, hacían como si rascasen y limpiasen los cabellos de sus hombres y devorasen a continuación los insectos. Luego estaba aquella anciana que, interpretando maravillosamente el papel de Mimí en la ópera *La Bohème*, de Puccini, solicitaba fuego para encender su

vela mientras le cantaba al jefe, llamándole Rodolfo, el relato acerca de su vida solitaria mientras bordaba flores y esperaba a que llegara la primavera en París. Por más que querían hacerla callar, no lo conseguían. Nadie, a pesar de la gravedad que imponía el momento, y precisamente por el absurdo que suponía la actitud de aquella anciana diva, se atrevió a hacerla callar. ¿Cómo apagar aquella genial interpretación que dejó a todos aquellos hombres con el corazón en un puño? Y lo peor de todo vino después, con la confusión que se creó cuando obligaron a los ancianos y ancianas a que respondieran a las preguntas del jefe y estas respuestas comenzaron a salir de las bocas de sus hombres, por más que ellos jurasen que no habían dicho ni mu. ¿Quién ponía las palabras en sus labios? ¿Cómo pudo crearse un caos tan absoluto y una confusión de voces tan tremenda en tan sólo un minuto?

¿Y qué decir de aquellos gemelos ancianos que, cuando menos lo esperaban todos, comenzaron a devolver a sus hombres sus pequeñas armas reglamentarias? ¿Cómo se las habían quitado sin que ninguno reaccionase al hurto? ¿Eran especialistas acaso? Había que considerar, decía el jefe, que el abordaje se produjo en cuestión de segundos y que había funcionado a pedir de boca, pero a partir del momento en que los sentaron a todos agrupados y les dieron la oportunidad de hablar, el jefe perdió su autoridad y sus hombres dejaron de actuar como de costumbre.

En cuanto el coronel Duval se sentó a su mesa de despacho en el cuartel, le informaron de que en el grupo de ancianos sólo había un matrimonio austríaco de más de setenta años; los demás viejos pertenecían a nacionalidades no implicadas en la guerra. Ordenó que le trajeran a los ancianos, de uno en uno, para tratar de mantener una conversación con ellos antes de que los interrogaran en profundidad. Pero fue inútil, los viejos se le quedaban dormidos nada más comenzar a hablar. A su edad habían hecho un esfuerzo sobrehumano en aquella barcaza, algo que el coronel Duval interpretó como un inteligente o al menos oportuno gesto heroico de los ancianos con vistas a acceder a territorio francés pacíficamente y de una manera artística y original.

En definitiva, el suyo había sido un montaje escénico que, en cualquier caso, revelaba el preciso conocimiento del comportamiento de la mente humana que demostraba poseer aquel grupo de gloriosos artistas de la escena. Nada más se pudo lograr de ellos en las condiciones demostradas, insistir resultaba inútil. Lo mejor era dejarlos descansar y que recuperasen fuerzas. Al siguiente día serían abordados por avezados especialistas en interrogatorios que tratarían de extraerles la mayor información posible, lo que permitía al coronel regresar a su merecido descanso no sin antes advertir al teniente Barnard de las imprevisibles consecuencias que conllevaría el hecho de que lo despertara de nuevo, esta vez sin una razón contundente.

## Capítulo 24

El empresario teatral Armand Rousseau Duvichy, relevante personalidad en las altas esferas del mundo del espectáculo y la política de Francia, aristócrata obligado por sus apellidos, y gran admirador y amigo de Juan Carlos por una especial y curiosa circunstancia, ya se encontraba instalado en Estrasburgo. A pesar de las dificultades que planteaba conseguir habitación en aquellos días de gran movimiento en la ciudad, gracias a sus contactos e importantes relaciones con varios miembros de las fuerzas vivas que gobernaban la histórica capital había conseguido nada menos que una suite en el clásico y céntrico hotel Ritz, algo prácticamente imposible en el momento que vivía la ciudad.

Una vez acomodado, inició una ronda de llamadas a ciertas autoridades y miembros de las Fuerzas Armadas que le permitirían acceder a la necesaria información respecto a la llegada de las viejas glorias a Estrasburgo. Los datos que había recibido de Juan Carlos sobre la llegada no eran precisos, ni siquiera aproximados. Sabía que cruzarían la frontera en esos días, razón por la que adelantó su llegada a la ciudad, pero desconocía el día, la hora y el lugar por donde se produciría el hecho. Lo importante era que él ya se encontraba en Estrasburgo y estaba completamente mentalizado para colaborar en la salvación de los ancianos y de su amigo.

Sentado en una pequeña butaca, junto a una mesita Luis xv que servía de base para un teléfono decorado estilo Renacimiento, Armand trataba de recordar el día en que conoció a Juan Carlos. Por su mente pasaban las imágenes como si fueran secuencias cinematográficas. Recordaba que aquel día él estrenaba en el Cirque Medrano de París la más complicada revista musical jamás presentada hasta la fecha en Francia. La obra se titulaba *Cosmos Follies* y contaba con el mayor cuerpo de baile que jamás había actuado, la más completa orquesta, con una especial sección de cuerdas, así como un elenco de actores, actrices y cantantes de primera categoría que alcanzaban la cifra de cerca de doscientos intérpretes en escena, algo desconocido hasta entonces. La atracción central del espectáculo era un trapeceista ruso a quien la gran promoción de su imagen en prensa y en las vías públicas había envanecido, lo que creó un cisma antes del estreno del espectáculo, puesto que trató, a través de su representante, de chantajear a Armand y exigirle, absolutamente fuera de lo convenido en el contrato, una cifra desproporcionada de dinero por realizar su trabajo. Al recibir una rotunda negativa, Boris Soboleski, nombre propio a la vez que artístico del trapeceista, se presentó en el Cirque Medrano la mañana del estreno completamente ebrio, desequilibrado, pendenciero y bravucón, y, subiéndose a su trapecio, amenazó desde arriba gritando como un demente con no bajar de la cúpula del local hasta que alguien le entregase el dinero exigido.

Que sucediera algo semejante el día del estreno era gravísimo para Armand, productor del espectáculo. Aparte de la gran inversión realizada en el montaje, promoción y puesta a punto de la obra, aquel loco, absolutamente mareado y excitado por el exceso de alcohol o quién sabe si también por el consumo de algún estupefaciente, estaba jugándose la vida a treinta metros de altura y haciendo peligrar el espectáculo y, con ello, la fortuna de Armand. De fallar los reflejos del ruso aquella noche, en lugar del estreno de una revista musical se produciría el funeral más sonado de la temporada. La desesperación de Armand era mayúscula. Aquel loco se había encaramado en las alturas y no reaccionaba ni respondía a las órdenes de su representante ni a los ruegos del personal presente, incluidos varios miembros y oficiales de la policía. Cuando, más tarde, llegaron los bomberos, a los que la policía había reclamado como cuerpo especializado en rescates a ciertas alturas, extendieron una lona en el centro de la pista que, una vez sujeta, quedó lista para recibir en su caída libre al trapecista ruso.

Desafortunadamente, uno de los méritos de Soboleski era realizar su peligroso trabajo sin red protectora y, por más que el jefe de los bomberos utilizara todos los argumentos conocidos para convencerle, este ruso no reaccionaba. Agotados los recursos, alguien propuso utilizar un gas relajante muscular que debilitara los brazos y piernas del artista y le obligase a soltarse del trapecio sobre el que se sentaba desmadejadamente. Pero aquella solución dependía de una autorización judicial que, según el jefe de bomberos, podía demorarse más de setenta y dos horas. Cuando alguien sugirió apagar por completo las luces con vistas a obligar al ruso a que se lanzase al aire, se oyó la voz de Juan Carlos, que se encontraba en el local recogiendo su equipo de trabajo con el que había ensayado hasta el día anterior, pues hacía meses que practicaba en la cúpula del Cirque Medrano.

—Eso es una locura —dijo—. Ese hombre es una figura del trapecio, pero, sobre todo, es un ser humano. Yo soy trapecista y, si me lo permiten, me ofrezco a subir personalmente a rescatarlo.

Se hizo un interminable silencio en la pista que rompió Armand.

—¿Dónde estaba usted todo este tiempo?

—Sentado en primera fila observando la situación.

Armand observó con interés la perfecta figura atlética de Juan Carlos, sorprendido por la seguridad y confianza con que este había realizado su oferta. Miró al jefe de bomberos y luego al responsable de la policía.

—Creo que no perdemos nada con aceptar su oferta.

—¡Un momento! —dijo el jefe de policía—. ¿Está usted seguro de que puede subir allá arriba?

—Pregúntenselo a todo el personal de este local, ellos me ven subir a diario a realizar mis ensayos en la cúpula.

—Aun así —objetó el jefe de bomberos—. Ese hombre sufre una indigna borrachera que dificultaría su rescate.

—Es un compañero de profesión y presiento que le podré convencer. Lo que sí puedo asegurarles es que no soy un loco que se juega la vida. Si digo que creo poder hacerle bajar es porque así lo siento. Y puedo asegurarles que no expondré mi vida.

—¡Más claro no se puede hablar! —exclamó Armand viendo el cielo abierto. Y se dirigió a los dos jefes para conminarles a que tomaran una decisión urgente—: Cada minuto que pasa, ese loco está más cerca de darnos un disgusto a todos. Permitan que este joven realice la proeza y sean testigos del hecho. No podemos permitirnos el lujo de perder más tiempo.

Los dos oficiales se miraron y, conscientes de que una negativa podría hacerlos responsables de la muerte de aquel ruso loco, aceptaron la oferta de Juan Carlos, aunque le rogaron que no corriese más riesgo del imprescindible.

Juan Carlos los tranquilizó y se dispuso a subir, pero antes de hacerlo se ajustó un ancho cinturón del que colgaban varios cables con mosquetones y argollas de seguridad; se trataba de un cinturón, también llamado «loncha», que utilizaban todos los trapecistas para garantizar su seguridad durante los ensayos de nuevos ejercicios. Tan pronto Juan Carlos subió por la escalera de acceso al trapecio, se oyó un murmullo de aprobación y admiración por parte de los presentes. El jefe de bomberos, a pesar de la destreza demostrada por el joven trapecista, dispuso de inmediato la lona que cubría la circunferencia de la pista y solicitó de los presentes el mayor silencio posible con vistas a poder comunicarse con él en caso de que fuera necesario.

En menos de un minuto y realizando la mayor parte del ascenso utilizando sólo los brazos, Juan Carlos se situaba junto al ruso. Todos pudieron observar cómo enganchaba uno de los cables de su cinturón a uno de los que sujetaban el trapecio del ruso. Entonces, con la mayor naturalidad y hablando casi en un murmullo, comenzó a tratar de convencer al ruso, que permanecía medio derrumbado sobre la barra:

—Escúchame, amigo —le dijo—. Soy trapecista y admirador tuyo. Te he visto actuar y te felicito. Eres un fenómeno.

Dentro de su borrachera, el ruso había entendido perfectamente las palabras de Juan Carlos, puesto que respondió de inmediato y con desconfianza:

—Tú no eres francés.

—No, no lo soy. Soy español, de Valencia.

—¿Valencia? Yo saber cantar de Valencia. Escucha. —Y comenzó a tararear el pasodoble *Valencia* con voz ronca y desafinada.

—Ya veo que sabes cantar, pero ahora escucha, de colega a colega: estás creando una situación absurda y tienes todas las de perder. Ahí abajo están el jefe de

bomberos del distrito y el jefe de la policía. Si decides bajar ahora mismo estoy seguro de que la situación que has provocado puede convertirse en una anécdota, pero si insistes en alargar esta locura puedes terminar en la cárcel, y eso es lo que estoy tratando de evitar.

—Que me den dinero —dijo el ruso torciendo el gesto—. Son ricos. Mira qué local tan lujoso poseen. Yo lo voy a llenar.

—Tú solo no, sois muchos los profesionales que participáis en la obra. Por supuesto que tú eres la atracción central, pero no olvides que sólo eres parte del espectáculo.

—¿Tú crees? —dijo el ruso con la mirada perdida.

—Naturalmente —continuó Juan Carlos.

—Soy muy bueno. Soy único. No lo digo yo, lo dicen todos los carteles que anuncian mi espectáculo por la calle.

El ruso quiso apoyar la frase con un gesto de sus brazos y soltó las cuerdas de su trapecio, con lo que poco faltó para que cayera al abismo. Juan Carlos tuvo que sujetarlo.

—Te estás jugando la vida —le dijo.

—Lo hago todos los días.

—Y yo también —contestó Juan Carlos sonriendo.

—¿Tú también? ¿Por qué?

—Porque soy trapecista, como tú.

—Pues, si lo eres, mira la humanidad allá abajo y no me niegues que nosotros pertenecemos a una raza de seres superiores. Somos como dioses del Olimpo o ángeles en el cielo que, con nuestro valor, superamos las leyes físicas y merecemos que se reconozca nuestra supremacía sobre el resto de los humanos.

—Estoy completamente de acuerdo con tus palabras. Pero tienes que reconocer que los seres supremos son prudentes.

—Eso sí. La prudencia es la madre de... No me acuerdo de la frase.

—Ya verás que en cuanto bajes la recuerdas —propuso Juan Carlos—. Venga, acompáñame y buscaremos la frase los dos.

—Sí —aceptó el ruso—. Esa frase es importante. Alguien me la enseñó de niño antes de subirme a mi primer trapecio, ayúdame a buscarla porque sin esa frase no soy nadie.

Juan Carlos rodeó con su brazo la cintura del ruso, que no cesaba de proferir palabras incoherentes, y, sin dejar de hablarle para no darle la oportunidad de pensar, lo cargó sobre sus hombros durante todo el complicado trayecto hasta poner los pies en el suelo. El silencio fue total mientras permanecieron en el aire, pero una vez que pisaron la pista todos los presentes otorgaron a Juan Carlos una fuerte ovación apoyada con gritos de «bravo». Inmediatamente, dos policías recibieron la orden de



hacerse cargo del ruso, quien ahora desvariaba con la vista completamente perdida y al que condujeron directamente a la enfermería del local.

Armand, fuertemente impresionado y muy agradecido a Juan Carlos, le abrazó y después le miró intensamente a los ojos para preguntarle:

—¿Dónde está tu representante?

—Todavía no tengo —respondió él con humildad—. Me lleva la familia Carré. Pero ¿por qué?

—Posiblemente te necesite esta noche. No podemos dejar el estreno en manos de Soboleski, ese pobre hombre no está en condiciones de actuar. Sácanos de este atolladero. Alguien me acaba de decir que eres un gran trapequista.

—Pero quitarle el trabajo a un colega me crearía mala fama. No seré yo quien deje sin trabajo a Soboleski.

Armand recordaba, con una marcada sonrisa en el rostro, el trabajo que le costó convencer a Juan Carlos. Sólo aceptó sacarle de su difícil situación cuando supo que el ruso había escapado de la enfermería y se había refugiado en un establecimiento cercano donde había solicitado una botella de vodka de la que estaba dando buena cuenta.

El éxito que obtuvo Juan Carlos aquella noche podría haber sido suficiente motivo para el inicio de una gran amistad entre el productor y el artista, pero hubo algo más: conforme pasaban los días y el espectáculo *Cosmos Follies* alcanzaba las mayores cotas de éxito al tiempo que lanzaba a Juan Carlos al estrellato, la relación de amistad entre Armand y Juan Carlos fue en aumento. Juan Carlos entendía el progreso de esta como algo surgido a partir del éxito y las circunstancias. Su juventud e inexperiencia no le permitían sospechar ningún otro interés oculto por parte de Armand: él había convertido *Cosmos Follies* en un éxito de taquilla que estaba enriqueciendo a Armand y hasta ahí llegaban sus razonamientos.

Pero había otra realidad que jamás pudo imaginar: Armand, siempre rodeado y acompañado por las más bellas mujeres, el productor más varonil de Francia, el soltero más apetecido y perseguido por las damitas francesas de la época, era homosexual. Nadie jamás pudo denunciar su homosexualidad, que siempre encubrió con la mayor prudencia, pero el hecho era que el empresario, sin aparentemente proponérselo pero completamente dominado por una fuerza mayor que todos sus sentimientos y que la prudencia, se había enamorado loca e irracionalmente de Juan Carlos.

Jamás lo demostró, nunca se descubrió ni comunicó sus sentimientos a nadie y menos a este. Hasta entonces había obrado en la vida con la mayor discreción. Pero, por lo visto, aquel afecto era un sentimiento tan potente y brutal que, de seguir así, destrozaría sin piedad esa imagen que tanto tiempo y sacrificio le había costado edificar y mantener, y tanto era así que estaba dispuesto a preparar una cena a solas

con él durante la cual tenía previsto vaciar su atormentado corazón en una declaración de amor formal. Pero, casualmente, una dolencia por la que hubo de ser intervenido quirúrgicamente lo separó por un tiempo de los ambientes artísticos y de *Cosmos Follies*, lo que le permitió en parte recapacitar y enfriar aquella terrible obsesión que, aunque dominada, permanecía adormecida y enclaustrada en lo más recóndito de su alma.

El estridente sonido del timbre del teléfono le hizo volver a la realidad. Descolgó el aparato y preguntó:

—¿Quién es?

La monocorde voz de la vieja telefonista del hotel le informó:

—Señor Rousseau, tengo en la línea al comandante Fournier. ¿Se lo paso?

—Desde luego —respondió rápidamente Armand.

Tras unos cuantos ruidos molestos provocados por las clavijas al enchufarlas y desenchufarlas de las conexiones de la pizarra telefónica, escuchó una conocida y potente voz ronca que le comunicaba:

—Armand, tengo que aceptar que es usted un sujeto tocado por la suerte. Sus amigos se encuentran ya en Estrasburgo.

—No me diga —respondió con entusiasmo Armand—. No sabe usted cuánto me tranquiliza. ¿Puedo verlos?

—Esa posibilidad no depende de mí —respondió el comandante—, pero puedo informarle acerca de dónde localizarlos. ¿Conoce personalmente al coronel Duval?

—A él no —respondió Armand—, pero sí conozco a varios miembros de su familia.

—Pues invóquelos en el Cuartel General y trate de acceder al coronel: es el jefe de la plaza y único oficial que puede darle la autorización para verlos.

—Reciba mi más sentido reconocimiento y esté seguro de que así lo haré —respondió Armand dando por terminada la comunicación, y colgó a continuación el aparato.

## Capítulo 25

El coronel Duval condujo personalmente la investigación referente a aquel osado grupo de «glorias del pasado» que había cometido la locura de cruzar el río de madrugada jugándose temerariamente la vida y exhibiendo una espectacular y absurda representación artística. La verdad era que, de no ser por la ecuanimidad de algunos de sus oficiales de guardia, aquel hecho podría fácilmente haber iniciado un enfrentamiento de graves consecuencias entre las dos orillas del río, ya que hubiera ocasionado complicados cambios, peligrosos y de imprevistas consecuencias, en los planes del general Leclerc, que en aquellos días estaba preparando la invasión definitiva de Alemania.

Apoyado por su equipo y contando con la presencia de dos oficiales profesionales de la Policía Militar, un médico geriatra y varios traductores especialistas en el idioma alemán y en otros, habló extensamente con todos ellos. Por tratarse de un hecho tan tremendamente absurdo e inusitado les dedicó cuarenta y ocho horas de su precioso tiempo, horas que debería haber consagrado a otros imperativos pero que, obsesionado o más bien subyugado por la especial fuerza que emanaba de las palabras y los hechos de aquellos ancianos, tuvo a bien dedicarles.

Los últimos dos días habían resultado fascinantes. Durante estos había tenido la oportunidad de conocer la especial mentalidad de aquellos profesionales del espectáculo que habían superado la barrera del éxito y que, llegados a la liberación de complejos que ofrece la tercera edad, habían sido capaces de acometer las más peligrosas pruebas que cerebro humano pudiera jamás imaginar. Había mantenido conversaciones con algunos de ellos que, de no tratarse de personas influidas y dotadas de las más curiosas manifestaciones artísticas, hubieran sido catalogados por él como auténticos orates seniles. Por ejemplo, estaban aquellos magos griegos exactamente idénticos que, en un alarde de conocimiento de la mente humana por un lado y con un valor rayano en lo inconcebible por el otro, para su información y como una demostración del dominio de su profesión, sin llegar a rozarle en ningún momento, sólo con la palabra, habían sido capaces de desvestir al comandante Rancy, su jefe de traductores, dejándole en paños menores, y de hacerle componer posturas ridículas. Y todo eso sin que este percibiera en ningún momento lo que le estaba sucediendo. ¿Un don que nada tenía que ver con lo racionalmente humano? ¿Una trampa psicológica de la mente humana? ¡Una genial locura! O aquella eminente actriz de rostro desfigurado que se atrevió a simular un incontrolable ataque de epilepsia justo en el preciso momento en que el médico geriatra la examinaba. Pobre doctor, ¡cómo se tragó el simulacro! Tanto era así que, auscultándola una vez ya repuesta, no dejaba de insistir en su inequívoco diagnóstico recomendándole visitar con carácter de urgencia un centro especializado en la materia. ¡Qué excelente

representación! ¡Qué sorprendente retorno a la normalidad! ¡Qué derroche de naturalidad! ¿Y qué decir del danés imitador de voces y sonidos que, con aquel increíble dominio de la falsificación, había logrado llevar al coronel a mantener una conversación consigo mismo, lo que le ocurría por primera vez en su vida? ¿Cómo hizo para crear un ambiente propicio a la carcajada sin dejarle en ningún momento en ridículo y sin faltarle al respeto? ¡Un auténtico misterio digno de un estudio más profundo! Como también lo era el comportamiento de aquella excelsa cantante lírica que respondió a los interrogadores con frases musicales sacadas de famosas óperas. ¡Cuánto talento puesto al servicio del espectáculo! ¿Cómo pudo ajustar las frases que en su momento creó algún autor histórico para darles sentido a las respuestas? ¡Más que sorprendente, increíble! ¿Y la voz? ¡Qué matices! ¡Qué don de los dioses contar con tan privilegiada garganta para emitir sonidos tan preciosos!

Por más que lo analizaba, el coronel no salía de su asombro. Tanto fue así que decidió liberar a aquellos geniales ancianos y darles todo tipo de facilidades para que continuasen su camino hacia España. Lo único que retrasó un par de horas la liberación fue la rápida investigación que hicieron sus expertos con respecto a Juan Carlos y que resolvió favorablemente la presencia en Estrasburgo del propietario de teatros y famoso productor y empresario francés Armand Rousseau.

## Capítulo 26

¡Qué bien interpretó aquel oficial alemán destinado en Kehl las urgentes necesidades del Hauptsturmführer Schultz! La amplia barcaza que le consiguió en tan corto espacio de tiempo era perfecta para intentar transportar de la orilla alemana a la francesa el órgano gigante. La embarcación disponía de las más sofisticadas medidas de seguridad que jamás hubiera podido imaginar. Quién habría podido pensar que aquellas trampas con doble fondo resultaran tan importantes y apropiadas para cubrir sus insospechadas necesidades. Qué suerte la suya, pensaba, que apenas dos meses antes aquella nave hubiera sido requisada por el ejército a un peligroso grupo de contrabandistas de río que aprovechaban la gran escasez de productos básicos que sufría la zona para comerciar con ellos a precios desmesurados. Lo cierto era que todo parecía estar organizado para su propio beneficio.

Aquella barcaza estaba dotada de los más sofisticados e ingeniosos escondites que la mente humana pudiera concebir. Servían tanto para esconder contrabando como para hacer desaparecer instantáneamente a cualquiera de los delincuentes que lo realizaban. Y sólo él y nadie más que él tuvo noticia de todos aquellos huecos invisibles a primera vista. El Hauptsturmführer estaba verdaderamente asombrado del ingenio que demostraban, así como de la inversión en seguridad que habían realizado los contrabandistas. No tenían un pelo de tontos. ¡Cómo se aseguraban la supervivencia en caso de tener que desaparecer por un tiempo limitado! Lo tenían todo perfectamente planificado: escondrijos diestramente disimulados, algunos tan inteligentemente ocultos que más bien daban la impresión de haber sido diseñados por los más hábiles creadores de trucos para magos profesionales. Recordaba que aquel oficial, al mostrarle los escondrijos principales, le había comentado que aún no habían terminado de descubrirlos todos. Sospechaban que encontrarían más.

Saltaba a la vista que era un trabajo realizado con esmero. Hasta contaba con alimentos y agua para resistir tres o cuatro días bien acomodados en cada una de sus guaridas. La realidad del caso era que, sin sospechar lo que hacían, aquellos contrabandistas y aquel oficial le habían salvado la vida, porque cuando llegó la hora de la verdad y divisó aquellas barcas de asalto llenas de soldados franceses que se acercaban a toda velocidad con intenciones de realizar un inmediato y agresivo abordaje, el pánico bloqueó sus sentidos sin permitirle tomar otra decisión que no fuera la de quitarse de en medio y desaparecer de la cubierta de la barcaza utilizando para ello uno de aquellos escondites. Hasta ese preciso momento Schultz pensaba que podría escapar de Alemania como un miembro más de la compañía artística, pero el bloqueo que se produjo en su mente al descubrir aquellas barcas llenas de hombres armados le privó de concebir cualquier otra opción para lograr entrar en Francia al tiempo que salvar el pellejo.

Lo primero que recordaba con claridad era el ruido de los motores a sus espaldas. Esas barcas navegaban forzando los motores al máximo. Al volverse, descubrió en cada una de ellas a un oficial que daba órdenes exigiendo de sus hombres la mayor velocidad y arrojo. La imagen que captó su cerebro y que le forzó a tomar una decisión con carácter de urgencia fue la de un grupo de soldados perfectamente entrenados y dispuestos a todo. De su actitud sólo se podía esperar un inminente ataque de consecuencias imprevisibles, porque ¿cómo adivinar lo que pensarían aquellos agresivos especialistas cuando descubrieran que el órgano gigante estaba habitado en su mayoría por personas con más de setenta años de edad? En un caso como aquel, en el que el hecho se producía de madrugada y al amparo de una importante escasez de iluminación, ¿dispondrían los atacantes del suficiente tiempo y visión para reconocer la edad de las personas? Y, suponiendo que reconocieran su decrepitud y falta de peligrosidad, ¿dispondrían de la suficiente ecuanimidad y humanidad como para evitar ser totalmente agresivos? Lo dudaba. Estaban en guerra y el enemigo no deja de serlo por tener más o menos edad. La guerra era cruel, inhumana y sangrienta. Además, los soldados especialistas eran siempre los primeros en atacar. Solían aprovechar el elemento sorpresa. Y, una vez efectuado el abordaje, tenían la obligación de imponerse por la fuerza. Eso quería decir que tratarían de dejar fuera de combate a todo aquel que se interpusiera en su camino. Para cuando el jefe responsable del abordaje viniera a darse cuenta de que se enfrentaban a unos inocentes ancianos ya sería tarde, podría haberse producido la muerte de alguno de ellos y, cuando menos, un montón de ellos permanecerían magullados, golpeados y heridos de bala. Eso era lo que Schultz pensaba y lo que le llevó a buscar refugio inmediatamente. Aunque la cosa no fue fácil.

Los contrabandistas habían diseñado los escondites para que fueran utilizados por hombres, o quizá mujeres, de complexión más o menos normal. Pero con lo que no habían contado era con el ancho de sus caderas. Cuando el Hauptsturmführer, con la gran urgencia que requería la situación, abrió aquella trampilla y trató de acomodar su cuerpo dentro del espacio que brindaba el hueco, se llevó un susto mayúsculo. ¡No cabía! Sus caderas, al tratar de situarse en el agujero, tropezaban con los laterales y no le permitían entrar. Menos mal que en sus prisas acertó a entrar de lado y logró colocarse en una postura casi imposible. Una vez dentro y cubierto por la falsa tapa, probó a levantar aquella cobertura con cuidado y abrió una rendija por la que podía ver perfectamente el esperado abordaje. Desde su punto de vista, a ras de suelo, logró observar toda la acción: observó con claridad y en primer plano los pies de las viejas glorias que se movían con inquietud. Inmediatamente, en cuestión de segundos, comenzaron a aparecer por ambos laterales de la barcaza primero las cabezas de los soldados, luego sus brazos armados con ametralladoras, y seguidamente los atléticos cuerpos de los invasores con sus uniformes repelentes del agua y sus cabezas

cubiertas con gorros de goma y gafas protectoras.

En aquel momento se oyó la voz de uno de los ancianos, que en un tono de urgencia y con un grito desesperado ordenó al resto de sus compañeros que se acostasen en el suelo, boca abajo, en un inequívoco gesto de entrega. Aquella orden les salvó la vida. Los invasores dominaron la situación inmediatamente sin tener que hacer el menor esfuerzo. Cada hombre imponía su autoridad en un espacio de la cubierta, apuntando al suelo con su ametralladora y listo para hacer un barrido con ella en cualquier momento. Tan pronto supieron impuesta su supremacía, el responsable del abordaje se hizo cargo de la situación y acudió al centro de la barcaza, donde uno de los hermanos Orakis, el Hauptsturmführer no logró distinguir cuál de los dos era, lo reclamaba desde el suelo con urgencia, moviendo desesperadamente los brazos y gritando palabras en francés que Schultz no oía con claridad y mucho menos entendía.

El griego debió de ser muy explícito y tranquilizador, puesto que al terminar su parrafada el jefe observó atentamente a todos los ancianos y, tras una interminable pausa, ordenó dejar de apuntarlos con las armas, algo que sus hombres hicieron de inmediato, no así los que apuntaban a Juan Carlos y a Erika, pues mantuvieron agresivos la amenaza de sus fusiles sobre ellos.

Tras unos instantes para recapacitar, el jefe de los especialistas dio a sus hombres órdenes precisas que comprendieron perfectamente todos los prisioneros, puesto que comenzaron a levantarse lentamente. Daba la impresión de que el momento de peligro había dado paso a un ejercicio de control menos agresivo. Las miradas de los soldados habían dejado de ser duras y amenazantes para convertirse en cálidas y receptivas. Algo había cambiado radicalmente en favor de los prisioneros. Y Schultz, a pesar de la incomodidad que le suponía sujetar aquella pesada tapa para mantenerla abierta sólo un centímetro, observaba con el mayor interés la operación desde su escondrijo. Trataba de comprender lo que sucedía por los gestos de los ancianos. Y, cuando los vio levantarse lentamente y comenzar a gesticular con naturalidad, y descubrió tímidas sonrisas en algunos de ellos, pensó que se habían salvado y comprendió de inmediato lo importantes y convincentes que debieron de haber sido las palabras que había dirigido Orakis al jefe de los atacantes. En ese momento se arrepintió de haber tomado la decisión de esconderse.

De haberse quedado junto a los ancianos, en ese momento se encontraría confundido entre los artistas retirados y con la esperanza de introducirse en Francia y continuar su investigación hasta localizar el sobre marrón. Pero, después de todo, no lo había hecho tan mal. Estaba vivo y, tan pronto tuviera la más mínima oportunidad, saldría de ese agujero, localizaría a aquella pandilla de insoportables viejos maniáticos, volvería a unirse a ellos y terminaría de hacer su trabajo dando con el documento que le aseguraría un futuro respetable en el exilio. Comenzaba a idealizar

aquel plan cuando vio cómo arrimaban la barcaza a la orilla y la aseguraban con los cabos. Varias luces se encendieron iluminando el improvisado puerto para facilitar el desembarco de los prisioneros, quienes, en su mayoría, abandonaron la nave llevados en brazos por los especialistas. Ya estaban todos en tierra firme y del lado francés. Sólo quedaban sobre cubierta dos soldados que, atendiendo a una última orden de su jefe, hicieron un recorrido por toda la superficie de la cubierta, y después entraron y revisaron a fondo el interior del autobús para volver a reaparecer tras un rato en cubierta. Cuando Schultz sintió que había pasado el peligro, levantó la tapa lo suficiente para ver cómo se alejaban hacia la borda de la barcaza y comenzaban a desembarcar. Sin embargo, el último de los especialistas, antes de saltar a tierra, echó una mirada atrás recorriendo todo el órgano de pipa y la cubierta. Antes de volverse definitivamente para desembarcar levantó su ametralladora y, mirando con desprecio y tal vez con la intención de poner su firma en aquella perfecta operación de abordaje en la que no se había emitido un solo tiro por parte del ejército francés, disparó una ráfaga sobre la cubierta.

Aquel hombre jamás supo que con ese acto había eliminado a un enemigo: cinco balas de aquella ráfaga entraron por la abertura e impactaron en el cuerpo de Schultz. La quinta bala le había atravesado el cerebro. Al Hauptsturmführer Schultz no le dio tiempo a saber por qué moría. Lo último que vio fue una dolorosa e inmensa luz que, tras brillar como un gran destello, se apagó tan de repente como el insufrible dolor que invadió su ser.



## Capítulo 27

Los tres días que hubo que esperar para que el coronel Duval firmase el documento que permitiría a las viejas glorias continuar viaje se hicieron interminables. La escasez de camas en la ciudad obligó a los ancianos y ancianas a dormir sobre improvisadas colchonetas rellenas de paja, que unos soldados situaron bajo la grada de un campo deportivo donde ya había instalada bastante tropa. Era lo mejor que podían ofrecerles. De la oficina del coronel salió una orden que los autorizaba a alimentarse en los comedores de campaña del ejército, lo que en principio no estaba mal excepto para Máxima Contessa, que, al enterarse de que tenía que comer rancho, puso el grito en el cielo y comenzó a cantar el «Adiós a la vida» de la ópera *Tosca*. Tras ayunar el primer día, según ella por un ataque de náusea, se desquitó los dos siguientes poniéndose morada de *ragoût* y potaje. El frío y la humedad en la zona eran intensos. Afortunadamente, Juan Carlos consiguió aumentar la dotación de mantas con que protegerse, sobre todo durante la noche.

En la primera oportunidad en que pudieron hablar sin la presencia de testigos, Juan Carlos, Moses, Aetos y Erika comentaron la desaparición del Hauptsturmführer Schultz.

—¿Dónde se puede haber metido? —preguntó Moses, intrigado.

—Se ha esfumado sin decirnos nada —respondió Aetos con gesto de desconfianza—. He llegado a pensar que lo tenía previsto. Es una clase de personaje del que puedes esperar cualquier cosa.

—Posiblemente le sorprendió el abordaje que sufrimos. Yo opino que volverá a presentársenos tan pronto como abandonemos Estrasburgo. En estos momentos estará escondido, Dios sabe dónde, esperando que se calmen los ánimos y nos permitan continuar el viaje —apuntó Juan Carlos.

—O lo esperaba y aprovechó la confusión para desaparecer —aventuró Moses—. Esté donde esté, espero que no nos complique la vida.

—Si os parece, y para tranquilizar nuestras conciencias, tan pronto salgamos de Estrasburgo puedo hacerle llegar de forma anónima una nota al coronel Duval en la que le mencione la posible presencia en Estrasburgo de semejante personaje.

—Es lo menos que podemos hacer, después de lo bien que se ha portado con nosotros el coronel —sentenció Erika.

—Estoy completamente de acuerdo —aceptó Juan Carlos.

—Entonces así se hará —aseguró Aetos.

Lo que menos podían sospechar ellos cuatro es que aquel extraño e incómodo personaje que el destino había puesto en su camino jamás volvería a cometer injusticia alguna y mucho menos a molestar a nadie, porque ese mismo destino, ese sino que marca cada existencia, lo había juzgado ya y había tomado la más seria de

las determinaciones.

El propietario de teatros y productor Armand Rousseau, utilizando para ello sus contactos en las altas esferas del país, logró acelerar la determinación del coronel Duval para la liberación de las viejas glorias y Juan Carlos y Erika, y se hizo responsable de aquel singular colectivo mientras la *troupe* permaneciera en Francia. El reencuentro con Juan Carlos estuvo cargado de emoción. Todos los presentes, entre ellos el coronel Duval, adivinaron una profunda amistad entre ellos y una confianza que tranquilizaba sobre todo al coronel, quien, por otra parte, asumía una enorme responsabilidad al firmar aquella orden de libertad. El órgano gigante, tras ser registrado milimétricamente, se lo devolvieron a los ancianos con la recomendación de que consiguieran la autorización de la policía de carreteras para circular por territorio francés.

Llegado el momento de partir, Juan Carlos, Aetos y Moses, por recomendación y particular insistencia de todos los ancianos y ancianas, revisaron el equipaje y los aparatos de trabajo y se aseguraron de que no faltase nada de lo utilizado en la representación que tuvieron que improvisar para cruzar el río. Nadie quería que quedara perdido en el camino algún ingenio imprescindible para poder presentar su próximo e ilusionante espectáculo. Así pues, todo estaba en su sitio, fijo y asegurado.

Antes de iniciar el viaje, Armand Rousseau ofreció el espacio que quedaba libre en su automóvil, pero nadie se apuntó a la invitación.

Ninguno de ellos deseaba, por el momento, separarse de sus compañeros, y el empresario lo comprendió: las experiencias vividas en aquellos pocos días los convertían, más que en un colectivo de compañeros de trabajo, en una familia bien avenida con intereses mutuos de futuro que tenían un gran significado para todos ellos, puesto que se trataba del retorno a la luz, a la música, a los aplausos. En definitiva, la vuelta al éxito, ese estado maravilloso, vital y extraordinario en que habían estado instalados media vida. Algunos de ellos habían experimentado un aperitivo del banquete que les esperaba con la puesta en escena de aquella especie de *charivari* que montaron sólo para cruzar el río. Aquel cuadro los dejó a todos con la miel en los labios. Y algunos estaban locos por volver a repetirlo y muchos otros ansiosos por que llegara su oportunidad, que esperaban disfrutar muy pronto.

Armand Rousseau arrancó el motor de su automóvil y, tras despedirse del grupo, puso rumbo a Lyon, primera ciudad donde actuarían las viejas glorias en uno de sus teatros. Juan Carlos arrancó el motor del órgano de pipa y, antes de iniciar el viaje, se levantó, echó una mirada rostro por rostro a todo el grupo de ancianos, vio en ellos reflejada la ilusión y, con voz emocionada, les habló:

—Queridos amigos, hemos conseguido lo más difícil: salir de Alemania y que nos permitan circular por Francia, camino de España. Erika y yo queremos daros las gracias, pues, de no ser por vuestra experiencia y veteranía, quién sabe dónde

estaríamos en este momento. Como veis, viajamos libremente y sin testigos extraños. Todos sabéis a quién me refiero, es posible que en cualquier momento reaparezca, pero por ahora no tenemos ninguna noticia al respecto.

—Y que no la tengamos —apuntó la voz metálica de Bergen al fondo—. Que se vaya a dormir con los murciélagos. Sobre personas como ese indeseable, mi abuelo decía un refrán latino que viene al caso: *Malo solitudo ad mea conspecta propria!*

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Aetos.

—¡Prefiero la soledad a mi propia compañía!

Tras la carcajada general y una ridícula mueca por parte de Aetos, Juan Carlos continuó:

—Antes de iniciar el viaje tengo algo que notificaros que espero que os ilusione: esta noche llegaremos a Lyon, allí tendremos dos días de montaje y ensayos, y el próximo viernes por la noche debutaremos en el Théâtre des Célestins de la mano del señor Rousseau...

La algarabía fue general. Los viejos se pusieron en pie y lo celebraron con abrazos y besos. «Ni que les hubiera tocado el premio gordo de la lotería», pensó Juan Carlos.

—Ese teatro es una maravilla —comentó Elke Zolm—. Hace muchos años tuve la dicha de estrenar allí una obra. Por cierto, tiene fama de contar con uno de los públicos más exigentes del país, por lo que otorga categoría a quien pisa su escenario.

—Ya lo creo —apoyó Lukas de Cock—. Se trata de uno de los más importantes teatros de Europa. Jamás olvidaremos Lena y yo el éxito que obtuvimos en ese local con más de dos siglos de historia.

—Sí —corroboró Gustav Fassios—. Hubo que levantarlo sobre sus propias cenizas porque sufrió un incendio, si mal no recuerdo.

—Ya veo que la memoria no os falla —continuó Juan Carlos—. Pues bien, en esa maravilla de teatro vamos a presentar, por primera vez en la historia, el espectáculo de las viejas glorias: *Curiosidades y amenidades del universo*.

Todos los miembros del colectivo gritaron y levantaron los brazos en un gesto de triunfo.

—Pero no adelantemos acontecimientos —les refrenó Juan Carlos con una amplia sonrisa en su rostro—. Primero hay que llegar a Lyon.

—¿Y qué hacemos aquí parados y perdiendo el tiempo? ¡Vayamos a la conquista de Lyon! —propuso al fondo una de las muchas voces de Bergen.

Todos apoyaron estas últimas palabras con entusiasmo, por lo que Juan Carlos tomó asiento e, introduciendo la primera marcha, comenzó a mover el vehículo mientras pensaba que, después de todo, las cosas no iban tan mal. Una vez en camino, de vez en cuando observaba a los viejos y descubría en sus rostros la carga de ilusión que habían acumulado en su interior. Actuaban, conversaban y se movían como si

fuesen jóvenes veinteañeros. Le sorprendía el hecho de que tan sólo pensar que volvían a la escena fuera suficiente para llenarlos de una fuerza y un falso vigor que sólo existía en sus mentes.

La carretera se había convertido en la principal avenida de la población que cruzaban. Juan Carlos trató de leer las indicaciones de un poste, pero le fue absolutamente imposible, ya que un pintor estaba retocando los nombres de las ciudades y las flechas que las señalaban. El siguiente poste que vieron le indicó que tenía que doblar a la derecha de inmediato, aparentemente se trataba de un desvío provisional que los sacaría de la ciudad por un atajo. Juan Carlos se vio obligado a maniobrar con el autobús lentamente, pues, para su sorpresa, la calle por donde debía continuar era estrecha y estaba sin pavimentar. Finalizada la maniobra y justo en el preciso momento en que aceleraba, se le cruzó en el camino una joven. Se presentó tan de repente que tuvo que frenar bruscamente. La sorpresa fue mayúscula. Algunos de los pasajeros tuvieron que protegerse escudándose en el respaldo del asiento delantero. Hubo incluso quien quedó arrodillado en el suelo.

Pero lo que verdaderamente preocupó a Juan Carlos y a todos los que viajaban en los asientos delanteros del vehículo fue presenciar cómo el parachoques y tal vez el panel frontal del motor golpeaban a aquella imprudente joven. No fue un impacto brutal, pero sí lo bastante fuerte como para lanzarla al suelo. El interior del órgano de pipa se convirtió de inmediato en un auténtico pandemonio. Los sorprendidos gritos de terror emitidos por Juan Carlos, Erika, Aetos y Moses contagiaron al resto de los viajeros e hicieron que cundiera de inmediato el pánico. Juan Carlos, tras asegurar el freno de mano, dio un salto, abrió la puerta y corrió desesperado para ayudar a la joven. Estaba tratando de levantarla cuando escuchó la voz de Aetos que le gritaba:

—¡No la muevas! Puede tener alguna fractura seria.

Inmediatamente llegó Bergen y se arrodilló junto a ella.

—¡Está entera! —informó mientras la reconocía—. No creo que haya fracturas.

—Hay que llamar a la policía, seguramente necesitará asistencia médica... —los urgió Aetos, preocupado.

Aquellas palabras hicieron reaccionar a la joven de inmediato y, tras levantarse con la mayor rapidez, aunque con ligeros signos de mareo, recogió su bolso de mano, que había ido a parar debajo del vehículo, y sacudiéndose el polvo de la ropa miró alrededor dudando hacia dónde dirigirse.

—¡No hace falta! ¡No llamen a nadie! ¡Ha sido culpa mía! —exclamó—. Ya me siento bien... Es más, háganme un favor. Lo único que les ruego es que me saquen de este pueblo. Sáquenme de aquí y les estaré eternamente agradecida...

—No creo que debamos —comentó Aetos.

—¿Por qué? —preguntó Moses.

—Porque primero debe reconocerla un médico. El golpe ha sido fuerte y puede

sufrir alguna lesión interna que a simple vista no podemos detectar.

—Le aseguro que no me pasa nada —atajó la joven—. Lo que verdaderamente necesito es que me saquen de aquí...

—Si tienes problemas, podemos pedir ayuda a la policía —insistió Aetos.

La joven le miró con gesto de preocupación.

—La policía debe de andar buscándome. Seguro que mi familia ha denunciado mi desaparición. En estos momentos, media Francia tiene que estar intentando localizarme.

—¿Huyes de alguien? —preguntó Aetos, más con la intención de ayudarla que por el simple hecho de saber.

—Trato de escapar de un padre maltratador y capaz de matarme si no cedo a sus perversas e interesadas intenciones de unirme en matrimonio a un hombre que me triplica la edad y al que detesto con toda mi alma.

El silencio se hizo dueño del momento. Los hombres trataban de analizar la situación en tanto las mujeres presentes, dejando los análisis para más tarde, ya se habían identificado con la joven y estaban dispuestas a apoyarla incondicionalmente.

Juan Carlos buscó un gesto de aliento y lo encontró inmediatamente en Moses.

—Es lo menos que podemos hacer por ella después de haberla atropellado —le dijo este.

—No, no, no —negó la joven de inmediato—. No se sientan culpables... Creo que ha sido un despiste mío. Estoy tan nerviosa y confundida que soy capaz de cualquier locura...

Juan Carlos la tomó por los brazos y, guiándola, la introdujo en el vehículo. La acomodó en un asiento de la segunda fila, y las mujeres se hicieron cargo de ella y la atendieron en sus más inmediatas necesidades. La joven miraba a aquellas ancianas con candorosos gestos de agradecimiento, dejándose auscultar y correspondiendo a las caricias con sus mejores expresiones de agradecimiento.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Máxima Contessa.

—Ivette Trouzot —respondió.

—Tienes un acento extraño —continuó Máxima—. ¿Eres francesa?

—Sí, soy francesa. Mi extraño acento es consecuencia de mis años de estudios fuera, me eduqué en Suiza.

Aetos permanecía muy atento a las respuestas de la joven Trouzot, pero Lora Bergen se impuso decidida alzando la voz por encima de la de los demás:

—No creo que sea este el momento ideal para atosigarla con preguntas. Saquémosla de aquí y ya tendremos tiempo de conocerla mejor.

## Capítulo 28

La vida en el búnker se hacía insostenible para todo aquel que obligadamente tuviera que residir en él. Por más que hiciesen un gran esfuerzo por tratar de desechar de su mente lo que estaba sucediendo en el entorno de Berlín, los bombardeos, los obuses, los motores de los aviones de ataque y defensa, y las noticias que llegaban puntualmente al Estado Mayor, bien de la mano de continuos correos humanos o por boca de oficiales que defendían el cerco a la ciudad, hacían que el temor estuviera presente las veinticuatro horas del día.

Conforme se cerraba el cerco, la importancia de aquel sobre marrón había crecido hasta el punto de bloquear la mente de Günsche de tal manera que no le permitía pensar con la suficiente claridad en otros temas de relevante actualidad y urgencia. El Standartenführer se sentía presionado al máximo por aquella responsabilidad y, en el fondo de su atribulado corazón, maldecía la hora en que había sido partícipe de un secreto que implicaba nada más y nada menos que el futuro de los ideales del máximo líder del nacionalsocialismo, su jefe directo, el Führer.

En realidad, lo que más lamentaba, lo que le hacía sentirse inevitablemente culpable, era su falta de decisión e incapacidad para imponer un criterio, una opinión, una idea resolutoria acerca de un hecho, cualquiera que fuera este. Así era él, y nadie más que él podía saber cuánto lo lamentaba: desde la niñez arrastraba ese absurdo complejo que le obligaba a dejar de opinar en circunstancias confusas o a exponer claramente sus pensamientos ante un hecho dudoso. Sabía perfectamente lo que le ocurría, cómo le ocurría y dónde le ocurría. Era consciente de su absurda debilidad, y lo era porque observaba en otros la facilidad con que imponían sus pensamientos, la naturalidad al exponer lo que sus mentes concebían y la espontaneidad de sus concepciones al hablar. Pero no era su caso. Él siempre sería incapaz de superar la situación opinando con decisión.

Pero lo cierto era que, de haber impuesto su criterio, aquellos documentos no andarían ahora perdidos de aquella absurda manera. Su obligación tendría que haber sido la de proponer lugares seguros donde ocultar y proteger algo tan importante. Quién mejor que él podía haber conseguido, en Alemania o en cualquier otro lugar del mundo, un sitio oportuno donde guardar con la mayor garantía unos documentos que significaban tanto para su jefe y para el país; quién mejor que él conocía dónde se protegían los más importantes documentos del gobierno. ¡Nadie! Pero tuvo que ser él quien, en contra de lo que le dictaba la lógica, aceptara poner semejante tesoro en manos de un matrimonio decrepito, jubilado y a punto de desaparecer de este mundo en cualquier momento. ¿Cómo pudo aceptar semejante estupidez? Pero órdenes son órdenes, y su obligación era acatarlas sin la menor discusión. La insensatez por consejo.

Cansado de darles mil vueltas a lo que pensaba y al pequeño recinto de su oficina, el Standartenführer Günsche se sentó frente a su mesa de trabajo lleno de confusión y desaliento. El timbre del teléfono le hizo volver a la realidad. Traudl le informaba, por la línea privada, de que un tal Sturmbannführer Blaz Rosenhauer deseaba hablar con él.

—No me lo pase —respondió Günsche—. Dígale que venga directamente a mi oficina cuanto antes.

—De acuerdo —concedió con su voz melosa la eficiente secretaria del Führer.

Veinte minutos más tarde, que a Günsche se le hicieron interminables a pesar de que se había puesto a ordenar la mayor cantidad de papeles posible con el fin de hacer pasar el tiempo, aparecía en su oficina del búnker el espigado SS-Sturmbannführer. Interesado como estaba Günsche en aquel particular caso, lo recibió con el mayor calor, humor y cortesía.

—Bienvenido a la antesala del infierno —dijo mostrando una disimulada sonrisa en su rostro.

—Espero que no sea para tanto —respondió Rosenhauer creando una extraña curva en aquella imperceptible línea que tenía por labios.

—No lo sabe usted bien —negó festivo Günsche—. Como habrá notado, ahora mismo está usted en el segundo piso de este horrible agujero y lo ha recibido la inefable Traudl. Tres pisos más abajo lo habría recibido el diablo en persona. No se le ocurra bajar, no se lo recomiendo.

Rosenhauer abrió los ojos desmesuradamente con un claro gesto de sorpresa: había entendido el comentario jocoso de Günsche como una referencia al Führer. Al ver reflejada la confusión en el rostro del Sturmbannführer, Otto Günsche se apresuró a aclararle:

—Cuando dije que lo recibiría el diablo en persona, me refería al auténtico diablo y a nadie más —explicó con atropello—. Hay que prestar atención al presionar las teclas del ascensor...

—Trataré de no equivocarme a la salida —comentó Rosenhauer con una media sonrisa.

—No se preocupe —replicó Günsche convirtiendo las palabras en risa franca—. Las teclas del ascensor están muy claras, con tal de que no se le ocurra presionar aquellas por las que salen llamas...

—Lo tendré en cuenta —dijo Rosenhauer mientras soltaba una cascada de carcajadas contenidas.

Más calmado y mientras trataba de que la situación cobrara un grado de seriedad, Günsche invitó al Sturmbannführer a que tomara asiento frente a él.

—Si lo desea puede fumar un cigarrillo, aunque es algo que aquí abajo tenemos restringido.

—Se lo agradezco, pero no me es imprescindible.

—Mejor que mejor —comentó Günsche, satisfecho, y, cambiando su expresión festiva por otra de gravedad, continuó hablando—. Tengo tanto interés en resolver el caso que le encargué que esperaba con verdadero anhelo esta entrevista.

—No me extraña, lo que nos traemos entre manos usted y yo —dijo Rosenhauer con orgullo y tratando de establecer un clima de confianza con el coronel— es bastante complicado. Afortunadamente, le traigo buenas noticias. Lo cierto es que hemos tenido la gran suerte de localizar a los supuestos portadores del sobre marrón. En este momento puedo asegurarle que nuestra pupila está integrada en el grupo que viaja con los portadores. A partir de ahora, y sabiendo que estamos en el camino, esperamos recibir noticias con mayor frecuencia. No quiero explayarme en cómo logramos localizarlos, pero lo que sí puedo asegurarle es que el factor suerte ha estado de nuestra parte. De no haber sido por un venturoso golpe de fortuna, aún estaríamos tratando de dar con ellos...

—Demos gracias —dijo Günsche con ilusión—. Y cuénteme, cuénteme cómo se produjo ese golpe de suerte.

—Perdóneme, coronel, pero debe entender que, en cuanto a nuestra aplicación de recursos en operaciones especiales y delicadas, debemos guardar secreto. Puede que en una próxima entrevista pueda ser más explícito con usted —explicó secamente Rosenhauer.

—Lo siento y le comprendo perfectamente, sólo el profundo interés que me guía en este asunto me lleva a cometer la imprudencia de preguntarle. Aun así, le agradeceré que me mantenga informado sobre cualquier noticia al respecto.

Günsche estuvo a punto de decir «¡esto sí es una orden!», pero se contuvo.

El Sturmbannführer Rosenhauer inclinó su cabeza en un gesto de aceptación y, abriendo los brazos con sus huesudas y blancas manos extendidas, dio a entender que por su parte estaba todo dicho. Günsche se levantó y, estrechando una de aquellas manos, dio por finalizada la entrevista.

Aquel oficial exageradamente alto, flaco y extraño, tras levantar su mano y despedirse con un desmañado «*Heil Hitler!*», salió por la puerta dejando tras de sí aquel extraño olor mezcla de naftalina y nicotina.



## Capítulo 29

Erika, sentada detrás de Juan Carlos e inclinada hacia adelante con vistas a poder conversar con él sin que nada trascendiera, parecía observar la carretera con interés. Pero lo que verdaderamente llamaba su atención era el espejo retrovisor interior a través del cual trataba disimuladamente de, aunque fuera por el movimiento de los labios, cazar alguna palabra de lo que hablaban Ademaro Beckenhauer y Aetos. Hacía rato que, tras un gesto perentorio de llamada por parte del violonchelista, Agneta Beckenhauer, su mujer, había intercambiado su asiento con Aetos y, por más que ambos trataban de disimular, los gestos dramáticos del músico y los de Aetos pidiendo calma no escapaban a la atención de Erika.

Afortunadamente y hasta donde alcanzaba su visión a través del espejo, nadie más les prestaba atención. La mayoría de los viajeros dormitaba o al menos mantenía los ojos cerrados. Intrigada y deseando hacer partícipe a Juan Carlos de sus inquietudes, Erika se inclinó cuanto pudo hacia el frente y, acercando la boca al oído derecho de este, casi en un susurro para evitar ser escuchada por Moses, que sesteaba en el asiento al otro lado del pasillo, comenzó a hablarle:

—Cuando puedas, presta atención al secreteo que se traen Aetos y Beckenhauer —murmuró—. Hace rato que vengo observándolos y creo que hablan de algo muy importante.

—¿Por qué lo piensas?

—Por los gestos de pánico del músico. Nunca le he visto tan excitado.

—Puede que no se sienta bien y esté solicitando ayuda de Aetos. Si no me equivoco, Ademaro padece algún tipo de hipertensión, hace unos días se lo oí comentar a su señora...

—No se trata de eso, estoy segura. Los gestos de Beckenhauer no son de dolor ni de incomodidad. Son de miedo.

—¿Quieres que pare y veamos qué le ocurre?

—En absoluto —negó en seguida Erika—. Ese hombre está comunicándole a Aetos algo que no quiere que los demás sepamos, lo peor que podríamos hacer es ponerlo en evidencia. Creo que debemos esperar la primera oportunidad en que no haya testigos y hablar del tema con Aetos.

En aquel preciso momento, Aetos cruzó su mirada con la de Erika a través del espejo retrovisor. Inmediatamente, por el gesto de estupor del viejo músico, Erika entendió que Aetos, tratando de disimular al sentirse descubierto, había hecho algún comentario absurdo que no viniera a cuento. Juan Carlos, consciente del interés de Erika por el asunto y aprovechando que anunciaban un bar de carretera a tan sólo dos kilómetros, levantó la voz:

—A dos kilómetros tenemos un café, aprovecharemos para estirar las piernas —

anunció.

Los más cercanos a Juan Carlos abrieron los ojos, y a los más lejanos los despertó el crujir que producía el órgano de pipa cada vez que su conductor frenaba. Inmediatamente todos despertaron, y algunos ya estaban en pie antes de que Juan Carlos detuviese por completo el vehículo, pues ninguno quería ser el último en la cola que se produciría en los lavabos. Cuando le tocó el turno de bajar a Aetos, Juan Carlos, sin darle mucha importancia, se dirigió a él:

—Aetos, querría que abriéramos el motor y lo miráramos juntos: hay un ruido extraño que no me gusta nada.

—De acuerdo —respondió este jovial—. Abre el capó y yo te espero abajo.

Cuando el autobús quedó completamente vacío, Juan Carlos abrió la trampilla que disimulaba el capó convirtiéndolo en parte del órgano y, bajando del vehículo, se acercó a Aetos, que ya estaba revisando algunas piezas.

—No es necesario que ajustes nada —reveló Juan Carlos.

—¿Y eso? —preguntó Aetos mirándole con estupor.

Juan Carlos vio que Erika, prudentemente, se había quedado a cierta distancia y conversaba con Moses para entretenerle. Tras comprobar que no había nadie más en derredor, se animó a continuar:

—Al motor no le ocurre nada. Necesitaba un momento de intimidad contigo.

—¿Ocurre algo?

—Sí, ocurre que os he estado observando por el espejo retrovisor y he llegado a la conclusión de que a Beckenhauer le ocurre algo.

—¿Has llegado o habéis llegado? Porque he visto interés en los ojos de Erika...

—Qué más da si somos uno o dos los preocupados, el hecho es que si a Ademaro le ocurre algo, debemos preocuparnos todos.

—No lo creo —respondió Aetos rotundo—. Hay cosas que podemos conocer todos para ofrecer nuestra ayuda, pero hay otras de las que debemos estar al tanto sólo algunos de nosotros.

—No te comprendo.

—Supongo que confías en mí —dijo Aetos mirando fijamente a los ojos a Juan Carlos.

—Siempre lo he hecho —respondió Juan Carlos preocupado—. Jamás he dudado de ti. Si te pregunto lo que le ocurre a Beckenhauer es por si puedo ayudar de alguna manera.

—Pues sólo voy a decirte una cosa —aclaró Aetos muy serio—. Saber lo que le ocurre al músico es muy peligroso, tanto como para que yo no te diga nada por el momento. Ni a ti, ni a nadie.

—Pero...

—¿Confías en mí? —repitió Aetos. Y, al ver que Juan Carlos volvía a asentir,

prosiguió—: Entonces sigue con el viaje y deja de interesarte por este asunto por ahora. Cuando llegue el momento oportuno lo sabrás todo. Y, por favor, dile a Erika que no me vigile más. Es por su bien.

Juan Carlos, atento al rostro de Aetos, sólo encontró en él confianza y buena voluntad, por lo que se dio por vencido.

—¡Así me gusta! —dijo Aetos mientras cerraba el capó del motor y la trampilla que lo cubría.

Erika y Moses, al ver que habían terminado la revisión, se acercaron.

—¿Todo en orden? —preguntó Moses.

Cuando Aetos fue a responder a su hermano, reparó en una sombra justo al otro lado del vehículo. Intrigado, asomó la cabeza y lo que vio le dejó sorprendido. Sentada en el suelo y fumando plácidamente un cigarrillo se encontraba Ivette Trouzot.

Camino del café, pues también ellos necesitaban visitar los lavabos, Aetos se arrimó a Juan Carlos.

—Esa chica estaba escuchando nuestra conversación —le dijo en un susurro.

—¿Qué chica? —preguntó este despistado.

—Ivette Trouzot. Después de cerrar el capó del motor vi una sombra. Me intrigó, me asomé y allí estaba ella fumando.

—Habrá querido estar a solas un momento...

—No sé qué pensar, pero me parece muy extraño.

Juan Carlos abrió la puerta del café y entraron los cuatro. Sorprendido, reparó en el grupo de ancianos: todos disfrutaban de una temprana merienda. Se veían felices con sus tazas de café con leche en las manos mientras mojaban algún que otro croissant o brioche.

Juan Carlos, consciente de que él era el único que disponía de dinero para ese tipo de gastos, se preocupó.

—¿Con qué dinero...?

Pero no llegó a acabar la pregunta. Inmediatamente se le acercó Rudi Legrand, el genial ciclista y patinador cómico conocido como Rudi Ciclotón, y, mostrando un billete de diez francos, le sonrió mirándole a través de sus gafas de gruesos cristales de aumento.

—Yo pago, no te preocupes. Dos noches de póker con soldados y oficiales de baja graduación en Estrasburgo dan para mucho.

Y, aprovechando que pasaba junto a él un empleado de la tienda, con toda la intención de que este le oyera y mostrándole todavía el billete de diez francos a Juan Carlos, le dijo con aire cómplice y misterioso:

—¡Voy a aprovechar a ver si paso este billete falso!

El empleado reaccionó, pero se esforzó por disimular de la mejor manera que

pudo. Rudi Ciclotón, de reojo, observó cómo el empleado se dirigía al encargado del café, que se encontraba detrás de la barra, y le advertía del posible timo. En ese momento, y con la mayor naturalidad, Rudi se acercó a la barra, puso el billete sobre el mostrador y lo estiró concienzudamente planchándolo con la palma de la mano.

—Si es usted tan amable —le dijo al encargado—, le ruego que cobre de este billete la consumición de todo mi grupo.

El hombre, que en aquel momento sumaba las consumiciones en una pequeña libreta, cogió el billete en sus manos, lo miró por ambos lados, y lo levantó y observó detenidamente colocándolo entre sus ojos y una lámpara de pared. Después se volvió hacia Rudi con aire amenazador:

—O me paga usted con otro billete —exigió—, o llamo a la policía.

El ciclista patinador, sin inmutarse, sacó de su bolsillo tres billetes de diez francos arrugados, los estiró y se los presentó al encargado en forma de abanico.

—¡Escoja el que quiera!

El encargado cogió uno de los billetes y, tras inspeccionarlo detenidamente y con gesto de satisfacción, lo guardó en la caja registradora y procedió a devolverle el otro billete, así como el cambio del supuesto billete bueno, que Rudi guardó en su bolsillo sin darle mayor importancia.

Juan Carlos, Aetos, Erika y Moses se miraron extrañados, pues no comprendían por qué había creado aquella situación con el billete de diez francos. Pero la historia tuvo sentido al final, cuando Juan Carlos, consciente de que quería llegar a Lyon a una hora prudente, rogó a los ancianos que volvieran al órgano de pipa para seguir con el viaje. Entonces pudieron presenciar cómo Rudi Ciclotón, el mejor ciclista patinador cómico del mundo, antes de salir del café y al tiempo que se despedía del encargado, le gritaba desde la puerta:

—Óigame, amigo: le aseguro que el primer billete que le di era bueno y legal. Sin embargo, del que escogió usted no me fío un pelo. ¡Que quede claro!

Y dando un portazo abandonó el establecimiento.

Juan Carlos, Aetos, Moses y Erika, haciendo un esfuerzo por contener la risa, vieron cómo el encargado corría a la caja, sacaba el billete y, tras mirarlo por sus dos caras y darle varios estirones, lo guardaba de nuevo con gesto de preocupación más que de resignación...

Cuando volvieron al interior del autobús y todos se acomodaron en sus asientos, Aetos, disimuladamente, buscó con la mirada a la extraña compañera de viaje, como él había comenzado a llamar a Ivette Trouzot, y tras localizarla observó que se había sentado junto a Agneta Beckenhauer. Demostrando un gran interés, ambas mantenían una conversación relacionada con la calceta que Agneta tejía y destejía durante todo el viaje desde que la había pillado iniciando su labor el bombardeo de la Casa del Artista en Berlín. Aetos se acercó a Juan Carlos, que ya estaba a punto de arrancar el

motor, y le susurró:

—Mira dónde se ha sentado la extraña.

Juan Carlos, mientras calentaba el motor, miró a la pareja y, sin encontrar nada raro en su comportamiento, respondió con indiferencia.

—Cosas de mujeres.

Aetos decidió ser prudente, al menos por el momento, y en lugar de contradecir su comentario se acomodó en el asiento, recostó la cabeza, cerró los ojos y comenzó a darle vueltas a una sospecha que últimamente le estaba obsesionando, algo que le parecía irreal, o quizá producto de su desconfiada mentalidad, pero que, según su criterio, merecía una extensa y profunda reflexión.

El productor Armand Rousseau Duvichy esperaba que Juan Carlos y su compañía de viejas glorias arribaran al teatro después de las siete y media. Para sorpresa de todos, a las seis menos cuarto de la tarde el órgano de pipa estacionaba ante la puerta del Théâtre des Célestins de Lyon. Por reacción espontánea se produjo un fuerte aplauso por parte de los ancianos, quienes, emocionados al ver el teatro y pensar que pronto volverían a la escena, premiaban agradecidos a Juan Carlos, su excelente conductor, de la mejor manera que sabían.

Mientras llegaba el productor, y aprovechando que dos empleadas enceraban el suelo del vestíbulo, entraron todos por la puerta principal en lugar de hacerlo por la de artistas. Al desembocar en la sala, todos se quedaron quietos y observaron con la boca abierta los adornos de los palcos y las elegantes e históricas lámparas que decoraban lujosamente el teatro. Parecían extasiados. Con el mayor respeto y en silencio, pasaban la mano por la superficie de las butacas acariciándolas como si se tratara de niños recién nacidos. Al subir al escenario, los ancianos comenzaron a moverse con absoluta naturalidad y soltura. Se notaba que estaban en su salsa. Cada uno de ellos buscaba y probaba lo que más le interesaba.

Unos miraban con total atención los anclajes y agujeros o la fortaleza de la madera allí donde calculaban que debían enganchar los vientos que sujetarían sus aparatos de trabajo.

Aetos y Moses se dedicaban a levantar y probar las trampillas del suelo del escenario, imprescindibles para realizar sus trucos de magia, y en sus rostros se reflejaba la preocupación por el estado de la madera.

Linda Borge observaba los telares y el propio techo de la sala buscando con la mirada señales de huecos, enganches o agujeros donde con anterioridad se hubieran colgado trapecios. Sabía por experiencia que la parte más importante de su trabajo era localizar puntos de anclaje seguros, en ello le iba la vida.

Elke Zolm, pegada a las candilejas, decía frases sueltas de diferentes obras clásicas al tiempo que movía sus brazos con elegancia y soltura. Demostraba un absoluto dominio de la escena, era verdaderamente excelente cuando se expresaba

con todo su cuerpo.

Ademaro y Agneta Beckenhauer revisaban el foso de la orquesta y comentaban dónde colocar el órgano, puesto que Ademaro, además del violonchelo, también dominaba este instrumento; el matrimonio discutía la posibilidad de compartir su uso durante la representación de manera que Agneta no tuviera que responsabilizarse de todo el espectáculo.

Al Pace y Florencia, su compañera y *partenaire*, revisaban el pasillo de la sala en busca de anclajes donde enganchar los cables que sujetarían su pedestal. Comentaban y miraban preocupados aquel piso de madera y la posibilidad de tener que eliminar una butaca de la sala para asegurarse de que ningún espectador sufriera un percance si se rompía por accidente algún cable.

Rudi Ciclotón revisaba el suelo del escenario tratando de encontrar parches, alteraciones y obstáculos en que las ruedas de sus bicicletas y de sus patines pudieran resbalar o tropezar; el hecho de tener dificultades con la vista le hacía ser extremadamente precavido y palpaba con sumo interés la madera. En realidad, todos estaban preocupadísimos por el estado en que se encontraba, pero callaban. Preferían jugarse la vida a suspender las representaciones.

Lukas y Lena de Cock, con la ayuda de su hija Erika, buscaban distintos lugares de la sala adonde llegar con la luz de sus linternas y producir sombras chinescas de personajes que jugarían sobre las cabezas de los espectadores.

Gustav y Rebeca Fassios ejecutaban algunos pasos de baile al tiempo que también probaban a disimular con ellos las malas condiciones de la madera. Sabían que se jugaban los huesos de las piernas y de los pies, pero se miraban con disimulo sin atreverse a ser los culpables de una suspensión. Y bailaban por zonas seguras agarrados de los brazos y demostrando, a pesar de dar pasos cortos por falta de calentamiento, la impecable escuela con que estaban dotados.

Máxima Contessa caminaba de un lado al otro del escenario probando la acústica del local y mirando con desprecio a todo aquel que se interpusiera en su camino. Su pronunciadísima delantera, a pesar de los años, llenaba la escena avasallando cuanto objeto o ser humano se le pusiera por delante.

Bergen y Lora se dedicaban a colocar sus voces en distintos lugares del local, en el patio de butacas y especialmente en los palcos de proscenio. Aprovechaban las pausas que hacían la cantante y la actriz para intercalar sus ensayos de voces y ruidos. En algunos momentos, especialmente cuando todos ensayaban simultáneamente, daba la impresión de que alguien con un gran sentido del humor hubiera soltado en la sala de teatro a un grupo de enfermos recién escapados de un sanatorio mental. Juan Carlos, conocedor de las necesidades de aquellos ancianos, los dejaba hacer.

Cuando todos hubieron terminado con sus pruebas, se oyó la voz metálica de Bergen, que se había movido a un pasillo de camerinos y desde allí gritaba con

euforia:

—¡Vengan a ver esto! ¡Respeto y categoría! ¡Distancia y señorío! ¡Esto es vida!

Cuando el resto de los ancianos llegaron al pasillo, Bergen les señaló las puertas de los camerinos, donde, con una preciosa letra, aparecía el nombre de cada una de las atracciones con sus nombres artísticos escritos en bonitos colores. Cada uno corrió a la de su camerino, pero no los pudieron abrir hasta haber recibido formalmente las llaves de manos del conserje. A partir de aquel momento, aquellos camerinos se convertirían en algo propio y exclusivo, eso era algo que ocurría en todos los teatros del mundo, la toma de posesión de un camerino por parte de un artista era similar a la toma de posesión de una finca comprada en propiedad: por unos días, los que implicase la duración del contrato, aquellos pocos metros pasaban a pertenecer simbólicamente al artista.

Si feliz fue el reencuentro con un teatro, más feliz y agradecida fue la llegada al acogedor hotel que les había reservado el productor, quien, consciente de los días horribles que habían pasado en Estrasburgo, sobre todo las noches —en aquellas incomodísimas colchonetas de paja—, les había conseguido un pequeño hotel, más bien pensión de lujo, donde estaban acostumbrados a recibir a ese especial tipo de clientela.

Armand Rousseau los quería contentos y descansados para su debut en Francia, y lo estaba consiguiendo. A los diez minutos de haber entrado por la puerta de aquel albergue, ya la mayoría de los ancianos habían conquistado a la cocinera y tomaban café en la cocina mientras ella colgaba para que se secase la pasta con que prepararía el plato principal de la cena. Mientras tanto, las mujeres tomaban baños calientes y enviaban la poca ropa de que disponían para que se la limpiasen, sobre todo el atuendo que utilizarían para sus actuaciones, vestuario que les había cedido el gordo Cort y que ellas terminarían de adaptar antes del debut.

Aquella noche, cuando todos estaban sentados en el comedor esperando para disfrutar de su primera cena decente en varios días, apareció por sorpresa Armand Rousseau y, tras rogar a los ancianos que le invitaran a cenar, ordenó poner a enfriar seis botellas de un extraordinario champán que había conseguido para la ocasión y que traía en dos bolsas que entregó a Juan Carlos.

—Lo siento mucho —dijo con una gran sonrisa—, pero no van a tener más remedio que sacrificarse y beber una copa. Esta es una especial noche de brindis...

—Yo lo siento más —intervino inmediatamente Bergen levantándose de su silla y exhibiendo un gesto dramático—, hoy es miércoles y mi religión me prohíbe beber alcohol los miércoles, a no ser que pague la bula.

—¿Qué religión es esa? —preguntó Máxima Contessa a sabiendas de que respondería con algo absurdo.

—Abstemios del Tercer Día —respondió inmediatamente Bergen—. Es una

religión que tiene muchos adeptos en Morapia. Los morapios beben puestos en pie durante toda la semana, menos los miércoles.

—Que pagan la bula —le interrumpió Máxima.

—Efectivamente. Pagan la bula y pueden beber, pero tienen que hacerlo en equilibrio de cabeza... ¿Queréis ver cómo se bebe los miércoles en Morapia? —dijo con picardía Bergen cuando todos hubieron dejado de reír.

Sus compañeros le vitorearon y le dijeron que sí, y Bergen, de lo más dispuesto, limpió su mesa y, tras hacer con dos servilletas una especie de rodillo, lo colocó en el centro, pidió un vaso con vino y subiéndose a una silla apoyó su cabeza en el rodillo y quedó en equilibrio de cabeza. Entonces cogió en su mano derecha el vaso y comenzó a beber. Tras escuchar un fuerte aplauso mezclado con muchos «¡bravo!», uno de sus pies comenzó a decirle al otro: «¡Para de beber, que el vino se está subiendo a los calcetines!».

Después de que sus amigos terminaron de reír y festejar su gracia, Bergen se bajó y quedó sentado medio mareado y rojo como un pimiento.

Armand, acercándose a Juan Carlos, quiso hacerle un comentario en un aparte:

—Si son tan buenos y dispuestos en escena como en privado, tenemos espectáculo.

—Ya podrás comprobarlo —respondió Juan Carlos mientras reparaba en el extraño brillo de la mirada del productor.

La cena transcurrió animada. Tras los postres, Armand fue de mesa en mesa llenando las copas de champán. Una vez servido, levantó la suya y todos siguieron su ejemplo.

—Queridos amigos —anunció con deleite—: pasado mañana debutaréis en Francia. Estoy seguro de que vuestro retorno al espectáculo os colmará de felicidad, pero os aseguro que más felicidad aún causará a todos aquellos que no tuvieron la oportunidad de disfrutar de vuestro arte. Yo, particularmente, espero y deseo que vuestra actuación en el Théâtre des Célestins sea la primera de una inolvidable cadena de éxitos sin precedente. —Y, levantando la copa, cerró su intervención evocando la palabra que mejor encajaba para cerrar el brindis—: *Merde!*

Todos repitieron la palabra mágica y degustaron el champán con gestos de satisfacción. Aetos, antes de beber, llamó la atención de Juan Carlos dándole unos golpecitos en el costado con el codo. Juan Carlos, que comenzaba a mojarse los labios con el espumoso, bajó la copa.

—¿Qué sucede?

—Dime si notas algo extraño.

—No, la verdad es que no veo nada inusual.

—¿No te has fijado en que falta alguien?

Juan Carlos miró a Erika, a Moses, a Armand...



—No, que yo recuerde.

—A mí sí me falta alguien —dijo Aetos con cara de circunstancias—. ¡La extraña!

Juan Carlos buscó con la mirada por todo el comedor.

—Ya veo que esta vez te ha dado fuerte. En realidad, pienso que no hay por qué preocuparse, se habrá sentido indispuesta o quizá no le ha apetecido sumarse a nuestra celebración por falta de confianza.

—Pues sintiéndolo mucho no estoy de acuerdo contigo. Esa niña está trabajando en algo sucio.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Juan Carlos con escepticismo.

—¿Qué es lo que no te puedes creer? —preguntó Armand, que al acercarse había escuchado aquella última frase.

—Que volvamos a ver felices a los ancianos —disimuló Juan Carlos—. Jamás pensé que lo lograríamos. Lo cierto es que estoy sorprendido.

Juan Carlos dirigió una mirada de reproche a Aetos, que, bajando la vista, aceptó a regañadientes la reconvención.

El siguiente fue un día muy complicado para todos los integrantes de la compañía. Nadie hubiera podido imaginar que, injustamente, el día antes del debut, cuando la ilusión debería haber gobernado sus mentes y la alegría haber llenado sus corazones por la inminente vuelta a la escena, la sombra de la tragedia se adueñara de sus sentimientos.

La jornada había comenzado con un alegre desayuno en el comedor del albergue. Después, y tras recoger las perchas de las que colgaba el magnífico vestuario que utilizarían para el estreno del espectáculo, subieron todos al órgano de pipa, que los trasladó al teatro.

Ya en el local, las mujeres se dedicaron a organizar los camerinos mientras los hombres se reunían en el centro del escenario y estudiaban el orden del programa para la representación, así como el plan de ensayos. A las diez de la mañana, Juan Carlos recibió una llamada de Armand Rousseau, quien le notificaba que a las diez y media recibirían en el teatro la visita de un médico amigo que se había ofrecido para hacerles una revisión rápida a los ancianos antes del estreno, un detalle que decía mucho del productor. Juan Carlos habilitó un camerino como consultorio, recibió al médico y lo instaló en él, y este comenzó a llamar a consulta a todos los miembros de la compañía. Afortunadamente, aparte de alguna que otra aspirina y de algún vaso con bicarbonato, no fue necesario recetar ningún otro medicamento, ya que todos ellos decían encontrarse mejor que nunca en su vida, aunque lo cierto era que, una vez finalizados los exámenes, el médico había confesado en privado a Juan Carlos que en alguno de los ancianos había detectado enfermedades crónicas y usuales en personas de su edad, enfermedades que ellos habían negado rotundamente sufrir, pues

la ilusión con que vivían aquellos días se había convertido en el mejor de los medicamentos. Y nada ni nadie los iba a privar de su vuelta a la escena.

Aun así, el doctor, antes de despedirse, dejó a Juan Carlos su número de teléfono por si en cualquier momento necesitaban de él. Más tarde y durante el almuerzo en el comedor del hotel, en todas las mesas la conversación giraba en torno a la descarada manera en que habían mentido al galeno.

—Si le digo que me meo por los rincones es muy capaz de taparme o coserme el pito. Decidme —apuntilló Al Pace tronchándose de risa—, a ver quién hace un equilibrio sobre un dedo de la mano como un péndulo en el aire teniendo la vejiga llena. Ya me las aguantaré yo como pueda...

—Pues anda que yo —comentaba Rudi Ciclotón—. Si le digo que ya no me veo en un espejo, me guarda en un armario y no me deja salir.

—Pero eso es un peligro —intervino Elke Zolm desde otra mesa.

—¿Peligro para quién?

—Para ti, para el público, para todo el mundo. ¿Qué pasa si te caes con tus patines sobre un espectador? ¿O es que no lo has pensado?

—No te preocupes, compañera. Hace tiempo que antes de salir a escena memorizo los escenarios. Mira, ¿ves este comedor? Pues bien, aunque no lo creas lo tengo memorizado. Observa —le dijo, y, levantándose rápidamente, hizo un perfecto recorrido por entre todas las mesas con los ojos cerrados y sin tropezar con nada ni con nadie.

Elke Zolm, que había estado observándole, no pudo callar.

—Déjate de historias, Rudi —le espetó—. Tus ojos ven mejor que los de todos nosotros. La verdad es que no entiendo por qué te haces el ciego, ¿es por dar lástima?

Rudi hizo como que miraba a Elke. Estuvo a punto de decir algo, pero se contuvo. Pensó que no era el día para discutir con una compañera, por lo que la ignoró y se volvió al grupo de su mesa.

—Engañar al médico es engañarnos a nosotros mismos. Pero el caso lo requería.

—Naturalmente que lo requería —dijo Bergen desde su mesa—. A ver cómo le explico yo al galeno que uso tres números de zapatos.

—¿Tres números diferentes? —inquirió sorprendida Máxima Contessa—. No te entiendo.

—Pues entiéndeme, querida amiga. Aunque te parezca lo más extraño del mundo, yo uso tres números de zapatos. ¿No es verdad, Lora?

Su mujer afirmó con una sonrisa.

—¿Y por qué usas tres números distintos? —insistió Máxima.

—Porque tengo que ir adaptando los zapatos al crecimiento de mis uñas.

—No me digas que no te cortas las uñas...

—Por supuesto que no —contestó con sorna Bergen—. Llega un momento en la

vida en que no acertamos a hacerlo. No da el tacto, la distancia, la vista, no vemos, no encontramos postura...

—Yo le corto las uñas a mi marido —apuntó con orgullo Rebeca Fassios.

—Me alegro por él —la felicitó Bergen—. Pero como yo no he conseguido que mi mujer me ayude, lo hago yo una vez al año. Justo después de hacerlo uso los zapatos del cuarenta y dos; a los seis meses tengo que usar los del cuarenta y tres; y al año los del cuarenta y cuatro, que son los que llevo puestos ahora.

—Eso quiere decir que ahora las tienes largas...

—De unos tres centímetros y medio. ¿Queréis verlas?

Todos en el comedor se negaron a presenciar el espectáculo. Bergen miró a su mujer con complicidad.

—Peor para ellos —le dijo—. Se pierden la oportunidad de ver los pies del hombre halcón.

La sonrisa de Lora dejó sembrada la duda en todos los presentes.

Después de un breve descanso, la tarde estuvo dedicada a los ensayos. Ademaro y Agneta Beckenhauer acordaron que ella iniciaría el espectáculo y él acompañaría musicalmente la segunda parte. De esa manera se aseguraban que los músculos de los brazos y las manos respondieran a pleno rendimiento. Agneta, antes de salir de Berlín y curándose en salud, había hecho acopio de partituras que descubrió en los almacenes de Hagenbeck, pero ella y su marido, de acuerdo con los artistas, llegaron a la conclusión de que utilizarían melodías conocidas y las interpretarían de memoria. Para satisfacer a sus compañeros, escucharían las melodías que los integrantes de cada atracción les cantarían de viva voz o, en caso de que los recordaran, los artistas les dirían los títulos de canciones que antes hubieran utilizado en sus espectáculos y los músicos intentarían tocarlas. Era lo más práctico, y con ese plan comenzaron los ensayos.

A las cuatro y diez de la tarde, Agneta se sentó al órgano, ahora instalado en el foso, y, poniendo todo su entusiasmo en la realización, interpretó como obertura o sinfonía del espectáculo una versión libre de *Rhapsody in Blue*, de Gershwin, que los presentes aplaudieron calurosamente. A las seis y media finalizaba el ensayo de la primera parte, y Juan Carlos anunciaba veinte minutos de descanso para temas de organización. Agneta, que había comenzado el ensayo con Ademaro sentado cerca de ella, recordaría después haber mirado la silla en un momento dado y haberla visto vacía, pero con la tensión de los ensayos no le dio en ese momento mayor importancia a aquel detalle.

Sin embargo, ahora, de pronto, se preocupaba: conociendo tras toda una vida el comportamiento de su marido, sabía que de no ser por una razón muy importante él no se habría movido de su lado en todo el tiempo que duraron los ensayos de la primera parte. Por nada del mundo la habría dejado sola, así que, verdaderamente

inquieta por lo que pudiese haberle ocurrido al comprobar que no regresaba, subió al escenario y fue directamente a su camerino. Allí estaba él, pero parecía dormido. No llevaba puesta la chaqueta y tenía la manga derecha de la camisa completamente remangada. ¡Qué extraño! Ademaro jamás se quitaba la chaqueta durante el día. Le pareció ver lo que semejaba ser una gran picadura de insecto en el antebrazo y, cuando trató de despertarlo, descubrió que no reaccionaba. Y, lo que era peor, ¡no respiraba!

Inmediatamente salió al pasillo de camerinos y comenzó a gritar como una demente:

—¡Está muerto! ¡Mi marido está muerto! ¡Ademaro no respira! ¡Socorro! ¡Compañeros, por favor, ayuda!

Al momento, asustados y con gesto de sorpresa, asomaron por todas las puertas del pasillo los ancianos. Al cabo de un minuto se había concentrado ante el camerino de los Beckenhauer toda la compañía. Juan Carlos, uno de los últimos en llegar, tuvo que hacer un esfuerzo para abrirse paso hasta Agneta. Todos observaban en silencio el cadáver de Ademaro, nadie se atrevía a tocarlo.

Aetos, mientras le pedía ayuda a su hermano Moses, buscó rápidamente los puntos donde detectar las pulsaciones y, tras pedir silencio y presionar el cuello debajo de la mandíbula y probar en las muñecas, miró muy serio a Juan Carlos e hizo un gesto negativo rindiéndose a la evidencia. Agneta, que había seguido todos los movimientos con gran atención, profirió un extraño ruido con la garganta, perdió el conocimiento y cayó a los pies de Erika, que en última instancia pudo amortiguar su impacto contra el suelo.

Rápidamente, las mujeres se hicieron cargo de Agneta y la condujeron al camerino más cercano, donde tras recostarla en el suelo le subieron las piernas mientras le daban palmadas en el rostro y le pasaban una toalla mojada en agua de colonia por la frente. Armand Rousseau, que se encontraba en la oficina de administración del teatro, acudió al camerino de los Beckenhauer tan pronto le llegó la noticia. Juan Carlos le informó con un gesto de que no había nada que hacer. Armand, completamente sorprendido y desbordado por la situación, se atusó los cabellos en un gesto de desesperación:

—Hay que hacer dos llamadas inmediatamente —dijo. Y, entregándole una tarjeta al administrador del teatro, que le había acompañado desde la oficina, le rogó—: ¿Podría usted llamar al médico que figura en la tarjeta y al cuartel de la policía?

—Por supuesto —respondió este, y se dirigió de inmediato al teléfono del conserje, en la entrada de artistas.

En el camerino se hizo un silencio que nadie se atrevía a romper. Nadie se movía. Los ancianos miraban el cadáver de Beckenhauer con el mayor respeto. Juan Carlos observó sus preocupados rostros y, recordando que el ensayo había quedado a

medias, se atrevió a decir:

—Por el momento vamos a tener que suspender los ensayos.

Armand Rousseau le interrumpió:

—¡Imposible! —exclamó—. ¡No se puede suspender! Las entradas casi se han agotado, y no podemos defraudar al público y a las autoridades...

—Ya... —respondió Juan Carlos despacio para darle la oportunidad de que asimilase la situación—. Pero Agneta Beckenhauer es nuestra organista y acaba de perder a su compañero.

—¡Perdón! —exclamó confundido Armand—. Lo siento mucho, ha sido una lamentable falta de delicadeza. —Y, tras morderse el labio inferior mientras pensaba en una solución viable, añadió otra reflexión—: Trataré de localizar un organista que nos salve la representación. ¿Sería una solución?

—Es posible —aceptó Juan Carlos—. Pero antes debemos consultarlo con Agneta.

En ese momento, la aludida apareció acompañada por Erika y varias mujeres de la compañía. Aunque su rostro lucía lívido y lloroso, se había recuperado de la primera impresión y comenzaba a hacerse cargo de la situación. Tan pronto escuchó la posibilidad de que se buscara a un organista suplente, se negó en redondo.

—Es más, no necesito más ensayos —afirmó con rotundidad—. Pondré la música en el espectáculo de principio a fin. Así es como él lo hubiera querido...

Ante tal declaración de entereza, Armand buscó con la mirada la aprobación de Juan Carlos y este, a su vez, escudriñó los rostros de Aetos y Moses, quienes ya estaban afirmando con sus cabezas. Juan Carlos, ahora más seguro, levantó la voz para anunciar:

—Compañeros, a pesar de los acontecimientos y sabiendo que en cualquier caso lo haremos en honor de Ademaro, en principio mañana estrenaremos el espectáculo.

Esta vez nadie demostró alegría ni levantó los brazos para festejarlo. Nadie hizo ningún gesto de alegría o satisfacción. Por el contrario, poco a poco y en silencio, como si de golpe aquella muerte los hubiera hecho volver a la realidad de la vida, con las cabezas inclinadas y hundidos en sus pensamientos, los ancianos fueron abandonando el camerino de los Beckenhauer. Cuando sólo quedaban en él Juan Carlos, Erika, Aetos, Moses y el empresario, Armand Rousseau, este se acercó a Agneta, quien, arrodillada junto al cadáver, apoyaba su frente en la cabeza de su difunto marido.

—Tenga la certeza de que haremos lo imposible por que disponga del entierro que se merece —le aseguró tomando una de sus manos entre las suyas.

Aetos, entretanto, se había acercado a la puerta del camerino y desde allí asomó la cabeza mirando hacia ambos lados del pasillo. Al volverse mostraba un exagerado gesto de duda que intentó que vieran Juan Carlos y Moses. Estos, apercebidos, se

acercaron a él.

—¿Qué ocurre? —preguntó Juan Carlos en voz baja.

—Ocurre —dijo Aetos— que durante todo este jaleo no he visto a la extraña por ninguna parte.

Juan Carlos y Moses se miraron sorprendidos por el comentario.

—Tienes razón —concedió Juan Carlos comenzando a preocuparse por aquella coincidencia.

—Habrá tenido algo que hacer fuera del teatro... —especuló Moses.

—¿Qué puede haber tenido que hacer fuera del teatro una mujer que se supone que no conoce a nadie en Lyon?

En ese preciso instante y reflejando el asombro en su rostro, apareció bajo el marco de la puerta Ivette Trouzot con un pequeño paquete en sus manos. Su gesto de inocente sorpresa se transformó en espanto al descubrir a Ademaro Beckenhauer sin vida. Por un instante quedó petrificada, pero en seguida reaccionó mostrando a los presentes el contenido del envoltorio que traía en las manos. Con gestos que indicaban que su contenido era para Agneta, sacó del envoltorio varias madejas de distintos colores y varias agujas que se suponía que acababa de comprar.

Mientras Ivette dejaba el envoltorio junto a Agneta, Aetos la observaba con una curiosa mirada de desconfianza que, al volver sus ojos hacia Juan Carlos, se convirtió en una cínica sonrisa. «Definitivamente —pensó el español—, Aetos la tiene bien tomada con esta francesita».

Más tarde, un médico forense ratificó la muerte de Beckenhauer sin certificar el motivo, pues, según comentó, tendrían que recurrir a la autopsia. La marca que mostraba el cadáver en el antebrazo era producto de una inyección o de la picadura de un insecto.

Cuando le preguntaron a Agneta por aquella marca, fue incapaz de aclarar a qué se debía, asegurando que el viejo concertista no se inyectaba en aquellos días ningún medicamento ni jamás había sido adicto a las drogas, hecho que se confirmaba porque, registrado minuciosamente su cuerpo, no había ni una sola marca más en él.

El policía que se hizo cargo del caso esperó a que el médico terminase su inspección y, tras una conversación en privado con el galeno, ordenó a todos los miembros de la compañía que se sentaran en una fila de sillas plegables que el conserje del teatro colocó en el centro del escenario.

Deteniéndose sucesivamente frente a cada uno de ellos, el policía comenzó a preguntar y a tomar nota de las respuestas de los artistas en una pequeña libreta. Nada extraño hubo en las preguntas y menos en las contestaciones. Los ancianos no tenían nada que ocultar. Dos únicas situaciones llamaron la atención: las absurdas preguntas del policía a Ivette Trouzot, quien disimuladamente coqueteaba con el oficial, y la insistencia de este en conocer si alguien de la compañía viajaba con algún insecto que

pudiese haber sido el causante de aquella marca en el antebrazo del cadáver. Tras el absoluto desconcierto de todos ante aquella pregunta, a la que respondieron con la más sincera negativa, se dio por finalizado el interrogatorio.

Antes de retirarse, Juan Carlos preguntó al policía si había sacado alguna conclusión, a lo que este respondió que al día siguiente, y tras la autopsia que se llevaría a cabo aquella misma noche, estaría en condiciones de informarle con más garantía y seguridad, puesto que aquella marca en el antebrazo del cadáver parecía haberse convertido en el centro de la investigación.

## Capítulo 30

El Obersturmführer Adalbert Adler se encontraba clasificando y almacenando en distintas cajas de cartón parte de la ya importante cantidad de documentos que había logrado rescatar de la Casa del Artista. El haber vuelto a quedarse solo como responsable de la búsqueda del sobre marrón hacía más llevadera su tarea. La compañía de aquel Hauptsturmführer Schultz había resultado muy poco placentera y bastante desagradable e incómoda, a pesar de que Adler estaba acostumbrado a recibir todo tipo de órdenes, unas veces razonables y otras no, gritadas, destempladas y con inclusión del más soez de los vocabularios, desagradable costumbre entre los oficiales de baja graduación y entre la tropa.

Pero el simple hecho de tener que escuchar los pensamientos de Schultz cuando los convertía en palabras le ponía la piel de gallina. Menos mal que el personaje, tras robarle la información y la idea del viaje a Stuttgart, decidió viajar sin compañía en busca de aquel autobús del que, por cierto, aún no había recibido más noticias desde que tuvo conocimiento de su posible paso por Weimar y alguna otra población del sur de Alemania. Puede que hubiera novedades en las oficinas de la SS-Haus y los jefes hubieran tenido a bien no informarle, un defecto o vicio endémico muy propio entre los militares de semejante graduación: los oficiales con grados intermedios eran así, no soltaban prenda hasta que algún jefe firmase la orden.

El caso era que el trabajo que ahora realizaba era arduo, duro y lento. Pero más valía hacerlo solo que mal acompañado. Adler estaba seguro de que, de haber continuado bajo las órdenes de Schultz, hubiera tenido que llegar al extremo de solicitar un traslado, algo ciertamente peligroso en aquellos momentos en que los ataques a Berlín eran continuos y masivos. Y no era que le repeliera su físico, que también lo hacía, lo que no soportaba era su mala educación, su despreciable talante y su deplorable verborrea. Ahora, aliviado por haber podido librarse de él, finalizó un día más de trabajo terminando de clasificar los últimos documentos hallados, que colocó en una caja de cartón y dispuso para su entrega en cualquier momento en la SS-Haus.

Puesto que el siguiente día amaneció frío y lluvioso, lo cual dificultaba la búsqueda de documentos en las ruinas de la Casa del Artista, el Obersturmführer Adalbert Adler decidió trasladar los documentos hallados a las oficinas centrales con la idea de aprovechar la visita para tratar de recabar información sobre Schultz y el autobús desaparecido. Lo que menos sospechaba era el inminente cambio que se iba a producir en su vida a partir del preciso momento en que pisó la SS-Haus.

Aún no había entrado en su propia oficina cuando una secretaria le entregó una nota del Sturmbannführer Goetz en donde se le citaba para una reunión urgente a las diez de la mañana. Adler miró su reloj, vio que eran las ocho y treinta y cinco



minutos, y pensó que disponía de casi hora y media para presentarse ante Goetz. Pero antes debería tratar de averiguar el motivo por el que lo citaban con tanta premura. Sería bueno saber si estaba relacionado con el trabajo que estaba llevando a cabo en aquellos momentos o si, por el contrario, se le designaba un nuevo y desconocido servicio. Desafortunadamente, su grado de Obersturmführer no le permitía dar muchas órdenes, pero sí recibirlas y, consciente de ello, fue a su mesa y revisó las últimas notas dejadas allí por su secretaria. No encontró nada importante. Revisó la correspondencia y tampoco dio con nada urgente o relacionado con la Casa del Artista. Llamó a su secretaria y trató de averiguar cualquier cosa sobre el tema por el que le citaba Goetz, pero esta no tenía la menor idea. Adler le pidió la lista de llamadas y comprobó que sólo había una y era de Goetz. Finalmente, ante tal situación, llegó a la conclusión de que no valía la pena martirizar su mente tratando de averiguar algo que sabría en cuestión de una hora, por lo que dedicó su tiempo a revisar y colocar aquel montón de documentos. Mientras trabajaba en ello pensó en llamar al Standartenführer Günsche y preguntarle si había recibido noticias de Schultz, pero tras darle vueltas al asunto decidió no hacerlo; en esos niveles, los oficiales eran bastante especiales y, aunque no había detectado en Günsche ningún signo extraño en su comportamiento, quién sabe cómo aceptaría el que un simple Obersturmführer se atreviera a molestarlo y hacerle perder su importante tiempo. En cualquier caso, supuso, si Günsche deseaba conocer alguna información, no tenía más que levantar el teléfono y llamarle.

A las diez en punto ya estaba sentado en la antesala de la oficina del Sturmbannführer Goetz. Dos minutos más tarde lo recibía su superior, quien tras saludarle formalmente se deshizo en excusas por recibirle en aquellas condiciones.

—Obersturmführer Adler, le ruego que se haga a la idea de que estoy perfectamente uniformado y sepa aceptar esta incorrección que le aseguro que no tiene nada de caprichosa. Aunque no tengo ninguna obligación de hacerlo, permítame aclararle mi problema...

Adalbert Adler se quedó tan sorprendido que en principio no encontraba palabras con que responder. Aquel oficial lo recibía en su despacho completamente desnudo y con los dos pies metidos dentro de una palangana llena de agua. Un solo documento, adherido a sus partes con algún pegamento o atadura, cubría sus vergüenzas.

—No se moleste —respondió acostumbrado a las manías de sus superiores—. Si le parece bien, puedo volver en cualquier otro momento...

—¡No, no, no! —exclamó rápidamente Goetz—. Debo transmitirle órdenes importantes que no admiten demora.

—Como usted guste —dijo Adler sin saber si quedarse en pie o sentarse.

—Tome asiento —ordenó Goetz resolviendo su duda.

El Obersturmführer Adler se acomodó en una butaca, frente a Goetz, mirándole a

hurtadillas y sin saber qué postura tomar.

—Usted dirá —dijo finalmente mientras buscaba el modo más cómodo de cruzar las piernas.

—En primer lugar —enunció Goetz—, quiero que sepa que estoy muy enfermo.

—Comprendo —contestó tímidamente Adler.

—No, no me diga que lo comprende porque no estoy loco. Lo que sufro yo es algo absolutamente incomprensible. Estoy en tratamiento, pero no dan con la causa.

—Lo siento —lamentó Adler muy bajito.

—Sufro terribles ataques de extrema sensibilidad en la piel. Cuando entro en crisis necesito librarme de todas las prendas de vestir y meter los pies en agua muy fría. Puesto que las órdenes que debo transmitirle son urgentes y estos ataques suelen durar varias horas, no he tenido más remedio que recibirle así, ¿me comprende?

—Por supuesto, señor.

Goetz bajó la vista tratando de leer en el documento que usaba para cubrirse, pero viendo que no alcanzaba, y tras ponerse rojo como un tomate por la postura que se veía obligado a adoptar, pidió a Adler que le acercase cualquier otro documento de los que había sobre la mesa.

Adler no entendía el absurdo pudor de su superior. En el ejército no existía el más mínimo recato para mostrarse desnudo. Mientras buscaba una razón, se levantó, fue hasta la mesa y escogió una carpeta al azar.

—¿Le vale esta? —preguntó mostrándosela a su superior.

—Perfectamente —respondió, y, tomándola, cubrió o trató de cubrir disimuladamente con ella su órgano y liberó el documento que tenía pegado.

Fue entonces cuando Adler comprendió la razón por la que trataba de ocultar su sexo: Goetz estaba dotado de un órgano sexual infantil, el tamaño de su pene era como el de un niño de cinco años. Adler hizo todo lo posible por disimular su descubrimiento mientras Goetz, al comprobar que la carpeta no se fijaba, la lanzó al suelo inmediatamente y, llevándose el documento frente a los ojos, leyó en voz alta:

—«Confidencial. De Central a Sturmbannführer Helmut Goetz. El Obersturmführer Adalbert Adler, quien conoce personalmente al Hauptsturmführer Carl Schultz por haber trabajado bajo sus órdenes recientemente, deberá presentarse hoy mismo en nuestras oficinas de Stuttgart, desde donde será infiltrado a Francia para la persecución y detención de dicho Hauptsturmführer Schultz, ahora prófugo. Firmado: SS-Obersturmbannführer H. Smacht Werner.

—Pero ¿qué hago yo en Francia con el trabajo acumulado que tengo aquí? —preguntó Adler, perplejo—. ¿Cómo llego allí? ¿Quién me informará?

—Su plan de infiltración debe de estar en Stuttgart. Ellos le pondrán en manos de nuestros contactos en aquel país. Supongo que habrán previsto que usted habla perfectamente el francés.

—Pero... ¿por qué yo? —insistió Adler, molesto.

—Ya sabe cómo andamos de personal.

—¿Y cómo piensan que pueda llegar hoy mismo a Stuttgart?

—Hay un avión calentando motores y dispuesto para su viaje...

—¿Sin equipaje?

—Sus necesidades estarán previstas en nuestras oficinas de Stuttgart. Preséntese allí y deje de elucubrar. Va a llevar a cabo una misión que deseo que realice con éxito.

—Eso espero —aventuró Adler confundido.

—¿Puedo pedirle un favor antes de que se retire?

—Usted dirá —contestó Adler poniéndose en pie.

—¿Sería tan amable de acercarme una toalla del cuarto de baño?

Adler fue hasta el pequeño aseo y cogió una toalla de mano que le entregó.

—¿Sería tan amable de secarme los pies? —preguntó de improviso su superior devolviéndole la toalla sin darle tiempo a reaccionar.

Adler valoró por un momento su situación. Tras levantar la vista y estudiar a aquel esperpento de hombre, despejó sus dudas.

—Hay un avión calentando motores y dispuesto para mi viaje —espetó. Y, lanzándole la toalla a las manos, proclamó con autoridad—: Supongo que hay cosas más importantes que secarle los pies a un superior...

El Sturmbannführer Goetz no calculó bien la recepción de la toalla, que fue a parar al suelo. En su afán por hacerse con ella se volvió de espaldas y, sin sacar los pies de la palangana, se agachó para recogerla, por lo que tuvo que mostrar al Obersturmführer Adler una postura poco edificante. En aquel preciso instante, este dio un fuerte taconazo al tiempo que se despedía con un potente «*Heil Hitler!*», frase que pilló a Goetz completamente desprevenido y lo obligó a hacer aparecer su mano por entre sus piernas y moverla de un lado a otro en señal de despedida.

## Capítulo 31

Como si la ciudad de Lyon quisiera identificarse con la preocupación y tristeza que invadía a los ancianos tras la muerte de Beckenhauer, amaneció un día en el que la pesadumbre parecía querer desolar a la población con una gama de tonos grises y oscuros entre los que imperaba el gris plomizo. Bajo un cielo de nubes bajas y agresivas que humedecían sutilmente las calles y avenidas, un suave y frío viento hacía de las suyas y convertía la mañana en incómoda y desapacible. Aquellos viejos genios, siempre dispuestos a contar sus batallas libradas por esos mundos de Dios, inquietos, comunicativos, ilusionados e ilusionantes y hasta en ciertos momentos exaltados, en esta ocasión desayunaban en silencio y sin levantar la vista del plato.

Desde que abandonaron Berlín y durante todo el accidentado trayecto hasta llegar a Lyon, habían mantenido latente un optimismo que llenaba sus cerebros de nuevos proyectos relacionados, sobre todo, con la vuelta a la escena. Habían iniciado una nueva vida con la que imaginaban conquistar el mundo por segunda vez, pero aquel tremendo suceso los devolvía a una dura y terrenal realidad con la que no querían contar. Todos coincidían en que lo sucedido a Ademaro Beckenhauer estaba a la vuelta de la esquina y podía haberles acaecido a cualquiera de ellos. Ahora la pesadumbre era grande y el mañana incierto, y los mismos que fueron capaces de jugarse la vida cruzando un río que separaba dos mundos apenas unos días atrás, de pronto se sentían frustrados y débiles como marionetas de papel de seda en manos de un niño travieso y destrozón.

Bergen, que observaba a sus compañeros en aquel estado de hundimiento, aunque tocado también él mismo en lo más profundo, se puso en pie:

—¡Venga, chicos! ¡Arriba ese ánimo! —exclamó—. ¡Los murciélagos duermen! Cualquier día hubiera sido bueno para pensar en lo que estáis pensando, pero no precisamente hoy. Aunque os parezca mentira a todos, hoy debutamos por segunda vez en nuestra vida.

»Hoy estamos de estreno y todos sabemos lo que eso significa. Hagamos una cosa: como un ejercicio de entretenimiento y para apartar de nuestras cabezas los malos pensamientos, vayamos con nuestras mentes a la primera vez que representamos o hicimos nuestro trabajo frente al público. Recordemos y compartamos aquella actuación. Comenzaré yo por recordar la mía como ventrílocuo.

Los ancianos miraban a Bergen con gestos de preocupación unos y de indiferencia otros. Alguno se removió incómodo en su silla. Bergen continuaba haciendo un inteligente esfuerzo por rescatarlos de aquel mar de tristeza en que navegaban.

—Ahora mismo recuerdo que mi principal preocupación era mantener mis labios sin el más mínimo movimiento mientras hablaba el muñeco. Hoy puedo deciros que

los moví hasta en los momentos en que no decía nada. ¡Un desastre! También recuerdo que alguien del público preguntó: «¿Cuál de los dos es el muñeco?». Y yo, falto de experiencia, le respondí: «Debes de ser tú, porque el otro lo tengo sentado en mis piernas». De habérmelo preguntado hoy, lo habría machacado...

Los ancianos miraron por un momento a Bergen como perdonándole la vida. Sin la más mínima reacción en sus rostros volvieron su triste mirada a los alimentos en sus platos. Erika, que veía reflejarse el fracaso en los ojos de Bergen, quiso echarle una mano.

—¿Por qué no les dices algo? —le sugirió a Juan Carlos.

El trapealista se pasó la servilleta por los labios, pero, mientras hacía el intento de levantarse, Aetos lo frenó poniéndole una mano en el hombro y se puso él en pie en su lugar:

—Lo menos que podemos hacer es darle las gracias al amigo Bergen por tratar de animarnos. Comprendo vuestro decaimiento porque yo me siento igual o peor que vosotros, pero no pequemos de desagradecidos. Propongo que levantemos nuestras tazas de café y brindemos por las buenas intenciones de Bergen.

—¡Y por las malas también! —dijo una voz estridente que nadie supo de dónde salía.

Todos se pusieron en pie y, controlando el temblor de sus manos la mayoría de ellos, levantaron sus tazas al aire.

—¡Viva Bergen! —aulló Moses.

—¡Vivamos todos! —respondió Bergen.

Con aquel brindis dieron por terminado el desayuno y comenzaron a abandonar el comedor. Alguno que otro quedó rezagado para hacerse con algún croissant o brioche que envolvieron en papel y guardaron en sus bolsillos con intención de dar cuenta de ellos a media mañana.

Una vez en el teatro, y a pesar de la tristeza que los invadía, todos comprendieron que habían contraído un compromiso con Juan Carlos y que había llegado el momento de afrontarlo. Aquellos ancianos habían alcanzado lo máximo a que puede aspirar un profesional del espectáculo, no sólo gracias a sus virtudes artísticas, que eran muchas, sino también gracias a su calidad humana y digno comportamiento a lo largo de sus vidas. Ellos habían sido testigos del fracaso de geniales artistas que no lograron estar a la altura desde el punto de vista cultural y humano, que se quedaron a mitad del camino cuando apuntaban al estrellato, sabían también que la prepotencia y la falta de humildad estaban reñidas con el éxito y no representaban una ayuda para aquellos que aspirasen a vivir de cara al público por más que ofreciesen un trabajo genial y depurado. Además, para responsabilizarlos aún más, les había llegado la noticia de que en la taquilla se había colgado el cartelito que anunciaba «Agotadas las localidades para esta función», una razón adicional para que todos trabajaran con

esmero poniendo el mayor de los empeños en los ajustes de última hora.

La primera mala noticia del día la difundió Rudi Ciclotón. No podía seguir callado ante las condiciones detectadas en la madera del escenario del teatro, pues había zonas importantes que no le ofrecían ninguna garantía. Tan pronto como Rudi se atrevió a decir lo que todos habían tratado de ocultar, cada cual fue a revisar sus anclajes, enganches, vientos y trampillas. Efectivamente, a causa de la guerra, aquel teatro no había recibido el mantenimiento adecuado y la humedad había causado grandes estragos en la madera. Tras discutir la situación con la mayor cordura, llegaron a la conclusión de que lo único que no podían hacer era suspender la representación, pues, aparte de la publicidad que hacía normalmente el Théâtre des Célestins, Armand Rousseau había divulgado el aspecto entrañable y humano del contenido del espectáculo —la vuelta a la escena de las viejas glorias—, y la noticia había corrido como pólvora encendida por toda la ciudad de Lyon despertando el máximo interés en sus habitantes. Por ello, los ancianos, ante tal responsabilidad, se veían en la obligación de presentarse ante aquel público aunque aquello representase el jugarse la actuación. De modo que, sin más dilación, cada cual fue de nuevo a revisar sus instalaciones y reforzó los anclajes en la mayoría de los casos.

Puesto que era mucho el trabajo por hacer antes de subir el telón, Juan Carlos comunicó al hotel la imposibilidad de acercarse a la hora de comer, algo que los propietarios del albergue resolvieron prometiendo llevarles la comida al teatro, lo que Juan Carlos agradeció por anticipado.

El escenario se había convertido en un avispero. El personal fijo del teatro, consciente de la grave situación por la que pasaba el colectivo de ancianos y en una espontánea reacción de solidaridad, se puso a las órdenes de los artistas, que hacían pruebas de resistencia de los anclajes, aunque sin llegar a tensarlos al grado al que llegarían durante la presentación en público. Afortunadamente, la instalación de los trapecios de Juan Carlos, que colgarían del techo del teatro, no corría peligro, ya que penderían de vigas de hierro de gran fortaleza y sustento. Al menos una de las atracciones contaba con la garantía de actuar sin preocupaciones en ese sentido.

Con aquellas pruebas, la mañana voló en un periquete. A la una en punto, tres camareros del hotel sirvieron un bufet frío que los ancianos compartieron con el personal del teatro. Durante la degustación se les iban los ojos tras las botellas del extraordinario vino de la zona que el personal del teatro bebía con verdadero deleite. Sin embargo, ninguno de ellos quiso probar ni una gota: la fuerza de la costumbre los obligaba, pues jamás consumían bebidas alcohólicas antes de una representación. Eso sí, varias botellas fueron reservadas para su utilización una vez terminada la función, y se encargó a Agneta Beckenhauer, tal vez por considerarla la más responsable de todo el grupo, que las guardara en su camerino.

Tras finalizar el almuerzo, los ancianos se acomodaron en las butacas y Juan

Carlos pidió media hora de silencio para que todos pudieran tomarse un merecido descanso. Cinco minutos más tarde, el Théâtre des Célestins ofrecía, por primera vez en su historia, el más sonado y variado concierto de ronquidos jamás escuchado, si bien este tuvo su tiempo limitado, ya que media hora más tarde los primeros acordes del órgano despertaban a los rezagados en el sueño y comenzaba el ensayo general.

Fue en ese ensayo cuando Aetos propuso montar un final para el espectáculo donde, con una especie de *charivari*, cada intérprete hiciera algo muy corto e interesante como su particular forma de despedida y cierre. Ese gran final debía tener fuerza, encanto y su chispazo de arte, y puesto que Elke Zolm y Agneta Beckenhauer estarían obligadas a participar durante todo el espectáculo, la primera como presentadora de todas las atracciones y la segunda acompañando musicalmente a los artistas, se estableció que ellas dos saludarían y agradecerían los aplausos en último lugar. Con esa premisa comenzó el ensayo del gran final, pero, cuando llegó el momento de saludar, Elke Zolm no aparecía.

Se interrumpió el ensayo para buscarla y unos instantes más tarde se oía el grito desgarrador de Agneta Beckenhauer pidiendo ayuda desde la zona de camerinos. En cuestión de un minuto, la puerta quedó completamente bloqueada por los ancianos y el personal del teatro. Moses y Bergen, que habían sido los primeros en llegar, intentaban controlar el acceso al camerino, donde, en una esquina, asustada y llorando desconsoladamente, Agneta Beckenhauer exclamaba:

—¡Está muerta!

En el centro de la estancia, tirada en el suelo en una postura anómala que había dejado su rostro descubierto mostrando aquella terrible cicatriz que lo cruzaba, Elke Zolm yacía inerte y desmadejada junto a varias botellas de vino sin descorchar que ese mediodía había guardado Agneta. Una de las botellas estaba manchada de sangre en su base. Mientras Moses corría a consolar a Agneta, Bergen se arrodilló en el suelo y comenzó a auscultar a la actriz sin apenas mover el cuerpo al tener en cuenta que a la policía no le solía gustar que cambiasen la posición de las víctimas. Examinó la herida sangrante que la mujer mostraba en la frente, presionó en el cuello y en la muñeca, y al no detectar pulso hizo un gesto de impotencia que provocó dolorosas lamentaciones en los presentes.

Juan Carlos y Aetos, que se habían desplazado junto con Erika a buscar a la actriz por la zona del bar del teatro, lugar adonde ella solía acudir continuamente para hacerse con alguna bebida, ahora se abrían paso con dificultad para lograr entrar al camerino. Tras conseguirlo, la postura de la víctima y la mirada de Bergen fueron suficientes para hacerles comprender la situación. Juan Carlos se llevó las manos a la cabeza.

—¡No me lo puedo creer!

Inmediatamente, el trapequista se arrodilló junto al cadáver con idea de constatar la

muerte, algo que no llegó a precisar, ya que Bergen lo obligó a detenerse.

—Cuanto menos la muevas, mejor —le advirtió—. La policía querrá encontrarlo todo tal y como estaba en el momento en que descubrimos el cadáver. Porque te aseguro que no hay vida en ella. Lo acabo de comprobar. Lo que no entiendo es por qué ha sucedido en este camerino. ¿Qué hacía Elke aquí?

—No es difícil de imaginar —apuntó Moses señalando las botellas de vino—. Lo que no entiendo es que esté muerta.

Todos los presentes pensaban lo mismo.

Aetos y Erika se encargaron de abrir un pasillo hasta la puerta mientras Moses, tratando de buscar aire fresco con que despejar a Agneta, la sacaba suavemente del camerino y la conducía a un pasillo cerca de la conserjería.

Los ancianos, asustados, discutían las razones que podían haber llevado a la muerte a la actriz. Las mujeres hicieron un corrillo donde comentaban abiertamente su afición al alcohol y el poco deseo de vivir que había demostrado últimamente la víctima. Pero había algo en lo que todos coincidían: el temor a la cercanía de un asesino.

Veinte minutos más tarde, la policía se hacía cargo de la situación. El mismo policía que los había interrogado el día anterior se responsabilizaba del caso. Juan Carlos, Aetos y Erika estaban presentes cuando el agente revisaba el cadáver y buscaba de forma insistente una marca de aguja hipodérmica en el cuerpo de Elke. Cuando Aetos le preguntó la razón de aquella búsqueda tan exhaustiva, el agente respondió con una revelación inesperada.

—Tengo una poderosa razón para investigar sobre esa marca: el señor Beckenhauer murió por una sobredosis de escopolamina de Colombia.

—¿Y qué es eso? —preguntó Aetos sorprendido.

—Una sustancia con la que hemos averiguado que el médico nazi Josef Mengele está experimentando en Alemania.

—¿Y qué tiene que ver esa sustancia con nosotros? —se extrañó Juan Carlos.

—Se trata del suero de la verdad —dijo categórico el policía.

Llegada la hora de abrir las puertas del teatro, Rousseau habló a los artistas. Les dijo que comprendía el estado de ánimo de todos los integrantes de la compañía, pero, a no ser porque la falta de la fallecida impidiese el desarrollo del espectáculo por tratarse de un personaje imprescindible, opinaba que estaban obligados a ofrecer la representación. En el patio de camerinos, donde reinaba un fortísimo olor a toda clase de linimentos y mejunjes que los ancianos utilizaban para calentar sus ya debilitados músculos, Rousseau los invitó a cumplir con la sagrada obligación de presentarse ante el público que esperaba en la calle para llenar la sala.

Consciente de su responsabilidad y de que nadie tomaba una decisión, Aetos se decidió a intervenir:



—No se trata de querer o no querer. De lo que se trata es de si somos capaces de sacar adelante la función. Mi hermano y yo, a pesar de los inconvenientes y de que en este momento estamos bastante descentrados, sabemos que podemos y estamos dispuestos a cumplir.

—Yo también —aseguró Juan Carlos—. Pero como entiendo que nuestra opinión no debe condicionar la de todos, propongo que lo decidamos en una votación. El que esté de acuerdo en actuar, a pesar de la tristeza y el dolor que todos sentimos por la falta de nuestros hermanos, Ademaro Beckenhauer y Elke Zolm, que levante la mano...

Todos, excepto Rudi Ciclotón, levantaron las manos sin la más mínima indecisión. Juan Carlos miró al ciclista:

—No tienes ninguna obligación, Rudi —aclaró—. Si no te sientes seguro, es lo mejor que puedes hacer...

—¡No! —negó Rudi con inmediata rotundidad—. Yo también estoy de acuerdo en llevar adelante la representación. Si no levanté la mano fue por las grandes dudas que me suscita la madera del escenario. En muchas zonas está reblandecida por la humedad y la falta de mantenimiento. Aun así, estoy dispuesto a realizar mi número.

—De acuerdo —dijo Rousseau con alivio—. Voy a dar la orden de que se abran las puertas.

Los ciudadanos de Lyon, ávidos de entretenimiento tras varios años de inactividad artística en el Théâtre des Célestins, llenaron la sala. Tal era la demanda de localidades que muchos de ellos se quedaron sin poder acceder a la primera representación. Conforme entraban en el patio de butacas, la ilusión se reflejaba en el rostro de aquellos que pudieron disponer de una entrada. Se sentían unos privilegiados al poder presenciar las actuaciones de aquellas viejas glorias de la Europa artística que, por primera vez y gracias a unas especiales circunstancias, decían demostrar sobre aquel histórico escenario sus dotes, maestría y dominio de la profesión.

La expectación era total, y así lo demostraban los asistentes, quienes, dominados por la inquietud, aplaudían antes de la hora fijada para el comienzo del espectáculo. A las ocho y media en punto, los melódicos acordes del órgano comenzaron a sonar, y se encendió un espectacular juego de luces que se fundían en una preciosa cadena de gamas de colores que embellecían el escenario mientras cuatro focos recorrían la sala convirtiéndola en un fulgurante y refulgente diamante multicolor. Daba comienzo la función.

Coincidiendo con el cierre de *Rhapsody in Blue*, de Gershwin, magistralmente interpretada al órgano por Agneta Beckenhauer, en el escenario se hizo un negro total. Sobre los aplausos, dos potentes focos iluminaron a Máxima Contessa, quien, apareciendo por un lateral del escenario con un cartel en sus manos que anunciaba la

actuación de «Al Pace y su *partenaire*», llegó hasta el centro de la escena. Una vez allí, se situó sobre la trampilla de la concha en el proscenio (donde, una vez abierta, los apuntadores se ponían de espaldas al público sin que este los viera ni los escuchara y dictaban las obras a los actores), y comenzó a interpretar los últimos compases del «Nessun dorma» de la ópera *Turandot*, de Puccini, en un tono y adaptación a la voz de tiple.

Nada más apropiado para el momento que recomendar a todos los presentes estar bien despiertos para disfrutar de las maravillas que a continuación se les iban a ofrecer. Al emitir con su privilegiada garganta la última nota, y para de alguna manera potenciarla, Máxima dio un fuerte taconazo en el suelo que, sumado a su peso físico, produjo la rotura de la tapa de la concha e hizo que la diva se hundiera en el agujero que se produjo en el escenario, embutiéndose hasta quedar colgada del piso por ambos brazos. Debido al volumen de la cantante, la caída fue traumática y el susto morrocotudo, pero aún peor fue la vergüenza que sufrió la gran estrella cuando cuatro tramoyistas del plantel del Célestins trataron de desencajarla de aquel cepo en que se había convertido el marco de la concha mientras otros compañeros, ayudados por el personal del escenario, hacían todo lo posible por cubrir a la diva con una cortina americana que alguien corrió con urgencia y que debería haber tapado el proscenio, pero que, por haber tratado de cerrarla con prisas, se había enganchado en su carrilera a mitad de camino y no corría ni a un lado ni al otro. Ante los potentes e histéricos gritos que salían de la garganta de Máxima y los ridículos esfuerzos de los tramoyistas por sacar a flote aquel contundente y voluminoso cuerpo, el público, en principio sorprendido, pero pensando después que se trataba de una situación cómica creada para la ocasión, comenzó a reír y a aplaudir al mismo tiempo el realismo demostrado por parte de los actores intérpretes de la comedia.

Para los espectadores, los tramoyistas eran unos extraordinarios actores y Máxima Contessa una cómica con una voz maravillosa. Vista la situación y también sorprendidos por la reacción de los espectadores, los cuatro hombres de la tramoya sacaron del escenario a la cantante de la mejor manera que pudieron y, puesto que no podían cargarla en brazos porque el peso y volumen de la diva la convertían en una masa flácida, desbordante e ingobernable, decidieron ponerla en pie, pero se les venía abajo cada vez que lo intentaban. Entonces, el más corpulento de los tramoyistas, sin contar con el más mínimo atisbo de pudor, metió su cabeza por entre las piernas de la diva y, cargándola sobre sus hombros, la sacó del escenario, escoltada por los otros tres tramoyistas como si se tratara de un matador de toros que, tras una gran faena, sale en hombros por la puerta grande de la plaza. Hicieron el más estrafalario, ridículo y aplaudido mutis jamás visto en un escenario. Aquella frustrada presentación se ganó la primera gran ovación cerrada del espectáculo. La mayoría de los ancianos, entre bastidores, no daban crédito a lo que estaban presenciando.

Lo que había ocurrido en el escenario era algo que jamás hubieran imaginado que podría suceder. Al ver las condiciones en que estaba Máxima, a la que ya atendían las mujeres menos ocupadas de la compañía, Juan Carlos creyó necesario tomar medidas.

—Voy a tratar de que llamen a un médico.

—No, espera —le solicitó Aetos—. Es mejor que tú no te muevas de aquí. Pídele a Erika que haga la gestión. Debemos estar muy atentos a lo que ocurra de ahora en adelante con la marcha del espectáculo. Es más, debemos quedarnos todos aquí, entre cajas, para atajar cualquier otra situación que se presente.

Agneta Beckenhauer, experimentada en toda clase de sorpresas, había musicalizado toda la peripecia ocurrida a Máxima Contessa. Una vez finalizada la improvisación, atacó con el tema de presentación de Al Pace y su *partenaire*, quienes, mostrando la más simpática de las sonrisas y una gran naturalidad, aparecieron en escena llenando el espacio visual con su presencia.

Tras ir ambos hasta el proscenio para su obligado saludo al público, mientras ella buscaba una cuerda de jugar a la comba, Al colocó las manos en el suelo del escenario, levantó sin el menor esfuerzo las piernas, que quedaron rígidas y con unas perfectas puntas de pie, y en equilibrio de manos comenzó a caminar y a darle vueltas a su pedestal con la mayor soltura. Cuando trató de hacerlo con una sola mano, estuvo a punto de venirse abajo y hubo de rectificar con presteza. El público, sorprendido por la agilidad que demostraba el artista a pesar de la edad que aparentaba tener y que muchos suponían por encima de los setenta años, le premió con un fuerte aplauso.

Al Pace aprovechó el momento de euforia para, con la colaboración de su compañera, demostrar cómo se salta a la comba en equilibrio de manos. O sea, con el cuerpo invertido. El público volvió a aplaudir al equilibrista con entusiasmo. Afortunadamente, parecía que la función comenzaba a transcurrir sin más tropiezos. El resto de los ancianos, que no se perdían lo que sucedía en la pista, comenzaban a respirar con normalidad y a soltar los nervios. El público era entusiasta y se había entregado incondicionalmente desde el primer instante, al menos en ese aspecto podían estar tranquilos. Y lo hubieran estado de no ser por lo que sucedió a continuación.

El público se sorprendió, una vez más, cuando descubrió la agilidad demostrada por aquel gran equilibrista mientras subía a su pedestal de cuatro metros y medio de altura. Al Pace, una vez alcanzada la plataforma y demostrando su increíble estado físico, recibió de su compañera un bastón cuya punta colocó en el centro de la base, miró al público con una sonrisa de confianza y, sujetando la empuñadura del bastón con ambas manos, comenzó a elevar todo su cuerpo. Cuando estaba a punto de lograr quedar en un perfecto equilibrio, la suerte le jugó una mala pasada. La presión que ejercía su peso, sumado al peso del pedestal, y el mal estado de la madera del

escenario hicieron que saltaran los dos cables tensores que sujetaban la parte trasera del pedestal, que se vino abajo y cayó en el pasillo central del patio de butacas. El fuerte grito del público matizó el ruido que produjo la caída.

Los espectadores sentados en las butacas que lindaban con el pasillo no tuvieron tiempo para reaccionar. Milagrosamente, ninguno había sido alcanzado por aquel enorme pedestal ni por sus vientos, y ellos fueron los primeros en auxiliar a Al Pace, quien yacía en el pasillo tras haber perdido totalmente el conocimiento. Aquellos espectadores levantaron al artista y lo condujeron al vestíbulo del teatro, donde lo depositaron sobre un sofá en espera de que lo viera un médico. El público, estremecido en principio por el tremendo impacto, cuando le transportaban por el pasillo le brindó una cerrada ovación que Al Pace no pudo escuchar y mucho menos agradecer. Minutos más tarde lo condujeron de urgencia a la Cruz Roja situada en la orilla derecha del Saona.

Las manos de Agneta sobre el teclado del órgano no dejaron de improvisar acordes y arpeggios que acompañaran cuanto sucedía en la sala. Ahora, una vez despejado el pasillo del patio de butacas, atacó con la música de presentación de Bergen, quien salió a escena bastante preocupado, puesto que el público estaba entretenido con el accidente y sabía por experiencia que le costaría trabajo hacerse de nuevo con la atención de aquella masa de espectadores distraídos. En una situación normal habría iniciado su actuación utilizando al pato *Dudul*, muñeco con un especial gracejo que con su acento francés se hubiera hecho con el público inmediatamente. Pero, tratando de buscar una captación más rápida, utilizó un viejo *gag* visual que consistía en situarse en el centro del escenario en posición de atención y, mientras imitaba con su garganta el sonido de un muelle oxidado, y con ambas manos en la espalda, se inclinaba completamente recto para saludar hacia adelante. Era capaz de llegar con su rostro a treinta centímetros del suelo. Inmediatamente, y como si de un muñeco con muelles en los pies se tratara, saludaba descubriéndose y volvía a erguirse de inmediato sin la ayuda de sus manos. Esto sorprendía a los espectadores, que no entendían cómo lo hacía.

El truco consistía en enganchar los trucados talones de sus zapatos a dos disimulados ganchos que sobresalían del suelo del escenario. Conforme reiteraba el saludo, el público aplaudía con más entusiasmo para que lo repitiera una vez más. La cuarta vez que lo hizo fue para su desgracia: la vieja madera del escenario cedió soltando los enganches y, sin tiempo para reaccionar y poner las manos para amortiguar el golpe, se estampó de cara con aquella vieja pero dura madera del piso. Además del traumático golpe en el rostro, sufrió el mayor susto que jamás hubiera tenido en un escenario. Aquellos ganchos eran de total confianza, nunca le habían fallado. Aun retirado de la profesión siempre los conservó por suponer un total seguro cuando se presentaba una situación de anormalidad como en aquella ocasión.

El pobre Bergen, responsable y entregado a la profesión en cuerpo y alma, trató por todos los medios de continuar con su actuación, pero la sangre se lo impedía. Brotaba de su nariz como si fuera un grifo abierto, pero además de poner todo el escenario perdido, se acumulaba en su garganta impidiéndole hablar, lo que le hizo desistir. Abrió los brazos como un Cristo en la cruz y, con un dramático gesto de tristeza que se acercaba más a los restos de un tomate maduro aplastado que a una mueca, trató de despedirse del respetable público haciendo un forzado mutis. Unos pocos le aplaudieron, pero la mayoría de los presentes comenzaban a sentirse incómodos. Habían invertido un dinero importante para presenciar un espectáculo artístico y hasta el momento, por razones varias pero desde luego ajenas a su voluntad, lo único que habían visto era una serie de desgracias. El respetuoso silencio, tan importante en una sala donde se representa un espectáculo, había dejado de existir, y poco a poco lo estaba reemplazando un murmullo creciente que amenazaba con llevar a su fin la representación.

La potente voz del gracioso de turno, personaje que suele asistir a todo espectáculo público con la insana intención de hacerse notar más que la figura en escena, sonó desde el anfiteatro con los roncós matices del vozarrón de un chatarrero ambulante:

—Si quisiéramos ver heridos, estaríamos en el hospital...

Una fuerte carcajada de los asistentes apoyó la gracia. Aetos observó el gesto de preocupación de su hermano Moses y, dirigiéndose a Juan Carlos con voz insegura, decidió intervenir:

—Creo que esto sólo lo arreglas tú... Vas a tener que subirte al trapecio y arriesgar como nunca... La función se nos está yendo de las manos.

Rudi Ciclotón, que estaba listo y con sus patines en forma de cohetes calzados, se revolvió recolocando sus ropas y se levantó.

—¡Esto lo arreglo yo! —exclamó con ánimo.

Y ni corto ni perezoso, poniéndose sus gafas de culo de botella y rompiendo el orden del programa, se lanzó con aquellos patines que, nada más aparecer en el escenario, comenzaron a lanzar humo por sus talones. Agneta Beckenhauer dudó por un momento, pero entendiendo que en aquella ocasión estaba llamada a continuar improvisando, buscó sus anotaciones en las partituras y comenzó con el tema de presentación del patinador ciclista.

Nada más aparecer en escena, y mientras realizaba su primera vuelta por el escenario, Rudi comenzó a simular que llevaba un timón en las manos y que guiaba con él su cuerpo perfectamente. A partir de ese momento, comenzó a ganar velocidad. Se suponía que en el momento en que se desviase habría un accidente, pero el dominio que ejercía el artista con sus piernas mantenía controladas las ruedas de los patines. Cada vez que circulaba por el proscenio, al borde de las candilejas,

casi a punto de salirse del escenario, Rudi gritaba: «¡Huuuy!». Aquel *gag* atrajo la atención de los espectadores, que comenzaron a participar de la broma acompañándole y gritando «¡Huuuy!» cada vez que Rudi estaba a punto de salirse del escenario y caer al foso o sobre la primera fila del público. Rudi circulaba ufano y simulaba un gesto de total despiste. Había logrado lo más difícil: atraer sobre sí la completa atención de los asistentes. Pero había algo que le molestaba y no sabía qué. A la tercera vuelta lo descubrió. Dos luces laterales en el fondo del escenario le cegaban al girar. Esas luces eran nuevas para él, durante los ensayos no habían estado encendidas. Seguramente, el electricista se estaba equivocando, pensó, pero no, lo que sucedía era lo normal: el electricista iluminaba por el orden del programa y él se había adelantado a su turno. Esas no eran sus luces. Rudi analizó la situación y pensó que en aquel momento no era conveniente cortar la euforia que estaba logrando en los espectadores.

A cada vuelta, el ¡huuuy! se acrecentaba, lo que provocaba fuertes carcajadas. El auditorio era feliz y él lo era aún más con la respuesta que estaba logrando. Reconducir un público perdido era una labor que sólo los maestros eran capaces de lograr. Sólo los viejos profesionales solían contar con recursos para solventar situaciones como aquella, y él la estaba resolviendo. Por un momento sintió en el paladar ese sabor a éxito que sólo pueden disfrutar los grandes, los triunfadores, los que han dedicado toda su vida a triunfar por todo el mundo sin distinción de etnias o culturas. Pero aquellas luces eran su perdición. Antes de que toda su actuación se convirtiera en una catástrofe, pensó: «Daré sólo seis vueltas. La sexta será la última». ¡Dichosas luces! ¡Qué lástima! ¡Con lo bien que estaba resultando aquello! Pero no podía continuar en aquellas condiciones. Cada vez que giraba en el fondo y en ambos laterales, quedaba completamente ciego. Definitivamente, la sexta sería la última. Y lo fue.

Vaya si lo fue, pero no porque se cayera del escenario, sino porque, cegado por aquellas potentes ráfagas, se abrió en la curva del fondo y se enredó en el único forillo o telón de fondo de papel con que contaban para presentar su espectáculo y que cubría todo el final del escenario. De pronto, Rudi quedó hecho una especie de amasijo de patines y hombre envuelto en papel. Al quedar descubierto el interior del escenario, el público pudo ver a varios integrantes de la compañía, que desaparecieron inmediatamente, y a dos sorprendidos bomberos de guardia que en aquel momento disfrutaban de su bocadillo y que, tras venirse abajo el forillo, con el mayor gesto de asombro y estupidez que unos seres humanos pudieran exhibir, quedaron mirando al patio de butacas con el bocado en la boca, que no acertaban a cerrar.

La situación se presentaba ridícula. Rudi Ciclotón, que para colmo había perdido sus gafas de aumento o, como él las llamaba, de culo de botella, trataba de librarse de

aquel terrible amasijo de papel de decorado que se había enrollado en su cuerpo como si de un potente y extraño reptil se tratara. El pobre hombre se iba librando de los patines cohete, que habían perforado el papel del decorado, y sufría el que las partes más rígidas del forillo se le estuvieran clavando en los riñones, la espalda, el pecho y las piernas. El duro decorado lo había atrapado de tal manera que no lograba acertar a desempaquetarse. Algunos de los ancianos y del personal auxiliar del teatro, que habían quedado a la vista de la sala al caer el forillo y habían corrido a los laterales para ponerse a cubierto, al ver la situación de desamparo en que había quedado Rudi salieron de nuevo al escenario en su ayuda, a pesar de que algunos vestían sólo un albornoz y otros aparecían a medio vestir o con sólo una toalla enrollada en la cintura. Esta vez, el público no quiso creer que se trataba de una situación de comedia interpretada, inmediatamente adivinó la verdad y, como si alguien los hubiera puesto de acuerdo, comenzaron a exaltarse.

Ya estaba bien de aguantar. Primero la gorda presentadora, luego el equilibrista del pedestal, a continuación el cómico de los saludos, y ahora el patinador. Unos protestaban levantándose de su butaca o subiéndose sobre ella; otros silbaban como auténticas y frenéticas locomotoras; los más manifestaban su descontento a grito pelado. Algunos imprudentes, enardecidos o contagiados por aquella locura que se extendía por momentos, más atrevidos y menos educados conforme avanzaba la protesta, comenzaron a lanzar trocitos de programas de mano encendidos desde el anfiteatro al patio de butacas sin calcular el peligro que entrañaba tal aberración.

Aetos adivinó inmediatamente adónde podía conducirlos aquella situación, por lo que convirtió su rostro en el más autoritario de los gestos y ordenó a Juan Carlos y a los Fassios salir a escena, dar la cara y calmar aquel zipizape con trabajo.

—¿Estás loco? —intervino Juan Carlos.

—Jamás estuve más cuerdo, os aseguro que es la única solución.

—Pero ¿qué hacemos?

—Combinar las tres atracciones en una sola presentación. Te dejaremos actuar, pero en las pausas para tu descanso haremos nuestro trabajo tanto los Fassios como nosotros. Tres atracciones en una... ¡Vamos! No perdamos un segundo más.

Y sin mediar más palabras salieron a escena los cuatro personajes, Juan Carlos, Gustav y Rebeca Fassios, y Aetos, ya que Moses se reservaba para sorprender al público con algunos de sus trucos de magia.

Los espectadores, que en principio no cejaban en su empeño de alborotar y acabar con lo que entendían como una estafa, al ver que Juan Carlos bajaba al patio de butacas y comenzaba a subir la escalera colgante a pulso, dejaron de atender a Rudi Ciclotón para concentrar su mirada en aquel joven y elegante atleta que les ofrecía algo nuevo.

Agneta, ya completamente curada de espanto, musicalizaba aquella diestra subida

con dramatismo. Cuando Juan Carlos alcanzó el trapecio y se sentó sobre él, recibió una ovación cerrada, síntoma inequívoco de que aquel público comenzaba a recuperar la cordura.

—¡Tango! —le gritó Gustav Fassios a Agneta durante la ovación que estaba recibiendo el trapecista.

Ella comprendió de inmediato y comenzó a interpretar *El día que me quieras*, una canción que había popularizado Carlos Gardel pocos años antes.

Gustav y Rebeca Fassios se lanzaron a bailar aquella melodía con la mayor elegancia y soltura. Conforme avanzaban, cambiando y sorprendiendo con nuevos pasos constantemente, el público los aplaudía, al principio tímidamente, aunque más tarde —cuando llegaban a los últimos compases y, en una perfecta filigrana tejida con la mayor maestría, anudaban y desanudaban sus piernas como si las hubieran convertido en rápidos sacacorchos automáticos— la ovación fue cerrada hasta el final de la interpretación. El público comenzaba a pedir más baile cuando el vuelo de Juan Carlos sobre sus cabezas llamó su atención. Sin dar tiempo a los espectadores ni para respirar, Juan Carlos inició su primer equilibrio sobre el trapecio. Volaba de un lado al otro de la sala manteniéndose en pie sobre la barra del trapecio y con las manos libres.

Algunos espectadores, temerosos, se enroscaban en sus butacas. El jefe electricista había entendido la situación e improvisaba la iluminación de la función sobre la marcha. El público había entrado en razón: habían olvidado por completo la bronca y prestaban la mayor atención a todo cuanto sucedía en la sala. Cuando por fin Juan Carlos volvió a sujetarse de las cuerdas y brindó a los presentes su franca sonrisa, todos aplaudieron emocionados.

Aetos se encontraba en el centro del escenario; vestía un elegante frac blanco con zapatos y sombrero de copa a juego. Cuando el público dejó de aplaudir, los Fassios lo ataron y lo introdujeron en una cabina. De pronto, esta se vino abajo: los paneles quedaron esparcidos por el suelo y no había ni rastro de Aetos.

Para sorpresa del público, inmediatamente aparecía Aetos por el pasillo central del patio de butacas saludando con su sombrero de copa de raso blanco en alto. En realidad no era Aetos, sino Moses, pero el público desconocía el hecho de que se tratara de dos magos y además fueran gemelos...

Conforme subía al escenario, Moses levantó su sombrero y señaló a Juan Carlos, quien ya volaba de nuevo para realizar su siguiente ejercicio.

Y así, pasándose el relevo de una atracción a otra, los Fassios interpretaron seis números bailables, los hermanos Orakis presentaron seis impresionantes trucos de magia y Juan Carlos se jugó la vida siete veces más, dejando al público, en su último ejercicio, con el corazón en la boca.

Una vez anunciado el final del espectáculo y mientras los espectadores,



abandonando satisfechos el local, cruzaban el vestíbulo del teatro, ahora a oscuras para lograr el efecto, Lukas y Lena de Cock, armados con sus potentes linternas en su mano izquierda, creaban todo tipo de sombras chinescas en las paredes y sobre las cabezas de los espectadores en una simpática e inolvidable despedida.

Cuando Juan Carlos, los Fassios, los Orakis Brothers y Agneta Beckenhauer, tras finalizar la representación, entraron al patio de camerinos, el resto de la compañía y el personal técnico del escenario los recibieron como héroes. Sólo faltaba Al Pace, quien según las últimas noticias, ya consciente, pasaría la noche en el hospital de la Cruz Roja vigilado por los médicos de guardia. Máxima Contessa, Bergen y Rudi Ciclotón estaban presentes y parecían encontrarse en buenas condiciones, aunque mostraban varios vendajes y parches de esparadrapo en sus cuerpos.

Cuando todos habían mostrado su agradecimiento abrazando y besando a los protagonistas de la noche, apareció en el fondo del escenario Armand Rousseau, quien con el susto aún reflejado en su rostro felicitó efusivamente a los salvadores del espectáculo.

Juan Carlos era bastante exigente con el hecho de mantener una concentración total antes de subir al trapecio. Por lo regular, evitaba hablar con nadie los tres minutos previos a una actuación y acostumbraba a cerrar los ojos para tratar de visualizar el trabajo que iba a realizar y repasar todos los ejercicios por orden de ejecución. Un psiquiatra berlinés aficionado al espectáculo le había recomendado este método hacía tiempo. Ese mismo especialista le había informado también de que su exagerada transpiración, hecho que aumentaba considerablemente la peligrosidad en su arriesgado trabajo, no se producía por el esfuerzo físico que realizaba sobre el trapecio, sino por el estado en que se encontraba en esos momentos su sistema nervioso. Por eso, incómodo como se sentía cubierto de sudor en aquellos momentos en que todos le abrazaban y besaban, decidió hacer una pausa para calmar sus nervios y se dirigió a su camerino para hacerse con un albornoz. No esperaba encontrar allí a nadie esperándole y, en el supuesto caso de que le hubiera estado aguardando alguien, habría entendido que fueran exclusivamente Erika, Aetos o Moses, pero nadie más. Para su total asombro, quien le esperaba detrás de la puerta sosteniendo un albornoz y con el agua de la ducha corriendo era nada más y nada menos que Ivette Trouzot. Su sorpresa aumentó cuando aquella francesita, con la mirada brillante y balbuceando palabras incomprensibles que acompañaba con gestos de invitación, le indicaba que se introdujera en la ducha mientras ella le esperaba con el albornoz abierto y colgando de sus manos.

Por unos segundos, Juan Carlos pareció dudar ante la situación que se le presentaba. Normalmente, y en razón de la excitación que le producía jugarse la vida en el trapecio, después de cada actuación sufría importantes ataques de lujuria y, de hecho, no miraba a una mujer con los mismos ojos antes de una actuación que tras

bajarse del trapecio, una circunstancia que había comprobado en más de una ocasión pero que jamás había comunicado a nadie, ni siquiera al psiquiatra berlinés. Pero aquella precisa noche, sin embargo, y a pesar de la excitación que pudiera haberle producido su reciente actuación, lo tuvo muy claro: miró al suelo durante unos instantes mientras, completamente en silencio, negaba con la cabeza. Cuando levantó la mirada fue para indicarle a Ivette, con un gesto serio e inconfundible, que abandonase de inmediato el camerino.

La francesita trató de no darse por enterada. Como única respuesta al gesto de Juan Carlos se acercó a la puerta del camerino y, observándole desde allí con una mirada de complicidad, giró la llave y dejó cerrada la habitación con sólo ellos dos dentro. Justo en aquel momento alguien trató de entrar, movió el picaporte e inmediatamente sonaron unos golpes en la puerta. Ivette Trouzot se llevó el dedo índice a los labios para pedir silencio, pero Juan Carlos, con gesto de disgusto y sin prestar la menor atención a la solicitud de ella, la apartó a un lado y haciendo girar la llave abrió la puerta de par en par. Detrás de la puerta apareció una alegre y sonriente Erika que, tras descubrir a Ivette, transformó su sonrisa en un grave gesto de decepción. Al igual que le había sucedido anteriormente a él, lo menos que esperaba era encontrar a la francesita en el camerino y, desde luego, mucho menos aún encerrada bajo llave con Juan Carlos. Pero vista hace fe, y aquello era un hecho comprobado. Posiblemente era la primera decepción relacionada con el amor que sufría Erika en su vida. Sintió algo terrible. Parecía que el mundo se había roto en mil pedazos.

Notó un fuerte dolor en el pecho al tiempo que los ojos se le llenaban de agua. Su primera intención fue retirarse de allí inmediatamente mientras intentaba infructuosamente identificar con claridad el sentimiento que la embargaba. ¿Decepción? ¿Odio repentino? ¿Vergüenza? ¿Celos? Fuese lo que fuese, necesitaba sufrirlo a solas, sin la presencia de nadie. Pero en el momento en que trató de retirarse con la mirada perdida, Juan Carlos la sujetó pasándole el brazo por la cintura con cierta firmeza para introducirla en el camerino con suavidad y delicadeza. Con ella así sujeta, hizo un inconfundible gesto de despedida a la francesita, quien, tras mirarlos a los dos con una clara mueca de desprecio, abandonó el camerino murmurando palabras que sonaban a un futuro desquite. Juan Carlos, sin soltar a Erika de entre sus brazos, se acercó a la puerta y volvió a cerrarla. Mientras giraba la llave, y sólo por un instante, pensó que le había parecido como si la francesita, antes de salir, tratase de esconder o no dejar caer algo que tenía en la bocamanga de la chaqueta. Pero ahora estaban los dos solos y no deseaba pensar en otra cosa.

Desechando de su mente cualquier asunto que pudiera sacarle de aquella realidad, colocó a Erika de frente para estrecharla mejor y la dejó llorar durante un rato en su pecho. Cuando entendió que estaba más calmada, se animó a preguntar:

—¿Celos?

Erika se secó los ojos antes de responder.

—Deben de ser. Pero si lo son, te aseguro que son muy fuertes...

—¿Es la primera vez que sientes celos?

—¿Cómo podía ser de otra forma si es la primera vez en mi vida que quiero a alguien?

—Eso me parece muy bien —dijo él suavemente—, porque espero que algún día llegues a sentir lo que yo siento por ti.

Erika no respondió, en lugar de ello le entregó los labios en un beso que decía mucho más que las palabras. Cuando recuperaron la voz, Juan Carlos tomó la cabeza de Erika entre sus manos:

—No vuelvas a sufrir por celos jamás —le dijo mirándola a los ojos fijamente—. No vale la pena. Ni yo, con todo lo que te quiero, valgo una lágrima tuya. Los celos son el cáncer del amor, cuando invaden la mente de un enamorado no cejan hasta destruir el idilio...

—Pero, entonces, ¿esa chica...?

—Esa chica se había colado en mi camerino con extrañas intenciones, no lo niego, pero nunca esperes de mí una traición. Yo no soy así. Cuando llegues a conocerme bien entenderás lo que hoy te estoy diciendo, porque esta será la única vez que te hable así. Puedes estar segura de que no volveré a tocar este tema jamás.

—De acuerdo —respondió ella abrazándole con fuerza y presionando su cuerpo hasta sentir en sus piernas la excitada respuesta de su hombría. Entonces, acercando sus labios a un oído de él y casi en un suspiro, le susurró—: Sabes que te estoy provocando. Y sé que mi provocación te excita...

—Estoy excitado desde que subí al trapecio.

—Ese trapecio es mi competidor. ¿Quieres subir a mi trapecio aunque pueda ser más peligroso?

—En este momento estoy loco por jugarme la vida contigo.

Erika le buscó la boca con los labios entreabiertos y, tras entregarse en un sentido y profundo beso, acercó de nuevo sus labios al oído para, en una especie de interminable quejido, decir: «¡Ahora! Entra...».

## Capítulo 32

Brunhilde Zihmer, alias Ivette Trouzot, desapareció de la zona de tocadores de la primera planta sin que nadie la viera. Inmediatamente subió a una zona en desuso desde hacía tiempo donde se había reservado un viejo camerino destartado y sucio como escondite. Una vez a solas y con la puerta cerrada y el cerrojo pasado, se sentó en el suelo, en un rincón, y comenzó a llorar desconsoladamente.

Las prisas con que se había montado aquella peligrosa misión estaban conduciéndola al mayor de los fracasos. Nada le salía bien. ¿Qué pensaría el Sturmbannführer Rosenhauer si la viera en aquellos momentos hecha un guiñapo y llorando sin consuelo su fracaso? Y, lo peor, sin saber qué decisión tomar.

Lo cierto era que el plan original se había desajustado completamente. Se suponía que el suero de la verdad, aquella famosa escopolamina de Colombia, haría hablar al viejo Beckenhauer. Le habían asegurado que la persona que recibiera el líquido, si se le hacía la pregunta inmediatamente después de administrárselo, con suavidad y sin que llegaran a sus oídos otras órdenes que pudieran confundirlo, confesaría de inmediato dónde se encontraba el famoso sobre marrón. Ella había seguido las instrucciones recibidas y lo único que había logrado era que aquel tozudo y supuesto patriota austríaco se le muriera en los brazos. Debía de estar muy bien aleccionado en cuanto a no hablar con nadie sobre su secreto, porque no entraba en razón. Primero intentó explicarle la imperiosa necesidad de trasladar el sobre a Alemania, pero el viejo no soltaba prenda. Ni siquiera cuando le informó de que el documento iría directamente a las manos del Führer. Solamente cuando mencionó esa palabra, la espía creyó descubrir un brillo especial en los ojos del anciano que acompañó de un gesto que ella quiso entender como de duda. Ese gesto y ese brillo en los ojos fueron los motivos que la indujeron a utilizar el suero de la verdad, ya que, además, ¿cómo podía ella saber con seguridad que el sobre estaba en poder del anciano si este, desde el primer momento en que lo amenazó con su pistola, fue absolutamente incapaz de decir una sola palabra, algo que no cambió cuando le clavó la aguja de la jeringuilla en la vena? Nada. Ni tan sólo una queja.

Y lo peor de todo: ¿cómo era que nadie, ni siquiera aquel médico con ojitos de loco que le mostró en Berlín cómo acceder a la vena cefálica en el antebrazo, le había advertido de que aquel suero era mortal y la convertiría en asesina en la primera acción? Y no se trataba de que le preocupase matar. Estaba preparada para ello sin que debiera alterarla en absoluto gracias a los cursos de mentalización sobre ese asunto, que en su caso habían funcionado a la perfección. Matar, si lo hacía cumpliendo una orden de un superior y en defensa de una causa, no debía crearle el más mínimo cargo de conciencia porque, en última instancia, la responsabilidad era de quien había dado la orden, nunca de ella. Aun así, y pese a que en aquella

situación específica no había matado para defender su vida, lo hizo con la mayor facilidad y seguridad. Con una intención absoluta y un total descaro. El anciano no pudo contar con ninguna fuerza ni recurso para evitarlo. ¡Pobre viejo! ¡Había muerto como un pajarito! Sin apenas resistirse y sin emitir ni siquiera una blasfemia. Posiblemente, de haberse mantenido con vida unos minutos más hubiera confesado algo. Su inteligente mirada parecía dudar entre hablar o morir, pero era evidente que finalmente se decidió por lo último. Quedaba claro que a esa edad las personas piensan de diferente manera.

Y, sin embargo, ¡qué contraste entre su aparente debilidad física y la fuerza que demostró ejercer con los dedos de su mano izquierda! Esa mano se había enroscado en su muñeca derecha como un garfio, y le costó Dios y ayuda deshacerse de ella. Aun después de haber perdido el sentido seguía presionando y causándole dolor.

Posiblemente, pensó Brunhilde, aquella mano había desarrollado una especial fuerza por ser la que más utilizaba el viejo para tocar el violonchelo o quizá el piano.

De cualquier manera, alguien debería haberla advertido sobre el efecto maligno de aquel medicamento. Bien que le habían enseñado que las sorpresas no debían producirse jamás en el ejercicio de una misión. La joven se sacó un pañuelo del puño de la manga y se secó las lágrimas. Aprovechó el momento de respiro que le daba a su mente para abrir la llave del radiador de la calefacción. Se estaba quedando helada. En seguida llegó el agua caliente, lo que la impulsó a recostarse directamente sobre el propio radiador.

Poco tiempo resistió en aquella posición, pues el radiador adquirió una temperatura que pronto comenzó a quemarle la espalda. Recapacitando sobre lo sucedido aquel mismo día, volvió al rincón. ¿Por qué se había producido la muerte de la vieja actriz? No lo comprendía. Y menos aún entendía qué hacía en el camerino de la organista. Brunhilde había pensado que el momento era perfecto para intentar buscar el sobre. Con todo el elenco de artistas pendientes del ensayo y la organista sentada al órgano musicalizando la función, lo oportuno era rebuscar entre las cosas de los Beckenhauer. Pero ¿quién diablos iba a pensar que la actriz estuviera también buscando quién sabe qué en aquel camerino? ¿Tendría ella algo que ver con el sobre? La espía tenía claro que lo que la actriz buscaba era muy importante para ella, no le cabía la menor duda. No había más que analizar la agresiva manera en que reaccionó al ser descubierta. Y allí sí que no había tenido más remedio que matar en defensa propia. De no ser por aquella providencial botella de vino que pudo alcanzar y que utilizó para defenderse, quién sabe qué hubiera sido de ella. Aquella mujer debía de tener experiencia en enfrentamientos. Bastaba con ver la cicatriz que cruzaba su rostro para sacar conclusiones.

Posiblemente, aquella pelea se decantó a su favor por la diferencia de edad y el buen estado físico adquirido durante su entrenamiento en el cuartel. Gracias a ello se

había impuesto, porque la mujer era una auténtica fiera. Su idea, cuando descubrió a la actriz dentro del camerino, era decirle que había entrado a por un poco de labor de ganchillo, pero aquella bestia no le dio tiempo para explicarse: su mirada asesina y aquel rostro desfigurado decidieron el inmediato futuro de la mujer. Brunhilde estaba segura de que, de haber dudado un segundo más, hubiera sido ella quien habría recibido el mortal botellazo. Y, ahora que lo analizaba con relativa calma, se preguntaba: ¿no estaría drogada la anciana? ¿Quizá borracha? Recordaba con toda nitidez el apestoso tufo a alcohol que emanaba de su boca mientras Brunhilde la atacaba con aquella peligrosa botella de vino. Sí, ahora que lo pensaba con mayor detenimiento volvía a revivir la escena con total claridad. Es más, recordaba que, debido al horrible olor que despedía su boca, sintió por un momento unas fuertes náuseas que, obligada por la situación y haciendo un esfuerzo supremo, pudo apenas controlar. ¡Qué asco! Ese olor la perseguiría de por vida.

En aquel preciso momento, el recuerdo la estaba molestando hasta el punto de sentir en el paladar un sabor ácido y desagradable que la obligó a levantarse y a enjuagarse la boca con agua helada en el grifo del polvoriento lavabo. Tras secarse las manos con su pañuelo, aprovechó para refrescarse con él los parpados y la frente. Tenía que seguir pensando y necesitaba despejar su mente. Porque lo que había resultado un fracaso total, algo que no se perdonaría jamás, fue el intento de acercamiento al trapequista. Ella estaba aleccionada y autorizada para tomar decisiones por su cuenta, siempre y cuando considerara sin ningún tipo de dudas que beneficiaban a la misión. Pero en aquel momento no estaba segura de haber tomado una decisión correcta. Durante el poco tiempo que había compartido con el colectivo de ancianos había tratado de recabar la mayor información posible, pues para realizar su labor era imprescindible conocer quién era quién en el grupo. Al matrimonio Beckenhauer lo había reconocido de inmediato, ya que, como preparativo de la misión, por sus manos habían pasado infinidad de fotografías, sobre todo de él. Pero una vez eliminado el músico, por deducción lógica y sin olvidar a la viuda, con quien ya había iniciado una relación, pensaba que debía acceder a quien estuviese al frente del grupo, pues quizá también se ocupaba de proteger el documento. Y sobre eso no había recibido más información al respecto. No conocía a nadie más, no tenía más datos y aquella operación estaba cogida con pinzas. Fue por eso por lo que, observando el comportamiento de cada cual, había decidido por su cuenta y riesgo que quien mandaba allí, quien parecía conducir a todo el colectivo, era el trapequista. Por lo tanto, había que llegar a él cuanto antes.

Sabía que no era fácil. Había notado cierto entendimiento entre él y la chica, Erika. Pero, desde el punto de vista sexual, si el trapequista tuviera que elegir entre Brunhilde y aquella joven, la espía era mucho más apetecible, y por eso se había convencido de que el camino era la insinuación. La mejor manera de ganárselo era

poniéndole la miel en los labios, y en eso ella era una auténtica y experimentada maestra. Además, en el supuesto caso de que tuviera que ir más allá de lo decente, hacerlo con aquel atleta no representaba ningún sacrificio; por el contrario, lo deseaba ardientemente y con verdadero anhelo. ¿Qué había ocurrido entonces para que aquel joven, aquel elegante y atrayente atleta, la despreciara? Porque eso fue lo que hizo, despreciarla con un gesto despectivo y cruel. No sabía bien aquel jovencito con quién se la estaba jugando. Por supuesto que ante todo estaba cumplir con sus obligaciones y conseguir ese maldito sobre, pero no por eso echaría al olvido el imperdonable desaire.

Alguien iba a pagar por lo que estaba sufriendo en ese momento, y ese alguien quedaría señalado en su memoria hasta que llegase la ocasión. En cuanto a la chica, la tal Erika, más le valdría no interponerse en su camino: si aquella misión ya se había llevado dos vidas, quién podía privarla de disfrutar del sabor de la venganza segando aquellas otras dos que tanto comenzaba a odiar...

Brunhilde Zihmer, más calmada ante la promesa de una cercana venganza, se puso en pie, se acicaló y ordenó un poco su cabello. Pensó por un momento en la misión por cumplir y, tras levantar su brazo y ladrar un rabioso y silencioso «*Heil Hitler!*», abandonó aquel escondite bastante renovada.

## Capítulo 33

Erika de Cock creía experimentar eso que todos llaman felicidad y que ella no había tenido ocasión de disfrutar ni recordaba haber sentido jamás. La sensación que dominaba no sabía bien si su alma o su corazón era un maravilloso estado de bienestar que la llenaba de ilusión y por el que estaba dispuesta, de ser necesario, a entregar la vida. Quizá lo que sentía no era felicidad y se conociera con otro nombre. ¿Podría entonces llamarlo amor? ¿O tal vez era un modo de contemplar la vida que no tenía nada que ver con su alma ni con su corazón, pero que se había instalado en su mente para hacerla sentir importante, dichosa, merecedora de una buena estrella y digna de permitirse soñar con todo lo afortunado que ofrece la existencia? Sin preocuparle demasiado el nombre y su significado, ella deseaba llamarlo amor, y como tal lo definiría a partir de ese momento.

Porque era lo lógico, lo natural. ¿Cuántas situaciones, decisiones y eventualidades tienen que mediar para que se produzca un encuentro entre dos seres humanos necesitados de amor y proclives a este? Dado que habitaban el mundo miles de millones de seres humanos, infinitas personas..., no podía dejar de admirar el magnífico azar que los había bendecido al permitir que se hubieran conocido. Coincidieron, ambos estaban en el lugar preciso y en el momento exacto, allí donde alguien, sin contar con ellos, había previsto la cita de sus vidas: el encuentro inesperado; el mayor albur en sus existencias. Para mayor fortuna, ese hado, ese algo o alguien quiso también que ambos vivieran y salieran ilesos de un mortífero bombardeo justamente el día en que se habían conocido. ¿Se puede pedir más? Sólo el amor es capaz de recorrer caminos tan misteriosos y tortuosos para lograr su deseo, sólo él es capaz de descubrir y calibrar la ilusión que anida en las mentes de los propicios al encuentro. Sí, por eso ella lo llamaría amor.

A pesar de haber nacido en el seno de una familia dedicada al mundo del espectáculo, con lo que ello implicaba en cuanto a viajes e inestabilidad, Erika no había sufrido las consecuencias que acarrearía la profesión de sus padres. Desde niña, y acompañada por una rutina estable y apacible, permaneció, se crio, estudió y creció en la tranquila ciudad de La Haya, donde una hermana de su madre, una solterona, se encargó de cuidarla y prepararla para la vida cuando sus padres, obligados por el oficio, viajaban a otras ciudades del país o al extranjero. Allí, en La Haya y bajo la estrecha vigilancia de su tía, experimentó el cambio de niña a mujer y conoció lo atractiva que resultaba al sexo opuesto.

Desde muy joven había aprendido el secreto de la sencillez, principio que la había conducido al refinamiento y a la elegancia. Por eso cuando un hombre la miraba no lo hacía una sola vez, sino que, admirado por su humildad, se recreaba en su armónica imagen. A los dieciséis años de edad, sus padres, por razones económicas, se



instalaron definitivamente en Berlín, donde las ofertas de trabajo cubrían ampliamente sus necesidades. Conscientes de que la estadía en Alemania podría ser indefinida, Erika viajó a Berlín para reunirse con ellos y se instaló en un cómodo y céntrico apartamento. Allí, al verse obligada a estudiar en la lengua teutona, descubrió su gran facilidad para hacerse con un nuevo idioma.

Sus padres, grandes artistas y creadores de nuevas técnicas para proyectar sombras chinescas, habían tratado de educar a su hija en ese original arte, mostrándole los secretos de la profesión y ofreciéndole un futuro garantizado, pero Erika, que había descubierto su habilidad políglota, prefirió dedicarse a la filología en lugar de exhibirse en público, algo que en principio detestaba y para lo que no se sentía preparada. Además de sus estudios, se había despertado en ella un gran interés por el deporte, y comenzó a practicar distintas especialidades. Resultó ser magnífica en natación y excelente en gimnasia, actividades que en seguida hubo de limitar al descubrirsele el padecimiento de una arritmia de carácter leve pero digna de la mayor atención. Esa triste noticia afectó a su carácter por un tiempo, durante el cual sufrió un estado de depresión que la condujo a un peligroso grado de inapetencia. Con una gran dosis de paciencia, el dulce y sacrificado cuidado de sus padres y el consejo de dos especialistas en la materia, logró recuperarse de la enfermedad mental, pero no así de la arritmia, que perduró por un tiempo hasta que los médicos lograron controlarla.

Independientemente del amor y la admiración que sentía por sus progenitores, en especial por su padre, encontró en los estudios y en el descubrimiento de las nuevas lenguas la manera de olvidar su problema de salud, y dedicó a la investigación y el análisis de los idiomas la mayor parte de su tiempo. Al finalizar su tercer año de estudios creyó haberse enamorado. Su profesor de inglés parecía haberla cautivado con sus citas sobre Shakespeare y el teatro renacentista inglés, además de la atractiva lectura de un sinfín de versos de los más geniales rapsodas de habla inglesa, como William Wordsworth y Samuel Coleridge, creadores de la poesía romántica inglesa. Con la mayor ilusión, sobre todo por parte de ella, comenzaron a visitar museos juntos, así como a frecuentar la oferta teatral de la ciudad en aquellos momentos. Para Erika, dedicada por entero a sus estudios, a excepción de algún que otro viaje en los que había acompañado a sus padres durante las vacaciones, todo resultaba novedoso y atractivo.

Curiosamente, y a pesar de vivir en el seno de una familia dedicada al complejo arte del espectáculo, todo cuanto veía le parecía nuevo e interesante. Tras presenciar una obra teatral y mientras disfrutaban de una cena, o simplemente de una copa, discutía con el profesor el argumento y le divertía hacer profundos análisis sobre los personajes. A veces, estos eran tan auténticos y certeros que dejaban completamente perplejo al maestro, quien, asombrado y sorprendido a la vez por el equilibrado

criterio con que juzgaba las obras, se sentía cada vez más cautivado por la interesante personalidad de la joven.

Sin embargo, y desde el punto de vista de ella, con él sucedía todo lo contrario: así como en un principio el profesor había logrado cautivar el inexperto y joven corazón de Erika utilizando para ello recursos ya probados en otras experiencias, que en un primer momento parecían llenar de romanticismo sus citas y que, para una mentalidad joven y ágil como la de ella, resultaban apropiados y convincentes, en cuanto los utilizó en exceso o los repitió con frecuencia comenzaron a dejar de producir el efecto deseado; por el contrario, descubrían las ocultas intenciones del profesor, a pesar de que las envolvía en la mejor poesía, rima o frase feliz. Erika, que despertaba a los afectos con la mayor inocencia y limpieza de espíritu, conforme avanzaba la relación entre ambos, muy despacio, levemente, descubría en la mirada del profesor algo que no podía explicarse con claridad pero que producía en ella una especial desconfianza, y sentía una total falta de identificación con aquellos melosos comentarios dichos con un despliegue de gestos y miradas insinuantes y repetidos a veces hasta la saciedad.

Pero todo en esta vida llega, y llegó el día en que el profesor se equivocó. Tan inteligente como era para ejercer su profesión y embaucar con palabras y textos ajenos al sexo opuesto, no supo sin embargo medir el nivel de inteligencia y madurez con que Erika estaba dotada.

Una noche, tras disfrutar de un magnífico espectáculo de variedades en la sala Scala —en cuyo vestíbulo colgaba una fotografía de sus padres entre los históricos retratos del genial payaso suizo Grock y el mejor malabarista de la historia, Enrico Rastelli—, el profesor, con la mayor inocencia y naturalidad, comunicó a Erika que había reservado mesa en el restaurante Lorenz Adlon del hotel Adlon Kempinski, y Erika, desconocedora por entonces de la categoría de aquel local, aceptó con la mayor naturalidad la invitación. Una vez sentados a la mesa, el profesor, tratando de impresionarla, comenzó a hablar sobre la historia del hotel Adlon, fundado en 1907 y que había hospedado en sus habitaciones a los más célebres personajes del siglo xx. De hecho, en aquellos precisos momentos ocupaban sus mesas importantes personajes del ambiente artístico, así como varios políticos y militares. Ella, sin darle mayor importancia, escuchaba con sumo interés y naturalidad; para ella, aquella información era una lección más de su profesor, o pura cháchara que no conducía a ninguna parte y mucho menos a hacerla sentirse influida por la grandeza del lugar y su entorno.

La grandilocuencia con que su profesor vendía el lugar y su historia no hacían mella en ella, ni siquiera cuando él discutió con el maître al tratar de pedir un plato en francés, algo que puso de bastante mal humor a este último. Pero lo que no esperaba Erika, y mucho menos el profesor, fue lo que sucedió tras los postres: un camarero

acababa de dejar sobre la mesa una bandejita de plata con la cuenta, y el profesor, tras releer varias veces la suma que reflejaba el recibo, introdujo su mano en el bolsillo y, en lugar de extraer la cartera, sacó algo, lo puso en la palma de la mano derecha de Erika y la cerró a continuación. La muchacha, sorprendida, reflejó en su rostro un gesto de preocupación, pero, cambiando de inmediato a una serena sonrisa y acompañándola con un inocente gesto de asombro, preguntó:

—¿Qué es esto?

El profesor bajó la mirada.

—¡La llave de la felicidad! —respondió sin atreverse a mirar directamente a los ojos de la joven.

Erika, intrigada, abrió lentamente la mano y descubrió una llave. Quedó con la mirada fija en ella mientras su mente trataba de adivinar su significado. Tras una larga pausa en la que confundía sus pensamientos con el ruido de los cubiertos y la vajilla del comedor, se hizo una pequeña luz en su cerebro que fue creciendo hasta iluminar completamente su cabeza.

—Espero que esto no sea lo que me imagino —le espetó al profesor con rabia contenida.

—Es la llave de la felicidad, cariño —insistió el hombre—. Ya es hora de que nos conozcamos mejor. Sube tú primero a la habitación. Yo iré tan pronto abone la cuenta...

La reacción de Erika no se hizo esperar. Primero se lo quedó mirando fijamente a los ojos, pero sin verle en realidad. Su mente trabajaba a gran velocidad tratando de comprender aquella situación y en cuestión de segundos comprendió la razón de ser última de todas aquellas poesías y frases rebuscadas en boca de aquel cerdo. ¿En qué podrido cerebro había germinado la insolente idea de que le entregara su cuerpo? ¿Cuándo había dado ella a entender que lo quisiera hasta ese punto? «¡Te equivocas, profesor! —se dijo—. Aquí no te valen ni William Wordsworth ni Samuel Coleridge. Ni siquiera te valen todos los Shakespeares de la historia del romanticismo inglés».

Y poniéndose en pie, mientras cogía en sus manos la copa medio llena de vino del Rin que él había usado, lo despachó destilando ironía.

—Como dijo tu amigo Shakespeare: «Ser o no ser». —Y levantando la llave en el aire la dejó caer dentro de la copa de vino—. Y ahora bébetela, a ver si eres capaz de abrir tu cerebro a algo que se llama inteligencia. ¡Hasta nunca, profesor! —Y se despidió sacándole tres cuartos de lengua.

Erika empezó a andar despacio pero absolutamente orgullosa de su comportamiento. Antes de abandonar el comedor y ya desde la puerta, miró de reojo al profesor y descubrió que este aún estaba observando la llave en el fondo de la copa... Esa fue la última imagen que tuvo de él. Jamás volvió a verle.

Ahora, pasado el tiempo, reía en su interior recordando a aquel ridículo aprendiz

de Tenorio.

Esa había sido su única experiencia seria con un ser del sexo opuesto antes de conocer a Juan Carlos, y le había servido de mucho. Aquella prueba había sembrado en ella un especial instinto de cautela que más tarde, al principio de su relación con Juan Carlos, había estado presente en ella y la había mantenido alerta, profundamente desconfiada, y atenta a los gestos y detalles que surgieran de él. Sin embargo, el carácter de Juan Carlos, su espontánea y natural manera de proceder, su humildad y, también, aquel poderoso atractivo físico que tan sólo mostraba durante sus actuaciones profesionales acabaron por dominarla completamente, y se entregó a Juan Carlos en cuerpo y alma, sin limitaciones, tal como entendía que lo había hecho él.

Y estaba totalmente satisfecha y orgullosa, aparte de convencida, de la decisión tomada. Sin complejos. Se sentía plenamente mujer, y mujer feliz. Había completado un ciclo de juventud y ahora acababa de comenzar otro en el que el amor era imprescindible y parte importante de un todo en esa época de la vida. Era plenamente consciente de que jamás se había sentido como lo hacía ahora, embargada por una sensación especial y única que llenaba su existencia con una especie de ilusión de futuro jamás sospechada. Algo desconocido por ella y por lo que definitivamente valía la pena vivir. ¡Quería vivir! ¡Soñaba con un futuro envuelto por el amor! ¡Llenaba sus horas, sus minutos, sus segundos de una ilusión diferente! ¡Una ilusión compartida que deseaba que no llegara jamás a su fin! Pero aquella ilusión, aquel estado pasional, aquella felicidad completa y única, hacía nacer en ella, como una especie de contrapartida, un sentimiento desconocido que invadía su vida y le creaba una desazón que, de una manera lenta pero insolente, iba carcomiendo su cerebro: el terror a perderlo. El miedo a que alguien se lo arrebatara de su lado. Los terribles celos femeninos que llenan la mente de fantasmas en forma de competidoras. Ese miedo ancestral a perder aquello por lo que se entrega el alma y el corazón, y que, de no ponerle freno, puede conducir al ser humano a un disparatado estado de inestabilidad cercano a la locura. ¡Locura de amor!

Por primera vez en su vida, ahora tenía un doble motivo por el que luchar: el amor fraternal a su padre y a su madre, y ese otro amor al que no sabía dar nombre, loco, sublime, genial, maravilloso, incondicional y total. Ahora sabía bien lo que deseaba y lo que quería hacer de su vida en el futuro. Lo sabía perfectamente hasta el punto de llegar a cualquier extremo antes de permitir que nadie desviase la ruta marcada por el destino. Su ruta. La que siempre había soñado.

## Capítulo 34

Armand Rousseau analizó la situación y llegó a la conclusión de que debía cancelar la corta temporada del espectáculo en Lyon. La experiencia del estreno en el Théâtre des Célestins había resultado lo suficientemente traumática como para evitar su repetición. Dentro de sus planes sólo había programado dos ciudades: Lyon, por su cercanía a Estrasburgo, y Toulouse, por su proximidad a España, destino final de Juan Carlos y sus protegidos. Ahora, y vistas las circunstancias, anularía las representaciones en el Célestins, aunque, de alguna manera, debería pensar en buscar una alternativa para resarcirse de las grandes pérdidas que se producirían con aquella inesperada cancelación. Por otro lado, sabía también que no podía cumplir con las fechas programadas en Toulouse, puesto que el espectáculo no estaba rodado y se arriesgaba, tratándose de personas de una edad tan avanzada, a tener que volver a suspender las funciones, con los costos y pérdidas que aquello podría suponer.

El único destino que se le ocurría para realizar una larga temporada y cubrir toda la inversión hecha, o al menos parte de ella —y eso, por supuesto, contando con al menos dos semanas para promoción y para ensayar el espectáculo hasta dejarlo bien atado—, era París. De funcionar el espectáculo allí, a pesar de la situación inestable que provocaban aquellos últimos días de guerra, resolvería la situación económica de los ancianos y la suya propia, y hasta pudiera suceder que sonara la campana y lo que en principio se planificaba como una temporada de paso se convirtiera en un éxito de taquilla para bien de todos.

Rousseau no lo pensó más, aquella misma noche, antes de que la compañía regresase al hotel, advirtió a Juan Carlos de que cancelaba las representaciones pendientes en el Célestins.

—De acuerdo. Haremos lo que tú digas —le respondió este con prudencia—, pero ¿cómo podemos compensarte?

—Eso es lo que estoy estudiando en estos momentos —confesó Rousseau—. Déjame realizar unas llamadas esta noche y veré qué puedo hacer con vosotros. Para tu tranquilidad, no pienso dejaros tirados. Sea como sea, trataremos de que lleguéis a vuestro destino sanos, salvos y cuanto antes —le aseguró—. De alguna manera resolveremos vuestro futuro inmediato. Lo mejor será que mañana, tras los funerales de vuestros compañeros, nos reunamos aquí, en el teatro. ¿Te parece bien?

—Por supuesto —contestó Juan Carlos—. Lo que tú digas. Ya sabes que en estas cosas el que manda eres tú.

Armand Rousseau miró directamente a los ojos de Juan Carlos y se mantuvo así por un tiempo. Este, sorprendido, no añadió nada a la espera de las palabras del productor.

—Así me gusta —afirmó finalmente este con una sonrisa pícaro.

Sin tiempo para analizar el porqué, Juan Carlos sintió cierto rubor. Aquella frase de su amigo le había hecho presentir algo que, por un instante, le había creado una gran confusión. Tanto fue así que quedó por un rato con la mirada perdida, como avergonzándose de algo pero sin saber de qué.

Sin embargo, quien lo tuvo claro de inmediato fue Erika, que observó a Rousseau con un sorprendente gesto de extrañeza, mirándole como si acabara de descubrir algo raro en él, algo que sólo es capaz de sospechar una mujer profundamente enamorada de su hombre...

El siguiente día amaneció iluminado por un sol espléndido. Por error de un funcionario del ayuntamiento, el doble entierro tuvo que retrasarse. Toda la compañía se presentó por indicación de aquel hombre en el célebre cementerio judío de Lyon, donde les aclararon que el sepelio se celebraría en el cementerio municipal y los advirtieron de que los cadáveres ya se encontraban allí. Cuando por fin llegaron junto a las fosas abiertas donde sepultarían a Beckenhauer y Elke Zolm, encontraron esperándolos a dos inspectores de policía vestidos de paisano acompañados por dos guardias de uniforme que, sin perder el tiempo, les preguntaron nada más verlos por Ivette Trouzot. Nadie había reparado hasta ese preciso momento en su ausencia y, cuando Juan Carlos trató de informarse sobre la razón por la que buscaban a Ivette, los policías guardaron silencio, pues no estaban autorizados a divulgar ninguna información, si bien antes de retirarse solicitaron la colaboración de todos los presentes, ya que, según ellos, era muy importante localizar a la joven con la mayor urgencia.

En cuanto los policías de paisano y uno de los guardias se retiraron, dejando al otro haciéndoles compañía, el jefe de los enterradores se acercó al grupo y advirtió que no podían esperar más; ya llevaban una hora y media de retraso, por lo que todos los presentes rodearon las fosas.

Los ancianos no perdían de vista al jefe de los enterradores. Más que un enterrador parecía un actor que representaba el drama natural que significa un entierro. Sus ampulosos gestos y movimientos estaban estudiados a la perfección y su exagerada afectación llamaba poderosamente la atención. Tanto era así que, cuando el féretro donde Elke Zolm realizaba su último viaje tocó tierra, todos los presentes estuvieron a punto de dedicar a los enterradores un fuerte y merecido aplauso. Era lo que la situación requería, aunque, de haberlo hecho, se hubiera producido un macabro e inevitable ridículo.

Afortunadamente se contuvieron, y, una vez que los ataúdes estuvieron cubiertos de tierra, Aetos se volvió a Bergen y le pidió que, en nombre de todos los presentes, despidiera el duelo.

Bergen, ni corto ni perezoso, se subió a un pequeño montículo que separaba ambas tumbas y, con su sonora y atrompetada voz, se arrancó:

—¿Te encuentras bien, compañero? —preguntó mirando la fosa donde reposaba Beckenhauer.

—Perfectamente bien —respondió la apocada voz del músico.

—¿Necesitas algo?

Todos miraban la tumba dibujando una tierna sonrisa en sus rostros.

—Nada, gracias. Estoy muy bien... Acabo de llegar y ya me han puesto una túnica, y me han entregado un precioso violonchelo blanco. Oíd qué bien suena...

Del fondo de la tumba salió el precioso sonido de un violonchelo interpretando una frase musical de *Muerte y transfiguración*, de Richard Strauss. El sonido era impecable. Sólo Bergen era capaz de imitar el sonido de un instrumento como aquel con tal exactitud.

Los enterradores se miraban entre ellos y luego miraban al fondo de la tumba sorprendidos. No entendían lo que estaba ocurriendo. Aun así, seguían atentos a todo cuanto sucedía.

—Suena precioso —comentó sonriente Bergen—. Todos aquí te hemos escuchado y te deseamos una feliz estancia dondequiera que estés.

—¡Espera! —exclamó Agneta Beckenhauer mientras trataba de limpiarse las lágrimas que corrían por su rostro. Y, dando un paso al frente, miró a Bergen para preguntarle—: ¿Puedo decirle algo?

Todos observaron a Agneta con lástima. Bergen, movido por la compasión, la animó:

—Es tu momento, dile lo que quieras y desahógate. Lloro hasta que te sientas tranquila.

Agneta intentó hablar, pero inmediatamente se arrepintió y se refugió en los brazos del resto de las mujeres, que habían acudido a consolarla. Afortunadamente, aunque muy callada y respetuosa con los demás, era una mujer fuerte y voluntariosa. Bergen, intentando recuperar la irrealidad que acababa de crear, dejó de atender a Agneta y, volviéndose de nuevo a las tumbas, se dirigió esta vez a la de Elke Zolm:

—Querida y extraña compañera, espero que estés en la gloria.

Del fondo de la tumba surgió la teatral voz de Elke Zolm:

—Estoy bien... Sí, creo que esto es la gloria... Me han vestido con una túnica blanca y me han puesto a trabajar en la vendimia. La uva está madura...

—¡Me alegro! —exclamó Bergen—. Sigue en ello y encontrarás tu particular gloria... —Continuó mirando al cielo y, con el más serio de sus gestos, pidió—: ¡Descansad en paz y que Dios se apiade de vuestras almas!

Todos afirmaron con la cabeza y comenzaron a retirarse. El único que se persignó fue Juan Carlos.

—¿Aún crees en eso? —le espetó Aetos mirando al trapequista con extrañeza.

A los ancianos no les gustó que se suspendiera la temporada en el Célestins. Eran

conscientes de los fallos ocurridos en el estreno del espectáculo, pero aducían que de haber estado la madera del escenario en perfectas condiciones no hubieran sufrido percance alguno.

—Os comprendo —aceptó Armand Rousseau, quien desde el proscenio se dirigía a los ancianos—. Pero no me negaréis que la función está sólo apuntalada. Necesitáis haceros con ella, no está lo suficientemente segura como para que vosotros la disfrutéis. Conozco vuestra manera de pensar y sé perfectamente cuándo os estáis divirtiendo con vuestro trabajo, pero también sufro cuando os veo pasarlo mal en el escenario.

Los ancianos se revolviéron en las butacas de primera fila donde estaban sentados. Sus caras denotaban cierta preocupación. A pesar de que las había dicho con la mayor exquisitez, las palabras de Rousseau no lograban su propósito. Rudi Ciclotón levantó su mano derecha:

—Pido perdón por no levantarme para hablar —aclaró el ciclista—. ¡Estoy molido! Sin embargo, quiero dejar bien claro que lo que consiguieron anoche los Orakis Brothers, el Gran Barrachina, los Fassios y el matrimonio De Cock es digno de la mayor admiración por parte de cualquier profesional. Eso que hicieron no se puede realizar si no se disfruta de un dominio total de la profesión.

Juan Carlos, sentado en el proscenio junto a Rousseau, observaba con humildad a las viejas glorias sin atreverse a expresar sus ideas. Mejor que opinaran las voces de la experiencia. Aetos, conciliador, levantó la voz para aclarar algo el entuerto:

—Cuidado, compañeros, no nos equivoquemos. Nosotros pensamos en un solo aspecto de la situación, el artístico, pero hay otros ángulos en este negocio que debemos contemplar también. No olvidemos que el señor Rousseau es un empresario, uno de los mejores de Europa, por cierto, y que como tal tiene que defender otros intereses. Él debe velar por el aspecto económico de la operación, y nosotros hemos de darle la oportunidad para que lo haga.

—Eso es otra cosa —intervino Máxima Contessa—. Si el señor Rousseau piensa que suspender en el Célestins es lo mejor para la economía... Pero entonces yo no entiendo nada sobre los negocios, porque pienso que, si abrieran taquilla mañana, la sala se llenaría.

—Efectivamente —dijo Rousseau—. También yo estoy seguro de que llenaríamos la sala, pero ¿alguien puede garantizarme que volveríamos a salvar la función?

—Si lo logramos ayer —apuntilló Gustav Fassios—, ¿cuál es la razón para que no repitamos la hazaña?

—Lo que hicisteis ayer es irrepetible. Yo fui testigo. Pude ver hasta el último detalle. Pude sentir cómo os entregabais en cuerpo y alma para salvar la función. Es la primera vez que participo en algo tan complicado... —exclamó Rousseau



poniéndose en pie, y se puso a caminar de un lado al otro del escenario—. Por un momento llegué a pensar que nos quemaban el teatro, pero la combinación de las tres atracciones, unida al sorprendente contenido de cada una de ellas, condujeron al público a ese especial estado de emoción cuando dos minutos antes protestaba con amargura... Y nadie dice nada del fantástico trabajo realizado por Agneta Beckenhauer. Ella merece también la mayor de las ovaciones... —Agneta recibió el aplauso encogiéndose en su butaca mientras se cubría el rostro con su pañuelo, y luego Rousseau prosiguió—: Sin embargo, no puedo permitir que os juguéis de nuevo la vida en un teatro que no ofrece las condiciones suficientes para vuestra seguridad. Eso es un hecho incontestable y todos tenemos que aceptarlo.

Aetos lo dejó desahogarse y luego levantó la mano.

—En definitiva, compañeros, si el señor Rousseau entiende que debe suspender la temporada es porque sabe lo que está haciendo. Al fin y al cabo es su teatro, su inversión, y nosotros sus incondicionales artistas.

Del grupo de ancianos surgieron varias expresiones de apoyo.

—Gracias —dijo Rousseau—. Por el momento sólo puedo daros dos noticias. La primera es que, de camino a España, nuestro próximo destino es París...

Las mujeres recibieron la noticia con mayor ilusión que los hombres.

—Y la segunda —continuó Rousseau— es que, dentro de la promoción de nuestra presentación en París, nos han invitado a participar, exactamente dentro de doce días, en la tradicional e importante gala de la Cruz Roja en el Théâtre Olympia, donde, en el caso de aceptar, compartiríais cartel con las más grandes figuras del momento.

—¡Yo acepto! —intervino una voz al fondo del patio de butacas—. Pero primero me tendréis que dar permiso para ir a mear...

Todos se volvieron con expresiones de alegría, e inmediatamente corrieron a recibir a Al Pace y su compañera, que acababan de llegar del hospital, donde los habían atendido de las heridas provocadas en sus actuaciones del día anterior.

## Capítulo 35

La salida hacia París estaba prevista para las once de la mañana. A las ocho, después de desayunar, toda la compañía acudió al teatro para vigilar la carga, colocación y amarre de los aparatos de trabajo, los trastos y el vestuario en el fondo del interior del órgano-autobús. Todos se sorprendieron de que Aetos hubiera llegado al teatro una hora antes que el resto. Cuando Moses le preguntó, este respondió que estaba despierto desde muy temprano y, ya que no lograba conciliar el sueño, había preferido dar un paseo matutino hasta el teatro con vistas a repasar el estado de su material. Moses, extrañado, clavó los ojos en su hermano, pero Aetos esquivó discretamente su mirada. Aparentemente no deseaba o no tenía la intención de dar más explicaciones. Moses se quedó con la mosca detrás de la oreja. Por primera vez en sus vidas no entendía aquella manera anómala de proceder de su gemelo, pues, si de algo podían presumir ambos, era de una plena y total confianza sin que a ninguno de los dos le quedara jamás la menor duda al respecto. Sin embargo, algo extraño estaba ocurriendo, y Moses, aunque decidió dejarlo por el momento, se propuso averiguarlo más tarde.

A las diez de la mañana, de acuerdo con lo previsto, Juan Carlos llegaba con el órgano a la puerta del hotel. Los ancianos ocuparon sus asientos y acomodaron su ligero equipaje de mano, más bien bolsas de papel con alguna pieza de ropa o alguna fruta o alimento. Erika y Moses dejaron apartadas varias bolsas con bocadillos, bebida y frutas para el viaje, pero, antes de que Juan Carlos, como era su costumbre, preguntase si estaban todos, Erika le comunicó que faltaba Agneta Beckenhauer.

El propio Juan Carlos entró en el hotel a buscarla. Unos minutos más tarde regresaba al autobús con gesto de preocupación: no estaba allí. La habían buscado en su habitación, en el comedor y, por no dejar de mirar, habían bajado incluso a la lavandería. Ni rastro de Agneta. Inmediatamente se desataron todo tipo de comentarios: la señora De Cock opinó que quizá hubiera ido al centro de la ciudad en busca de material para su punto de cruz; Máxima apuntó hacia la posibilidad de que, tras la muerte de su marido, hubiera decidido abandonar el grupo... Tras escuchar varias opiniones más, Aetos levantó la voz:

—¿Qué os parece si vamos al cementerio?

En el interior del vehículo se hizo un silencio total que rompió Juan Carlos:

—¡Cómo hemos podido ser tan tontos! —exclamó al tiempo que se sentaba al volante y arrancaba el motor. Unos minutos más tarde, el vehículo frenaba en uno de los paseos del cementerio junto a la tumba donde reposaba el cuerpo de Beckenhauer y donde Agneta, sentada sobre ella y cubriéndose el rostro con las dos manos, rezaba o hablaba con su difunto esposo.

Estaba bien abrigada y hecha un ovillo, pero su cuerpo temblaba como si Agneta

hubiera perdido el control de este. Con el mayor de los respetos, los ancianos rodearon la tumba sin atreverse a interrumpirla y, tras unos pocos minutos de total silencio, Erika y su madre se acercaron a la viuda, tomaron asiento junto a ella, y comenzaron a acariciar su cabello y sus manos sin decir ni una palabra. Inmediatamente, Agneta reaccionó abriendo sus ojos enrojecidos y observando a sus compañeros con la mirada perdida. Como si acabara de salir de un sueño, su rostro, mojado por las lágrimas y con unas acentuadas ojeras que indicaban la terrible noche que debía de haber pasado, volvió a cobrar vida. Todos allí se sintieron en parte culpables.

—¿Por qué no nos llamaste anoche? —preguntó Erika con la mayor dulzura.

Agneta, tiritando, ahora seguro que por el frío, respondió mientras se secaba el rostro con un pañuelo:

—Preferí venir a hacerle compañía...

—¿Has estado toda la noche aquí? —preguntó la joven, alarmada.

Agneta afirmó con un gesto de inocencia...

—¡Qué locura! —exclamó Erika al tiempo que se levantaba para, ayudada por su madre, conducir a Agneta al interior del órgano.

Los ancianos habían formado un pasillo hasta la puerta del vehículo. Juan Carlos se asomó con dos mantas en sus manos con las que inmediatamente cubrieron a la viuda. A partir de ese momento, las mujeres se hicieron cargo de consolar y hacer entrar en calor a Agneta mientras Juan Carlos se sentaba al volante. Antes de encender el motor miró a Aetos, y este, cerrando el puño de la mano derecha al tiempo que levantaba el dedo pulgar, con gesto serio, le guiñó un ojo.

Los escasos visitantes del camposanto, en aquella triste y poco confortable mañana, miraban extrañados aquel impactante órgano de pipa que, quizá respetuoso con aquellos que dormían el sueño eterno, callaba en lugar de sonar mientras circulaba por entre las frías tumbas interpretando el único y desconocido himno al silencio.

Una vez en la carretera que los conduciría a París, Rudi Ciclotón sacó del bolsillo dos barajas de póker que mostró insinuante a sus compañeros. Al instante se produjo un intercambio de asientos que dio por resultado una serie de partidas que hicieron más llevadero el largo viaje. Las mujeres habían convencido a Agneta de la importancia que tenía en aquellos momentos que se alimentase. Un poco de fruta y unos sorbos de té frío fue lo único que a duras penas pudo tragar. Con un abrigo como almohada y varias mantas como colchón, organizaron a la viuda una cama en la última fila de asientos, donde la dejaron completamente rendida.

Muy avanzada la tarde y tras dejar la ciudad de Dijon bastante atrás, ya en plena Borgoña, Juan Carlos realizó otra necesaria parada para que los ancianos estirasen las

piernas. Esta vez, cosa que nunca demostraba, sentía cierta preocupación. Desde que salieron de Lyon se sentía vigilado, o perseguido quizá, por una furgoneta Renault de color negro. Conociendo el carácter y la imaginación de Aetos, evitó hacer el más mínimo comentario. Pero lo cierto era que la furgoneta le había pasado en dos ocasiones y había viajado detrás del órgano durante bastantes kilómetros. De eso estaba seguro, aunque no había logrado identificar los rostros de sus ocupantes, si bien podía afirmar que eran tres hombres.

Había sido por eso por lo que, viendo que iban detrás pero bastante alejados, Juan Carlos, guiado por los letreros que anunciaban café y gasolina más adelante, había decidido parar poniendo para ello los intermitentes con mucha anticipación con la idea de que ellos, quienesquiera que fuesen, se dejaran ver. Sin embargo, después de que el órgano tomó el desvío, aquella furgoneta había acelerado y se había perdido tras una curva.

Mientras Juan Carlos llenaba el depósito de gasolina, los ancianos caminaron para desentumecerse, pero en seguida entraron al café. Una vez lleno el depósito, estacionó el órgano en la parte trasera, junto a un pequeño taller de mecánica donde un solo hombre, muy mayor, trabajaba sobre un motor. Las pocas plazas para aparcar con que contaba el lugar estaban ocupadas por camiones, la mayoría abandonados y con sus motores destripados. Preocupado por la oscuridad de aquel sitio, pensó en quedarse dentro del órgano, pero él también era humano y necesitaba visitar el cuarto de baño. Tras dudar un buen rato qué hacer, decidió que quizá estuviera contagiándose de los miedos y preocupaciones que solían acomodarse en la mente de Aetos. Tal vez él también estuviera comenzando a ver fantasmas donde no los había, por lo que quitó la llave de contacto, cerró la puerta y se dirigió directamente a los baños. Cuando reapareció en el local, varios clientes participaban en un juego y competían con Rudi Ciclotón y Bergen, que, buscando una travesura más con que entretenerse aparte de por razones básicamente económicas, habían apostado el costo de las consumiciones de toda la compañía, doce cafés, contra varias copas de licor consumidas por los clientes. Ganaba el que lograra dejar su moneda más cerca de la base de la barra lanzándola desde unos cuatro metros de distancia.

Los dos clientes que competían contra Rudi y Bergen ya habían lanzado sus monedas. Una había rebotado en el propio mostrador y había quedado bastante separada, pero la otra había logrado situarse a unos cinco o seis centímetros de la base. Le tocaba a Rudi. El ambiente era de euforia. El cliente que había logrado acercarse tanto su moneda daba gritos de alegría y se sentía ya casi ganador. Rudi limpió sus gafas de culo de botella, se pasó un pañuelo por los ojos, miró a todo su grupo, que esperaba expectante el lanzamiento, y, tras realizar dos primeros amagos de intento, al tercero lanzó la moneda, pero controló tanto el impulso que se quedó corto y la dejó muy alejada del mostrador. La decepción se reflejó en los rostros de

toda la compañía.

El cliente que por el momento ganaba se encaramó a una silla gritando:

—¡Voy ganando! ¡Voy ganando!

Tan divertida resultaba la competición que hasta el dueño del café, que despachaba tras la barra, y su esposa salieron a presenciar el lanzamiento de la última moneda. Le tocaba a Bergen. En sus manos estaba la reputación de todo el grupo que lo respaldaba y, sobre todo, el no tener que recurrir a Juan Carlos para que abonase las consumiciones. Bergen miró a todos los espectadores con un marcado gesto de autosuficiencia, se situó en el lugar del lanzamiento y, cuando daba vueltas a su moneda entre los dedos y estaba a punto de lanzar, Aetos le interrumpió:

—No des más vueltas a la moneda. La vas a tirar tan mareada que no va a saber dónde caer...

Bergen miró curioso la moneda y después a Aetos, pues este parecía estar queriendo decirle algo. Bergen se despreocupó, o al menos lo intentó, y situándose de nuevo para el lanzamiento besó la moneda por ambas caras. Y, justo cuando iba a lanzar, Aetos volvió a interrumpirle:

—No se puede besar una moneda antes de lanzarla. Las monedas tienen vida. Aunque te parezca mentira, ellas ríen, lloran, sufren...

Esta vez, Bergen miró a Aetos con mayor interés buscando adivinar algo en su mirada, algo que no lograba descifrar. Le conocía lo suficiente como para entender que no le estaba gastando una broma, no en ese momento, por lo que comenzó a darle vueltas a la cabeza buscando una respuesta a lo que quería transmitirle.

—¿No será que tienes envidia? —le preguntó entonces como lanzando su pregunta al tuntún.

—Algo así —respondió Aetos.

—O sea —dijo Bergen—, que lo que quieres es tirar tú la moneda...

—Me encantaría —reconoció Aetos con una franca sonrisa.

Bergen se volvió al cliente que iba ganando:

—¿Tiene usted algún inconveniente en que lance la moneda mi compañero?

—A mí me da exactamente igual —dijo el hombre—. Con tal de que se decidan de una vez.

Bergen puso la moneda en la mano derecha de Aetos, quien, sin hacer ningún alarde, se situó en el lugar de lanzamiento, tomó medida de la distancia y, entrecerrando los ojos, lanzó la moneda al aire.

Por la curva ascendente que esta inició daba la impresión de que tropezaría con el frente del mostrador y que saldría a continuación rechazada por este, pero el lanzamiento fue tan ajustado y equilibrado que cayó completamente pegada a la base y se quedó allí, inamovible. No había duda. Era la moneda ganadora. Los ancianos gritaron y aplaudieron con los brazos en alto. Aetos recogió la moneda y la besó.

—Ahora es cuando hay que besarla...

—¿Cómo lo ha hecho? —le preguntó el cliente competidor con la boca abierta.

—Es cuestión de arte —respondió Aetos con aire enigmático.

El cliente abonó las consumiciones sin dejar de mirarle y abandonó el local junto al otro competidor y un par de clientes más. Los ancianos rodearon a Aetos felicitándole.

—Perdóname por no haberte entendido a la primera —le dijo Bergen tras tenderle la mano.

—No tengo ni idea de a qué te refieres —respondió Aetos con marcada inocencia.

Los ancianos, tras despedirse de los dueños del café y de los pocos clientes que quedaban, abandonaron el local felices. Ya había oscurecido y, guiados por Juan Carlos y Erika, volvieron al órgano, donde cada cual ocupó su asiento.

Para sorpresa de todos, cuando Juan Carlos intentó poner en marcha el vehículo, este no respondió. Comprobó que funcionaba la batería, pero no así el motor de arranque. Era la primera vez que fallaba.

—¡Qué extraño! —exclamó Aetos.

—No empieces con tus elucubraciones —comentó Moses—. Los motores fallan. O es que este va a ser el único infalible...

En aquel preciso momento, Juan Carlos vio que el viejo mecánico cerraba la puerta de su taller, así que, sin perder un segundo, salió del órgano y se acercó a él.

—Hace rato que tenía que haber cerrado —dijo el viejo con desgana al notar que alguien se aproximaba.

—Lo siento —se excusó Juan Carlos—, pero llevo ahí dentro a catorce personas de su edad. Es la primera vez que me falla el autobús y...

—Por el ruido, me suena a que se trata del motor de arranque —aventuró el mecánico—. Aunque también pueden ser los platinos, vaya usted a saber... ¿Van muy lejos?

—A París —informó Juan Carlos con preocupación.

A pesar de la pobre iluminación que producía la única bombilla, el viejo mecánico pudo ver reflejada la angustia en el rostro de Juan Carlos, por lo que, tras pensarlo un momento, comenzó a abrir de nuevo la puerta mientras confesaba:

—¿Qué son unos minutos más de trabajo en la vida de un hombre? ¡Si no les atiendo, los remordimientos no me van a dejar pegar ojo en toda la noche!

A Juan Carlos le cambió el semblante, aunque fue incapaz de abrir la boca ni para dar las gracias.

El viejo mecánico se hizo con un maletín de herramientas y, tras encender varias luces más del exterior y la calefacción del local y hacerse con una potente linterna de mano, se dirigió decidido al órgano de pipa.

—Mejor será que les diga a sus pasajeros que se refugien en mi taller —le

comentó al trapecista mientras se acercaban al autobús—. Hay mejor luz y la temperatura es más agradable. Y otra cosa, haga el favor de abrir el capó de este extraño trasto. Por cierto, ¿es francés?

—Creo que alemán —respondió Juan Carlos.

El viejo mecánico soltó una carcajada.

—¡Además eso!

Juan Carlos abrió la tapa del motor y dejó que el mecánico comenzara su revisión. Subió al vehículo y, mientras se sentaba al volante en espera de que el mecánico le pidiera que arrancara, recomendó a todos que se trasladasen al interior del taller con el fin de evitar el frío del interior del órgano. Inmediatamente, Erika los movilizó. Distintas voces, que improvisaba Bergen por el camino, blasfemaban por lo bajo sobre lo inoportuno de las ciencias de la mecánica.

Después de pedirle varias veces a Juan Carlos que pusiera en marcha el autobús, el viejo mecánico le comunicó que el problema radicaba, efectivamente, en el motor de arranque. Había que cambiar una de sus piezas.

—¿No tiene arreglo? —preguntó Juan Carlos.

—Está quemada —respondió categórico el mecánico—. Podría cambiar la pieza, pero no tengo ninguna nueva aquí.

—¿Y entonces? —dijo Juan Carlos con gesto de preocupación.

—Habría que conseguirla mañana... Con suerte, pudiera ser que alguno de mis colegas dispusiera de ella, aunque fuera de segunda mano; de lo contrario, habría que pedirla a Dijon.

—¡Vaya problema! —exclamó Juan Carlos mientras se atusaba los cabellos con preocupación—. El momento es de lo más inoportuno. ¿Qué hago yo con los ancianos a esta hora?

—Van a tener que quedarse a dormir por aquí.

—¿Conoce usted algún lugar cerca?

El viejo mecánico lo pensó por un momento.

—Hay una posada a un kilómetro —respondió—. Y, por tratarse de ancianos, yo podría acomodar a cinco o seis en mi casa. Dos de mis hijos, casados, acaban de mudarse a París y dispongo de ese espacio.

—Pues le tomo la palabra —se alegró Juan Carlos viendo el cielo abierto.

Una hora más tarde, los gemelos, Juan Carlos, Erika y sus padres quedaban acomodados en tres espléndidas habitaciones en la finca del viejo mecánico, en tanto el resto de la compañía se instalaba en la posada recomendada por el viejo, que, aunque incómoda, en parte por el ruido que generaban los vehículos que transitaban por la carretera situada justo ante ella, tenía la ventaja de ofrecer unas habitaciones confortables y limpias en extremo. Cuando, antes de retirarse a dormir, los ancianos vieron que Juan Carlos se hacía responsable del costo, le acompañaron hasta la puerta

de la posada.

—Gracias por el detalle —dijo Rudi Ciclotón en nombre de todos—. Pero queremos que sepas que te devolveremos hasta el último céntimo.

—Considéralo un anticipo, una inversión a ciegas —añadió Bergen mostrando una sonrisa irónica—. Aunque, después de todo, estás comprando acciones preferentes del mejor colectivo artístico del mundo. Conseguir un regalo como el nuestro es una ganga que sólo la casualidad pone en tus manos.

—Soy consciente de ello —aclaró Juan Carlos, sonriente.

—Es la primera vez que te hablo completamente en serio —dijo Bergen mostrando un énfasis poco habitual en su gesto, de pronto circunspecto.

—Y yo también —respondió Juan Carlos—. Lo que tenéis que hacer es dormir bien y desayunar mejor. Pasaremos a buscaros mañana tan pronto como arreglen el órgano.

—Estaremos esperándote —dijo Rudi Ciclotón.

Amaneció un día gris en la Borgoña. A Juan Carlos lo despertó, muy lentamente, el aroma a café y a croissants recién horneados. Pensar en ello le dio ánimos para volver a la consciencia.

Nada le gustaba más, tanto para desayunar como para merendar, que unos exquisitos brioche o unos croissants mojados en café con leche. Había aprendido a disfrutar de esos desayunos durante los años en que vivió en París con la familia Carré. En aquel momento, y dejándose llevar por el aroma que lo había despertado, su mente lo trasladó a la capital de Francia, a los duros años de aprendizaje y a los ensayos diarios subido a su trapecio. Allí, volando libre de un lado al otro de las cúpulas del Cirque Medrano, en el *chapiteaux* de los Carré, y colgando del techo del Cirque d'Hiver de París, había aprendido sobre la vida y la muerte, había descubierto cómo controlar la pequeñísima distancia que separaba la existencia de esa nebulosa llamada limbo. Su maestro, Gigí Carré, alumno a su vez del gran Alfredo Codona, el primer ser humano que logró el triple salto mortal en el trapecio volante, le repetía a diario: «Jamás te confíes. Jamás dejes de prestar tu absoluta atención a lo que estás haciendo. Nunca mires a nadie del público en particular. Una sonrisa, un gesto pueden significar la diferencia entre mantenerte con vida o entregarte a la muerte. Cuando estás allá arriba, tu vida pende del más fino de los hilos. No olvides nunca que el mejor trapecista del mundo es aquel que vive para el triunfo y para contarlo».

Y todos esos consejos los recibía Juan Carlos mientras engullía media docena de croissants mojados en café con leche. ¡Qué gratos recuerdos! Unos golpes en la puerta y la voz de Aetos, que anunciaba que el desayuno estaba servido, acabaron por despertarlo del todo. Traslados al taller por el viejo mecánico, cuando los gemelos, Juan Carlos, Erika y el matrimonio De Cock llegaron junto al órgano no pudieron creer lo que sus ojos contemplaban.



Todos los aparatos de trabajo, el equipaje, el vestuario y los demás trastos que viajaban en el fondo del autobús, así como el contenido del equipaje particular de Juan Carlos, se encontraban forzados, abiertos y desparramados alrededor del vehículo.

Alguien lo había registrado a fondo, tanto que, al acceder a su interior, descubrieron que toda la tapicería de los asientos, así como los respaldos, permanecían rajados y destripados. A Juan Carlos le vino de inmediato el recuerdo de la furgoneta negra del día anterior, pero no dijo nada con la idea de no preocupar al grupo o de que no le tomaran, sobre todo Moses, bien por un visionario o bien por un irresponsable que se había callado ante la sospecha de que los perseguían.

—Nos han robado —comentó escuetamente.

—No lo creo —respondió Aetos con premura.

—Entonces, ¿a qué viene este destrozo? —preguntó exaltado Juan Carlos.

—Busca en tu baúl-armario y mira a ver si te falta algo, porque, si mal no recuerdo, me dijiste que guardabas tu dinero y tus monedas de oro en él.

Juan Carlos corrió y se lo encontró abierto y destripado. Al ir a comprobar qué le habían robado se imaginó a los tres individuos de la furgoneta negra largándose con sus ahorros de una vida. Sin embargo, tras rebuscar en los cajones, se volvió hacia los demás.

—No han tocado mi dinero ni mi colección de monedas —les reveló con asombro—. No comprendo nada.

—¡Imposible! —exclamó Moses.

Mientras el matrimonio De Cock revisaba las baterías y las lámparas de mano, abiertas y esparcidas por doquier, Erika, completamente confundida y sin apenas recuperarse de la sorpresa, se acercó a Juan Carlos.

—¿Qué buscaban entonces? —le preguntó mirándole a los ojos.

Moses se volvió de cara a Aetos y después de observarle inquirió espontáneamente:

—¿Qué sabes tú sobre lo ocurrido?

Aetos, con la vista en el suelo mientras rebuscaba y apartaba trastos de su camino con los pies, respondió:

—¡Absolutamente nada!

—No te creo —dijo su gemelo con gesto muy serio.

—Es tu problema —rezongó Aetos.

Juan Carlos los miró a los dos y, por su comportamiento, dedujo que algo extraño sucedía entre ellos. Los conocía lo suficiente como para saber que se adoraban, y el hecho de que Aetos evitase mirar a Moses indicaba que ocultaba algo importante.

Pero ¿por qué? ¿Cuándo, que él supiera, ellos se habían ocultado algo entre sí? Lo pensó por un instante y se respondió: «¡Jamás!». Es más, entre ellos solían ser

absolutamente transparentes. No existían secretos. No los hubo jamás. Algo terriblemente importante tendría que estar sucediendo para que Aetos llegase a ese extremo.

Pensó en preguntarles, pero inmediatamente se arrepintió. Por ese camino no lograría averiguar nada.

—No tengo la más mínima idea de lo que sucede. No comprendo a quién le puede interesar nuestro equipaje y nuestros trastos. Pero si en algún momento sospecháis algo, os agradeceré que lo compartáis con Erika y conmigo —les dijo—. Esto es tan confuso y tan grave que me preocupa enormemente cualquier cosa que esté sucediendo y vosotros podáis saber...

El viejo mecánico, que mientras ellos revisaban sus pertenencias había abierto el taller y, tras hacer una llamada de teléfono, miraba con estupor y a cierta distancia lo que aparentaba ser un rastrillo alrededor del órgano, se acercó a Juan Carlos para comentarle que estaba sorprendido con lo ocurrido. A lo largo de toda su vida jamás habían robado ni en el café ni en su taller.

También le informó de que había localizado la pieza del motor de arranque. No era nueva, pero le aseguraban que estaba en buenas condiciones. Si la compraban de inmediato, calculaba que al cabo de una hora, máximo una hora y media, el órgano podía estar en condiciones de continuar su viaje. Juan Carlos no lo dudó ni un segundo, por lo que decidió que, ya que tenían que esperar la pieza y su instalación, Erika llamara a la posada donde se habían alojado los ancianos para anunciarles, sin dar más explicaciones, que se produciría un retraso. Inmediatamente después, esta se unió al grupo que, pensativo y silencioso, recogía y acomodaba en el interior del órgano todos los trastos, el vestuario y el equipaje particular de Juan Carlos.

El resto del trayecto hasta llegar a París mantuvo muy ocupadas las mentes de Aetos, Moses, Erika y, sobre todo, la de Juan Carlos, que veía furgonetas negras con tres pasajeros en su interior por todos los rincones de la ruta.

## Capítulo 36

El Obersturmführer Adalbert Adler no tenía nada claro hacia dónde podía conducirlo la situación que estaba viviendo. Todo era extraño y confuso en aquella misión llena de absurdas órdenes cruzadas cuya última sorpresa había sido el mandato de Goetz que le obligaba a realizar un viaje improvisado y precipitado a Stuttgart. Se le había notificado con urgencia que un avión le esperaba en el aeropuerto militar y tuvo que trasladarse de inmediato al aeródromo sin ningún tipo de equipaje. Según Goetz, no debía prestar atención a esas carencias, puesto que en Stuttgart cubrirían sus necesidades más urgentes, pero, al llegar al aeropuerto de Berlín, Adler comprobó que ningún oficial había recibido órdenes relacionadas con su misión ni con su viaje. Nadie le esperaba. Tras dejar un mensaje telefónico a la secretaria de Goetz, tuvo que esperar dos horas a que este sacase los pies de la palangana de agua fría, y localizase los detalles y orígenes de la orden por escrito sobre aquel repentino viaje.

Por lo visto, aquello que en principio fue una misión clandestina y una orden directa desde la oficina del Führer se estaba convirtiendo en un secreto a voces dentro de la Gestapo y de las SS. ¿Sabría Günsche de los caminos que estaba recorriendo su confidencial orden y la misión encomendada personalmente a él? Entendía que sí por la urgencia que exigían las órdenes dadas por escrito a Goetz. Sin embargo, la pérdida de tiempo a causa de la investigación que por su cuenta y riesgo inició improvisadamente para averiguar los detalles más prosaicos de aquel viaje hizo que no pudiera volar en el avión previsto, por lo que tuvo que hacerlo en un vuelo de carga y, para colmo, embutido de cualquier manera entre toneladas de cajas que contenían peligrosa munición. ¡Qué absurda manera de jugarse la vida! Lo peor de todo, lo más absolutamente ridículo, fue la llegada a las oficinas centrales de las SS en Stuttgart.

Tras lo ocurrido en el aeropuerto de Berlín, pensó que quizá en Stuttgart tampoco tuvieran noticia de su existencia y, desafortunadamente, los hechos lo corroboraban. Su asombro era total. Todo cuanto sucedía era desacostumbrado. Las SS no era precisamente un cuerpo en el que ocurriesen a menudo situaciones como la que le estaba tocando vivir. Por el contrario, si por algo destacaba ese cuerpo de élite era por el exceso de rigidez, seguridad y puntualidad. Cuando le ordenaron regresar a la mañana siguiente, pensó que quizá los oficiales de las SS se habían vuelto locos, y no dudaba de que algo así estuviera sucediendo. Aquella terrible guerra estaba llegando a su fin, y todo aquel que reconociera en su fuero interno tener cargos de conciencia —y el que no lo reconociera, también—, o estaba huyendo, o estaba pensando en hacerlo, lo que podía fácilmente significar que el noventa y nueve coma nueve por ciento de los oficiales de mediana y alta graduación, o estaban desapareciendo, o estaban a punto de hacerlo.

Quizá él fuera una rara excepción. Desde que lo eligieron para la Gestapo había tratado de cumplir sus órdenes evitando en lo posible causar directamente la muerte de nadie, si bien eso no le disculpaba, ya que, pensándolo fríamente y analizando su trayectoria, si por un lado era cierto que era consciente de no haber matado excepto en defensa propia, también, por otro, lo era que había hecho la vista gorda cuando otros en su presencia habían cometido verdaderas carnicerías imperdonables desde cualquier punto de vista. ¡Cuánta barbarie presenciada! ¡Cuánta salvajada! ¿Cómo era posible que seres humanos cultos y pertenecientes a familias con apellidos ilustres pudiesen haber caído en la más profunda barbarie? ¿Cómo un solo hombre, un hombre extraño, enfermo y mentalmente desequilibrado, había logrado pudrir la mente de millones de seres humanos? Una raza. Un pueblo. Los recuerdos y las imágenes de todos esos imperdonables hechos abarrotaban su mente: había visto a un oficial alemán asesinar a un niño polaco de un tiro en la cabeza por el simple hecho de no comprender lo que le estaba diciendo, y a otro descargar su pistola en el vientre de aquella joven embarazada por el hecho de ser judía.

Habían sido miles los asesinatos que se producían a diario en nombre de un ideal surgido del odio y la revancha. ¿Qué había ocurrido para que una generación de seres aparentemente sanos y educados cayera en el más vergonzoso modo de proceder y el más canallesco comportamiento? Aun así, trataba de mentalizarse para que todos aquellos recuerdos e inquietudes no le condicionasen. Mejor sería borrarlos o dejarlos para otro momento. Él trataba de ser diferente, pero no estaba seguro de lograrlo. Entendía que cumplir con sus obligaciones y respetar las órdenes recibidas era suficiente para lavar cualquier suciedad que fuese acumulando su alma, suponiendo que la tuviese, pero lo cierto era que ya no estaba seguro de nada. Ahora, en aquel preciso momento, se encontraba en las oficinas centrales de las SS, en Stuttgart, tratando de cumplir una misión encomendada de primera mano por el máximo líder, aunque en realidad lo que estaba haciendo allí era el mayor de los ridículos al exigir que le facilitaran órdenes que cumplir, órdenes posiblemente extraviadas y que todos allí parecían desconocer. ¡Vaya caos!

Por fin, un Sturmbannführer llamado Gerard Moetzer, que disfrutaba enormemente haciendo uso de la más descarada prepotencia, se dignó recibirle en su oficina y explicarle, sin darle la menor importancia, que se había producido una mala interpretación de las órdenes emanadas de Berlín. En consecuencia, se había tomado la libertad de tomar las riendas en aquel asunto con vistas a evitar una mayor e innecesaria pérdida de tiempo y, tras recabar información sobre la misión encomendada a Adler, puso a trabajar en el asunto a tres miembros de una célula infiltrada en Francia. Por el momento no habían localizado el sobre marrón, le explicó, pero sabían dónde se encontraban las personas que lo custodiaban.

—Pero ¿usted conoce el contenido del sobre? —preguntó asombrado Adler.

—¿Quién le ha otorgado confianza como para hacerme esa pregunta? —inquirió a su vez un enojado Moetzer.

—Fui la primera y única persona a quien el primer ayudante del Führer encargó esta misión.

—Pues no diga usted más, inepto. A la vista están los resultados de su mala gestión. El asunto sigue sin resolverse y yo, que tengo problemas mucho más importantes que la localización de un sobre marrón, me veo por su culpa perdiendo el tiempo como un insensato.

—Perdone que me atreva —insistió Adler—. Pero, según tengo entendido, la documentación que contiene el sobre marrón es de suma importancia en estos precisos momentos.

—No me haga reír, Obersturmführer. ¿O es que va usted a convencerme de que unos importantísimos documentos, según usted, en lugar de encontrarse en las cajas de seguridad del gobierno central, andan por ahí dando vueltas por las carreteras de Francia? No sea ridículo. ¿A quién trata de engañar?

Adler estuvo a punto de decir algo, pero, pensándolo mejor, prefirió callar. Aquel oficial no era de los que aceptaban el diálogo, y se temía que intentar hablar con él sería como enfrentarse a un muro. En aquel momento recordó un dicho que repetía constantemente su madre: «En boca cerrada no entran moscas». Y, en consecuencia, se mantuvo en silencio.

El Sturmbannführer Moetzer, al observar que Adler, según su conclusión, aceptaba por bueno el rapapolvo, tomó asiento frente a su mesa de trabajo.

—Preséntese mañana a las ocho de la mañana en esta oficina —ordenó con gesto despectivo—. Uno de mis ayudantes le entregará nuevas órdenes por escrito. Buenos días.

Adler saludó con su brazo en alto y abandonó la oficina completamente desmoralizado.

## Capítulo 37

La prensa parisina promocionaba intensamente la próxima gala de la Cruz Roja. Todos los medios de comunicación se hacían eco del gran espectáculo, que sería presentado y conducido, en el Théâtre Olympia, por dos de las más celebres figuras francesas de la escena: Maurice Chevalier, que en aquellos momentos trataba de aclarar la mala interpretación que se había dado a sus palabras en ciertas declaraciones a la prensa, y la gran colaboradora de la Cruz Roja y primera figura del *music hall*, Joséphine Baker. El joven diario *Le Monde*, en una sugerente gacetilla, comentaba:

La próxima gala anual de la Cruz Roja contará este año con un aliciente especial. Al igual que con los años de envejecimiento surgen de los mejores vinos espumosos burbujas de gloria, las Burbujas de Gloria del espectáculo europeo estarán presentes en el escenario del Théâtre Olympia. Nos estamos refiriendo a un insólito colectivo de grandes estrellas del espectáculo que, tras vivir un retiro forzoso, reaparecerán ante nuestro público en dicha gala. Se trata de [...]

Juan Carlos, ya despierto y tras haber dormido diez horas seguidas, sentado en la cama que compartía con Erika leía en voz alta y con interés la gacetilla que le había enviado Armand Rousseau a la pensión La Bohème, a escasos cien metros del Théâtre Olympia. Junto a la noticia, en una nota escrita a mano le citaba aquella misma tarde en el hotel Ritz de la place Vendôme para hablar del futuro.

Mientras el trapequista leía todo lo que se detallaba respecto a la gala, Erika, con la cabeza recostada sobre el hombro de Juan Carlos, mantenía la vista fija en la letra de Rousseau, sobre todo en las palabras «hablar del futuro», sin poder identificar bien en aquel momento si su mal sabor de boca era provocado por la falta de alimentos, ya que aún no habían desayunado, o si el ácido que sentía en el paladar era producto de la lectura de aquel mensaje.

—¿Vas a ir? —preguntó suavemente, con la mayor prudencia y casi con desinterés.

—Debo hacerlo, no olvides que es nuestro empresario. Seguramente querrá informarnos sobre la gala de la Cruz Roja y lo que venga después.

—¿A qué te refieres con «lo que venga después»?

—Pues a la temporada que haremos en algún local de París. Piensa que nos tiene que poner a producir cuanto antes: cada día que pasa le estamos costando un dineral. Cuanto antes debutemos, antes podrá resarcirse de los gastos en que está incurriendo.

—Y todo eso, ¿no te lo puede comunicar en el teatro?

Inmediatamente, Erika se arrepintió de haber ido tan lejos. Juan Carlos guardó silencio por un momento y de pronto saltó de la cama, se envolvió con una sábana de cintura para abajo, miró a Erika por un instante y, cuando estaba a punto de decir algo, como si todo lo sucedido no hubiera existido o lo hubiera olvidado de repente se

volvió de espaldas, se dirigió al aguamanil y tomó en sus manos el gran jarrón.

Se hizo un silencio interminable roto tan sólo por el cristalino sonido del chorro de agua.

—Mi madre solía decir una frase que yo nunca entendí —dijo con frialdad tras refrescarse la cabeza y el rostro y secarse con una pequeña toalla—. Pero no sé por qué tengo la impresión de que encaja con este momento. Decía: «A preguntas hambrientas, respuestas sin alimento».

Como Erika seguía callada, Juan Carlos se volvió hacia la cama y comprobó que, arrebujada en un revoltijo de mantas y sábanas, había desaparecido. Observando el bulto que se adivinaba en el lecho, dudó entre tomarse aquella situación totalmente en serio o, por el contrario, aceptarla como una reacción infantil por su parte. Tras pensarlo un instante, con buen criterio optó por la última opción. Él no era rencoroso y en circunstancias como aquella era mejor no echar leña al fuego, así que, acercándose con sigilo, tiró de la ropa de cama y dejó a Erika descubierta, en postura fetal, gimiendo y comenzando a simular que temblaba de frío.

—¿Ahora tienes frío? —le preguntó muerto de risa.

—A preguntas hambrientas, respuestas sin alimento... —respondió Erika.

Juan Carlos disfrutó unos segundos mirando aquel precioso cuerpo casi desnudo y, dejando caer la sábana que le cubría, volvió al lecho, se fundió en un abrazo con ella y le susurró al oído:

—¿Puedo quitarte el frío?

Erika levantó el rostro y, rendida, miró a los ojos de Juan Carlos. Pero ya no pudo decir ni una palabra. Las manos de él habían comenzado a investigar y la transportaron inmediatamente camino del cielo.

A las cinco y media de la tarde, Armand Rousseau recibía una llamada desde recepción.

—Señor Rousseau...

—Dígame, Julien —dijo el productor, escamado por el tono preocupado de su interlocutor.

—No, no soy Julien, señor. Soy el director, y perdone que me atreva, pero aquí hay un joven de aspecto digamos que no muy elegante que me asegura que usted lo está esperando.

—No se deje llevar por los escrúpulos —le reconvino Rousseau.

—En eso tiene usted razón —reconoció el director—. La verdad es que es un joven atractivo con aspecto de haber realizado un largo viaje.

—Efectivamente, le estoy esperando —coincidió Rousseau—. Puede dejarlo subir.

Tres minutos más tarde, un conserje llamaba a la puerta de la suite. Rousseau

abrió y recibió a Juan Carlos con el más efusivo y entrañable de los abrazos. Un recibimiento que, ya que hacía sólo dos días que no se veían, le pareció un poco exagerado al trapecista. Su aspecto distaba mucho de coincidir con el lujo de aquella habitación, más aún por el contraste que se producía ante la elegancia con que vestía Armand Rousseau.

Este, detallista al máximo, señaló una mesita lujosamente servida y llena de bandejitas que contenían un apetitoso surtido de pequeños emparedados, pastas y repostería, así como lo necesario para servir café con leche.

—Conociendo tu tradicional costumbre de merendar a la española, me he tomado la libertad de preparar esto para nosotros dos.

—Me vendrá de perlas —aceptó Juan Carlos—, aunque ya estaba perdiendo el hábito.

—Pues siéntate junto a la mesita, disfruta y conversemos de lo que nos interesa.

Juan Carlos tomó asiento, cogió una taza vacía y un platito, y Rousseau, tomando la cafetera, comenzó a echarle el café. Pero, fuera por una cuestión de nervios o sencillamente porque calculó mal, derramó un chorro sobre la camisa y el pantalón de Juan Carlos. Este, al sentir la quemazón sobre la piel, reaccionó levantándose y vertiendo a su vez el contenido de la taza sobre la camisa y el pantalón de Rousseau. Utilizando varias servilletas se ayudaban en un intento por limpiar las camisas y los pantalones, y terminaron los dos con las camisas por fuera.

Ambos se miraron y comenzaron a reírse el uno del otro.

—Parecemos dos cómicos de revista —dijo Rousseau.

—Perdona, pero es que yo creí que se me quemaba el alma.

—El alma y algo más —comentó el empresario estallando en una fuerte carcajada.

—¡Menos mal que no llegó a tanto! —dijo riendo a su vez Juan Carlos.

Rousseau terminó de pasarse la servilleta por la camisa y, viendo que sería imposible limpiar las manchas de esa manera, se la quitó y, cogiendo también la de Juan Carlos, fue hasta el cuarto de baño y las depositó en el lavabo. Al regresar, quedó frente a él y comenzó a dar unos cortos paseos mientras le hablaba:

—Aunque en estos momentos parezcamos dos de los hermanos Fratellini —dijo sin detenerse—, no tenemos más remedio que hablar en serio. —Hizo una pausa para aclarar la voz antes de continuar—: Los teatros de París están todos programados. He logrado que me cedan diez días en el Odeón...

—¿Sólo diez días? —se lamentó Juan Carlos.

—Es todo lo que he podido conseguir.

—¿Y compensa una temporada tan corta?

—Ni a vosotros ni a mí —reconoció Rousseau—. El lanzamiento del espectáculo en París requiere una fuerte inversión que ese tiempo no nos permitiría recuperar. La



única esperanza es reducir el presupuesto de lanzamiento al cincuenta por ciento y confiar en que vuestro éxito en la gran gala de la Cruz Roja compense desde el punto de vista publicitario esa reducción.

—¿Y no sería mejor olvidarnos de París y dedicar todo nuestro esfuerzo a la temporada en Toulouse?

—Es tarde para ese cambio —opinó Rousseau—. Diez días en París pueden ayudarnos algo, si todo va bien. Además, necesitamos vuestro éxito aquí para que repercuta en Toulouse y despierte un cierto interés en la ciudadanía.

—Lo que tú hagas estará bien. De cualquier manera, nunca podremos pagarte lo que estás haciendo por nosotros.

—No lo estoy haciendo por vosotros, Juan Carlos. Lo que estoy haciendo, y seguiría haciendo de por vida, es por ti. Sólo por ti.

Juan Carlos, confundido y preocupado, habló a borbotones:

—Ya sé que existe una gran amistad, pero...

—Lo cierto —interrumpió Rousseau— es que hace mucho tiempo que deberíamos haber mantenido esta conversación. En realidad, hace varios años.

»Debo confesarte que yo no haría todo lo que estoy haciendo si no estuvieras tú de por medio. Antes de que comenzara la guerra, en los tiempos en que representamos *Cosmos Follies* aquí, en París, te envié con la palabra y el gesto todo tipo de mensajes, pero eran demasiado sutiles y no llegaban a su destino, tú no los entendías porque te lo impedía tu juventud y el desconocimiento de la vida, una vida que te jugabas a diario para sufrimiento de mi corazón...

—¿Qué es lo que estás tratando de decirme? —preguntó Juan Carlos más confundido aún.

—Estoy tratando de que conozcas mis sentimientos. Yo no soy lo que aparento ni puedo aparentar lo que soy. En realidad, soy lo que la naturaleza quiso hacer de mí, algo diferente. Lo que sucede es que en otros esta manera de ser se desarrolla de forma clara y evidente, fácilmente reconocible, mientras que en mi caso se oculta tras la fachada de un empresario respetable, de buen aspecto e incuestionable éxito entre las mujeres.

Juan Carlos, con los ojos entornados, fijó su mirada en su amigo.

—¿Tú?

—Sí —confirmó Rousseau—. Ese hombre de buen aspecto y, más que perseguido, atosigado por las más bellas mujeres de París, resulta que no es lo que tú imaginabas.

—¿Desde cuándo? —preguntó Juan Carlos—. Porque en la época en que trabajábamos juntos...

—Desde siempre —le interrumpió—. No he sido otra cosa jamás. Desde el instante en que desperté a la vida supe que era así. Y, conforme fui madurando,

aprendí a esconder lo que llevaba dentro de mí para evitar que esa sociedad en la que me ha tocado vivir me despreciara. Al principio fue duro, pero con el tiempo aprendí a convertir en arte el fingimiento.

—Pero, entonces..., ¿cómo es posible que yo no me diera cuenta?

Rousseau, dominado por aquella profunda obsesión, quiso adivinar en aquellas palabras un resquicio de aceptación o entendimiento por parte de Juan Carlos, lo que le animó a continuar hablando:

—Eras demasiado joven e inexperto. Hoy me atrevo a confesarte mis más íntimos sentimientos porque te veo hecho a la vida y con la suficiente madurez como para comprender mi situación, una madurez, por cierto, que te beneficia. Quiero que sepas que te has convertido en un hombre impresionante y...

Juan Carlos enrojeció abochornado. Había escuchado palabras similares dichas en distintas circunstancias y por distintas mujeres, pero era la primera vez en su vida que las oía de labios de un hombre. Tras analizar la situación, estaba a punto de comenzar a rechazarle con toda la delicadeza posible cuando sonaron unos golpes en la puerta de la suite.

Rousseau, con gesto de desagrado, la abrió. Para sorpresa de ambos allí estaba Erika acompañada por un botones. Juan Carlos saltó como un resorte en su silla y fue inmediatamente hasta ella.

—Pero ¿qué haces aquí? —preguntó preocupado.

Erika paseó su mirada por los torsos desnudos de ambos y, con un tono de voz que denotaba infinito cansancio, les comunicó la triste noticia.

—¡Han asesinado a Agneta Beckenhauer!

## Capítulo 38

Moses le pidió a su hermano que fuera con él a la habitación de la pensión La Bohème en que ambos se alojaban. Acababan de subir del sótano utilizado como garaje y almacén donde, al igual que el resto de los miembros del grupo, se habían visto obligados a identificar el cadáver de Agneta Beckenhauer. Estaban muy impresionados por lo que habían presenciado. Según el inspector de policía a cargo del caso, la víctima había sido brutalmente torturada antes de morir. Se trataba del clásico maltrato inhumano utilizado por aficionados para conseguir algún tipo de información.

El inspector les comentó que aquella mujer debió de sufrir lo indecible antes de fallecer. Según el médico forense le había informado, Agneta tenía todo el aspecto de haber muerto por asfixia entre las tres y las cuatro de la madrugada. El inspector preguntó a todos si alguien había escuchado algún ruido fuera de lo común durante la noche, o si conocían alguna razón por la que aquella mujer hubiera sido maltratada de aquella manera. Nadie supo qué responder, excepto que no sabían absolutamente nada sobre aquel triste asunto, por lo que el inspector, tras comunicarles que los citarían en comisaría para una más amplia declaración, les había permitido retirarse a sus habitaciones.

Moses, que llevaba unos cuantos días sufriendo un inusual desasosiego a causa de la extraña falta de confianza de Aetos, le preguntó nada más cerrar la puerta de su cuarto sinceramente preocupado:

—¿Estás seguro de que no sucede nada que no me hayas contado?

Aetos se llevó el dedo índice a la boca, indicándole que guardase silencio. Inmediatamente le acercó la boca a un oído y le habló con el más suave de los susurros:

—Las paredes oyen. Vámonos inmediatamente de aquí. Sígueme.

Salieron de la pensión y, sin decir ni una palabra, buscaron por la zona algún lugar donde mantener una conversación confidencial, pero no dieron con ninguno que les pareciera lo suficientemente seguro. Aetos, que por su carácter y mentalidad solía ser el más inquieto de los dos, tras la muerte de Agneta había perdido toda ecuanimidad y demostraba un exceso de nerviosismo y preocupación desacostumbrados en él. Moses no salía de su asombro, su hermano no era el mismo. Algo demasiado importante tenía que estar sucediendo para que se produjera tan evidente cambio en su personalidad. Conforme caminaban por la acera y aprovechando un momento en que no había nadie cerca, al fin se decidió a hablar.

—Estoy sobre ascuas, ¿puedes adelantarme algo?

Aetos abrió desmesuradamente los ojos y respondió:

—No. Leen en los labios.

—¡Pero si no hay nadie cerca!

—Nunca hay nadie, pero los muertos siguen apareciendo.

Moses miró a Aetos como si no le conociera. Por un momento llegó a pensar en la posibilidad de que su hermano estuviera sufriendo un repentino ataque de demencia senil. Aetos lo sacó de sus cavilaciones al señalarle un anuncio del Museo del Louvre según el cual los mayores de sesenta años tenían acceso gratuito.

—Ahí podríamos hablar —sugirió—. ¿Recuerdas las dos butacas en aquel rincón oscuro, justo frente al cuadro de *La Gioconda*?

—Si eso es lo que quieres, por mí no hay inconveniente —aceptó Moses.

Juntos doblaron la siguiente esquina como dos autómatas en busca de la rue de Rivoli, vía que los conduciría directamente al palacio del Louvre.

Veinte minutos más tarde se encontraban sentados en las dos butacas de aquel oscuro rincón, frente al famoso cuadro. Afortunadamente, no era una hora de alta afluencia de visitantes.

En una situación normal, los dos hermanos habrían discutido sobre si la protagonista del cuadro, Mona Lisa, era Lisa Gherardini, Constanza de Ávalos, Francesco del Giocondo o incluso el propio Leonardo, pero en aquella ocasión, a pesar de la admiración que sentían por la obra, ni siquiera la miraban. Moses esperaba pacientemente y en silencio mientras Aetos, concentrado en ordenar sus pensamientos, miraba de vez en cuando a su hermano sin decidirse a hablar. Un pequeño grupo de visitantes entró en la sala y se dirigió directamente hacia el cuadro. Aetos observaba al grupo con interés. Detrás apareció un sujeto alto y rubio de aspecto teutón.

Nada más verle, Aetos se puso rígido y se mostró inquieto. El sujeto usaba unas gafas ahumadas con cristales pequeños y redondos que, al entrar en la sala, se quitó para admirar la pintura. Aunque deslizó la mirada por toda la estancia, en ningún momento fijó sus ojos en los gemelos, quienes permanecieron en la oscuridad y en silencio hasta ver desaparecer al grupo y al preocupante personaje. Tan pronto se hubo marchado el hombre de las gafas por una puerta de la sala, Aetos se levantó y con un gesto señaló la puerta contraria, por donde se marcharon ambos en busca de la principal de salida del museo.

—¿Conocías al de las gafitas? —preguntó Moses sin parar de andar una vez en la calle.

—Sospecho haber visto esa cara en algún lugar —respondió Aetos mientras volvía continuamente la cabeza para cerciorarse de que el sujeto no los perseguía.

Continuaron caminando sin destino fijo. Siempre siguiendo la ribera del río pasaron el quai d'Orsay, el quai Voltaire y el quai de Conti hasta llegar frente a la Île de la Cité.

—¡Tengo el lugar! —exclamó Moses—. Es el sitio perfecto para hablar tranquilos. Bajemos al río.

Junto a la Île de la Cité y a medio metro sobre el nivel del agua, encontraron un pequeño y corto túnel bastante conocido por las parejas de enamorados.

—Efectivamente, es perfecto —ratificó Aetos al llegar—. ¿De qué conocías este sitio?

—¿Quién no se ha besado alguna vez con alguien en este rincón parisino?

—¿La última vez que actuamos en el Moulin Rouge? —comentó Aetos tras sentarse en el suelo y, apoyando la espalda en la pared, acomodarse cruzando las piernas.

—Sí, señor —afirmó Moses sentándose también.

—Piarita.

—Sin ninguna duda.

—Qué calladito te lo tenías.

—Siempre fue bueno que mantuviéramos nuestros secretos. Sin secretos la vida es imposible.

—Tienes razón —concedió Aetos.

—Como también la tengo al pedirte que de una vez por todas desembuches tus preocupaciones.

—Ha llegado el momento de que lo sepas —dijo entonces Aetos mientras se frotaba la cabeza con ambas manos—. Si no hablé antes de este asunto fue por manteneros al margen tanto a ti como a Juan Carlos, pues pensaba que, mientras no conocierais nada sobre este tema, estaríais a salvo. Ahora sé que es mi vida la que corre peligro. La muerte de Agneta Beckenhauer, en las circunstancias en las que ha ocurrido, ha precipitado los hechos de tal manera que me sitúa a mí como el próximo al que torturarán y asesinarán. Por eso no tengo más remedio que comunicarte lo que sé. Lo que tengo...

—¿Lo que tienes? Pero ¿de qué me estás hablando? No entiendo nada.

Aetos inclinó la cabeza para tomarse un tiempo y ordenar sus pensamientos. Finalmente levantó su rostro y habló en voz baja.

—Tengo en mi poder un sobre que contiene unos documentos tremendamente peligrosos. Desconozco su contenido, porque no lo he abierto, pero puedo asegurarte que esos documentos han sido los causantes de las muertes de Ademaro Beckenhauer, Elke Zolm y Agneta Beckenhauer.

—¿Estás seguro de lo que estás diciendo?

—¡Absolutamente!

—¿Dónde está ese sobre?

—A buen recaudo —respondió Aetos.

—No, esa respuesta no me vale —protestó Moses—. A estas alturas de la historia

tienes que decirme dónde está ese dichoso sobre.

—Mi intención era que conocieras lo que me ocurre, pero sin involucrarte en el asunto para evitar que...

—No me interesan tus intenciones —cortó Moses con carácter—. Lo que pueda ocurrirte a ti es como si me ocurriera a mí. Ahora es imprescindible que yo conozca todo lo que sabes tú. Es la única manera de que ambos nos protejamos.

—Tienes razón —dijo Aetos bajando la cabeza—, pero...

—Nada de peros —interrumpió Moses—. No admito excusas. Te ruego que levantes la cabeza, me mires a los ojos y escuches con atención lo que voy a decirte: somos dos partes del mismo ser, ni tú ni yo somos nadie sin el otro. Ha sido así toda la vida. Además, puedes estar seguro de que no pienso vivir ni un segundo sin tu compañía. El día que faltes tú será también mi último día en este mundo. Y no hablo por hablar. Si tú piensas que estás en peligro, yo también lo estoy, porque quiero que sepas que pienso acompañarte a dondequiera que vayas, me da igual si es la gloria o el infierno...

—Así lo entiendo yo también —dijo Aetos a media voz y mirando fijamente a los ojos de su hermano.

—Y, con el paso del tiempo, cada vez dependemos más el uno del otro. Por eso es por lo que insisto en que me digas dónde se encuentra ese sobre.

Aetos miró a ambos lados del túnel.

—En «El diablo en llamas» —dijo al fin bajando aún más la voz.

—¿En qué departamento?

—En el cuarto. Es el lugar más seguro. La prueba está en que cuando asaltaron el órgano-autobús y registraron todos los trastos y trucos, abrieron hasta dos departamentos del aparato, pero ni siquiera llegaron al tercer departamento y mucho menos al cuarto...

—Por el momento puede pasar —comentó Moses—, pero no es un lugar completamente seguro. Cualquier mago profesional llegaría fácilmente al cuarto escondite. Ahora lo primero es averiguar el contenido de ese sobre. Hay que abrirlo cuanto antes, imagina que estuviéramos preocupándonos por unos papeles que no tienen ningún valor ni entrañan peligro alguno.

—Lo dudo. Beckenhauer me los entregó porque presentía su muerte. Me hizo jurar que no se los daría a nadie que no fuera su íntimo amigo.

—¿Y quién era su íntimo amigo?

Aetos acercó la boca al oído de Moses para revelarle en un susurro:

—Nada menos que el Führer.

Moses quedó inmóvil como si se hubiera convertido en piedra. Después fue girando lentamente la cabeza hasta encontrar con la mirada los ojos de Aetos.

—No creo ni una palabra de lo que me estás contando.

—Lo suponía —confesó Aetos, decepcionado—. Por eso no te lo quería decir.

—La historia no tiene sentido, no se sostiene. ¿Quién puede creerse que el difunto Ademaro Beckenhauer fuera íntimo amigo del Führer y que guardara en su poder documentos secretos de suma importancia? Dime la verdad, ¿tú lo crees?

—Por completo —respondió rotundo Aetos—, de la misma manera que acepté que ese sobre había salido de la Casa del Artista pegado a la espalda de Beckenhauer. Quién lo hubiera dicho...

—En ese caso, ahora estoy mucho más seguro de que debemos abrirlo.

—¿Y no sería mejor quemarlo y olvidarnos del asunto?

—No —insistió Moses—. No se puede quemar algo por lo que han muerto tres compañeros.

—Es cierto —aceptó Aetos con rubor.

Ambos quedaron en silencio. Sus mentes buscaban desesperadas dar con una decisión que no involucrase un mayor peligro. Como fondo musical a sus pensamientos, hasta el túnel sólo les llegaba el suave murmullo que producía la corriente de agua del río en su atropellada búsqueda del mar. Las imágenes de lo que pensaban hacer en el futuro pasaban vertiginosamente por sus cerebros creando el posible argumento sobre el futuro de sus propias vidas.

## Capítulo 39

Cuando Erika abandonó el hotel Ritz, Juan Carlos fue tras ella. En ningún momento la llamó ni trató de ganar los metros que los separaban. Conforme avanzaban mantenía una distancia prudente que les diera a ambos el suficiente desahogo para, antes de iniciar una conversación, analizar lo sucedido. Trataba de darle el tiempo necesario para que recapacitara y descubriera que todo aquello no era nada más que una fantasía creada por su imaginación, porque lo que ella había supuesto no tenía nada que ver con la realidad. Al observar que levantaba las manos para apartar de sus ojos las lágrimas, estuvo a punto de acelerar y tratar de consolarla, pero inmediatamente pensó que ese no era el camino que debía seguir.

Él no había hecho nada y, por lo tanto, consideraba que ni cabía la disculpa ni debía prestarse a proporcionarle un consuelo que pudiera hacerle llegar un mensaje de culpabilidad aceptada. Lo más prudente era darle un margen para pensar y para que se tranquilizase. Calculaba que desde donde estaban, aun al ritmo acelerado que marcaba Erika, no tardarían menos de veinte minutos en llegar a la pensión La Bohème, suficiente tiempo para que la mente de ella se apaciguase. En cualquier caso, Juan Carlos pensaba abordarla unos minutos antes de llegar a la pensión, así tendrían el tiempo necesario para aclarar el equívoco sin tener que discutir en la habitación, donde las paredes oyen y las conversaciones trascienden.

De pronto se le ocurrió que pudiera estar equivocado. Después de todo, el primer sorprendido con la declaración de Rousseau había sido él. ¿Cómo imaginar que su entrañable amigo guardase ese secreto? Y es que, a pesar de los mensajes que según Rousseau este había tratado de hacerle llegar, Juan Carlos jamás había almacenado en su cerebro la más mínima sospecha, lo que le hacía sentirse en ese momento como un estúpido, con un candor y una inocencia desacostumbrados en un hombre de su edad. En cualquier caso, lo que estaba claro y no iba a cambiar era que Rousseau era como era y seguramente Erika, con ese olfato femenino que desarrollan las mujeres enamoradas, había descubierto antes que él mismo las inclinaciones sexuales de Rousseau.

De ser así, debería aclarar la confusión inmediatamente. Sí, decidió, tenía que coger el toro por los cuernos. ¿Cuernos? Mejor era dejar de lado esa palabra.

Conforme el nuevo ángulo de la situación se abría paso en su cerebro, su caminar se volvía más rápido y nervioso, e impulsado por una reacción espontánea comenzó a correr y alcanzó a Erika en unas pocas zancadas.

Cuando pudo acompasar sus pasos a los de ella siguió a su mismo ritmo en espera de que detectase su presencia, pero no fue así. Erika iba tan concentrada en sus pensamientos que, sólo cuando él habló, ella volvió a la realidad.

—Erika, estoy aquí.



Ella dio un respingo y, dejando de caminar, se quedó mirándolo como si no le conociera.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Juan Carlos, extrañado ante su mirada.

—¿Qué me ocurre? —respondió ella—. ¿Tú me preguntas a mí qué me ocurre? ¿No sería mejor, digo yo, que te hicieras la pregunta a ti mismo?

—Nada es como imaginas —atajó Juan Carlos.

—No necesito imaginar, lo he visto todo con mis propios ojos...

—Lo que viste no era real, Erika. Lo que realmente sucedió fue que Armand fue a servirme café en mi taza y derramó una parte sobre mi camisa y mi pantalón y...

—Ya —cortó Erika con una cínica sonrisa—. Y supongo que para compensarte se derramó él otra taza sobre sí mismo...

—No, déjame que te explique.

—No tienes que explicarme nada, al fin y al cabo no existe entre nosotros ningún compromiso formal. Puedes ahorrarte las excusas.

Aquellas palabras despertaron un sentimiento desconocido en Juan Carlos. Ahora, de pronto, inesperadamente, como si una nueva luz iluminara brillantemente su cerebro, descubría que amaba apasionadamente a aquella mujer, quizá como nunca había amado a nadie en su vida. Sólo pensar en la posibilidad de perderla le aceleraba el ritmo del corazón al tiempo que le producía un inmenso vacío en la boca del estómago.

Entonces, al comprender que podía perder a Erika, reaccionó de la peor manera que pudo ocurrírsele: como un niño malcriado, sin pensar en lo que hacía, se adelantó hasta quedar parado frente a ella e interrumpir su avance. Erika trató de esquivarlo por ambos lados, lo que le hizo reaccionar con cierto temperamento al sujetarla por los brazos con extremada fuerza al tiempo que le gritaba:

—¡Detente de una vez y escúchame!

Erika, tras parar en seco, miró a Juan Carlos como si acabara de descubrir algo terrible en él. Era la primera vez que la trataba con aquella brusquedad. Acababa de conocer a un Juan Carlos diferente que no era el hombre que la había enamorado con su gran encanto y una incomparable ternura. El mito que su cerebro había creado por indicación de su corazón se derrumbaba ante sus ojos como si de una figura con pies de barro se tratase. Entonces, con un gesto de lástima, con la mayor delicadeza y librándose de los musculosos brazos de él, con suavidad, sin decir ni una sola palabra, lo dejó plantado en medio de la acera y siguió su camino hacia la pensión.

Juan Carlos no se movió, ni siquiera se volvió para observar cómo se marchaba. Rígido y con todos sus músculos en tensión se culpaba por su comportamiento y se miraba ambas manos tratando de recordar si podía haberle causado algún daño con ellas. Durante un corto espacio de tiempo no se movió del lugar, ni siquiera cambió de postura, ajeno al caudal de personas que caminaban por la acera. Se había aislado

en un mundo absurdo donde los cargos de conciencia se adueñaban de las almas hasta que el fuerte empujón de una voluminosa señora invidente le hizo regresar a la realidad.

Tras ceder el paso a la mujer se volvió para ver si Erika seguía allí, pero ya no estaba. La había engullido el enorme ejército de transeúntes o quizá ya se encontraba en la pensión. Miró a su izquierda y descubrió un bar. Entró en él, se dirigió directamente a la barra y tomó asiento en un taburete. El barman se acercó con un paño húmedo en las manos y, mientras lo pasaba por el mostrador, fijó sus ojos en él como preguntando con la mirada.

—¿Qué es lo más fuerte que tiene? —inquirió Juan Carlos.

El camarero, con un gesto de profesional experimentado, respondió complaciente:

—Todo lo que tengo es dinamita pura.

—Pues prepáreme un combinado doble de dinamita pura en esencia.

El barman esbozó una sonrisa conmisericordiosa y fue en busca de la coctelera. Con ella en sus manos comenzó a representar un espectáculo más propio de un músico malabarista que de un profesional de la coctelería. Un ritmo de samba procedente del recipiente invadió el local hasta que, cuando el camarero decidió que los ingredientes estaban lo suficientemente mezclados, colocó una copa delante de Juan Carlos y, mientras la llenaba, dijo con orgullo:

—Un depredador: menta, coñac, Marie Brizard, kahlúa y ron cubano de caña de azúcar. Una mezcla explosiva para desahuciados de la vida.

Juan Carlos probó el cóctel. Tras mojarse los labios y obsequiar al barman con un gesto de aprobación, se bebió el contenido de la copa de un solo golpe. La combinación era tan auténticamente explosiva que sus bronquios no resistieron aquella brutal agresión. El ataque de tos resultó tan repentino que se quedó sin aire en los pulmones. Y no pudo controlar la tos. El camarero, satisfecho en principio pero inmediatamente alarmado, le puso delante un vaso con agua que Juan Carlos no fue capaz de llevarse a la boca. Por el contrario, entre ataque de tos y pausa para recuperarse sólo pudo insertar la frase «¡Otro igual!».

Aquel profesional acostumbrado a lidiar con todo tipo de bebedores pensó que era una locura agredir los bronquios y la garganta del cliente con otro cóctel igual al anterior.

—Le puedo preparar uno con zumos de fruta que es una auténtica delicia —sugirió—. Apenas contiene alcohol y entra muy suave.

Juan Carlos miró al barman con el rostro congestionado y los ojos inyectados por el esfuerzo, y señalando la copa con un gesto exigente balbuceó medio ahogado.

—¡Quiero el mismo!

Aunque el barman trató de engañarle restringiendo al mínimo los licores más potentes en los siguientes combinados, no pudo evitar que Juan Carlos se le

derrumbara tras la cuarta copa. Habitado a quienes se refugiaban en los efectos del alcohol, el camarero se pasó un brazo de Juan Carlos por encima de los hombros y lo acompañó hasta una mesa arrinconada y oscura donde le dejó dormir la mona.

Una hora más tarde, Juan Carlos despertó. No recordaba nada ni sabía por qué estaba allí. Seguía mareado y sentía que la lengua le llenaba la boca de tal manera que no le permitía hablar. El barman, al ver que el cliente reaccionaba, se acercó solícito y le dio unas palmadas en la espalda.

—Bien venido a la luz, amigo. ¿Se siente mejor?

Juan Carlos trató de hablar, pero le fue imposible. Miró al barman con ojos de cordero degollado y abrió los brazos rindiéndose a lo evidente.

—No se preocupe. Sé cómo se siente. Usted no es bebedor y por lo visto el depredador ha hecho su trabajo a conciencia. ¿Se atreve a andar?

Juan Carlos se puso en pie y probó a dar varios pasos. Pensó que podía, necesitaba el aire fresco de la calle como el comer porque el ambiente pegajoso del establecimiento y el olor a bebida no le sentaban nada bien. Sin pensarlo más, sacó del bolsillo un puñado de monedas y se las entregó al barman, quien pareció darse por satisfecho, puesto que las guardó en su bolsillo y acompañó a Juan Carlos hasta la puerta.

Ya en la calle, trató de orientarse y sobre todo de recordar la razón por la que había llegado a ese estado. Caminaba mirando al suelo y guiándose por las rayas de la acera. Trataba de avanzar pisando cualquier línea recta que se le ofreciera. El poco viento que recibía en el rostro le hacía sentirse mucho mejor, y poco a poco su mente se fue espabilando y pudo pensar con claridad. De pronto lo recordó todo. Fue como si las imágenes se hubieran puesto de acuerdo para invadir su cerebro atropelladamente. La que más se repetía, superponiéndose a todas las demás, era la de él mismo sujetando a Erika por los brazos mientras gritaba como un energúmeno. Dominado por aquel recuerdo se quedó quieto en medio de la acera reviviendo la escena hasta el punto de descubrirse cerrando sus puños como si fueran dos garfios de acero. ¿De dónde había surgido ese instinto animal? ¿Desde cuándo gritaba a las mujeres? ¿Qué mosca le había picado para reaccionar ante ella de aquella brutal manera?

Ahora le dolía la cabeza y se avergonzaba de sí mismo, aunque en su subconsciente una voz insistía en repetirle como haría el estribillo de una guaracha: «¡No es culpa tuya!». «¡Tu comportamiento fue correcto!». «¡No te culpes por lo que no has hecho!». Y así, sin apenas darse cuenta, llegó a la puerta de La Bohème.

Al entrar en la pensión, la dueña le comunicó que Aetos y Moses le andaban buscando con urgencia. Pensando que la llave de la habitación la tendría Erika se sorprendió al ver que aquella mujer se la entregaba. Entró en su habitación y, efectivamente, estaba vacía. Se sentó en la cama desmoralizado. Entendía que Erika

debía de encontrarse en aquellos momentos con sus padres. Apoyó la cabeza en la almohada y notó que olía a ella. Cerró los ojos y, mientras trataba de convencerse de que los hombres no lloran, las lágrimas corrían incontenibles por sus mejillas. Quiso dejar de pensar, pero su cerebro no lo permitía. Su cabeza pesaba cien kilos y, sin embargo, se acomodaba confortablemente a la ternura de la almohada. Su pesado cuerpo agradecía el contacto con el mullido colchón, y sus pensamientos se fueron convirtiendo poco a poco en imágenes borrosas que, de una manera deliciosa, se alejaban de su cabeza y le permitían hundirse en la más insondable de las profundidades, donde la nada es nada.

Los golpes en la puerta le despertaron. Descubrió que había dormido toda la noche sin cambiar de posición. Con los ojos cerrados aún, palpó con su mano derecha buscando a Erika y al no encontrarla se incorporó preocupado. Se notaba lento en el despertar. Un freno invisible, quizá producido por el exceso de alcohol ingerido el día anterior, no le permitía reaccionar con normalidad. Los golpes en la puerta eran insistentes, ¿podría ser ella? No, pensó. No llamaría tan fuerte.

Saltó de la cama y, tras peinarse con las manos y frotarse los ojos con los nudillos de los dedos, fue hasta la puerta. Por el camino comprendió que había dormido vestido. Al abrir se encontró con dos desconocidos que le mostraban sus identificaciones como inspectores de policía. El más viejo apartó a un lado a Juan Carlos.

—Necesitamos registrar esta habitación.

—Por supuesto —dijo Juan Carlos cediéndoles el paso confundido—. Pueden mirar lo que quieran.

—Sabemos que anoche llegó usted pasado de copas a esta pensión —dijo el policía viejo—. ¿Suele beber a menudo?

—No, señor —respondió Juan Carlos—. Por el contrario, no suelo beber nunca.

—¿Y por qué bebió usted justamente anoche?

—Ese es mi problema.

—No, no lo es —le reprendió—. Es nuestro. Ayer se cometió un crimen en esta pensión. La mujer asesinada pertenecía a su grupo de profesionales del espectáculo y lo que nos llama poderosamente la atención es que, tras ese terrible asesinato, usted coja una melopea de padre y muy señor mío. ¿Se siente culpable?

De pronto, le vino a la memoria la imagen de Erika en la puerta de la suite de Rousseau, mirándolos a los dos y diciendo con un hilo de voz: «¡Han asesinado a Agneta Beckenhauer!». Cuando volvió al presente, el policía joven estaba poniendo patas arriba la habitación mientras el viejo, libreta y lápiz en mano, esperaba con gesto de impaciencia la respuesta a su pregunta. Juan Carlos se frotó el rostro antes de responder:

—No me siento en absoluto culpable de nada. Es cierto que tomé unas copas de

más, pero eso no significa que sea un asesino. ¿O es que ya no se puede celebrar un acontecimiento?

—¿A qué acontecimiento se refiere? —preguntó el policía viejo con descaro.

—Perdone, pero eso es algo privado sobre lo que no tengo por qué informarle.

—Por ese camino no va a llegar usted muy lejos, amigo. Tarde o temprano tendremos que saber todo lo que ha hecho usted en París desde su llegada, y le advierto que como me empeñe me va a tener que explicar no sólo lo que ha hecho en París, sino desde que llegó a Francia, y segundo a segundo.

—De acuerdo —dijo Juan Carlos—. Ayer tomé unas copas de más porque tuve unas palabras con mi novia.

El agente rebuscó en su libreta hasta dar con el dato que precisaba y, una vez localizado, preguntó:

—¿Se refiere a la señorita Erika de Cock?

—La misma.

—¿Sabe usted dónde se encuentra ella ahora?

—Supongo que en la habitación de sus padres. En realidad, me acabo de despertar y no tengo ni idea de dónde está. Si quiere puedo ir a buscarla.

—No es necesario —zanjó—. Ya nos ocuparemos nosotros de localizarla. Por el momento queda usted citado, al igual que todos sus compañeros y compañeras de trabajo, hoy a las cinco de la tarde en el comedor de esta pensión. Le advierto que es una reunión imprescindible e ineludible.

—Comprendo —dijo Juan Carlos—. Allí estaré.

—Eso espero —contestó el policía viejo. Y, volviéndose al joven, le preguntó—: ¿Algo sospechoso?

Su compañero no abrió la boca. Se limitó a negar con la cabeza y se dispuso a abandonar la habitación, que había dejado totalmente revuelta.

Ambos salieron sin molestarse en ofrecer ninguna excusa por el desorden que dejaban atrás. Juan Carlos, tras organizar un poco la estancia, se refrescó el rostro con agua fría y se aseó lo mejor que pudo. Sentía un regusto ácido en el paladar y una extraña y pastosa sensación en la lengua. Suponía que su aliento no debía de ser nada agradable. Necesitaba una taza de café y algo de alimento. Pero, sobre todo, necesitaba hablar con Erika y con los gemelos urgentemente. El recuerdo de la muerte de la organista le traía a la mente el estado de ánimo de Aetos los últimos días. Estaba seguro de que él sospechaba que algo grave estaba a punto de ocurrir. Pero, a diferencia de otras ocasiones, Aetos mantenía la boca cerrada sin soltar prenda. Parecía extraño, frío, lejano, desconfiado... Juan Carlos se convenció de que debía localizar cuanto antes a los gemelos. Tantas muertes en tan pocos días significaban que algo muy grave sucedía con el grupo de ancianos. Quizá ellos tuvieran alguna idea al respecto. Por otra parte, también debía mantener una

conversación con Erika cuanto antes. Ella debía conocer los detalles de lo que había sucedido en la suite del hotel Ritz. Era imprescindible que él le contase hasta el último detalle de aquella fatídica declaración de Rousseau, porque, mientras no se aclarase aquella confusión, su relación con ella pendía del más frágil de los hilos.

Ya se disponía a salir cuando sonaron unos golpes. Por un momento le invadió la ilusión de que era ella quien llamaba. Llegó a pensar en la posibilidad de que hubiera recapacitado y en estos momentos se encontrase frente a su puerta en busca de la tan deseada reconciliación. Tanto llegó a creérselo que, cegado por la imaginación, corrió como un loco para abrir y al hacerlo quedó absolutamente sorprendido. No se trataba de Erika, sino de quien menos podía esperar que apareciese por allí: ¡Bergen!

Durante un momento, Juan Carlos se quedó con la mirada fija en el rostro del ventrílocuo tratando de adivinar la razón de su presencia allí. Entretanto, Bergen, cansado de soportar aquella mirada perdida en la nada, se decidió a hablar:

—Si quieres, traigo una silla y me siento a esperar hasta que te dignes recibirme.

—Por favor. Entra —reaccionó Juan Carlos de inmediato—. Es que tu visita me ha sorprendido. Podía esperar a cualquiera menos a ti... ¿Cómo estás? ¿Te ocurre algo? ¿Necesitas alguna información?

—Yo no necesito nada. Eres tú quien necesita ayuda. Quiero que sepas que, normalmente, no soy de los que se toman la vida muy en serio, más bien todo lo contrario. Pero cuando las circunstancias me obligan a tomar decisiones serias, soy tremendamente radical. Lo que te voy a preguntar es importante: ¿se puede saber qué es lo que le has hecho a esa criatura?

Juan Carlos, sorprendido de nuevo, tardó en encajar la pregunta.

—¿Te refieres a Erika?

—¿A quién si no?

—Es largo de explicar, pero...

—Te lo voy a explicar yo a ti —atajó Bergen acompañando la palabra con una dureza en su rostro desconocida en él—. Has utilizado con ella una pluma cargada con tu propio semen en lugar de con tinta indeleble y con ella has imaginado firmar un contrato por el que tú entiendes que esa niña ha pasado a ser de tu entera propiedad. Pero te has acostumbrado tanto a tu trapecio que te has quedado colgado ahí arriba. ¿Quién eres tú? ¿El rey de los halcones?, ¿el ave Fénix?, ¿el águila imperial?... Posiblemente sea esta la única vez que me oirás hablar así, pero no saldré de esta habitación sin antes recomendarte que bajes de tu trapecio, pongas los pies en la tierra y te comportes tal como todos esperamos de ti. Has de entender con claridad que la hombría, la honestidad, la responsabilidad y la dignidad no las llevamos precisamente en esa pluma. —Y mientras golpeaba con el dedo índice la frente del trapecista subió el tono de voz—. Es aquí donde las llevamos, no lo olvides nunca. Y otra cosa: espero que la quieras, porque si es así ya puedes luchar por ella.

Y, dicho esto, le volvió la espalda y salió de la habitación dando un fuerte portazo.

Juan Carlos quedó anonadado. No lograba reaccionar a la escena que acababa de vivir. Seguía mirando la puerta cuando volvieron a llamar. Todavía confundido, abrió.

Qué gesto de decepción mostraría su cara al abrir y descubrir a los gemelos que Aetos no tuvo más remedio que comentar:

—Es la primera vez que nos ves hoy y ya nos odias...

—Perdonad —se excusó Juan Carlos—. Pensé que quien llamaba era otra persona.

—Supongo que esperabas a Erika —adivinó Aetos.

—Esa chica no parece encontrarse bien —comentó Moses—. Ayer tarde se encerró en la habitación de los padres y no ha salido a cenar ni a desayunar.

—Debo hablar con ella cuanto antes —les confesó Juan Carlos, preocupado.

—Antes tenemos que hablar nosotros contigo —contravino Aetos, muy serio.

—¿Qué ocurre?

Aetos, al tiempo que le hacía señas para que bajase la voz, se arrimó a Juan Carlos para musitar:

—No preguntes y vámonos a la calle.

—Pero antes tengo que hablar con Erika.

—No podemos perder tiempo —aseguró Moses.

—¿Tan serio es el asunto?

—Más de lo que imaginas.

—Pues vayamos —aceptó con inquietud Juan Carlos.

## Capítulo 40

El Obersturmführer Adalbert Adler cometió el craso error de presentarse sin previo aviso en lo que se suponía que era uno de los pisos francos de una de las células secretas de las SS en la rue du Bac, cerca del jardín de las Tullerías, en París. Por circunstancias ajenas a todo lo previsto, llegaba tarde, enfermo y moralmente destruido. Suponía que aquellos cuatro días de retraso en la fecha convenida quizá habían trastocado todos los planes trazados por los tres miembros que en aquellos momentos utilizaban el piso como guarida. En cualquier caso, esperaba que aquellos oficiales fueran conscientes de que, inesperadamente, al menos para él, se había producido la invasión del sur de Alemania por parte del ejército francés justamente por la zona por donde Adler debía acceder a Francia, lo cual había dificultado y retrasado inevitablemente su llegada a París. Como si todo esto fuera poco, y para su mayor preocupación, las noticias que le habían llegado en cuanto al calibre de la invasión fueron muy alarmantes, lo que le había llevado a preguntarse cómo podría cruzar la frontera en aquellas condiciones.

Lo cierto era que se había visto obligado a efectuar el más complicado y peligroso viaje que jamás hubiera podido imaginar, y, puesto que era un hombre práctico y poco supersticioso —ya que no creía en la mala suerte ni en ningún tipo de influencia extraña que pudiese afectar sus recapacitadas decisiones—, achacó todo cuanto le había sucedido en aquellos días a causas razonables y a las circunstancias por las que estaba pasando el país y que lógicamente afectaban a su misión de manera directa.

Primero tuvo que lidiar con dos guías expertos en cruzar la frontera con Francia, extraños personajes con aspecto de facinerosos que a primera vista no le ofrecieron la más mínima confianza y que además le exigieron por su trabajo una enorme cifra. Se suponía que estos sujetos le esperarían en Friburgo para guiarle y hacerle cruzar la frontera e introducirlo en territorio francés, pero tras producirse por sorpresa la invasión del sur de Alemania se negaban rotundamente a realizar el trabajo, aunque no a devolver el dinero, alegando que los pasadizos secretos podían haber dejado de serlo.

El plan inicial era que ellos debían conducirlo a Mulhouse, en Francia, donde un falso taxista parisino le recogería para conducirlo directamente a uno de los pisos que servían de guarida a las células secretas de las SS en París. Finalmente, logró convencer a los especialistas de que urdiesen cualquier otro plan que le permitiera llegar a la capital, y estos, improvisando, lo escondieron en el pajar de una finca abandonada en las afueras de Friburgo en espera de una clara oportunidad para cruzar la frontera. La finca estaba en tal estado de ruina que no podía interesar a nadie, y hasta allí le llevaron algunos alimentos y una manta.

La primera noche durmió en el pajar, incómodo pero relativamente tranquilo. La



segunda, los franceses tomaron Friburgo sin apenas resistencia. Esa noche no durmió. Los soldados del ejército francés registraron la finca. Durante la inspección, se acomodó en un lejano rincón del pajar y permaneció bajo la paja inmóvil, pistola en mano y sin seguro. Un soldado bastante inexperto pinchó y escarbó con un tridente hecho con ramas y, milagrosamente, no hirió ni descubrió a Adler, aunque este tuvo las puntas del tridente a milímetros de su rostro. Al llegar la tarde del tercer día estuvo a punto de renunciar a la misión y tratar de regresar a Stuttgart para más tarde intentar llegar a Berlín, aunque era consciente de que ambas opciones serían muy difíciles de llevar a cabo. Para comenzar, intuía que todo el entorno de Stuttgart ya sería territorio ocupado, lo que hacía prácticamente imposible su retorno. Quién hubiera podido imaginar cuando se proyectó el viaje que quedaría atrapado entre dos fuegos. Ni podía cruzar a Francia ni regresar a Stuttgart o Berlín, pero, para su sorpresa, no fue necesario hacer más cábalas sobre el viaje, ya que, a la caída de la tarde, aparecieron los dos guías vestidos con uniformes militares franceses; conducían un vehículo de guerra francés y llevaban un mono de campaña para él. Adler, que se había escondido al escuchar el ruido del motor, reapareció al oír que lo llamaban por su nombre, y su sorpresa fue tal que quedó boquiabierto al descubrir los uniformes y el vehículo.

Al preguntarles cómo habían conseguido hacerse con todo ese material, señalaron sus armas y alguna mancha de sangre que quedaba en el vehículo. No dieron más explicaciones. A Adler se le heló la sangre en las venas. Por supuesto que aquello era una auténtica locura, pero, si verdaderamente intentaba, fuera como fuese, llegar a París, tenía que jugársela y dejarse llevar por aquellos peligrosos sujetos, ya que esa era quizá la única manera posible de lograr el objetivo. Los dos especialistas hablaban francés como los nativos y portaban documentación falsa para los tres, lo que representaba una gran ventaja que había que tener en cuenta. En cuanto a él, aunque hiciera tiempo que no lo practicaba, su francés era tan bueno como el de cualquier parisiense. Sin tiempo para analizar demasiado las posibilidades de éxito, ya que la noche se les echaba encima y debían utilizarla para viajar, Adler se puso el mono de campaña y los especialistas le explicaron el plan que habían urdido para llegar cuanto antes a la capital de Francia, y que consistía en que Adler, poniéndose unos ajos bajo las axilas con el fin de elevar su temperatura al máximo, simulara ser un enfermo infectado con una enfermedad peligrosamente infecciosa cuya capacidad de contagio se desconocía. Sólo se sabía que el Estado Mayor había ordenado su ingreso en un centro de París para evitar una posible epidemia entre los miembros de su compañía.

No es que fuera una maravilla de plan, pero al menos sí un recurso con posibilidades. Tan pronto se hizo la noche, Adler se colocó los ajos pelados en las axilas y, tras envolverse en una manta, se situó en la parte trasera del vehículo. En

aquellas condiciones esperaba elevar su temperatura por encima de los cuarenta grados. A las cuatro de la mañana, inmerso en fantásticos sueños que le producía la fiebre, a la salida de Nancy cayeron en un control de carreteras del ejército. Un oficial se acercó al vehículo y les solicitó la documentación, a lo que el chófer y su acompañante, que se cubrían la boca y la nariz con un pañuelo, le explicaron la gravedad del caso que llevaban detrás. Cuando el oficial supo de lo que se trataba ni siquiera quiso ver la documentación del enfermo y con un rápido gesto los obligó a continuar su viaje. Aquello había funcionado mejor de lo que esperaban, y los especialistas se hubieran alegrado enormemente si no fuera porque, a partir del control, Adler, que estaba completamente dominado por la alta temperatura, sufría unas tiritonas incontrolables y había caído en un sopor prolongado, comenzaba a decir frases incongruentes... Pero en alemán.

Para evitar un mal mayor, le quitaron los ajos de las axilas, lo destaparon y abrieron un poco las ventanillas traseras del vehículo. A Adler le había bajado la fiebre, aunque no por eso estaba en mejores condiciones, cuando llegaron a una finca de campo cercana a Reims donde contaban con un colega que les facilitaría un lugar donde descansar y recuperar fuerzas durante el día. Seguirían su camino caída la tarde, conscientes de que el truco del enfermo contagioso funcionaría mejor siempre durante la noche que durante el día. Tras unas horas de descanso, repusieron fuerzas con un surtido de quesos, pan y vino, alimentos que el colega amigo de los guías cobró a precio de oro y que para desgracia de Adler le produjeron unas incontrolables vomitonas. A la caída de la tarde salieron hacia París, donde estimaban llegar sobre la una de la madrugada.

Estaba claro que la mente de Adler no funcionaba con claridad, porque, de haberlo pensado detenidamente, jamás hubieran cometido la imprudencia de presentarse en el piso franco de la rue du Bac a la una y media de la madrugada y vestidos con el uniforme militar del ejército francés. Por más que esperasen a Adler y que este, a pesar de las adversas condiciones en que se encontraba, pusiera el mayor interés en darse a conocer de inmediato, la sorpresa para los tres espías que habitaban aquel piso fue mayúscula. Para colmo de desgracias, los tres miembros de las SS estaban de celebración, y, cuando llegaron Adler y compañía al piso, aquellos participaban de una orgía de alcohol y sexo en compañía de dos chicas alemanas de vida alegre y un homosexual austríaco. En el momento en que Adler pulsó el timbre de la puerta, los tres residentes y sus tres invitados jugaban a perseguirse los unos a los otros por todo el piso completamente desnudos.

El sonido del timbre fue como una alarma para los tres miembros de las SS. A pesar de la gran cantidad de alcohol ingerido, un sexto sentido permanecía en alerta por deformación profesional. Cuando uno de ellos utilizó la mirilla de la puerta para ver quién llamaba a esas horas y descubrió a tres militares franceses de uniforme y

armados, comenzó a gritar como un loco indicando a sus compañeros que buscasen las armas. Los habían descubierto y venían a por ellos. Los tres pensaron que tendrían que enfrentarse a muerte o tratar de escapar de la mejor manera posible. Pero ninguna de las dos opciones fue necesaria.

Cuando se reunieron de nuevo en el salón, los tres armados aunque desnudos, se encontraron con la puerta del piso abierta de par en par y, bajo el marco, completamente desnudo y de espaldas a ellos, al homosexual austríaco, quien, en aquel momento, les decía a Adler y a los dos guías:

—Lo mejor que podéis hacer es pasar y participar en la fiesta. Llegáis en el mejor momento. Todavía no ha ocurrido nada. Estaba a punto de suceder cuando habéis llamado.

Adler observó asombrado a aquel individuo al tiempo que descubría al fondo a tres hombres desnudos y armados y a dos chicas que trataban de cubrirse el cuerpo con cojines. A pesar del agotamiento que dominaba su organismo, inmediatamente se hizo cargo de la situación:

—Soy el Obersturmführer Adalbert Adler —dijo en alemán y levantando la voz—. ¿Puedo saber quién de ustedes tres es Hahn Wulff?

Uno de los tres hombres, a pesar de la borrachera, reaccionó de inmediato envarándose y saliendo de detrás de un sofá.

—Ya no le esperábamos, Obersturmführer.

Adler se quedó mirando por un instante a aquel ser humano esperpéntico: bajito, medio calvo, barrigón y con aquel largo miembro lacio y fino que le colgaba como una salchicha falta de chicha. Apartando con una mano al austríaco, hizo pasar a los dos guías al tiempo que cerraba la puerta.

—Intuyo que no deben de estar al corriente de los últimos acontecimientos. ¿Han tenido noticia de la invasión que está llevando a cabo el general Leclerc sobre el sur de Alemania?

Los tres hombres desnudos le miraban con incompreensión, por lo que Adler continuó:

—¿Tampoco saben por dónde debía yo cruzar la frontera?

Hahn Wulff tardó unos instantes en analizar la pregunta, pero al fin, y tras una ridícula pausa, pudo responder:

—¡Ah, ya! Claro, ahora comprendo. Si me permite, voy a ponerme una bata y continuamos la conversación.

—Me importa un bledo su desnudez, y no me apetece mantener una conversación con una pandilla de borrachos a estas horas de la madrugada —respondió Adler iracundo—. A no ser que lo que estén celebrando, en cuyo caso me agregaría a la celebración, fuera la posesión de un sobre marrón, hecho que aliviaría mucho este desgraciado momento y por lo que yo les pregunto: ¿tienen ese sobre?

Los tres espías palidieron. No sabían qué hacer ni qué postura adoptar. Los efectos del alcohol habían desaparecido, y eran conscientes de estar haciendo el más bochornoso de los ridículos.

—¿Tienen ese sobre? —insistió Adler.

—Creemos tenerlo localizado —contestó Wulff sin atreverse a mirarle a los ojos.

—Pues si saben dónde está, ¿qué esperan para hacerse con él? Llevo cuatro días sin dormir y voy a continuar despierto hasta que me entreguen ese documento. ¿Me están entendiendo? ¡Quiero ese sobre en mis manos inmediatamente! Desafortunadamente, debo informarles de que en esta misión les va la vida. ¡Vamos, muévanse!

Los tres espías corrieron a sus habitaciones y al cabo de pocos minutos aparecieron vestidos y con sus pistolas de reglamento cargadas. Mientras salían del piso, lo último que oyeron fue la voz de Adalbert Adler:

—Un fallo más y su futuro estará acabado, caballeros.

Cuando se hubieron marchado, los dos guías se derrumbaron en un sofá. Adalbert Adler buscó un sillón y se dispuso a quedar de guardia en espera de los tres espías. Las dos chicas alegres se retiraron mustias en busca de su ropa y el austríaco, cariacontecido, se sentó en un sofá, se cubrió con un almohadón la entrepierna y, con un gesto de total desprecio hacia Adler, comentó con sorna:

—¡Siempre hay alguien que te pincha el globo!

## Capítulo 41

En la acera, frente a la pensión La Bohème, Juan Carlos preguntó:

—¿Adónde vamos?

—Lejos de aquí. A cualquier sitio —respondió Aetos.

—No estarás pensando en llevarnos otra vez al museo —le dijo Moses con gesto irónico.

—Me da igual el lugar con tal de que podamos estar tranquilos y sin testigos.

—Espero que entendáis mi necesidad de hablar con Erika. No puedo dejar las cosas como están de ninguna manera —les confesó Juan Carlos con la pesadumbre reflejada en el rostro—. Al doblar, en la esquina, hay un café bastante tranquilo donde podemos...

—No —cortó Moses—. Necesitamos un lugar privado donde nadie nos vea y las paredes no oigan.

—Si queréis, con la excusa de que vamos a buscar algo en nuestros equipajes podemos ir al Théâtre Olympia —insinuó Juan Carlos.

—Ahí tendré que ir yo —dijo Aetos—. Pero solo.

—Quiero que sepáis que estoy muy confundido —dijo Juan Carlos—. Os traéis los dos un secreteo y una desconfianza que me hacen dudar de todo.

—Lo siento —dijo Aetos—. Desafortunadamente, así son las cosas.

—Podemos volver al túnel de la Île de la Cité —sugirió Moses.

—Ese no es lugar para ver los papeles —respondió Aetos.

—¿Qué papeles? —preguntó Juan Carlos.

Aetos, mostrando un inusual disgusto, comenzó a alejarse de la puerta de la pensión y, cuando lo creyó prudente, se volvió hacia Juan Carlos:

—Ya veo que tienes prisa por hablar con Erika. Da la impresión de que te sientes culpable de algo.

—No soy culpable de nada, y este no es lugar para hablar del tema. Tan pronto estemos tranquilos y en un lugar apropiado, trataré de explicaros mi problema.

—Parece mentira que en una ciudad del tamaño de París no encontremos un lugar donde hablar en confianza —dijo Moses—. Hasta comentarlo suena ridículo.

Los tres se miraron con impaciencia y cierta desesperación. De pronto, Juan Carlos abrió los ojos como si acabara de recordar algo importante.

—Ya lo tengo. Gigí Carré, mi maestro, solía dar clases por las mañanas en el Cirque d'Hiver. Dispone de un camerino que podríamos utilizar mientras él está en la pista dando sus clases, si es que sigue allí. Hoy mismo tenía pendiente hacerle una visita.

—Es una buena opción —aceptó Aetos—. Si os parece, yo me acerco al Olympia a buscar algo y luego nos encontramos en el Cirque d'Hiver.

—Ni hablar —protestó Moses—. Tú no vas solo a ninguna parte.

Juan Carlos miró a los gemelos sorprendido por su actitud.

—¿Se puede saber qué significa todo esto?

—Significa que llevamos tres muertos —explotó Moses sin poderse controlar—.

Y no voy a permitir que el cuarto sea mi hermano.

Antes de que Juan Carlos pudiera reaccionar, Aetos señaló un pequeño parque en el que apenas se distinguían dos ancianos solitarios que paseaban. Hacia él dirigieron sus pasos. Moses encontró un banco apartado de la calle y los tres tomaron allí asiento. Inmediatamente, Aetos agachó la cabeza y, hablándole a la tierra, se explicó:

—Hablo así para evitar que se me cace ni una palabra por el movimiento de los labios.

—Esto es ridículo —protestó Moses—. No hay nadie cerca.

—Pero existen los prismáticos —insistió Aetos sin levantar la cabeza—. Escucha, Juan Carlos. Y, por favor, te ruego que no hagas gestos de sorpresa. Pon una sonrisa en tu rostro, mantenla perenne y atiende a lo que te digo: nos está persiguiendo la Gestapo, las SS o quién sabe qué cuerpo de investigación o represión cercano al Führer. Sin que nosotros tuviéramos conocimiento de ello, hemos viajado con la compañía de unos documentos muy importantes que Hitler quiere recuperar. No entro en detalles, pero sí te advierto de que por esta causa han muerto nuestros tres compañeros. El sobre se encuentra escondido en el Olympia, y ahora el sospechoso y perseguido soy yo. En la primera oportunidad te informaré con más detalle.

Juan Carlos mantuvo la sonrisa, pero, conforme Aetos avanzaba en su explicación, la frente se le fue llenando de gotas de un sudor frío que le helaba las venas.

—¿Comprendes ahora? —añadió Moses.

Juan Carlos afirmó con la cabeza y mantuvo la sonrisa en un rostro cuyos ojos transmitían todo lo contrario.

Entonces, Aetos cogió una ramita del suelo y escribió sobre la tierra: «¡Vámonos al Olympia!». A continuación, borró inmediatamente el mensaje con sus pies. Después se levantó, miró disimuladamente en derredor y, al no ver nada sospechoso, volvió a hablar:

—No se dejan ver, pero estoy seguro de que están ahí...

—Estoy de acuerdo —dijo Moses.

Juan Carlos miró a los gemelos y, por primera vez desde que los conocía, observó un rictus desconocido para él en sus rostros: daba la impresión de que sus caras fueran de cartón y sus ojos de piedra. Habían dejado de manifestar aquella dulzura que conquistaba a todo aquel que los veía por primera vez. Su desenfado y su naturalidad habían desaparecido. La preocupación los convertía en dos máquinas pensantes.

Caminando sin prisa, como si fueran dando un paseo, pero con los sentidos en máxima alerta, se dirigieron al boulevard des Capucines, donde se encontraba el Théâtre Olympia. Caminaban en silencio y de vez en cuando se paraban para contemplar algún escaparate, lo que les permitía mirar atrás y también ver cuanto se reflejaba en los cristales. Hasta el momento parecía no seguirles nadie, por lo que, al pasar por delante de la pensión La Bohème, Aetos tomó del brazo a Juan Carlos y, al tiempo que le hacía seguir andando en dirección al Olympia, decidió cambiar de tema, tal vez buscando relajar la tensión que sentían.

—Imagino tus ganas de entrar en la pensión y buscar a Erika.

—Te aseguro que ella es lo más importante que he conseguido en toda mi vida —reconoció Juan Carlos.

—Y te aseguro que tú representas lo mismo para ella.

—Hasta ayer sí, pero ahora no sé qué pensar.

Moses, que escuchaba con atención, se decidió a intervenir:

—Si una mujer reacciona encerrándose en la habitación de sus padres y dejando de atender a sus más elementales necesidades, ha de ser porque tiene roto el corazón. Pero, como todo en esta vida, los corazones tienen arreglo.

—No os podéis imaginar cuánto me duele pensar que me he convertido para ella en un ser despreciable —se lamentó Juan Carlos.

—Habrá que ver qué es lo que le has hecho a esa pobre chica —comentó Aetos.

Juan Carlos dejó de andar. Quieto en medio de la acera, miró a los gemelos, abrió sus brazos a punto de decir algo, y de repente, con un claro gesto de desánimo, los dejó caer.

—¡Nada! ¡No le he hecho absolutamente nada! Es más, cuando os explique lo ocurrido no lo vais a creer. Se trata de la situación más absurda y ridícula que pueda sucederle a un hombre.

—Te escuchamos —dijo Moses—. Pero a ver qué nos cuentas porque, en principio, ya te advierto que, después de conocer a Erika, estoy de su parte.

—Yo también —corroboró rotundo Aetos.

Juan Carlos los miró a los dos con gesto de sorpresa y, dolido, calló.

—¿Es que no piensas contarnos nada? —insistió Moses.

—Este asunto no es para comentarlo en medio de la calle. Prefiero esperar y que conozcáis lo sucedido en un momento más adecuado. No quiero explicarme mal. ¿Y sabéis por qué? Porque os voy a necesitar como consejeros. Precisamente espero de vosotros que me ayudéis a recuperar a Erika.

—En el caso de que te la merezcas —sentenció Aetos.

La conversación sobre lo sucedido a la pareja de enamorados había relajado algo sus nervios y ya estaban llegando al Théâtre Olympia.

—Debería entrar yo solo —propuso Aetos.

—Negativo —dijo Moses.

—Un momento —intercedió Juan Carlos—. ¿No debería ser yo quien entre? Lo único que tenéis que hacer es darme las órdenes que debo seguir y yo me encargaré de cumplirlas.

—No se trata de jugar a los héroes —expuso Aetos—. Lo que está en juego no nos permite la más mínima improvisación. Cualquier paso que demos debe estar más que pensado, y por eso propongo entrar yo solo. Si nos ocurre una desgracia a los tres, algo que fácilmente puede suceder, ¿quién quedaría para informar a las autoridades y a nuestros compañeros?

—¿Dónde están esos documentos? —insistió Juan Carlos.

Solamente su mención hizo palidecer a Aetos, quien, cubriéndose la boca con una mano, habló entre susurros:

—Nosotros somos los únicos que lo sabemos, y seré yo quien me haga cargo de recuperarlos.

—Con nuestra ayuda —matizó con firmeza Juan Carlos.

Aetos miró con suma seriedad a su hermano y al trapecista, y fue tal la determinación que detectó en sus ojos que no tuvo más remedio que ceder.

—De acuerdo, con vuestra ayuda.

Pero entonces, justo al doblar la esquina en busca de la puerta de entrada de artistas, descubrieron con sorpresa que frente a ella se encontraba aparcado un vehículo de la policía.

—Mal asunto —supuso Juan Carlos.

—Algo ha ocurrido. Espero que no esté relacionado con nosotros —comentó Aetos.

—Ya que estamos aquí, lo mejor será averiguarlo —propuso Moses.

—En cualquier caso, hasta me alegro de que ande por aquí la autoridad —reconoció Aetos—. Su presencia significa seguridad, y eso es lo que más necesitamos en estos momentos.

La puerta de entrada a los camerinos estaba entornada. A Aetos le llamó la atención la cerradura, forzada de mala manera. Una vez dentro, un policía de uniforme fue hacia ellos y les impidió acercarse a la conserjería. Tras el mostrador, dos mujeres de la limpieza lloraban desconsoladamente.

—¿Podemos pasar? —preguntó Juan Carlos.

—¿Son empleados del teatro? —preguntó el policía.

—No. Somos miembros del espectáculo que se presentará en la gran gala de la Cruz Roja. Venimos a revisar nuestro material de trabajo.

—Esperen un momento —dijo el policía antes de desaparecer por la puerta de acceso al escenario.

Aetos se acercó al mostrador de conserjería y preguntó a las mujeres:



—¿Ha ocurrido algo?

—Han matado al conserje del teatro... —dijo una de ellas.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Aetos sorprendido.

—Pues créaselo —le aseguró la otra mujer—, porque yo misma lo descubrí sin vida en un almacén del foso.

Los tres se miraron preocupados.

Inmediatamente apareció por la puerta que conectaba con el escenario un sujeto alto y extremadamente delgado. Venía acompañado por el policía al que antes se habían dirigido y se presentó con la mayor naturalidad.

—Soy el inspector Mercier. Tengo entendido que son ustedes artistas.

—Efectivamente —respondió Juan Carlos—, mi nombre artístico es el Gran Barrachina y soy trapealista. En cuanto a estos señores, son los Orakis Brothers, geniales maestros de la magia.

El inspector, tras observar detenidamente a los gemelos, no pudo evitar hacer un comentario inocente y obvio.

—Son ustedes increíblemente exactos en el parecido.

—Como dos gotas de agua —reconoció Aetos.

—Imagino que es una circunstancia rentable para realizar trucos de magia.

—Impagable —respondió Aetos.

—¿Tienen ustedes equipos de trabajo en el almacén del foso?

—Todo nuestro material se encuentra allí.

—¿Y conocían ustedes al conserje de este teatro?

—Supongo que es el mismo que nos indicó que el almacén del foso era el lugar más seguro para guardar nuestros aparatos —contestó Juan Carlos—. Si no me equivoco, su nombre es Barthélemy...

Al escuchar el nombre, las dos mujeres de la limpieza aumentaron el nivel de sus llantos. El inspector, con gesto serio y obligado por las circunstancias, informó a los artistas:

—Todo indica que Barthélemy ha sido brutalmente asesinado.

—¿Por algún motivo en particular? —preguntó Aetos.

—Lo desconocemos por ahora, aunque los indicios apuntan a su exceso de responsabilidad y de celo por todo cuanto existe en este teatro. Posiblemente se defendía de un atraco. ¿Alguien de su grupo podría haber visitado el almacén del foso esta mañana temprano?

—Lo dudo —respondió Aetos—. Pero creo que podré ayudarle en su investigación —aseguró el viejo mago.

—Me sorprende usted —dijo perplejo Mercier—. ¿Cómo puede ayudarme?

—Escuche, sin haber vuelto a entrar en ese almacén desde que guardamos los materiales, estoy seguro de que nuestro equipaje y nuestro vestuario han sido objeto

de un registro vandálico.

—¿Cómo lo sabe?

—No lo sé, pero lo sospecho. Es la segunda vez en pocos días que sufrimos un registro. Y le diré más: los mismos bárbaros que los han efectuado han acabado también con las vidas de tres integrantes de nuestra compañía en menos de una semana. Para su información, sospechamos que nos está persiguiendo un grupo profesional de asesinos y miembros de las SS alemanas.

El inspector miró a Aetos como si fuera un bicho raro. Por un momento llegó a pensar que este le estaba tomando el pelo. Aetos, sospechando lo que pasaba por su mente en aquel momento, no le dejó tiempo para pensar:

—Ya sé que todo esto puede sonarle a fantasía. Incluso supongo que estará encontrando absurda la relación de las SS con una compañía de viejas glorias del espectáculo. Sin embargo, aceptará como más lógica mi información si le digo que a quien persiguen esos asesinos es a alguien que en su momento mantuvo una relación con el Führer...

Moses y Juan Carlos miraban a Aetos boquiabiertos sin entender lo que estaba haciendo. No sólo no había contado con ellos para decidir revelar el secreto, sino que desconocían adónde quería ir a parar.

Por su parte, el inspector Mercier trataba de asimilar toda la información que recibía de Aetos y comenzaba a pensar en la posibilidad de poner a aquellos sujetos en manos de la seguridad del Estado. Aunque pensó que, antes de tomar esa determinación, debía recabar más información.

—¿Quién es esa persona tan cercana a Hitler?

—Eso quisiéramos saber nosotros —reconoció Aetos mientras miraba a su hermano y a Juan Carlos—. De haber sabido quién era, hubiéramos tomado medidas, aunque sospechamos que era el músico austríaco llamado Ademar Beckenhauer, compañero nuestro en esta gira y asesinado en Lyon hace pocos días.

—Un momento —le interrumpió Mercier—. Esto es demasiado complicado y peligroso. ¿Todos ustedes conocían la existencia de un secreto y no informaron a la autoridad competente?

—No, nadie conocía nada sobre tal posible secreto. Yo soy el único que tuve una sospecha basándome en una conversación que mantuve con el músico.

Daba la impresión de que la circunstancia le venía un poco grande al inspector. Su especialidad eran los casos de delincuencia común, siempre en el ámbito civil, pero aquel asunto entraba dentro del terreno militar y político, por lo que inmediatamente tomó una determinación:

—Lo siento, pero me van a tener que acompañar a la comisaría. Necesito una declaración en regla con la que hacer un informe urgente.

—Le advierto de que estamos citados hoy a las cinco de la tarde con un colega

suyo que lleva el caso de la viuda de Ademaro Beckenhauer, a quien asesinaron la pasada madrugada en la pensión La Bohème.

—Esta mañana supe de ese caso —dijo el inspector—. No me diga que también está relacionado con ustedes.

El inspector ordenó al policía que le acompañaba que buscara a su ayudante, que en ese momento se encontraba en el almacén del foso tomando fotografías del cadáver. Cuando este apareció, Mercier le ordenó hacerse cargo del caso mientras él se desplazaba a comisaría junto con Aetos. Prometió volver al cabo de una hora. Moses y Juan Carlos, alegando por su parte que tenían que usar sus aparatos en la gran gala de la Cruz Roja, preguntaron si podían revisar sus materiales de trabajo. El ayudante no tuvo inconveniente y hasta se brindó a acompañarlos al foso.

Una hora más tarde regresaban al teatro el inspector Mercier y Aetos. Llegaban justo en el momento en que un coche fúnebre trasladaba a la morgue los restos del conserje. Moses y Juan Carlos comentaron el mal estado de todo el material de trabajo y del vestuario. Tendrían que advertir al resto de la compañía y trabajar duro si querían tenerlo disponible para la gala. Los vándalos que habían efectuado ese segundo registro no habían tenido la más mínima consideración. El inspector los autorizó a entrar en el futuro en el almacén siempre que lo necesitaran, y también les comunicó que estaría presente en la reunión con su colega en el comedor de la pensión a las cinco de la tarde. Por un cruce de miradas entre los gemelos, Aetos supo que Moses se había hecho con el sobre. No obstante, y para asegurarse, se acercó a su hermano y, mientras le preguntaba por el estado del vestuario, le pasó sutilmente la mano por la espalda para comprobarlo. A continuación, tratando de disimular su interés por sacar aquel documento cuanto antes del teatro, no pudo evitar explayarse:

—Tendríamos que marcharnos para comunicar a nuestros compañeros el estado en que se hallan los aparatos. Cuanto antes los pongamos en orden, mejor. No sea que nos tengamos que jugar la vida a última hora.

—Creo que su comentario es muy sensato —comentó el inspector.

Tras probar algunos resortes de los aparatos de magia, los gemelos y Juan Carlos se despidieron del agente y de su ayudante, e inmediatamente abandonaron el teatro.

—¿Y ahora? —preguntó Juan Carlos una vez que estuvieron en la calle.

Los gemelos ya habían comenzado a andar. Al doblar la esquina, Moses contestó:

—Al Cirque d’Hiver.

Media hora más tarde se encontraban en el camerino de Gigí Carré, quien, además de alegrarse infinitamente por la visita de Juan Carlos, no tuvo el menor inconveniente en cedérselo para que en él mantuvieran, según Juan Carlos, una reunión de trabajo.

Encerrados los tres en él y bajo llave, Aetos extrajo de la espalda de Moses el sobre marrón. El hecho de que tuviese impreso el sello personal del Führer les

impresionó sobremanera.

—Lo que estamos haciendo es una locura —comentó Aetos.

—Seamos locos entonces —propuso Moses.

Aetos fue al lavabo, abrió el grifo del agua caliente y acercó la solapa del sobre cerca del vapor que producía el agua casi hirviendo. Con sumo cuidado y curándose en salud por si fuese necesario tener que volver a cerrarlo, fue despegando lentamente la solapa. A pesar de la excitación que les producía abrir aquel maldito sobre, culpable sin duda de varias muertes, el pulso de Aetos era firme y seguro. Por fin, y tras una tensa espera, conocerían su contenido. Una vez abierto, Aetos extrajo con el mayor cuidado varios pliegos, todos ellos manuscritos y en cuyo encabezamiento aparecía el nombre del Führer. Se trataba de dos documentos. El primero, cuyo título era «Mi último deseo», constaba de ocho páginas. Aetos colocó una mesita en el centro del camerino y puso sobre ella los papeles, todos escritos con pluma y rasgos inseguros. Algunas tachaduras y sencillos signos indicaban que se daba por válido lo que en realidad debiera haberse pasado a limpio. Aetos señaló con su índice una anotación al margen que rezaba: «Documento original. No existen copias». Los tres acercaron sus cabezas y comenzaron a leer en silencio.

Allí se explicaban las líneas básicas para rehabilitar el nacionalsocialismo tras la muerte de Hitler, algo que, de acuerdo con los últimos acontecimientos, podía producirse muy pronto. También se apelaba al patriotismo de aquellos hombres en cuyas manos quedaba la recuperación de Alemania, y se especificaba que en aquellos papeles estaban las pautas que debían seguir para ello. La mayoría de las anotaciones contenían lugares secretos, así como nombres y apellidos de diferentes personas, todos en clave.

El segundo documento constaba de un solo folio en donde se revelaba el lugar en el que se encontraba el tesoro con que hacer frente a los gastos de rehabilitación del régimen nazi. Ambos documentos llevaban el sello del despacho del Führer y estaban firmados de su puño y letra.

Cuando terminaron la lectura, ninguno de los tres fue capaz de hablar. Se quedaron en silencio y durante un par de minutos sus mentes se centraron en analizar lo que acababan de descubrir. Aetos fue el primero en reaccionar:

—El fanatismo lleva al loco de Hitler a querer repetir la historia...

—Siento náuseas —confesó Juan Carlos alejándose de la mesita.

—¿Qué hacemos con esto? Podemos entregarlo a las autoridades, guardarlo, entregarlo a los franceses o a los norteamericanos...

—Si queréis mi opinión sincera —dijo Moses—, yo haría desaparecer ambos documentos. A todo efecto, no los hemos leído y no los hemos conocido. Es lo más prudente.

—Os advierto que uno de ellos indica dónde se encuentra un importante tesoro,

una auténtica fortuna. Y somos los únicos que lo sabemos.

—Renuncio a mi parte —dijo Juan Carlos.

—¿Y tú? —preguntó Aetos a Moses.

—No sé qué decirte. La verdad es que tengo mis dudas, aunque, pensándolo bien, creo que lo más seguro sería quemar estos papeles contaminados con la muerte y la fatalidad.

—Pues no se diga más.

Aetos sacó un mechero de su bolsillo, fue cogiendo uno a uno cada pliego de la mesita y, arrugándolos con las manos, fue haciendo con cada pliego una bola de papel. Las colocó todas dentro del lavabo y, tras prenderles fuego, vigiló que terminaran de quemarse hasta convertirse en ceniza negra. Una vez apagadas, abrió el grifo y dejó que el tragante recibiera y eliminara hasta la última brizna. Cuando Aetos dio por terminado el trabajo, escondió sobre su cuerpo el sobre, en cuyo interior había introducido varios recortes de viejos periódicos que encontró en el camerino, y se sacudió las manos tal y como solía hacer al finalizar un truco de prestidigitación en escena.

—Quizá no seamos conscientes de que acabamos de hacerle un bien a la humanidad —dijo entonces.

Moses miró a Aetos y soltó una fuerte carcajada. Juan Carlos, sorprendido en un principio, supuso finalmente que se debía, sobre todo, a una descarga de toda la tensión contenida hasta entonces y al alivio por haber destruido aquellos papeles que tanto daño podrían haber hecho al mundo entero. De modo que, encogiéndose de hombros, le dejó desahogarse.

Tras un cruce de miradas entre los gemelos, Aetos se contagié y comenzó a reír al igual que su hermano. Parecían sufrir un repentino ataque de locura.

Y juntos continuaron durante un buen rato riendo a carcajada limpia.

## Capítulo 42

Erika permanecía recluida en la habitación de sus padres. Se había adueñado de un rincón del dormitorio donde había un sillón orejero. Sufría una especie de *shock* o catarsis profunda influenciada por un fuerte estado de desmoralización. No reaccionaba a los consejos de su padre ni a las dulces y tiernas palabras de su madre. Se había encerrado en sí misma de tal manera que no atendía a la llamada de los gemelos y mucho menos a las múltiples solicitudes de Juan Carlos para mantener una conversación.

Y lo peor era que aquella especie de extraña depresión le producía una inapetencia total que la llevaba a rechazar cualquier alimento que le acercasen a la boca. Lena de Cock apenas lograba mojarle los labios con zumos de fruta. Envuelta en una colcha y acurrucada en aquel sillón, daba la impresión de que había empequeñecido. Su mirada era fija y obsesiva, aunque se notara en sus ojos un continuo movimiento de las niñas como consecuencia de un cerebro que no cesaba de pensar. A solicitud de Juan Carlos, Aetos y Moses habían mantenido una larga reunión con Lukas de Cock. Se habían citado en un café cerca de la pensión. Allí, e insistiendo firmemente en la absoluta confidencialidad de la conversación, los gemelos le habían explicado con todo lujo de detalles las aspiraciones de Armand Rousseau con respecto a Juan Carlos en la entrevista mantenida en el hotel Ritz de la place Vendôme. El padre, preso de las dudas debido a la imagen y fama de Don Juan que mantenía Rousseau, no terminaba de comprender lo ocurrido, pero acabó por prometer que haría lo que estuviera en sus manos por solucionar aquella desgraciada situación. El mayor problema lo representaba el muro que se había creado en su mente Erika, una fuerte y terrible barrera que rechazaba todo intento de acceder a su cabeza e incluso a su memoria.

Su extraño mundo se había reducido a recordar, una y otra vez, la escena vivida en la suite del empresario. La secuencia se repetía de manera continuada, en un circuito cerrado, como si se tratara de un metro de celuloide con una escena filmada que se hubiera convertido en un círculo sin fin. Las imágenes pasaban por delante de sus ojos sin cesar y sin que se produjera en ella ninguna reacción. Totalmente enganchada con la escena, dejaba pasar las horas. De vez en cuando se quedaba medio dormida, y era entonces cuando se producían en ella ciertos desahogos, ya que se oían procedentes de su garganta tenues lamentaciones que más tarde se convertían en llanto. Cuando esto ocurría, Lena, con un pequeño pañuelo, se encargaba de secarle las lágrimas que mojaban sus mejillas y sus ojos.

Todo intento de acercarse a ella resultó infructuoso para Juan Carlos. El matrimonio De Cock se negaba rotundamente a su presencia en la habitación, sobre todo Lena, quien no se había separado de su hija durante las últimas cuarenta y ocho

horas. Ella no sabía qué era lo que le había ocurrido a su niña, pero sospechaba que se trataba de algo relacionado con una decepción o desengaño y que tenía que ver con Juan Carlos. Si de algo estaba segura Lena era del maravilloso idilio que estaba viviendo su hija los últimos días. Tanto era así que, aun sin demostrárselo, el joven se estaba convirtiendo en un ser querido para el matrimonio por ser la causa de la felicidad de su hija única. Habían sentido en sus corazones la ilusión que les contagiaba Erika y la suya propia por ganar un hijo, ese hijo que nunca tuvieron. Y ahora se encontraban tan decepcionados como su hija.

Juan Carlos, a quien aquella situación estaba llevando a la desesperación, sabiéndose inocente pero irremediabilmente implicado en ella, hizo cuanto pudo por aclararles a los padres a través de los gemelos tanto su inocencia como su profundo amor y disposición para colaborar y ayudar en la recuperación de Erika. Pero en aquellos momentos él era el malo de la historia, el creador de la situación, el único culpable de la enfermedad de Erika. Por eso su cabeza no cesaba de dar vueltas en busca de algo positivo que hacer para ayudar. Quería sacar a Erika de aquel mundo que su imaginación había creado y pensaba en mil maneras de acercarse a su mente o a su corazón, pero ninguna lo convencía. Llegó a imaginar su propio suicidio como un impacto que podría causar en ella un efecto salvador, pero en seguida pensó que desvariaba hasta el punto de caer en el ridículo.

Así, buscando soluciones, recordó al doctor Fuvert, médico psiquiatra y admirador de su trabajo en el trapecio, a quien por sus propias peticiones y durante una de sus temporadas de presentaciones en París había concedido varias entrevistas de carácter estrictamente médico con las que el galeno trataba de investigar cuáles eran los pensamientos de Juan Carlos y qué era lo que sentía en los precisos momentos en que se jugaba la vida a quince, veinte o veinticinco metros de altura.

Recordaba que entre las muchas pruebas a que lo sometió, durante una de las muchas entrevistas lo hipnotizó y lo retrotrajo a la edad de cinco años. No olvidaba aquella experiencia por el hecho de que en su transcurso había confesado acabar de comerse dos empanadillas de dulce de boniato, algo que le gustaba con locura y que su madre hacía como nadie en el mundo. Al despedirse tras la última sesión, el doctor, que demostraba haber quedado profundamente agradecido, le pidió una autorización firmada para publicar parte de aquellas entrevistas en un futuro libro que pensaba editar, autorización que Juan Carlos firmó. Y lo que en aquel momento recordaba con la mayor alegría eran las últimas palabras del médico al despedirse: «Si en algún momento necesitas consejo profesional, no dejes de buscarme». Ahora era el momento de utilizar aquella vieja relación, suponiendo que Fuvert siguiera existiendo, estuviera en París y se acordase de él. Pero pensando en que no hay peor gestión que la que no se realiza, se puso en marcha dispuesto a dar con aquel importante doctor. Afortunadamente, en la primera guía de teléfonos que consiguió

halló un doctor Fuvert especialista en psiquiatría. Tenía que ser el mismo. Anotó la dirección y, calculando que la consulta no quedaba demasiado lejos, decidió acercarse y hablar personalmente con él.

Las dudas que albergaba Juan Carlos en cuanto a que el doctor no le reconociera se disiparon de inmediato: no sólo se acordaba de él, sino que demostró un gran entusiasmo al reconocerlo. Una vez informado de la razón de su visita, el médico reajustó con su secretaria los compromisos del día y se dispuso a visitar a Erika aquella misma tarde. A las siete en punto llamaba Juan Carlos a la puerta de la habitación de los padres de la muchacha. Lukas abrió y le miró con desagrado. Inmediatamente se oyó la voz de Lena preguntando quién llamaba. Cuando Lukas mencionó el nombre de Barrachina, se oyó la voz indignada de Lena negándose a recibirlo. Lukas intentó cerrar la puerta, lo que no llegó a conseguir, ya que un pie de Juan Carlos se lo impidió.

—Este caballero es el doctor Fuvert —dijo—, es uno de los más importantes especialistas de Francia. Es conocido mío y, a pesar de su apretada agenda, ha sido tan amable de acercarse a ver a Erika...

Lena se acercó a la puerta y se quedó mirando descaradamente al médico. Tras observarle detenidamente, abrió la puerta del todo.

—Usted sí, pero él no —dijo la mujer tajantemente señalando a Juan Carlos.

El médico no perdió la ocasión. Entró en la habitación, dejó el sombrero sobre una mesita, cogió una silla y, acercándola al rincón donde estaba Erika, se sentó frente a ella. Acto seguido abrió su maletín de mano y, sacando una linterna, iluminó los ojos de la joven, en cuyo examen se entretuvo un buen rato. Después, con las yemas de los dedos fue palpando y presionando distintas zonas de la cabeza de la muchacha. Revisó también las cervicales, a las que prestó especial atención, y finalmente, tras palpar la parte frontal de la garganta, pidió a Erika que abriera la boca. Para sorpresa de Lena, Erika obedeció.

—¿Pueden explicarme por qué está en estas condiciones? —preguntó el galeno mientras observaba el interior de la garganta de Erika.

Lukas y Lena de Cock se miraron sin saber qué decir.

—En realidad no lo sabemos —contestó Lena al fin, consciente de que el doctor esperaba una respuesta—. Sospechamos que el culpable es el joven Barrachina...

—¿Por qué? —preguntó Fuvert volviéndose hacia el matrimonio.

—Bueno —dudó Lena confundida—, en realidad pensamos que algo ha debido de pasar, y como están enamorados...

El doctor Fuvert fue hasta la puerta de la habitación, la abrió y, con gesto autoritario, obligó a entrar a Juan Carlos.

—Supongo que todos desean que esta joven se recupere —dijo inmediatamente franqueando el paso al joven.



—Por supuesto —se apresuró a decir Juan Carlos.

—Pues entonces necesito conocer los antecedentes. Sin ellos no puedo trabajar.

El médico tomó asiento y paseó su mirada por todos los presentes en espera de información. Entonces, Juan Carlos, viendo el cielo abierto ante la oportunidad de aclarar el entuerto, le explicó a Fuvert su relación con Erika y lo sucedido en el hotel Ritz y después en la calle con todo lujo de detalles. Aclaró que ella era lo más importante en su vida e insistió en que no estaba dispuesto a perderla por nada de este mundo.

El médico analizó el caso y se tomó unos instantes antes de preguntarle al matrimonio De Cock:

—¿Piensan colaborar?

Lena miró al suelo avergonzada antes de responder:

—Después de esta aclaración, con más razón...

—Bien —dijo Fuvert—, pues pongámonos en marcha.

Al momento, el doctor sacó de su maletín una ampolla y una jeringuilla.

—Va a dormir diez o doce horas —dijo Fuvert inyectando el medicamento en el brazo de la joven—. Mañana a primera hora la llevan a mi consulta.

Al día siguiente, Juan Carlos y el matrimonio De Cock siguieron las instrucciones del doctor Fuvert, que les pidió autorización para aplicar una pequeña tanda de descargas eléctricas de baja intensidad a la muchacha. Después de asegurarles que era lo mejor para ella, autorizaron ese procedimiento y se procedió a la aplicación.

Cuando hubo terminado, y mientras ella reposaba en una sala de recuperación, el médico les explicó que Erika perdonaría a Juan Carlos por propia decisión. Pero, hasta entonces, debía continuar con sus padres. Juan Carlos lo comprendió y aceptó respetar las reglas.

Antes de despedirse, el trapequista preguntó a la secretaria por los honorarios, pero el doctor Fuvert le había dado la orden de responder que era él quien estaba en deuda con Juan Carlos. Más tarde, aquel mismo día, el galeno recibió una invitación para asistir a la gran gala de la Cruz Roja, a la que este prometió asistir con su esposa.

## Capítulo 43

La portada del Théâtre Olympia no estaría iluminada esa noche para la gran gala de la Cruz Roja. No se usarían grandes focos en movimiento, como era costumbre en ocasiones especiales, ni la marquesina se alumbraría con sus miles de bombillas en movimiento. Francia continuaba en guerra y la energía era necesaria para otros menesteres de vital importancia. No obstante, los organizadores habían pedido permiso para cerrar la calle y llenarla de ambulancias y vehículos de la Cruz Roja que recibirían a los asistentes con las luces de sus faros encendidas, pancartas de bienvenida y banderolas al viento. Todo esto exclusivamente durante el tiempo que se prolongase la recepción del respetable público y de todas las fuerzas vivas de la ciudad.

París vivía días de inquietud. Según las últimas noticias, Berlín estaba a punto de caer.

Pese a todo, la presencia en la gala de las viejas glorias del espectáculo había despertado un gran interés entre los parisinos. Así se lo comunicó Armand Rousseau a todos los miembros de la compañía, a quienes también notificó la imposibilidad de presentar en el Théâtre Odéon el espectáculo, tal como tenía previsto, ya que razones ajenas a su voluntad se lo impedían. Así pues, tras la gala de la Cruz Roja viajarían a Toulouse, donde celebrarían sus tres últimas presentaciones en Francia antes de cruzar la frontera a España.

En esta ocasión, todos los integrantes del espectáculo sufrían una preocupación añadida al nerviosismo previo a la gala: habían tenido que trabajar duramente para poner en orden el vestuario de escena y el resto de los materiales, que habían sido maltratados por quienes habían efectuado el registro vandálico en los sótanos del teatro; pero además, para agregar inquietud en todos ellos, el inspector jefe de la policía de París, acompañado por un oficial militar miembro de la seguridad del Estado, había alertado a todos y cada uno de los ancianos del peligro que corrían sus vidas durante aquella representación, al tiempo que les había recomendado colaborar en la identificación de tres o cuatro personajes peligrosos, los mismos que habían registrado su equipaje y materiales de trabajo y, posiblemente, los responsables también de los asesinatos de sus compañeros desaparecidos.

Cuando Lena de Cock preguntó la razón por la que corrían peligro sus vidas, el jefe de policía entendió que no debía extenderse demasiado en explicaciones, por lo que se limitó a advertirlos de que su información sólo alcanzaba a aceptar la hipótesis de que los delincuentes podrían ser alemanes que buscaban algo entre sus materiales. Posiblemente algún documento secreto.

Juan Carlos, desmoralizado por la ausencia de Erika en el teatro, ya que continuaba encerrada en la habitación de sus padres, se había recluso en su camerino

para mentalizarse de cara a la actuación de aquella noche. Calentaba músculos y preparaba su organismo para la presentación, pero, por primera vez en su vida, sin la más mínima ilusión. Sólo cumpliría con su obligación sin el entusiasmo del que solía hacer gala en cada presentación.

Acababa de frotarse los brazos con un fuerte linimento cuando aparecieron los gemelos en su camerino. Les abrió la puerta y, viendo que no se decidían a entrar ni tampoco decían nada, empezó a hablar:

—Si venís a levantarme la moral, perdéis el tiempo. Estoy hundido, pero tengo clara mi responsabilidad allá arriba.

—No se trata de eso —explicó Aetos mientras ambos accedían al camerino—. Venimos para que nos acompañes a explicarle algo al jefe de la policía.

—¿Algo nuevo que yo desconozca?

—No —negó Moses—. Algo que se nos había pasado hasta ahora.

—¿De qué se trata? —preguntó Juan Carlos, interesado.

—Se trata de proteger a Erika.

—¿Qué le ocurre? —inquirió Juan Carlos sobresaltado y palideciendo.

—Nada —dijo Moses tranquilizándole—. Pero precisamente para protegerla debemos hablar con las autoridades.

—Pensamos —continuó Aetos— que quizá los alemanes puedan aprovechar nuestra ausencia de *La Bohème* durante la función para registrar las habitaciones. No creo que sea correcto dejar a Erika sin protección.

Juan Carlos se cubrió inmediatamente con un albornoz y se dirigieron los tres a la parte trasera del escenario. Sabían que allí se encontraban cuatro miembros de la policía secreta disfrazados de tramoyistas. No los conocían, pero su olfato tras una vida entera compartiendo actuaciones y sufrimientos con el personal de todos los escenarios del mundo hizo que reconocieran a uno inmediatamente.

Sin pérdida de tiempo se dirigieron al falso tramoyista y le pidieron que localizase al jefe de policía. El hombre, algo sorprendido en principio, se excusó aduciendo que había recibido órdenes de no moverse de su puesto de vigilancia. Llevados por la prisa, los tres hombres buscaron entonces al administrador del teatro y este consiguió avisar al jefe de policía, que se presentó de inmediato acompañado por dos hombres de confianza. Cuando le explicaron su preocupación por el estado de desamparo en que había quedado Erika, enferma y sola en su habitación de la pensión y con una posibilidad muy real de que los asesinos la visitasen, este comprendió la situación inmediatamente y propuso enviar a un hombre para que recogiera a Erika y la trajera al teatro. Tras explicarle que ella no podía moverse de la pensión por estar inmersa en un proceso complicado de salud en el que los asesoraba el célebre doctor Fuvert, especialista en psiquiatría, el jefe no lo dudó ni un momento y, aun consciente de que necesitaba a todo su personal en el teatro, entendió perfectamente el peligro que

representaba dejar a Erika sin protección en la pensión. De modo que envió a dos hombres a la pensión para que cuidaran de la joven, aunque eso significaba dejar de contar con ellos para vigilar el teatro.

Se retiraba ya el jefe de policía cuando Aetos llamó de nuevo su atención:

—¿Podríamos disponer mi hermano y yo de dos armas de fuego cortas? —le pidió.

—¿Con qué intención?

—La de protegernos —respondió Aetos.

—No, lo siento —negó el jefe con rotundidad—. Hoy no me puedo permitir el lujo de que se produzca un tiroteo en esta sala. Tenemos entre el público asistente a demasiadas personas importantes. Si fuera inevitable tener que disparar, sólo lo harían aquellos verdaderamente expertos en la materia. Para su tranquilidad, sin embargo, puedo asegurarle que tengo apostados en lugares estratégicos a más de cuarenta profesionales armados, todos ellos versados tiradores. No creo yo que nadie sea capaz de asomar la cabeza hoy en este teatro.

—¿Tan seguro está? —preguntó Moses.

—En circunstancias como esta nadie lo puede asegurar, pero sí puedo garantizarle que cualquier desconocido que intentase salirse del plato en esta ocasión tendría los segundos contados. Ustedes preocupense de hacer bien su trabajo. Cuidarles será nuestra responsabilidad.

El jefe y sus dos hombres se retiraron, y Juan Carlos y los gemelos, ahora más tranquilos, se dirigieron a sus camerinos. Ya en la puerta del de los gemelos, Juan Carlos se volvió hacia ellos.

—Gracias por el detalle —les dijo emocionado.

—Lo mismo hubieras hecho tú por nosotros —respondió Moses.

Los gemelos, tras cerrar bien su puerta, comenzaron el ritual de maquillarse y vestirse mientras repasaban mentalmente el trabajo que debían realizar en escena. En un momento dado, Aetos se quedó en silencio por un espacio de tiempo prolongado.

—¿Estás aquí? —preguntó Moses preocupado por la pausa.

Aetos terminó de marcarse las pestañas inferiores con un diminuto pincel mojado en cerveza y pasado por el carbón de un corcho quemado, y respondió:

—Estoy aquí, y si supieras lo que estoy pensando me insultarías...

—Viniendo de ti ya no me sorprende nada.

—Es que estoy pensando que la oportunidad es única.

—¿La oportunidad para qué...? —preguntó interesado.

—Para cazar a esos asesinos...

Aetos desvió la mirada con la excusa de atender a su maquillaje. Moses, por el contrario, mantuvo los ojos fijos en el rostro de Aetos.

—¿Hasta cuándo debo esperar para que desembuches? —comentó tras unos

segundos de silencio.

Aetos miró a su hermano.

—No, deja. Mejor que no... —dijo como si desechara un pensamiento.

—De eso nada —explotó Moses—. Ahora mismo me vas a confesar lo que estabas pensando. Me conoces lo suficiente y sabes que no me gustan las intrigas.

—De acuerdo —accedió Aetos—. Estaba pensando que esos alemanes deben de estar sentados en sus butacas dispuestos a presenciar la función. ¿Te imaginas lo que sucedería si por casualidad, en un momento dado y sin venir a cuento, el sobre apareciera en escena?

—Pues sucedería que vendrían a por nosotros.

—Exactamente —confirmó Aetos—. Con la ventaja por nuestra parte de contar con cuarenta miembros de la policía a nuestro favor.

Moses se quedó en silencio. Su mente pensaba a gran velocidad y, tras analizar las ventajas y desventajas de la propuesta de su hermano, dijo finalmente con la mayor serenidad:

—Sería una hermosa manera de terminar nuestra carrera artística. Si nos matan, seríamos unos héroes. Y si no nos matan y los cazamos, también seríamos unos héroes, pero además vivos para disfrutarlo.

—Entonces —dijo Aetos—, ¿quién habla con el jefe de policía, tú o yo?

—¡Y qué más le dará a él con lo que nos parecemos!

La fórmula utilizada en el Théâtre des Célestins de Lyon, ahora aplicada a todas las atracciones del espectáculo, estaba resultando un éxito sin precedentes. El hecho de parcelar las actuaciones mezclando secuencias cortas de cada atracción estimulaba el ritmo de la función hasta el punto de dejar al público sin respiración, asombrado y, algunas veces, hasta con la boca abierta aterrorizado ante el riesgo que corría el intérprete. El entusiasmo era total. Aquellas viejas glorias volvían a conquistar la Ciudad de la Luz y guardaban en sus amplios bolsillos aquellos nuevos éxitos que ya no creían merecer ni soñaban con poder volver a lograr. La noche estaba tocada por una varita mágica que la convertiría en inolvidable. Todos los ancianos lucían en sus rostros la embriagadora felicidad que producen las grandes ovaciones. En aquel momento, los Orakis Brothers presentaban su última actuación. Aetos estaba en el centro del escenario frente a una clásica mesita de mago. Se dirigió a un lateral para introducirse en el sarcófago de «El diablo en llamas» cuando, de la mesita y sin que aparentemente estuviera previsto, saltó por el aire un sobre marrón que cayó al suelo. Aetos, fingiendo un gesto de preocupación y como si tratase de disimular un accidente o un fallo inesperado, recogió el sobre del suelo y lo colocó sobre la mesita, que un ayudante de escena retiraba del escenario en aquel preciso momento.

Simultáneamente, en el patio de butacas se producía una reacción inmediata. Primero un individuo se ponía en pie y molestaba a sus vecinos de asiento buscando

el pasillo central. Inmediatamente, y como si tuvieran resortes en sus cuerpos, tres hombres saltaron en sus butacas, situadas en tres puntos diferentes del patio, y buscaron rápidamente las puertas del vestíbulo. Para beneficio de los miembros de la policía, cada uno de los tres se dirigió a una puerta distinta, la más cercana, lo que facilitó su detención, puesto que en cada puerta de salida al vestíbulo montaban guardia dos policías de paisano. Sin embargo, el primer individuo, habiéndose apercebido de las rápidas detenciones del trío, dio media vuelta y, tras bajar por el pasillo central, como si fuera parte del espectáculo de magia, saltó al foso de la orquesta y desapareció. Inmediatamente, Aetos, que vestía un frac y un sombrero de copa blancos, colocó un baúl de tamaño regular en el centro del escenario. Dos mozos de escenario introdujeron al mago con las manos atadas en un saco, y el saco dentro del baúl. Y, mientras tanto, por todo el teatro se movían a gran velocidad infinidad de policías camuflados que corrían a cumplir órdenes conforme las recibían. En el escenario, los mozos ataban el baúl con una cuerda y le daban una vuelta. Tras la vuelta comenzaron a desamarrar el baúl. Tras unos momentos de tensión, abrieron el baúl y apareció Aetos vestido con un frac negro, un sombrero negro y con una copa de champán en la mano.

Mientras sonaba una gran ovación, Aetos señalaba el trapecio de Juan Carlos, donde este se encargaría de cerrar con broche de oro el espectáculo. Mientras esto sucedía entre el público, los cuatro agentes disfrazados de tramoyistas detrás del escenario también se lanzaban a la caza del hombre que había saltado al foso.

En cuestión de segundos, todo el personal de la policía se movía por los sótanos del teatro, tanto los que iban de uniforme como los que vestían de paisano. En aquella confusa búsqueda nadie podía identificar al hombre que buscaban. No sólo no lo conocían, sino que, además y para mayor confusión, los policías de paisano que había en el teatro procedían de distintos distritos de la capital, por lo que tampoco se conocían entre ellos.

Media hora más tarde, con las huellas del fracaso reflejadas en el rostro del jefe de policía, se suspendía la infructuosa búsqueda y se asumía que el escurridizo hostigado había desaparecido. No obstante, el jefe, por si el perseguido hubiera encontrado la oportunidad de esconderse en algún extraño lugar del teatro, ordenó a cuatro parejas de policías que se quedaran allí de guardia durante toda la noche.

## Capítulo 44

Juan Carlos, tras su impecable y exitosa actuación, había tomado una ducha de agua fría y procedía a terminar de vestirse cuando llamaron a la puerta de su camerino. En principio pensó en no abrir, seguramente se trataría de autoridades y personalidades que vendrían, como de costumbre, a felicitarle. Estaba cansado y sobre todo desmoralizado. Recordaba que durante toda su actuación, sobre todo en los momentos y pausas en que recibía aquellas impresionantes ovaciones, buscó por toda la sala la presencia de Erika con anhelo, con verdadera desesperación. En aquellos momentos no escuchaba los aplausos ni veía las expresiones emocionadas de los asistentes al espectáculo. Sólo buscaba un rostro, el precioso rostro de Erika, con ese gesto de preocupación tan ensimismado y particular que solía mostrar mientras él se jugaba la vida. ¿Y si fuera ella la que llamaba a la puerta? Se ilusionó y aquel pensamiento le hizo abrir inmediatamente. Para su decepción, quienes llamaban eran el jefe del cuerpo de policía de París, un representante de Armand Rousseau y los gemelos.

El oficial los informó acerca de la detención de tres personajes que ya se encontraban en los calabozos de la comisaría central de París. Pero también les notificó la decepcionante noticia de su fracaso con respecto a la localización de un cuarto personaje que, con escurridiza habilidad y rápida imaginación, había logrado despistar a más de cuarenta perseguidores.

—Y lo peor —comentó el jefe con preocupación— es que, mientras ese fulano ande suelto, todos ustedes continúan en peligro.

Por su parte, el representante de Armand Rousseau les anunció que el viernes, sábado y domingo del siguiente fin de semana actuarían en el Théâtre du Capitole de Toulouse, por lo que deberían desmontar el material que tenían en el Olympia a la mañana siguiente. Él, personalmente, los atendería en el teatro, y les hizo saber asimismo que deberían iniciar el viaje hacia Toulouse al día siguiente por la tarde. Finalizado el compromiso con el Théâtre du Capitole de Toulouse, estaba previsto que abandonaran Francia. El señor Armand Rousseau había cumplido su palabra y había servido de garantía ante las autoridades de su país, garantía que finalizaba tras esa última representación.

Cuando el jefe de policía y el representante de Rousseau se retiraron, Juan Carlos habló a los gemelos:

—Hay que advertir a todos los miembros de la compañía para que desmonten el material.

—No podrás hacerlo esta noche —le dijo Aetos.

—¿Por qué? —preguntó Juan Carlos.

—Porque están celebrando el éxito. Las botellas han aparecido como por arte de

magia, y en este momento están todos como cubas.

—En realidad se lo merecen —admitió Juan Carlos—. Trataremos de que no se acuesten demasiado tarde.

—Se hará lo que se pueda —dijo Aetos, poco convencido.

A pesar de haber trasnochado y de tener una resaca de padre y muy señor nuestro, todos los ancianos terminaban de desayunar en el comedor de La Bohème, aunque lo hacían en el más absoluto silencio. Eran las ocho y cuarto de la mañana, y a las nueve tenían que comenzar a desmontar todo el material que tenían en el Olympia y cargarlo en el autobús. En aquellos días, el órgano rodante había recibido servicio de mantenimiento y estaba listo para viajar a Toulouse. Después de desmontarlo todo, y tras una ligera comida en la pensión de la que Juan Carlos apenas participó, preocupado como estaba por no ver a Erika en el comedor, todos ocuparon sus puestos en el órgano rodante. Los últimos en ocupar sus asientos fueron los De Cock. Juan Carlos, que hasta ese preciso instante había reflejado en su rostro la mayor preocupación, volvió a la vida al ver a Erika subir al vehículo y sentarse en su asiento de primera fila. Una vez todos acomodados, paseó su mirada por los presentes.

—¿Estamos todos?

Todos respondieron más con la sonrisa que con la palabra.

—Este es el momento más feliz en toda mi vida —les comunicó entonces Juan Carlos reflejando la inmensa dicha que le invadía.

Todos aplaudieron. Todos excepto Erika, quien, sin mirarle, trató de disimular una preciosa sonrisa que se insinuaba en su rostro.

El mágico momento fue roto por unos golpes en la puerta del órgano. Aetos abrió y descubrió a dos policías uniformados que, por orden del jefe de la policía de París, los escoltarían hasta la ciudad de Toulouse con su vehículo.

Con tan buenas noticias, Juan Carlos arrancó el motor.

Mientras cruzaban el centro de la ciudad, de norte a sur, en busca de la carretera que los conduciría a Toulouse, pensó que París era una maravilla de ciudad, quizá la más hermosa del mundo, y que, simbólicamente, la noche anterior había estado a los pies de todos los que viajaban en aquel bendito órgano rodante.

El silencio era absoluto. Sólo se oía el ruido que producían las ruedas del autobús en su roce con el pavimento y el sonido del viento al filtrarse por las juntas de los cristales de las ventanas. Las mentes de los ancianos permanecían prendidas en los momentos de gloria que habían experimentado la noche anterior. Las molestias, incomodidades y sacrificios vividos durante el largo y accidentado viaje quedaban más que saldados con un solo segundo de la admirable entrega por parte de aquel maravilloso público parisino. El zumbido que producía el aplauso continuaba resonando en sus cerebros. Los gemelos, sentados detrás de Juan Carlos, parecían dormir. Nada más lejos de la realidad, ambos analizaban todo lo sucedido tras la



aparición del sobre marrón en escena. Y, aunque ellos fueron los creadores de la idea, pensada con la mejor voluntad, no dejaban de culparse por el riesgo al que estaban sometiendo al resto de los miembros de la compañía.

Erika viajaba con la cabeza recostada en el cristal de la ventana y con los ojos cerrados, aunque los abría con cada pequeño movimiento brusco del órgano. Juan Carlos, que no tenía atención nada más que para la carretera y para ella, sospechaba que se quedaba dormida de vez en cuando.

En los momentos en que lo hacía, aparecía en su rostro una bella sonrisa que él agradecía suponiendo que denotaba cierta tranquilidad de espíritu. En aquellos momentos, cualquier gesto suyo significaba un mundo de preocupaciones y elucubraciones para Juan Carlos, quien vivía absolutamente pendiente de cualquiera de sus movimientos. Tan ensimismado estaba que no se había percatado de que Al Pace se le había acercado y de que, arrugando la cara en un gesto de desesperación, le alertaba de su imperiosa necesidad. Afortunadamente cruzaban un pequeño pueblo que en su plaza central tenía varios bares y restaurantes cuyos cuartos de aseo todos utilizaron.

Una vez de nuevo en sus asientos, Juan Carlos apareció con dos camareros, quienes portaban sendas bandejas llenas de copas de champán que repartieron entre todos los presentes, incluidos los dos policías que los escoltaban. Cuando todos, expectantes, esperaban conocer la razón de aquel brindis, se oyó la atrompetada voz de Bergen.

—¿Esto es por el éxito de anoche?

—Por eso y por un motivo muy importante para mí —repuso Juan Carlos levantando su copa—. He pensado que este es uno de los momentos más trascendentales en mi vida y deseo de todo corazón compartirlo con vosotros. Desafortunadamente no están aquí mi padre y mi madre, pero estáis vosotros en su lugar y sois testigos de él.

Aquellas palabras hicieron que todos prestasen la mayor atención. Juan Carlos, entonces, dirigió su mirada a los padres de Erika y les anunció:

—Tengo el honor de solicitar la mano de vuestra hija Erika.

En el interior del vehículo se hizo un silencio total, todos permanecían con las copas en la mano en espera de la respuesta del matrimonio De Cock. Lukas y Lena se miraron con gestos de estupor y duda. Al verlo, Juan Carlos quiso explicarse.

—Os aseguro que mi vida está en vuestras manos...

Lukas le dijo algo a Lena y esta asintió.

—Por nuestra parte no hay inconveniente —afirmó la mujer—. Pero quien tiene que decidirlo es Erika.

Aquellas palabras hicieron crecer la tensión. Ahora todas las miradas se dirigían a Erika. Aetos, que sujetaba en sus manos dos copas de champán, se acercó a ella y le

entregó una.

—Es tu decisión, pero no te sientas obligada por nosotros. Haz lo que verdaderamente te pida el corazón. Si tienes la más mínima duda...

Erika buscó los ojos de Juan Carlos y se acercó despacio hasta quedar frente a él. Por un momento dio la impresión de que iba a lanzarle el contenido de la copa al rostro, pero en ese preciso instante Juan Carlos habló en un susurro:

—Te adoro...

Esa frase resultó definitiva. Erika levantó los brazos y, estrechando a Juan Carlos contra sí, se quedó colgada de su cuello y con la mejilla apoyada en su hombro. Con la mayor sencillez y sin grandes aspavientos siguieron abrazados mientras todos los presentes gritaban frases de apoyo y los mejores deseos para un futuro maravilloso. Bergen se encaramó a su asiento y levantó su copa para recitar:

*Empina tu copa dispuesta  
y bebe, aunque bebas de más;  
pues ocasión como esta  
ya no volverá jamás.*

El ruido de las copas al chocar y los comentarios de los presentes sirvieron de marco para que se produjera el más dulce y reparador de los besos.

—¿Para cuándo la boda? —gritó Bergen.

—Trataremos de que sea durante el próximo fin de semana.

—¡Bien! —exclamaron todos.

—¿Quién será el padrino? —preguntó Rudi Ciclotón.

—Todos seréis padrinos y todas madrinas —prometió Juan Carlos.

Erika fue a abrazar a sus padres mientras los camareros se retiraban y Juan Carlos se sentaba al volante. En aquel momento se sentía flotar. No cabía en sí de felicidad. Echó una mirada por el espejo retrovisor y al observar los felices rostros de los ancianos se felicitó por que el destino los hubiera puesto en su camino. Momentos como aquel eran los que hacían de la vida algo verdaderamente importante.

En plena euforia, arrancó el motor y comenzó a mover lentamente el vehículo mientras todos se acomodaban para seguir el viaje. Las cosas volvían a su cauce y quedaba mucho camino por delante. Aetos y Moses apoyaron las manos en los hombros de Juan Carlos y se prodigaron en felicitaciones.

—¡Bravo, Juan Carlos! ¡Bien hecho! En su momento y por sorpresa, como se deben hacer estas cosas.

—Más que suficiente para sentir la gloria.

## Capítulo 45

La llegada al Théâtre du Capitole en Toulouse fue todo un acontecimiento. Una vez finalizado el viaje y sanos y a salvo, los policías que los habían escoltado notificaron por teléfono al superior de Toulouse que regresaban a París. Su jefe pidió hablar con un responsable del colectivo de ancianos. Juan Carlos atendió la llamada y lo que escuchó le dejó con la boca abierta: el inspector le informó de que la francesita, Ivette Trouzot, había sido detenida y acusada de trabajar como espía para el gobierno alemán. La habían capturado tratando de cruzar la frontera. Más tarde, y personalmente, les ampliaría la noticia. Cuando Aetos conoció la nueva, comentó un poco dolido:

—Lo sospeché en todo momento, pero nadie me hacía caso.

Una vez en el teatro, los ancianos se felicitaron por disponer, para su particular espectáculo, de una sala dedicada exclusivamente a la ópera. Se trataba de la segunda sala de más importancia en toda Francia. Únicamente en honor y por deferencia a las viejas glorias se le habría permitido a Rousseau programar esas pocas actuaciones en tan importante lugar.

Sin estar presente, se notaba su mano en todo cuanto sucedió a la llegada de la compañía a Toulouse: el trato de la administración del teatro; las facilidades y comodidades en los camerinos; el hecho de haberles reservado habitaciones en un hotel de lujo situado en el propio edificio... Según la directora del teatro, le había pedido encarecidamente que les transmitiera que deseaba a todos el mayor de los éxitos y un feliz viaje a España. En cada camerino encontraron un hermoso ramo de flores con su tarjeta. En el de Juan Carlos, el ramo de flores estaba dedicado a Erika. A él le ignoraba por completo. Erika leyó la dedicatoria y no hizo ni un solo comentario; intentaba mostrarse completamente indiferente, pese a que no lo logró del todo por culpa de ciertos mohínes que él descubrió en el rostro de la muchacha. Juan Carlos, por su parte, mostró curiosidad por leer la dedicatoria, pero, una vez leída, se la devolvió a Erika sin mostrar mayor interés ni hacer ningún comentario al respecto.

En la primera ocasión en que lograron un poco de privacidad para hablar de sus cosas, él se encontraba en tal estado de nervios que no sabía por dónde comenzar. Sufría un ataque de pánico causado por el miedo a decir cualquier inconveniencia que pudiera afectar a Erika o que lo dicho no fuese correctamente interpretado. Por otro lado, trataba de controlar su inmenso deseo de estrujarla en sus brazos, no fuera a causarle algún daño o que a Erika le pareciera excesivo su comportamiento. Temía por su fragilidad, sobre todo la de su estado anímico.

Desde la crisis de Erika no habían vuelto a hablar y ahora tenían mucho que decirse. Se encontraban juntos en el camerino, y ella disimulaba la tensión revisando

y colgando en percheros el vestuario de trabajo. Él, mientras tanto, ordenaba sus resinas antideslizantes sobre la mesita, junto al maquillaje. De pronto, se encontraron frente a frente. Él tomó en sus manos las de ella y, con la mayor delicadeza, las fue acercando a sus labios para besárselas mientras la miraba a los ojos fijamente. Tras un buen rato, comenzó a hablar:

—Quiero decirte que voy a pedir a mi padre y a mi madre que vengan a la boda.

—Qué bien —dijo ella—. Así tendré la oportunidad de conocerlos. Tengo un gran interés por que me acepten...

—Se van a enamorar de ti, igual que lo estoy yo.

—Pero ¿tú crees que podremos casarnos?

—Si tú quieres y yo quiero, ¿por qué no?

—Lo digo por el tiempo para organizarlo todo...

—Tú no te preocupes que yo encontraré quien nos case. Y si esta boda te parece improvisada, esperamos un tiempo y volvemos a casarnos cuantas veces quieras tú...

Erika bajó la mirada.

—Tengo una petición que hacerte que espero que comprendas... Hasta después de la boda quiero permanecer estos últimos días junto a mis padres. No quiero separarme de ellos ni un minuto. Han sufrido mucho con mi enfermedad, apenas han dormido últimamente.

—Me parece muy bien, Erika. Ellos lo merecen, y yo sabré esperar.

—Me alegra que pienses así.

Juan Carlos se separó suavemente de ella.

—¡Bueno! —exclamó con la ilusión reflejada en sus ojos—. Tenemos mucha tarea por delante. Lo primero que voy a hacer es llamar a España. Luego me pondré a la caza de un juez o de un cura, o las dos cosas. Y, mientras tanto, tú puedes dar una vuelta por el comercio de Toulouse y buscar un precioso vestido, ¿te parece?

—Te aseguro que haré todo lo posible para que te sientas orgullosa de mí —dijo ella.

Los ancianos, al enterarse de la inminente boda, habían decidido por su cuenta que aquel importante momento tenía que ser sonado. Querían que resultara algo inolvidable y sobre todo original. Aprovechando la ausencia de la joven pareja, se reunieron en el camerino de Bergen.

—Lo primero que debemos conseguir es ropa apropiada —dijo el ventrílocuo—. No podemos celebrar una boda en estas condiciones. —Todos se miraron en los espejos del camerino. La mayoría aún vestían los monos de jardinero y al darse cuenta se reían unos de los otros y de sí mismos—. Creo que tengo la solución —continuó Bergen—. Según he podido comprobar, la última obra que se ha representado en este teatro ha sido *Tristán e Isolda*, de Richard Wagner. Todo el vestuario se encuentra en el almacén, por lo que lo único que tenemos que conseguir

es que la dirección del teatro nos permita utilizarlo sólo durante el enlace y, lo más importante, que Juan Carlos y Erika quieran ser en la boda Tristán e Isolda.

—De convencer a Erika me encargo yo —dijo Lena de Cock.

—Y nosotros nos encargamos de Juan Carlos —aseguró Aetos.

—¿Quién habla con la gerencia del teatro? —preguntó Bergen.

—Tú mismo —apuntaron algunas voces.

—Ya, pero como la directora es una mujer, preferiría ir acompañado por alguna de vosotras.

Lena de Cock y Rebeca Fassios se ofrecieron de inmediato.

La crítica de la gala de la Cruz Roja en París había repercutido en la prensa de Toulouse, y eso hizo que se vendiera en dos días el aforo completo del teatro para las tres representaciones. Agotadas las localidades, el éxito estaba asegurado.

El montaje de los trastos y aparatos de trabajo fue rápido y seguro, y, con esas obligaciones cumplidas, los ancianos, que parecían niños con un juguete nuevo y sólo tenían pendiente un ensayo el jueves para músicos, iluminación y tramoya, dedicaron su tiempo libre a preparar la boda procurando que resultase un acontecimiento inolvidable para todos. Mientras tanto, Aetos y Moses recababan información sobre la frontera con España al sur de Perpiñán. Aetos había oído rumores sobre la peligrosidad de la zona debido al enfrentamiento de la Guardia Civil española con los guerrilleros del maquis. Conocer la situación de la frontera era imprescindible para intentar su paso con la mayor seguridad.

Juan Carlos, por su parte, tenía buenas noticias. Había hablado con su padre y con su madre, y estos, a su vez, se habían comunicado con la familia Carré en París para que les facilitasen la entrada a Francia. Se ponían en marcha de inmediato y esperaban llegar a Toulouse el viernes a última hora. Juan Carlos aprovechó para pedir a sus padres cuanto documento poseyeran relativo a su persona. Se encontraba bastante indocumentado con respecto a su nacionalidad por haber entrado en su momento a Francia como un miembro de la familia Carré. Ahora tendría que demostrar que era español, por lo que necesitaba su partida de nacimiento. Con todo, la mejor noticia, sobre todo para los ancianos, fue saber que había conseguido a un jovencísimo sacerdote de la iglesia de los Jacobinos que no sólo estaba dispuesto a casarlos sino que se ofreció para celebrar la boda en el escenario del Capitole.

Aquella noticia revolucionó a las viejas glorias, que no cesaron hasta conseguir el vestuario de la obra de Wagner. Una vez logrado este objetivo, lo peor fue ponerse de acuerdo en el reparto de la ropa. Todo comenzó cuando Rudi Ciclotón pidió ir vestido de Marke, el rey. Bergen no estuvo de acuerdo.

—Tú no puedes ir de rey. No das el tipo. A lo más que puedes aspirar es a ir vestido de Morold.

—Pero ¿qué más te da de qué vaya yo vestido, si no vamos a representar la obra?

—adujo Ciclotón.

—Ya, pero estamos tratando de vestir la boda y tú no das rey ni aunque te vistas de Carlos V... Yo tampoco doy la imagen de rey, por eso me vestiré de Kurwenal.

—Yo iré de rey —solicitó Al Pace.

—De acuerdo —aceptó Bergen—. Parecerás un rey escuchimizado, pero tu rostro refleja nobleza.

—Yo puedo ser Brangäne —dijo Máxima Contessa.

—Habrá que mirar la talla del vestido —comentó Bergen—. No todas las Brangäne tienen tu volumen.

La discusión acabó cuando comenzaron a probarse la ropa: al final cada cual tuvo que vestirse de lo que le servía. Curiosamente, al único al que le servían las ropas de rey era a Rudi Ciclotón.

El vestido de Isolda y el uniforme de Tristán les quedaban bastante holgados a Erika y a Juan Carlos, a quienes habían convencido para vestir así en la boda. Menos mal que las expertas manos de las ancianas supieron adaptarlos a sus tallas.

Tras el éxito del espectáculo el viernes en su debut, el sábado por la mañana no se hablaba en Toulouse de otra cosa que no fuese la actuación de las viejas glorias. La hora prevista para la celebración de la boda eran las doce del mediodía. Vicente y Amparo, los padres de Juan Carlos, habían llegado a las ocho de la tarde del viernes y pudieron contemplar el espectáculo entre cajas. Después de la función disfrutaron de una larga cena con Juan Carlos, Erika y los padres de ella. Cuando le presentaron a la joven, Amparo se quedó mirándola por un buen espacio de tiempo. Erika soportó lo mejor que pudo el examen, aunque se ruborizó.

—¡Qué buen gusto tienes, hijo! —exclamó finalmente la madre con la mayor franqueza cuando decidió que ya la conocía—. Es mucho más bella de lo que yo pudiera haber imaginado.

E, inmediatamente, le dio dos besos en las mejillas a su futura nuera y le pidió:

—Considérame tu segunda madre, por favor.

Erika agradeció el gesto y las palabras abrazándola con cariño.

Al finalizar la función del viernes, mientras la joven pareja y los padres de ambos cenaban en el hotel, los ancianos se quedaron en el teatro montando el altar y retocando el vestuario. Alguien había conseguido dos botellas de un brandy especial y ocasión como aquella no se daba todos los días. De común acuerdo y con la colaboración de la plantilla de tramoya del teatro, montaron un precioso altar para el que emplearon parte de un fondo de castillo medieval de la corte del rey Arturo. Hasta que quedó perfectamente terminado e iluminado no se retiraron a dormir. Se habían propuesto celebrar una boda importante, y por ellos no iba a quedar.

A las doce en punto del mediodía del sábado comenzaron a sonar en el órgano los acordes de *El sueño de una noche de verano*, de Félix Mendelssohn. En las primeras filas del patio de butacas del teatro sólo se encontraban la dirección, los empleados del Capitole, el padre y la madre de Juan Carlos, un juez, el jefe de policía de Toulouse y el excelentísimo señor alcalde con toda su familia. Ya en el escenario, todos los ancianos hacían pasillo a los novios, que iban perfectamente vestidos para la circunstancia. Dos focos de luz que procedían del paraíso del teatro acompañaron a Tristán e Isolda por el pasillo central del patio de butacas hasta que subieron al escenario y se situaron frente al altar. El joven sacerdote esperó a que el órgano terminase la interpretación y comenzó a hablar a los novios sobre la responsabilidad que conlleva la unión de una pareja. Al finalizar, Bergen solicitó permiso del sacerdote para decir unas palabras en nombre del colectivo. El sacerdote los advirtió de que no era lo habitual, pero accedió. Entonces, Bergen miró con cariño a Juan Carlos y a Erika, y comenzó su discurso:

—Yo también me veo en el deber de avisaros sobre los peligros que corréis al unir vuestras vidas. Mi padre y mi madre hicieron lo que vosotros estáis a punto de hacer y la primera consecuencia fui yo. ¡Qué locura! ¿Estáis dispuestos a correr el riesgo de crear a alguien como yo?

»Los progenitores de todos los que estamos sobre este escenario cometieron la misma locura y aquí podéis ver las consecuencias: una pandilla de peligrosos orates cuya vanidad los ha llevado a vivir sólo del más vanidoso de los alimentos, el aplauso. Ahora bien, si estáis verdaderamente enamorados, no escuchéis mi voz, haced oídos sordos a mis palabras y llevad a buen término vuestra unión, aunque debo advertiros de lo que vuestro futuro os deparará. Porque tendréis que ser conscientes de que, a partir del momento en que seáis definitivamente pareja, después de bañaros encontraréis siempre la toalla mojada por el otro y el cepillo de dientes usado y sin enjuagar, aunque sea de diferente color.

»Que sepa él que jamás volverá a encontrar sus calcetines porque cada día estarán en un cajón diferente, y en su lugar hallará medias de mujer anudadas y remendadas. Y ella no volverá a ver un solo cenicero limpio jamás. Siempre estarán desbordados de colillas. Vuestras primeras noches serán idílicas y maravillosas, hasta que los ronquidos impongan su insufrible dictadura. A partir de ese momento habrá que taponarse los oídos... Pero también os digo que, si lográis superar esas pequeñas pruebas que la convivencia nos pone en el camino, será porque habréis sido elegidos por el Señor para continuar unidos por los tiempos de los tiempos y llenar de felicidad vuestras ilusionantes vidas y las de vuestra descendencia. Que en definitiva es lo que os deseamos de todo corazón esta pandilla de viejas y viejos locos de la escena. Que así sea.

El joven sacerdote observó la cara de santo que mostraba Bergen y, tras una corta

pausa, continuó oficiando la boda. Cuando llegó el momento del intercambio de anillos, Lena de Cock le entregó su propio anillo a Erika y Vicente Barrachina el suyo a Juan Carlos, uniendo también con aquel simbólico intercambio los lazos familiares.

Tras la boda, un sobrio almuerzo fue toda la celebración, ya que nadie, por responsabilidad, quería probar una gota de alcohol antes de la función, si bien para animar el momento cada miembro de la compañía entregó a los novios un original y simbólico regalo, la mayoría hechos a mano por ellos mismos: Gustav Fassios les regaló una pareja de novios pintados por él en dos cáscaras de huevo de gallina; Máxima Contessa le regaló a Juan Carlos un alfiler de corbata hecho con un imperdible y granos de arroz de distintos colores; Lena de Cock le entregó a Erika un colgante tejido con cabellos de su propia cabeza... Cada regalo resultó ser una entrañable sorpresa. Cuando por fin quedaron solos en su habitación aquella noche, Juan Carlos, cogiéndola de la mano mientras la miraba a los ojos con la mayor intensidad, le desveló sus anhelos.

—Quiero poder mirarte así toda una vida.

—No dejes nunca de hacerlo —acertó a decir Erika con la delicadeza de un suspiro.



## Capítulo 46

El Obersturmführer Adalbert Adler fue el primer sorprendido al salvarse de la encerrona que le habían preparado en el Théâtre Olympia. Se culpaba a sí mismo, en principio, por haber reaccionado como un novato inexperto y de manera tan evidente ante la inesperada sorpresa de ver saltar por el aire, en pleno escenario, el tan perseguido y anhelado sobre marrón del Führer, pero esa era la prueba de cómo una obsesión puede llevar a un oficial con su experiencia a cometer la mayor de las imprudencias.

Lo que estaba claro era que el factor suerte había estado presente y que le había favorecido en todo momento. Recordaba perfectamente cómo tuvo que improvisar, saltando al foso del teatro, para evitar que lo cazaran en las puertas que comunicaban los pasillos con el vestíbulo, y cómo tuvo que seguir haciéndolo en el sótano, bajo el escenario, al encontrarse de frente con aquellos cuatro policías. Estaba seguro de que en esta ocasión le había salvado su rapidez mental: las órdenes que impartió de inmediato a los cuatro policías —envió a dos al escenario y a los otros dos al pasillo de camerinos—, así como la rapidez con que ellos obedecieron, le hizo comprender que los policías destinados aquella noche a proteger a los presentes en la sala no se conocían entre ellos, importante detalle que le ofreció la insospechada posibilidad de poder escapar. Un auténtico milagro para los que creyeran en ellos.

Una vez en la calle, la suerte continuó siendo su aliada, puesto que pudo disponer del automóvil que usaban los tres espías destinados en París, a quienes, por otro lado, suponía que en aquellos momentos los estarían interrogando a fondo expertos de la policía francesa. Aunque no disponía de las llaves, se las ingenió para abrir el coche y, tras arrancarlo, se alejó de la zona de influencia del teatro.

Al salir del piso para asistir a la gala de la Cruz Roja, y durante todo el trayecto hasta lograr aparcar cerca del teatro, había estado muy pendiente de memorizar el camino por si se daba el caso de que se presentase cualquier eventualidad, como así fue. Cuando más tarde se dirigía hacia el piso franco, cayó en la cuenta de pronto de que no podía volver a él. Los tres espías de las SS podrían estar desembuchando esa información en aquellos precisos momentos. Los expertos de la policía de París tenían fama de ser muy convincentes y tremendamente profesionales en sus interrogatorios, por lo que lo más probable era que en aquel momento ya conocieran la dirección del piso. Era consciente de que sin duda necesitaría su ropa y sus efectos personales, pero descartaba la posibilidad de arriesgarse. Lo más seguro sería pasar la noche dentro del coche, por lo que inició la búsqueda de un lugar donde aparcarlo y pernoctar. Debía ser un sitio donde no llamase la atención el hecho de que alguien durmiera en el interior de un vehículo. Pensó que quizá un lugar propicio fuera la estación de ferrocarriles de París-Montparnasse, donde algunos viajeros que llegaban

con excesiva anticipación solían echar un sueño antes de visitar la ciudad. Hacia allí se dirigió y encontró un espacio en una zona de poco tráfico donde definitivamente aparcó.

Decidió que dormiría poco, sólo hasta el amanecer, pues pensaba vigilar de cerca a los viejos artistas. Ahora sabía que el sobre existía. Lo había visto con sus propios ojos. No es que hubiera constatado que aquel fuese el sobre que buscaba, pero era demasiada casualidad que él buscase un sobre marrón y, sin venir a cuento, apareciese uno precisamente allí mismo, sobre el escenario y de manera abrupta. Daba la impresión de que hubiese estado escondido en el interior de algún aparato de magia. Lo que no tenía claro era la razón de que apareciese por sorpresa. ¿Era intencionada aquella aparición o verdaderamente había sido un accidente? De ser así, al menos ya sabía en manos de quiénes se encontraba el documento, con lo que había dado un paso de gigante. Ahora era indispensable perseguir a los ancianos y esperar la primera clara oportunidad para hacerse con él. Pensando en recuperar fuerzas, se acurrucó lo mejor que pudo en el asiento y logró conciliar el sueño.

Le despertó el fuerte pitido de un tren que anunciaba su salida. Amanecía. Se había quedado frío en el interior del coche. Encendió el motor y esperó un buen rato a que se calentase, lo que hizo más soportable la temperatura interior. Necesitaba con urgencia una taza de café caliente. Pensó que podía conseguirla en Le Grand Café de la estación. Ya se dirigía hacia allí paladeando por anticipado la cafeína cuando, en una reacción espontánea, decidió volver sobre sus pasos. Su instinto le indicaba que sería más prudente acercarse al entorno del Théâtre Olympia y desayunar en cualquier establecimiento cercano, pues no podía correr el riesgo de perder de vista a los viejos artistas. Esta vez tenía que ir sobre seguro, por lo que subió al vehículo, arrancó de nuevo el motor y se dirigió directamente al teatro. Tras recorrer varias veces la manzana, descubrió un pequeño local llamado Le Petite Café des Artistes justo frente a la entrada de artistas. Aparcó el coche y se dirigió al café, donde consiguió una mesita junto a un gran ventanal, un lugar perfecto desde donde vigilar el tráfico de personal sin levantar sospechas. Entonces, Adler compró un periódico, pidió un café con leche y dos croissants y se dispuso a esperar vigilante mientras simulaba leer el diario. La lógica le indicaba que las viejas glorias tendrían que sacar del teatro sus materiales. Y no se equivocaba.

Veinte minutos más tarde estacionaba frente a la puerta de artistas el órgano rodante, vehículo sobre el que ya disponía de cierta información y del que, a través de una disimulada puerta de corredera, vio bajar a los componentes del colectivo de viejas glorias, cuyos rostros conocía bien. Entonces, para no permanecer a la vista demasiado tiempo, pagó la consumición y fue en busca del coche, con el que estuvo dando vueltas a la manzana hasta conseguir un espacio prudente donde estacionar, a unos cuarenta metros de distancia del órgano. Una fina lluvia mojaba París y la fría

humedad calaba hasta los huesos. Esta vez no encendió el motor. Seguramente tendría que seguir al instrumento rodante hasta quién sabe dónde, por lo que no debía malgastar el combustible que casi llenaba el depósito. Armado de la mayor paciencia, se acurrucó en el asiento con la vista fija en el órgano. La espera resultó ser un martirio. El sueño y el frío le dominaban. Aguantar despierto le estaba costando mucho mayor esfuerzo de lo que había esperado, y en una sola ocasión se rindió al sueño. Fue sólo cuestión de segundos, pero no se lo perdonó. Al despertar se castigó el rostro haciendo circular la sangre a base de bofetadas. Finalmente, casi dos horas y media más tarde, los ancianos comenzaron a cargar el material y el vestuario.

A partir de ese momento estuvo absolutamente pendiente de todos los movimientos de los miembros de la compañía. Cuando entendió que habían finalizado la carga y se disponían a emprender el viaje, arrancó el motor y se dispuso a perseguir a aquel órgano gigante a dondequiera que fuese su destino. Ya estaba preparado para seguirlo cuando se vio obligado a rectificar. Un coche de la policía se presentó de improviso y dos policías se apearon de él y subieron al órgano. Al cabo de unos minutos volvieron a aparecer, montaron en su coche y se mantuvieron detrás del órgano, que esta vez arrancó y comenzó a circular por la ciudad. Intuyendo que aquellos dos policías estaban ofreciendo protección a las viejas glorias, Adler no tuvo más remedio que mantener una distancia prudente para evitar que lo descubrieran.

Mientras circulaban por París pudo realizar su labor persecutoria con relativa facilidad. Se mantuvo siempre a más de cincuenta metros de distancia, lo que hacía difícil levantar sospechas. Pero, desafortunadamente, la persecución se hizo evidente tan pronto como desembocaron en una carretera que se dirigía al sur del país. En principio pensó que el vehículo de la policía acompañaría al órgano rodante por la capital y que abandonaría la protección tan pronto desembocasen en una carretera. Pero no fue así. Por lo visto, aquellos agentes acompañarían a los artistas hasta dondequiera que fuesen, lo que complicaba su persecución hasta el punto de hacerla casi impracticable. Si dejaba de verlos, corría el peligro de perderlos en algún cruce de carreteras. Si, por el contrario, decidía mantenerse cerca de ellos, podían identificarlo en cualquier momento, riesgo que en definitiva hubo de asumir, aunque manteniéndose siempre en el límite del campo de visión. Para su sorpresa, el órgano rodante paró en la plaza de un pueblo. Tras observar que todos los viajeros se dirigían a un bar, decidió jugársela entrando a tomar un café en el mismo local. Analizó la situación y pensó que nadie podía reconocerle, puesto que, de hecho, nadie sabía quién era y no creía posible que los ancianos, pendientes como estaban en París de su espectáculo, pudieran recordarle del momento en que se levantó de entre el público cuando el sobre había aparecido en escena. Se arriesgó pensando que la ventaja de mezclarse con los perseguidos podía darle la oportunidad de cazar alguna información, y no se equivocó, pues nada más acceder al local, y justo cuando

acababa de pedir un café, escuchó a uno de los ancianos comentar que estaba deseando llegar a Toulouse para descansar, ya que la función para la Cruz Roja y su posterior celebración los había dejado hechos fosfatina. ¡Perfecto! ¡Ya sabía hacia dónde se dirigían! Para su sorpresa, oyó de boca de una de las ancianas un comentario sobre el fin del viaje cuando llegaran a España. O sea, que el destino final de las viejas glorias no era Toulouse. Sin perder ni un segundo más, bebió un último sorbo del café, abonó la cuenta y salió disparado hacia su vehículo. Muy animado al pensar que la suerte seguía siendo su aliada, arrancó el motor y, dejando atrás a los perseguidos, continuó su viaje. Necesitaba llegar a Toulouse cuanto antes para descansar y reponerse. Después, una vez en condiciones, reiniciaría su trabajo hasta lograr hacerse con el sobre marrón.

Lo primero que hizo al llegar a Toulouse fue comprar un periódico. En él encontró lo que buscaba: un pequeño hotel de tercera categoría donde alojarse sin llamar la atención y el anuncio en el que se promocionaba para el fin de semana la presentación de las viejas glorias en el Théâtre du Capitole. También repasó por encima un artículo de fondo en el que se llamaba la atención acerca de la posible identificación de los guerrilleros del maquis con la ciudad. Aquello le interesó. No sabía bien el porqué, pero cuando su cerebro retenía una información solía ser por algo que a la larga le resultaba beneficioso. Guardó el periódico y se prometió que, después de dormir y reponerse un poco, volvería a la carga con el tema del maquis.

A las cuatro de la mañana le despertó la discusión de una pareja en la habitación contigua. Por su dificultad para expresarse, mientras utilizaban el más soez vocabulario del idioma francés, supuso que estaban totalmente ebrios. Tras soportar una trifulca de padre y muy señor nuestro durante la que, sin el menor respeto por el descanso de los demás, llegaron a las manos, y después de que las voces comenzaron a ser dominadas por el sosiego, trató de recuperar de nuevo el sueño, pero entonces llegó la reconciliación de los vecinos, a la que se entregaron con tal entusiasmo que Adler no pudo dormir por más interés que puso en ello. Finalmente, con los ojos como platos y la mente completamente despierta, encendió la lámpara de la mesita de noche y buscó en el periódico aquel artículo.

En él, el periodista se preguntaba si le convenía a la ciudad de Toulouse convertirse en el cuartel general de los guerrilleros. Al parecer, le molestaba ver las calles de su ciudad tomadas por refugiados españoles. Aparentemente, y según su criterio, eran demasiados ya. A ciertas horas del día invadían el centro formando pequeños corros en cada esquina.

Aquel artículo hizo germinar en la mente de Adler un plan que, cuanto más maduraba en su cerebro, más interesante se le hacía. Lo primero que debía averiguar era cuán saludable en el aspecto económico era esa guerrilla. Por lo regular, estos

grupos de combatientes siempre estaban necesitados de apoyo económico con el que hacerse de armamento, pertrecho y alimentación. No era que dispusiera del suficiente dinero como para llevar a cabo la idea que estaba madurando, pero eso lo podría arreglar de otra manera. Afortunadamente, antes de salir hacia el teatro para presenciar la gala de la Cruz Roja en París, había hecho acopio de dinero en efectivo, dinero del fondo para espionaje que guardaban en una caja de seguridad los tres espías alemanes y con el que ahora podría cubrir los pequeños gastos para seguir adelante con su persecución del sobre marrón.

Su calculadora y previsora mente le estaba salvando.

Lo cierto era que no le costó mucho esfuerzo localizar los cuarteles del maquis en Toulouse. En las esquinas de las principales arterias de la ciudad se podía ver a los grupos de refugiados españoles, héroes anónimos que entregaban su sangre y sus vidas por un sueño inalcanzable. La mayoría eran miembros del partido comunista y, en corros de seis u ocho personas, discutían acaloradamente mientras trataban de imaginar cómo rescatar el gobierno de España para la República. Acceder a uno de ellos fue tarea fácil, sólo tuvo que entrar en el primer café y preguntar por los cuarteles al primer hombre con aspecto de español que encontró. Aquel hombre no sólo le informó, sino que se brindó a acompañarle, lo que Adler aceptó con sumo gusto pensando que aquella era otra oportunidad más para recabar información. El hombre, que dijo llamarse Nicasio Mora, a pesar de ser extravertido y dado a la conversación fácil, chapurreaba un francés incomprensible y no comentó nada que contuviera el más mínimo interés para Adler. Toda su verborrea se reducía a la narración de su paso por un campo de concentración en París y su ilusión por un pronto regreso a una España, si no comunista, al menos republicana. En menos de veinte minutos a pie se plantaron en la puerta de un antiguo hotel reconvertido por obra y gracia del maquis en su cuartel general. Una pareja de guerrilleros uniformados con monos, corrajes y chaquetas construidas con paño de manta, y armados con viejísimos fusiles, guardaban con celo la puerta principal. Puesto que tanto su acompañante como la pareja de guardia no le permitían el acceso a las oficinas del cuartel, pidió hablar con un oficial francés que en aquel momento estuviera de guardia.

Uno de los guerrilleros gritó algo incomprensible para él y a los pocos segundos apareció un individuo alto, rubio y de buen aspecto que, si bien vestía un uniforme similar, era muy diferente en la calidad del material con que estaba elaborado. El oficial, que sólo se identificó como cabo de guardia, le preguntó a quién deseaba ver. Adler le respondió que al máximo responsable del maquis en Toulouse. Conforme hablaba, pensaba si no estaba cometiendo la mayor imprudencia de su vida. Él era nada más y nada menos que un miembro del ejército enemigo. Por supuesto que nadie podría identificarle. Había tomado todas las precauciones recomendadas para

situaciones similares y su ropa no llevaba ningún tipo de etiqueta, marca o identificación. Sus zapatos eran franceses y no llevaba ni un documento en los bolsillos, sólo un buen fajo de francos en billetes de banco. Si le sucedía algo grave, era el perfecto candidato para morir en una fosa común o, en todo caso, en la tumba del soldado desconocido. El único peligro serio a que podía enfrentarse era a un interrogatorio en profundidad, pero llegado el caso estaba bien mentalizado para ello.

El cabo de guardia le sacó de sus cavilaciones comentándole que tenía que consultarlo con sus superiores y, sin más explicaciones, desapareció. Adler quedó expectante y con la gran duda de esperar la respuesta o desaparecer de allí inmediatamente ahora que le daban una oportunidad. Pero, acostumbrado a los continuos riesgos que ofrecía su profesión, pensó que quizá sería una lástima desperdiciar la ocasión de probar aquello que se le había ocurrido para recuperar de una vez por todas el sobre marrón.

No tuvo que esperar demasiado. Pocos minutos después reapareció el cabo y, tras cachearle en busca de alguna arma escondida y no detectar nada anormal, le invitó a que le acompañara. Entraron en aquel desvencijado cuartel y subieron un piso. Quienquiera que fuese el oficial responsable del maquis había sabido escoger su despacho, pues se había instalado en el salón de actos de mayor tamaño de aquel viejo hotel. La primera impresión que Adler recibió al entrar allí fue la de que lo estaba recibiendo alguien con un inmenso cansancio físico y mental. Todo en aquel lugar era absurdo y descabalado. La mesa de despacho de estilo Luis XV seguramente habría sido utilizada por aquel monarca para servir banquetes a no menos de doce personas. La butaca era barroca, pero también enorme. En una esquina del salón destacaba un desvencijado y enorme sofá renacentista sobre el que descansaban varias sábanas, almohadas y mantas revueltas. Justo encima de la mesa colgaba una enorme lámpara de araña decorada con cientos de lágrimas de cristal. Bajo ella, a corta distancia, reparó en cuatro modernas butacas con el tapizado deshilachado y descolorido. Adler observó con interés al hombre que se sentaba tras aquella enorme mesa.

Era bajito, rechoncho, con barba de cuatro o cinco días, y un relamido y despeinado mechón de pelo lacio que cubría desde atrás una progresiva calva que parecía estar a mitad de camino de su destino final. Sus ojos parecían dos puñales de mirada penetrante aunque agotada por el cansancio. Nariz fina y labios carnosos y unas manos impecablemente limpias y con largos dedos. Adler sacó una conclusión bastante favorable y por el «A sus órdenes, comandante» con que se despidió el cabo de guardia, pudo saber el grado de aquel oficial guerrillero que, frotándose el rostro con ambas manos, se dirigía a él lacónicamente.

—Usted dirá.

—Verá, comandante —dijo Adler casi en un susurro—. Tengo una proposición

que espero que pueda resultarle muy interesante.

—Le agradeceré que sea breve. No he dormido las últimas tres noches y necesito aseo inmediato.

El comandante se recostó en su butaca, cruzó las piernas y, entrecerrando los párpados, le prestó la mayor atención. Adler, mientras por su mente cruzaba la imagen de un almacén secreto donde sus compañeros espías le habían comunicado que contaban con un gran cargamento de armas, comenzó a hablar:

—Le ofrezco un arsenal muy útil para la guerrilla valorado en más de cien mil francos.

El comandante se quedó mirando a Adler con los ojos ahora bien abiertos. Su sorpresa era mayúscula. Obviamente, no esperaba una oferta como aquella. No obstante, y más que nada por curiosidad, preguntó:

—¿Se dedica a vender armas? Porque, si es así, está usted hablando con la persona menos indicada.

—Ni mucho menos, comandante. No soy traficante de armas, pero necesito un favor de ustedes y estoy dispuesto a pagar dicho favor con este cargamento.

—Aclaremos esto —dijo el comandante, ahora interesado—. Usted me ofrece un cargamento de armas y municiones cuya nacionalidad y características no aclara a cambio de que yo le haga un favor. ¿Sabe usted lo peligroso que es hacer favores en tiempos de guerra?

Por primera vez, Adler tuvo la sospecha de que se estaba equivocando con aquel plan que su cabeza había urdido durante sus horas de insomnio. Estuvo a punto de buscar una excusa y guardar silencio, pero decidió que ya era tarde y siguió adelante.

—Estoy seguro de que le sorprenderá mi petición, pero permítame ponerle en antecedentes: este próximo fin de semana actuará en el Théâtre du Capitole de esta ciudad un grupo europeo de veteranos de la escena, grandes artistas que, por razones que desconozco, se encuentran actuando en Francia.

»Probablemente el lunes, ese grupo viajará con destino a España, algo que tendrán que llevar a cabo a través de un territorio que sus guerrillas dominan. Pues bien, una persona de ese grupo es portadora de un sobre marrón con documentos que fueron robados a mi familia y que yo necesito recuperar. Para sus hombres sería muy fácil simular un atraco, de manera que yo, personalmente y actuando como un guerrillero más, recuperase lo que me pertenece... En realidad sólo necesitaría que me prestara usted un grupo de seis u ocho hombres.

—¿Y cómo, cuándo, dónde y con qué garantía recibiría yo esas armas que usted me ofrece?

—Suponga que recupero ese sobre el lunes. El martes, en París, le haría entrega de las armas y las municiones. Le aseguro que la operación sería muy fácil de llevar a cabo. Los veteranos rondan los setenta años de edad y sólo los acompaña un joven

conductor. Además, he investigado y sé que van completamente desarmados.

El comandante se cubrió los ojos con una mano y se quedó en silencio durante un buen rato. De pronto, y muy despacio, como si le costase un gran esfuerzo pensar, se puso en pie. Mientras se dirigía con gesto preocupado a la puerta principal de aquel salón convertido en despacho, sólo le dijo:

—Permítame hacer una consulta.

Dos minutos más tarde, que fueron como dos siglos para Adler, reapareció el comandante acompañado por cuatro guerrilleros. Inmediatamente, y para sorpresa del alemán, desenfundó su pistola y mientras le apuntaba con ella gritaba a los cuatro guerrilleros sin que mediara el más mínimo comentario:

—¡Detengan a este hombre!



## Capítulo 47

El órgano estaba perfectamente cargado con todo el material de la compañía y cada miembro de esta ocupaba su asiento dentro del vehículo. Durante el desayuno en el hotel, Aetos y Moses habían informado a Juan Carlos sobre la conveniencia de tratar de entrar a España por un puesto fronterizo cercano a la ciudad de Perpiñán, desde donde podrían dirigirse a Lérida para más tarde bajar a Valencia. Según la información que habían recabado, cualquier puesto fronterizo entre Francia y España en aquellos momentos ofrecía todo tipo de peligros. La inseguridad era total, debido al enfrentamiento continuo de los guerrilleros del maquis y la Guardia Civil española, pero eso era algo que tendrían que superar de alguna manera, pues en lo que estuvieron todos de acuerdo fue en no dar marcha atrás bajo ningún concepto. Habían llegado al final de la cuesta y sólo les quedaba superar el último inconveniente. Y, aunque fuera complicado, la ilusión los invitaba a superarlo comoquiera que fuese.

Juan Carlos sufría aquella mañana un agotamiento físico que, pese a que había querido disimularlo, se reflejaba descaradamente en su rostro. Su mirada brillante y sus marcadas ojeras sugerían una noche de luna de miel frenética. Las fuertes emociones vividas durante el fin de semana, sumadas a una desenfrenada noche de bodas, habían hecho mella en su ya desgastado organismo, que acumulaba la gran tensión producida en cada una de sus representaciones. Se sentía agotado, pero pletórico de ilusión y bastante emocionado ante el inminente regreso a su patria.

Erika, por el contrario, mostraba una delicada palidez y unos curiosos destellos en los ojos que la convertían, si es que eso era posible, en una mujer más atractiva todavía. Parecía feliz y daba la impresión de disfrutar de una gran paz espiritual. Arrebujada en su asiento parecía una niña que con su penetrante mirada observara cuanto sucedía en su entorno, pero sin participar de nada en absoluto. Moses, que hacía rato que observaba a Juan Carlos con preocupación, le comentó a su hermano:

—Este chico no está hoy en condiciones de conducir este vehículo. Siéntate tú al volante.

Aetos estaba a punto de dirigirse a Juan Carlos cuando este se puso en pie y, tras llamar la atención de todos los presentes, levantó el tono de voz:

—Creo que ha llegado el momento de la verdad. Hoy puede que sea el día más importante desde que salimos de Berlín. Nos espera un viaje arriesgado en el que probablemente tengamos que aguzar el ingenio y echar mano de cuanto recurso nos ofrezca la experiencia acumulada por cada uno de nosotros. Intentamos llegar a España en busca de una vida tranquila y tan entretenida o divertida como nuestras fuerzas nos permitan. Sin bombardeos ni invasiones, sin los peligros que han dominado nuestras vidas estos últimos meses. Estamos a punto de conseguirlo.

La inconfundible voz de Bergen sonó desde el fondo del vehículo:

—Lo que tienes que conseguir es que nos reciban en tu pueblo con una buena paella.

—¡Eso! ¡Eso! —gritaron varias voces.

—Vais a probar la mejor paella del mundo porque mi madre, que las hace de locura, nos recibirá con una especial. Mis padres se adelantaron precisamente para prepararnos un buen recibimiento.

—Pues arranca ya y vámonos, no vaya a ser que se le pase el arroz —dijo Bergen entusiasmado.

—Si no te importa —comentó Aetos antes de que Juan Carlos pudiera sentarse en su asiento—, hoy quisiera conducir yo. Estás extremadamente agotado. Puedo asegurarte que jamás te había visto tan falto de energía como en esta ocasión. Hazme caso, yo estoy fresco y puedo conducir unas cuantas horas. Lo mejor para todos es que te sientes junto a Erika y trates de recuperar fuerzas.

—¿Podrás tú con este armatoste?

—Si no pudiera con él, no me habría ofrecido.

Juan Carlos, que en principio se había sorprendido, aceptó el razonamiento de Aetos y sintiéndose verdaderamente cansado le cedió el volante sin rechistar. El mago arrancó y comenzó a mover el órgano rodante como si lo hubiera hecho toda su vida.

Ya habían superado sin novedad las poblaciones de Carcassonne, Narbonne y Perpiñán. Sólo les quedaba llegar al puesto fronterizo por el que acceder a España. Desde el primer momento en que se pusieron en movimiento, Juan Carlos se acurrucó en el asiento junto a Erika. Ella lo cubrió con una manta y dos minutos más tarde dormía como un niño.

Aetos, que conducía con la mayor prudencia, miró por el gran espejo retrovisor y lo que vio no le satisfizo en absoluto: ni uno solo de sus compañeros leía, hablaba o participaba en ningún juego, pasatiempo o conversación. Todos permanecían cabizbajos y pensativos, cada cual concentrado en quién sabe qué historia.

En realidad, ninguno deseaba expresarlo, pero, aun tratando con gran empeño de ocultarlo, todos coincidían en mostrar gestos de gran preocupación. Aetos supuso que a todos les ocurría exactamente lo mismo que a él: desconocían cómo llevar a buen fin aquel tramo de viaje que, tal como Juan Carlos había comentado, era el más importante desde su salida de Berlín. Pendiente de tomar con cautela una cerrada curva que se presentaba cubierta por las ramas de varios árboles a ambos lados de la carretera, Aetos sintió de pronto un fuerte escalofrío que recorrió todo su cuerpo: su organismo respondía a un presentimiento. Trataba de analizar la razón de aquella extraña reacción en su organismo cuando, de improviso, se encontró de frente con un grupo de guerrilleros armados que, aprovechando la reducción de velocidad que obligadamente debía hacer el vehículo para tomar la curva, apuntaban con sus fusiles y pistolas mientras le hacían inequívocas señales para que parase. Aetos se tuvo que

emplear a fondo con el freno.

Los ancianos que estaban despiertos tuvieron la oportunidad de protegerse del impacto apoyándose en los asientos delanteros, pero los que dormitaban o trataban de conciliar el sueño cayeron irremediabilmente al suelo. Sus gritos de protesta, unidos a los alaridos que emitía la eminente cantante lírica, convirtieron el interior del órgano en una anárquica, irrespetuosa y malhablada jaula llena de fieras descontroladas que pedían a gritos el castigo de quienquiera que fuera el causante de aquella situación. Aetos, tras lograr dominar el vehículo, lo arrimó al borde de la carretera bajo las ramas de un frondoso árbol e inmediatamente se oyeron fuertes golpes en la disimulada puerta de acceso provocados por dos guerrilleros que estaban usando las culatas de sus fusiles para llamar a la puerta. Moses quitó el seguro, abrió, y se vio empujado y arrollado sorpresivamente por una pareja de eficientes guerrilleros enmascarados que se quedaron en posición amenazante; uno apuntaba a Aetos con su fusil y el otro al resto de los viajeros. De la boca de Bergen, que había rodado por el pasillo central del autobús, comenzó a salir el más variado tono de distintas voces que gritaban:

—¡Arbozustos! ¡Zotúbiros! ¡Escarmóneos! ¡Buziclontes! ¿Qué maneras son estas? ¿Es que acaso somos nosotros unos melándronos para que se nos trate así?

Los dos guerrilleros le miraron asombrados sin cambiar su actitud ni abrir la boca para responder. Aetos estaba a punto de decir algo cuando, pistola en mano y con el rostro cubierto con un gorro negro de lana con tres agujeros, dos para ver y uno para respirar, apareció por la puerta un tercer guerrillero que, en un francés chapurreado y con el más detestable de los acentos, aunque con un tono evidentemente amenazador, se dirigió a los presentes convirtiendo cada una de sus palabras en una sentencia:

—Espero no tener que repetir mi discurso, así que presten toda su atención: necesito que me entreguen inmediatamente el sobre marrón que guarda uno de ustedes. A partir de este momento, por cada minuto que transcurra sin que el sobre haya llegado a mis manos, uno de ustedes morirá. Yo mismo lo mataré. Les recomiendo que no me den la oportunidad de comenzar a demostrarlo. Quienquiera que sea el portador del sobre, debe entregármelo ahora mismo o sufrirá las consecuencias. En el supuesto caso de que no me obedezcan de inmediato, mis colegas se encargarán de desnudar y registrar a cada uno de los muertos hasta que el documento aparezca.

—De acuerdo —dijo Aetos inmediatamente.

Había detectado la determinación en esos extraños ojos que aparecían por aquellos dos agujeros, y le parecía evidente que aquellos hombres estaban decididos a cumplir sus amenazas. Era su guerra y, en las presentes circunstancias, la vida y la muerte no tenían ningún valor para ellos. Aun así, Aetos se atrevió a condicionar la entrega:

—No tengo inconveniente en entregar el sobre siempre y cuando nos dejen continuar el viaje.

—Por supuesto —dijo el oficial con un mal disimulado tono de triunfo en su voz—. Cuenten con ello.

Aetos se volvió de espaldas a Moses y le pidió:

—Sácalo. Lo llevo en la espalda.

Los ancianos observaban la escena con los ojos abiertos como platos. No comprendían nada de lo que estaba sucediendo, desconocían la existencia del sobre y la razón de que se encontrase allí. Juan Carlos, que acababa de despertar de un sueño profundo, valoraba el talento de Aetos al haber conservado el sobre como moneda de cambio en caso de que se presentara una oportunidad como la que estaban viviendo en aquel preciso momento. Moses extrajo el documento y se lo entregó a Aetos. Este, antes de entregárselo al jefe de aquel grupo de maquis, le pidió a Juan Carlos que se sentase al volante. Tan pronto el joven ocupó el asiento del conductor, Aetos alargó el brazo y se lo entregó al guerrillero. En el preciso momento en que el guerrillero arrebatava el sobre de las manos de Aetos, se oyeron disparos de fusil y de ametralladora en el exterior del órgano rodante, y todos los ancianos y ancianas reaccionaron lanzándose al suelo para protegerse de las balas mientras el jefe guerrillero y sus dos ayudantes abandonaban rápidamente el vehículo con el documento en su poder. Aetos y Moses, que se habían protegido tras los asientos, escucharon cómo el jefe guerrillero les gritaba en español a sus dos ayudantes:

—¡Vámonos, rápido! ¡Esto es un ataque de la Guardia Civil!

Aetos comenzó a gritar:

—¡Sácanos de aquí, Juan Carlos!

Pero justo entonces se produjo la explosión del cristal del parabrisas del órgano y comenzaron a oírse los frenéticos gritos de Erika. Juan Carlos, Aetos y Moses estaban bañados en sangre, no se sabía con certeza si por el impacto de las balas o a causa de las profundas heridas producidas por el estallido del grueso cristal del parabrisas. Juan Carlos comenzaba a perder el conocimiento en tanto Aetos y Moses permanecían tirados en el suelo completamente ensangrentados. Bergen, Rudi Ciclotón y Al Pace se arrastraron hasta la zona delantera para tratar de ayudar a los heridos, y Lena de Cock y Máxima Contessa trataron de separar a Erika del cuerpo de Juan Carlos. Tuvieron que realizar un esfuerzo sobrehumano para hacerlo. Gritaba como una loca, y Bergen se vio obligado a darle una bofetada que la hizo controlarse al momento. El tiroteo continuaba en el exterior. Bergen se hizo cargo de la situación y comenzó a dar órdenes:

—Los tres están muy malheridos, tenemos que hacer algo inmediatamente si queremos salvarles la vida... Todo el mundo atrás, que nadie se acerque al frente. Yo voy a tratar de mover el vehículo. Si me hieren, que se hagan cargo Lukas o Gustav.

Bergen acertó a poner el motor en marcha y, cuando comenzaba a mover lentamente el órgano rodante, se vio rodeado por otro ejército de guerrilleros, en este caso uniformados de verde. Tres de ellos invadieron el vehículo a través del hueco del parabrisas. Los tres gritaban a un tiempo «¡Arriba las manos!» con verdadera insistencia. Todos en el autobús obedecieron, incluido Bergen. Tan pronto callaron los tres invasores, uno de ellos habló en español a los que rodeaban el vehículo mientras otro abría la puerta de entrada para facilitar el acceso de un oficial armado.

—Pero ¿qué es esto? —preguntó estupefacto mirando con extrañeza a todos los ancianos—. ¿Quiénes son ustedes?

Bergen se adelantó al resto de los presentes para explicarse:

—Somos un grupo de viejos artistas retirados que hemos escapado de Alemania para pedir asilo en España —informó—. No somos peligrosos ni portamos armas. Tenemos a tres compañeros heridos y en muy malas condiciones. Uno de ellos, el joven, era quien trataba de salvarnos. Él es el mejor trapecista del mundo. Los otros dos son hermanos gemelos, dos genios de la magia. Se están desangrando y necesitan asistencia inmediata. ¿Podrían atenderlos a ellos y después le contamos nuestra extraña historia?

El oficial se acercó a los tres lesionados y los observó con atención.

—¿Están verdaderamente heridos? —preguntó.

—Tienen bastantes heridas de bala y de cristales —informó Bergen, alterado.

El oficial se dirigió a uno de sus hombres.

—Que suba Benito —ordenó.

—¡Que suba Benito! —gritaron los otros dos.

Inmediatamente se presentó otro oficial que examinó con manos expertas aunque someramente a los tres heridos, que permanecían inconscientes.

—Estos hombres están en muy mal estado —comentó circunspecto—. No sé siquiera si llegarán a la frontera.

Erika emitió un gemido sordo.

—El joven es un gran artista español y una excelente persona —dijo Rudi en el mejor castellano que pudo.

—Traten de salvarles la vida —ordenó el oficial dirigiéndose a sus hombres en tono perentorio.

Rápidamente, Benito y seis ayudantes sacaron a los tres heridos del autobús y los acostaron en camillas. Fue tal la insistencia de Erika por acompañarlos que, tras un gesto de aprobación por parte del jefe, se la llevaron también con ellos.

Después de un ligero registro en el interior del vehículo, el capitán Aguilera de la Guardia Civil miró a los ojos de cada uno de los ocupantes del vehículo sin detectar el más mínimo atisbo de peligrosidad. Por el contrario, todos mostraban una sorprendente serenidad que le indujo a ordenar a uno de sus hombres que se hiciese

cargo del volante para dirigirse de inmediato a Figueras. Cuarenta y cinco minutos más tarde arribaban a la Cruz Roja de aquella ciudad, donde los informaron de que los tres heridos habían llegado con leves signos de vida, pero tuvieron que remitirlos a Gerona, ya que ellos no disponían de los medios para la intervención quirúrgica que su estado requería.

El capitán dio orden de dirigirse a Gerona y una vez allí retuvo en los cuarteles de la Guardia Civil al resto de los ancianos, si bien permitió a Bergen y a Lena de Cock dirigirse al hospital acompañados por un miembro de la Guardia Civil y en calidad de detenidos.

Por un momento, Juan Carlos recuperó la conciencia al sentir unas manos que hurgaban en sus heridas. Miró el rostro del hombre que le examinaba y, en un esfuerzo sobrehumano y dominado por el dolor, abrió los ojos desmesuradamente y, tras reconocer a Jaime Vives, gritó:

—¡Tú eres el Nanu!

—Sí —contestó el médico—. Soy el Nanu. Es increíble, me has reconocido a pesar de que llevo media cara cubierta por la mascarilla. Seguramente ha sido gracias a los ojos.

—¡Tú no eres médico! —dijo Juan Carlos en un suspiro creyendo vivir una alucinación fruto de sus heridas—. ¿A quién tratas de engañar? Te dejé herido de muerte... Esto es una patraña o estoy soñando despierto...

—Estaba mal, en efecto, pero logré sobrevivir tras una intervención milagrosa y una larga recuperación, y por eso me hice médico durante tu ausencia... Y ahora calla, que voy a tratar de salvaros la vida. —Y, dirigiéndose a sus ayudantes, ordenó —: ¡Más cloroformo!

Juan Carlos inclinó la cabeza a un lado y, acompañando las palabras con un leve suspiro mientras se iba rindiendo a los efectos del cloroformo, habló con voz debilitada:

—No me salves. No me lo merezco. Aunque quieras decirme que estás vivo, no lo estás. Yo te dejé morir en aquella playa. Estoy viendo visiones... Tú no existes.

—¡Más cloroformo! —repitió el Nanu.

Juan Carlos se debatía entre la vida y la muerte. Su querido amigo, más que amigo un hermano, estaba haciendo cuanto estaba en sus manos por salvarle, pero ya le había extraído cuatro balas peligrosamente alojadas en los órganos vitales y, a causa de las heridas provocadas por los cristales incrustados en su piel y del largo viaje hecho hasta el hospital, había perdido demasiada sangre. Necesitaba una transfusión inmediata. Jaime Vives envió a una enfermera para que localizase a algún familiar que se prestase a donar sangre.

Cuando la enfermera entró en la salita de espera y explicó que necesitaban sangre,

Bergen y Lena se ofrecieron, pero Erika ya se había descubierto el brazo y decía decidida:

—Es mi sangre la que necesita. Por favor, señorita, hágame caso.

Entraron a Erika al quirófano y comenzaron a trasfudir sangre del brazo de ella al de Juan Carlos. Erika, mientras lloraba desconsolada viendo el estado de su esposo, con la mano libre acariciaba la cabeza de su adorado marido.

—Se nota que hay mucho amor entre vosotros —comentó Jaime Vives.

—Es tanto mi deseo de que viva que presiento que mi sangre lo va a salvar. En cualquier caso, prefiero morir yo en su lugar —le explicó Erika, emocionada, en su vacilante castellano, mientras agradecía en su interior haber estudiado tantas lenguas como para poder comunicarle al hombre encargado de salvar la vida de su amor su necesidad de que, por encima de todo, Juan Carlos siguiera vivo.

Mientras la sangre de Erika inyectaba vida en las venas de Juan Carlos, este abrió los ojos unos segundos y, casi sin voz y haciendo un gran esfuerzo, dijo:

—¡Esto es la gloria! Estoy en las manos de las dos personas que más he querido en mi vida...

—¡Cloroformo! —pidió de nuevo Vives en voz muy baja.

Jaime Vives, el hombre que sentía por Juan Carlos un verdadero amor de hermano, puso toda su energía y sus conocimientos para salvar Juan Carlos. Estaba usando métodos muy arriesgados e interviniendo órganos que entrañaban un gran peligro, pero era el momento de comprometerse ante la desesperación.

Juan Carlos salió vivo de la mesa de operaciones, aunque Jaime comentó que dudaba que ese organismo, en las condiciones en que estaba, resistiera mucho tiempo. Había tratado las heridas más peligrosas, las más urgentes, y había decidido dejar las de menor importancia para más tarde, ya se ocuparía de ellas en el supuesto caso de que el paciente viviera. Su única esperanza radicaba en la juventud y el estado físico del enfermo.

Sacaron a Juan Carlos del quirófano y lo condujeron a una salita de recuperación donde Erika y Lena de Cock lo vigilaban. Jaime Vives pidió entonces que le trajeran al más grave de los dos gemelos. Inmediatamente le situaron delante a Aetos. La enfermera le comentó que, en realidad, los dos estaban en muy malas condiciones.

Cuando acostaron en la mesa de operaciones a Aetos, Jaime parecía un matarife. Estaba empapado de sangre, y esta le cubría los guantes y le llegaba hasta los codos. Una enfermera le cambió el mandil y los guantes, y le secó el sudor de la frente, momento que Aetos, al borde de la inconsciencia, aprovechó para tocarse una bolsita de badana pequeñísima que llevaba colgando del cuello con un cordel fino.

—¡Muy importante! Usted entregar esto a Juan Carlos —le dijo al médico en su español chapurreado—. Si él no vive, entregarlo a Erika. ¿Soy comprendido?

—No se preocupe, que así lo haré.

Y, sacándole la bolsita y guardándosela en el bolsillo del pantalón, el doctor Vives comenzó a explorar a Aetos mientras lo anestesiaban. En mitad del gran trabajo que estaba realizando, pues Aetos tenía en su cuerpo ocho orificios de bala, y tres de ellos atravesaban órganos vitales, este sufrió un paro cardíaco del que no se pudo recuperar. En ese momento entraba en el quirófano otro médico cirujano que inmediatamente se puso el mandil y comenzó a echarle una mano a Jaime, quien estaba a punto de desmayarse por el agotamiento. Hicieron todo lo posible por hacer funcionar el corazón de Aetos, pero este ya no podía resistir más. Jaime Vives, que había comenzado recientemente a ejercer la cirugía, acusó dolorosamente la muerte de aquel hombre, pero, reponiéndose de inmediato, pidió que le trajeran al tercer herido.

—Vamos a ver si salvamos a este —dijo con los ojos húmedos.

—Doctor —quiso preguntarle Moses entrecortadamente a Jaime en cuanto le acostaron—, ¿mi hermano vivo...?

Jaime no le contestó y pidió al anestesista que le aplicase ya el cloroformo, pero Moses no dejó que le colocasen la mascarilla. Interpuso sus brazos para evitar que lo anestesiaran e insistió en su pregunta:

—¿Está vivo mi hermano? —Jaime miró a Moses sin saber cómo reaccionar. ¿Debía mentirle o decirle la verdad? No hizo falta que le contestase, Moses se respondió a sí mismo—: Si mi hermano gemelo estar vivo, usted decírmelo en seguida. Usted no decírmelo, ahora sé que mi hermano es muerto. No hacerme nada para salvarme, porque yo ir con él...

—¡Cloroformo! —gritó Jaime.

Trataron de dormirle, pero Moses se defendió como pudo. Peleaba con las manos haciendo cuanto podía para eludir a los médicos.

—Yo estar con mi hermano —repetía—. Yo no vivir sin él. No operarme mí. Yo querer morir ya.

Cuando las fuerzas le abandonaron, y conforme el efecto del cloroformo iba hundiéndolo en la inconsciencia, seguía balbuceando:

—Es igual. Me curan y yo matarme después...

Jaime, con la intención de animarle, inmediatamente trató de que le llegase la noticia de que quizá su hermano viviese. Moses estaba muy mal, pero a lo mejor podía recuperarse si oía aquellas palabras antes de la operación. Sin embargo, el anciano contestó con lengua de trapo:

—Yo sé mi hermano muerto. Lo sé seguro... Yo irme con él...

Y, lentamente, fue cayendo en un sopor que lo durmió.

Al igual que su hermano y por más que habían previsto la posibilidad de un paro cardíaco, este se produjo con tal virulencia que lo fulminó. Jaime Vives, desmoralizado, dejó caer las herramientas que tenía en sus manos de cualquier



manera sobre la bandeja mientras sus enrojecidos ojos se humedecían por el llanto.

Estaba deshecho. Esperaba salvarlos a los tres y había fracasado con dos de ellos. El personal de quirófano era consciente de su esfuerzo y no dejaban de repetirle que era muy difícil que Aetos y Moses sobrevivieran. Sus heridas eran mucho más graves y peligrosas que las de Juan Carlos. Aun así, Jaime lo sentía profundamente. Era un cirujano joven y con muy poca experiencia, pero al menos todo lo hecho había sido correcto. Ahora le quedaba el milagro de que Juan Carlos viviera. Sería su único y mayor consuelo.

## Capítulo 48

Las malas noticias corren imparables como el fuego que se desliza por un camino de pólvora. A pesar de la guerra, la noticia del accidente y la operación de Juan Carlos y la muerte de los Orakis Brothers recorrió medio mundo en escasas horas.

La ciudad de Mislata, a pocos kilómetros de Valencia, donde había nacido Juan Carlos y donde residía un gran colectivo de artistas del espectáculo, así como tres famosos empresarios de ilustres apellidos y propietarios de tres de los más importantes circos del país, estaba conmocionada. Eugenio Romero, propietario y productor del Circo Maravillas, Eduardo Romero, propietario del Circo Romero, y Secundino Cortés, propietario del Gran Circo Cortés, se pusieron de acuerdo con Amparo y Vicente, los padres de Juan Carlos, y reclamaron los cadáveres de los gemelos para darles sepultura en aquella ciudad habitada en su mayoría por artistas. También pidieron el traslado del gran atleta Juan Carlos Barrachina al hospital provincial de Valencia, a treinta kilómetros de Mislata, perfectamente dotado con un gran plantel de médicos especialistas y una moderna maquinaria médica.

El hecho de que Juan Carlos hubiera realizado la gesta de salvar a un colectivo de viejas figuras mundiales del espectáculo trayéndolos tras sufrir mil vicisitudes a España desde Alemania, donde habían perdido su hogar y habían sido bombardeados, envolvió su nombre con un halo de entrega y sacrificio que, a la vez que lo santificaba, lo convertía en un ídolo internacional como ser humano y como artista.

El día del entierro de Aetos y Moses, que tuvo que retrasarse por culpa de toda la documentación que hubo que gestionar para que recibieran sepultura en España, Mislata se vio insospechadamente invadida por familiares, admiradores y amigos que llegaban desde distintos puntos del mundo y, sobre todo, de Francia, Inglaterra, Italia, Grecia y, curiosamente y a pesar de la situación, de Alemania. Allí estaban, entre muchos otros, Friedrich Clauss y Alethea, la querida hermana de los gemelos. Jamás se había celebrado en Mislata un funeral tan importante y multitudinario. Las autoridades civiles y militares tuvieron que emplearse a fondo para organizar el tráfico de la ciudad, y el acomodo en hoteles y restaurantes.

Las viejas glorias, ahora capitaneadas por Bergen y de acuerdo con Vicente y Amparo, protegieron a Erika de la agresiva horda de periodistas, para lo cual todos se refugiaron una buena temporada en una finca campestre de los padres de Juan Carlos. Bergen se encargó de conceder cuatro únicas entrevistas a los representantes de los principales periódicos de Madrid, París, Barcelona y Valencia.

Erika utilizó los ahorros de Juan Carlos para alojar y mantener al grupo de ancianos, que fueron acogidos en sus hogares por artistas y empresarios que tenían residencia fija en Mislata.

El entierro se celebró en el pequeño cementerio de la ciudad. Además del

colectivo de ancianos, que rodeaban las dos tumbas, se encontraban en primera fila Erika, Vicente y Amparo. Alethea y Friedrich Clauss, aparte de una infinidad de amigos, periodistas, compañeros, curiosos y acompañantes, se situaron detrás de estos. Juan Carlos había luchado denodadamente por que le permitieran asistir, pero los médicos se lo prohibieron terminantemente y no hubo manera de convencerlos. Cuarenta y ocho horas antes lo habían intervenido de uno de sus riñones y se jugaba la vida. Viendo que le era imposible asistir, terminó por aceptarlo y envió dos ramos de claveles preciosos y una nota para que Erika la leyera en su nombre.

El personal presente, de luto riguroso, hacía que el camposanto se asemejara a un silencioso manto negro de hiedra trepadora enlutada que cubría el limitado espacio físico del recinto. De pronto, comenzó a sonar una viola. Era Lora, la esposa de Bergen, que, entonando con sus labios una perfecta imitación del instrumento musical, iniciaba la interpretación del «Introitus» del *Réquiem* de Wolfgang Amadeus Mozart. Por encima del sonido de la viola se oyó la voz de Erika, que depositó los dos ramos de claveles en la cabecera de la tumba, abrió un sobre y, tras sacar una nota, comenzó a leerla con su simpático acento holandés:

—Queridos genios. Queridos maestros. Queridos padres en ausencia de los míos. Mis condiciones de salud me impiden acompañaros para despediros en estos importantes momentos. Mi querida Erika lo hace por mí y sé que lo hará mejor que yo mismo. Conociendo vuestra manera de pensar, sé que no es precisamente al cielo adonde queréis ir a descansar. Al menos no a ese cielo del que tanto hablamos en la tierra y tanto desconocemos.

»Estoy seguro de que vosotros dos, con vuestro conocimiento y especial modo de pensar, querréis descansar en un lugar donde prevalezca la verdad, donde los seres sean limpios de espíritu, donde las almas no hayan sido manipuladas por el hombre y sus influencias, y estoy seguro de que vuestro último viaje os llevará a ese punto tan especial donde reposan los espíritus limpios de impurezas. Habéis disfrutado del aplauso de más de medio mundo. Sois considerados como los mejores magos de vuestro tiempo. Habéis sido creadores de los más importantes trucos de magia, que hoy están a disposición de las nuevas generaciones de ilusionistas. Sólo os faltó conseguir el último truco, el más difícil todavía, el de volver a la vida después de muertos, volver para alegría de todo aquel que os haya conocido profundamente.

»¡Qué pena que no lo consiguierais! Pero no quiero alargarme y, además, estoy seguro de que alguien hablará en nombre de los integrantes del exitoso espectáculo *Curiosidades y amenidades del universo*. ¡El más genial espectáculo presentado jamás en Europa! Por nuestra parte, Erika y yo os deseamos un feliz descanso y cedemos la palabra a quien represente al grupo, que, no sé por qué, pero imagino que será Bergen.

El grupo aplaudió calurosamente las palabras de Juan Carlos y, tal y como este

había supuesto, a continuación Bergen subió al montículo junto a Erika, que tradujo su discurso.

—No es fácil despedir a quienes han entregado su vida para hacer felices a los ciudadanos del mundo. Nacisteis genios, y genios dejáis este mundo que fuisteis capaces de llenar de fantasía y de ilusión. Queridos Aetos y Moses, me han encargado nuestros jóvenes compañeros que sea yo quien os despida en nombre de todos. Pero como a todos nos queda medio aplauso para unirnos a vosotros, creo interesante que nos digáis con sinceridad que tal es eso por ahí.

Inmediatamente salió de la fosa la voz de Aetos, que en un tono reposado y con su inconfundible timbre de voz respondió:

—El mundo es un gran pastel lleno de sorpresas en el que cada mal hombre escoge su trozo salado y amargo y cada buen hombre trata de encontrar la sorpresa más dulce, la más tierna, la más rentable desde el punto de vista de la física y la moral. Mi hermano y yo hemos encontrado aquí una pieza de la sorpresa más dulce del pastel y con ese privilegio en nuestras manos vamos a disfrutarla mientras dure, que espero que sea eternamente.

Bergen respondió:

—Viniendo de tierra de filósofos, es normal tu respuesta. ¿Estás de acuerdo, Moses?

La voz de Moses, con su manera de dejar caer las frases, añadió:

—Si es mi hermano quien lo dice, tiene sentido.

Y Bergen finalizó:

—Pues guardadnos un trozo dulce de ese pastel del que todos queremos participar muy pronto... Buen descanso, compañeros.

Todos los presentes repitieron su deseo:

—Buen descanso.

Juan Carlos tardó cinco meses en recuperarse y recibir el alta. Terminó de restablecerse en la finca de sus padres gracias a los cuidados personales de Erika, quien por cierto estaba embarazada y con una gran ilusión por darle a Juan Carlos un hijo.

En aquellos días, la gran duda de Juan Carlos era pensar si podría subir a su trapecio. Jaime Vives se había convertido en su médico de cabecera y consejero, y le aconsejaba cautela.

—Por el momento no debes pensar en el trapecio. Has pasado por varias operaciones complicadas. Además, te queda muy poco para ser padre, apenas cuatro meses. Ahora disfruta de tu mujer y de ese hijo en camino, y ya tendrás tiempo para pensar en jugarte la vida por esas alturas.

—Has hablado como lo hubiera hecho Aetos...

—Por cierto —dijo Jaime entonces—, tengo en casa una bolsita de cuero que

llevaba el primero de los gemelos a quienes operé.

—Aetos —le recordó Juan Carlos.

—Exactamente —dijo el Nanu—. Con tanto lío de operaciones y viajes la dejé en un cajón de mi mesita de noche cuando llegué agotado a mi casa y la había olvidado por completo. Mañana te la traigo. Si mal no recuerdo, él me dijo que era muy importante. Siento haberlo olvidado tanto tiempo.

—¿Y has tenido olvidado cinco meses algo que te dijeron que era tan importante? Te aseguro que si Aetos dijo que era importante es porque sin duda lo era.

—Te aseguro que ese día lo único que me interesaba era salvaros la vida. No estaba yo para encargos.

Al día siguiente, el Nanu se presentó a la hora de la paella. Amparo le asignó un puesto en la mesa, disfrutaron de aquel arroz que ella dominaba como nadie y, al llegar a los postres, Juan Carlos le preguntó:

—¿Has traído la bolsita de Aetos?

Jaime dio un respingo antes de responder.

—Sí, tienes razón. Otra vez la había olvidado. Aquí la tengo.

Y sacándola del bolsillo se la entregó a Juan Carlos, que la miró con cierto recelo. Tras darle muchas vueltas en sus manos, se decidió a abrirla y volcó su contenido sobre el mantel. La mente de Juan Carlos, nada más ver las dos bolitas de papel arrugado que cayeron de la bolsita, se trasladó al camerino de Gigí Carré en el Cirque d'Hiver de París y al momento en que, sobre un lavabo, Aetos había quemado todas las bolitas de papel que hizo con el contenido del sobre marrón. Por lo visto no las había quemado todas, y ahora comprendía Juan Carlos por qué Moses se moría de risa cuando Aetos se sacudió las manos como un prestidigitador. Deshizo las dos bolitas de papel y extendió ambos pliegos sobre la mesa. En uno de ellos había una nota escrita a mano por Aetos. El otro estaba lleno de instrucciones, planos y dibujos manuscritos por el propio Adolf Hitler.

Vicente, Amparo y Jaime miraban aquellos papeles sin comprender nada.

—Aetos dejó una bola sin quemar... —dijo Juan Carlos, y comenzó a leer en voz alta la nota de Aetos:

*Queridos Juan Carlos y Erika:*

*Este pliego adjunto no lo conoce nadie. No tuvo tiempo de llegar a las manos de quienquiera que fuese el receptor designado. Por lo tanto, os pertenece, porque es un regalo que os hacemos Moses y yo.*

*Tendréis que demostrar mucha prudencia, porque lo que vais a encontrar en el lugar que os indican esas instrucciones descritas por ya sabéis quién es una inmensa fortuna que no deberá cegaros ni envaneceros. Que nadie fuera de tu familia vea el folio adjunto. Si alguien reconociera esa letra, sería funesto para los planes que os proponemos. Copiad los planos y las instalaciones para llegar al punto indicado y quemad inmediatamente el folio original. Usad el tesoro con la mayor humildad y para buenas obras, de esa manera vuestros corazones se llenarán de gloria tanto como los nuestros aquí en nuestro retiro... No perdáis esta oportunidad única.*

AETOS y MOSES

Juan Carlos copió inmediatamente el folio escrito y dibujado por la mano del Führer y quemó a continuación el original hasta su total extinción. Después, él, Erika y Jaime proyectaron un viaje al país centroamericano de El Salvador.

Dos años más tarde se inauguraba en la ciudad de Mislata la primera Casa del Artista española. Se trataba de la única en el mundo con centro médico especializado en geriatría, y disponía de una sala de espectáculos válida para todo tipo de representaciones y con capacidad para mil doscientos espectadores, además de una escuela de artes escénicas polivalente que permitiría a los ancianos compartir su experiencia con los más jóvenes. El uso que debían darle y las disposiciones al respecto quedaban en manos de una comisión de viejas glorias, pues Juan Carlos y Erika conocían profundamente lo ilusionante que resultaba para esos insignes artistas contar con un local donde poder demostrar, de vez en cuando, sus grandes habilidades.

La obra había sido totalmente subvencionada por la Organización Barrachina-De Cock, que ya había comenzado a desarrollar más proyectos, muchos de ellos en marcha y repartidos por toda la península Ibérica. La Organización Barrachina-De Cock cumplía con lo recomendado por Aetos y Moses en cuanto a la utilización de aquel tesoro, pues realizaba una gran labor de ayuda a la tercera edad y ponía especial atención en el apoyo a hospitales, centros de salud y centros de ocio, labor que, de encontrarse con vida, habría llenado de gloria los corazones de los gemelos.

La inauguración de la Casa del Artista resultó un acontecimiento sin precedentes. Allí se encontraban, además de importantes autoridades del gobierno central y municipal, una gran representación de primeras figuras del espectáculo residentes en Mislata, así como todo el colectivo de viejas glorias, quienes, arropados por Juan Carlos y Erika, ya disfrutaban de las comodidades que ofrecía esta nueva residencia.

La cinta para la inauguración de la primera Casa del Artista la cortó un precioso niño de año y medio de edad llamado Aetos Moses Barrachina de Cock.

*Octubre de 2010.*



EMILIO ARAGÓN BERMÚDEZ, conocido artísticamente como Miliki (Carmona, Sevilla, 4 de noviembre de 1929 - Madrid, 17 de noviembre de 2012) fue un payaso, acordeonista y cantante español, conocido especialmente por haber formado parte de Los payasos de la tele.

Perteneciente a la saga de la familia Aragón, era hijo de Emilio Aragón Foureaux, conocido como Emig, y sobrino de Pompoiff y Thedy. En 1939, se unió a sus hermanos Gabriel (Gaby) y Alfonso (Fofó) para formar el trío de payasos Gaby, Fofó y Miliki (inicialmente Gaby, Fofó y Emilín). Comenzaron a trabajar durante los años treinta y se mantuvieron varias temporadas en el Circo Price de Madrid. Su madre fue la bailarina acróbata sobre caballo Rocío Bermúdez (nacida en Carmona) y también tuvo una hermana menor, Rocío, bailarina de flamenco. Era padre de los conocidos artistas Emilio Aragón Álvarez (Milikito) y Rita Irasema, y de otros dos hijos más con su esposa Rita Violeta Álvarez.

Publicó varios títulos destinados al público infantil, su autobiografía *Recuerdos* (1996), y en 2008 su primera novela, *La providencia* (bajo el seudónimo Emilio A. Foureaux, que era el nombre de su padre). En mayo de 2012 se editó *Mientras duermen los murciélagos*, una novela acerca de la huida de la Gestapo de unos comediantes a través de la Europa nazi.